

NICODEMO

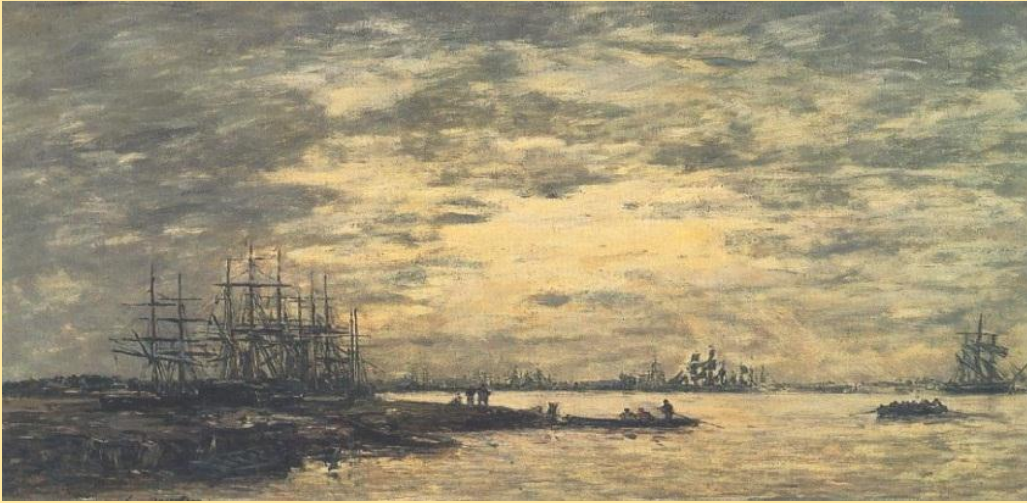
0

La Inmortalidad y El Renacimiento 1897

D. José Amigó y Pellicer



<http://www.espiritismo.es>



Eugène Bodin
Barcos sobre el Garona

Contenido resumido

Consideraciones críticas sobre el Cristianismo, con que El Círculo Cristiano-Espiritista busca clarificar los desvíos cometidos a través de los siglos sobre las enseñanzas de Jesús de Belén, por medio de la Revelación de la Doctrina de los Espíritus, codificada por *Allan Kardec*, sintetizando lo que puede ser el verdadero Cristianismo, representado mediante el símbolo de Nicodemo (Reencarnación) y las expresiones máximas de las enseñanzas de Cristo (Sermón de la Montaña)

SUMARIO

Prefacio.....	6
Consideraciones críticas sobre el Cristianismo	10
I - La Iglesia docente	10
II - La crisis Religiosa	15
III - La Ola crece	25
IV - La savia del Cristianismo	30
V - El Espiritismo.....	65
VI - La Internacional Negra.....	101
VII - La Internacional Cristiana	107
VIII - Nicodemo	117

Nicodemo – La Inmortalidad y el Renacimiento

Primera Parte: Después de la Muerte

I - Asombro Espiritual. – Vanitas Vanitatum.....	121
II - Una conciencia desnuda. – En el espacio.....	122
III - La Tierra y la Humanidad Terrestre ante el Espíritu.....	124
IV - El despertar de las Almas.....	126
V - En torno a mi cadáver – Los afectos de la Tierra.....	128
VI - Mundos Regeneradores – Cuerpo Espiritual – Armonías de Luz.....	131
VII - Mundos venturosos.....	134
VIII - Porta Coeli - ¡He de nacer nuevamente!.....	139
IX - Ven... ¡Sígueme! – Los Infiernos del dolor.	143
X - Un Espíritu desdichado – Mundos Primitivos – Peregrinación de las Almas.....	149
XI - Continuación de los Mundos Primitivos. – El crepúsculo de la idea Cristiana – ¡Adiós, hermanos míos, tristes hermanos en Dios!	156
XII - El caos de los orígenes.....	160
XIII - Regreso a la Tierra. – La Génesis del Espíritu. – La rea- lidad Espiritual	164

XIV - Remordimientos. – Inspiraciones – Recuerdos, promesas y amenazas	169
XV - Voz del cielo – La lucha del Espíritu – Tinieblas y Luz – Los propósitos – La Reencarnación – La postrera llamada– La separación – Sobre el Vaticano.....	175

Segunda Parte: La Génesis de la Tierra y la Humanidad Terrestre

Libro I – Génesis de la Tierra 180

I - Introducción	180
II - El Caos – El Primer día de la Génesis.....	181
III - El Segundo día de la Tierra.....	185
IV - La Tercera época	188
V - El Cuarta época.....	192
VI - El Quinto día de la Tierra. – Génesis Espiritual. La gran catástrofe espiritual. El precursor del Hombre	198
VII – El Sexto día. – El Hombre	206

Libro II – La Humanidad Terrestre 208

I - La Humanidad Terrestre primitiva.....	208
II - La Segunda generación. El Hombre-Niño	212
III - La Tercera edad del Hombre.....	217
IV - El Cuarto día del Hombre. – La emigración Adámica. Set. Caín	221
V - El Quinto día. – La leyenda del Diluvio. – La Iniciación. El Cristo de Oriente.....	228
VI - Abraham – Sus viajes – Su política y sus planes. – Isaac e Ismael. – Testamento y muerte de Abraham. – Esaú y Jacob. – Su educación y elevación. Los Hijos de Jacob en Egipto	233

VII - Moisés. – Su emigración al Sinaí. – La visión. – Regreso de Moisés a la ciudad.....	240
VIII - Los ancianos de Israel en presencia del Faraón.– Plan de Moisés para liberar a su pueblo de la Esclavitud.....	244
IX - La fiesta de los Hebreos. – La matanza y el incendio. – El pánico de los Egipcios – Proyectos de venganza.....	247
X - Las huestes del Faraón. – Sorpresa nocturna. – Las orillas del Mar Rojo. – El clarín de Moisés. – Muerte del Rey. – Destrucción de su ejército.....	252
XI - Consideraciones Históricas y Filosóficas	255
XII - Índole y misión del pueblo Hebreo – Llegada al pie del Sinaí – Política de Moisés. – Sube Moisés al Monte – La Visión – La Tempestad.....	257
XIII - Sueño profético. – Las dos Tablas – Los ocho manda- mientos	263
XIV - Moisés y el sacerdote del Sinaí establecen las bases de un código Político-Religioso para la educación del pue- blo. – Graban el Decálogo en dos Tablas de piedra. – El pueblo delinque – Debilidad de Aarón. – Josué sube al Sinaí.....	267
XV - Amenazas de Moisés. – El pueblo se arrepiente. – El Ta- bernáculo. – El sacerdocio en la tribu de Leví. – Institu- ción de los Jueces	270
XVI - Los Doce – Los Misterios – El código Hebreo – Muerte de Moisés – La conquista de Canaán – Los jueces y los Reyes	274
XVII - El Sexto día del Hombre. – La civilización Romana. – Corrupción general. – Necesidad de renovación en los sentimientos y costumbres. – Nacimiento de Jesús	280

Prefacio

Jesucristo expulsó con el látigo a los mercaderes del templo; con todo, el templo fue nuevamente invadido, ahora no por los vendedores de palomas, sino por aquellos que, haciéndose llamar herederos y continuadores de la misión con que vino al mundo el fundador del cristianismo, hicieron del Evangelio el manantial inagotable de su dominio y conquista. Amparándose en una doctrina que es toda humildad y pobreza, son, no obstante, altivos y poderosos: invocando la mansedumbre y abnegación de aquel que dio su vida por la salvación del hombre, son perseguidores y egoístas; alardeando de ser ellos los únicos autorizados intérpretes de una religión puramente espiritual y sus más fieles cumplidores, han erigido un culto rico en paramentos y ceremonias que seduce los sentidos sin, no obstante, mejorar las condiciones morales de los hombres.

Con todo, la culpa no les pertenece exclusivamente; porque no son los representantes de una institución quienes la hacen surgir y la sostienen, sino los vicios o las virtudes de las generaciones humanas en sus respectivas épocas. La humanidad tiene siempre las instituciones que merece. Un pueblo bronco e ignorante no puede ser sino un pueblo despótico y fanáticamente dirigido o gobernado: para la emancipación, tanto del cuerpo como del espíritu, ha de preceder necesariamente la cultura de la voluntad y del buen sentido. Si se quiere que una sociedad sea libre en sus manifestaciones políticas y religiosas, se hace imperioso educarla dentro de la virtud y combatir su ignorancia.

No echemos pues, a nadie, toda la culpa de nuestras miserias y errores religiosos, de los absurdos aceptados como verdades definitivas, de las sofisticaciones y abusos de que venimos siendo víctimas en nombre del Evangelio: culpemos, eso sí, al atraso moral e intelectual de nuestros antepasados, que han hecho posibles e incluso fáciles dichos errores y miserias, así como aquellas sofisticaciones y abusos; no se ha de entender con esto que debemos declarar libres de toda responsabilidad a aquellos que, convertidos en maestros y doctores de la sociedad humana, astutamente se

aprovechan de su ignorancia en beneficio propio y, al mismo tiempo, se sirven de todos los medios para mantenerla en perpetua sumisión.

Los vicios y la ignorancia de los hombres dieron vida a las instituciones absorbentes y depresivas; sin embargo, pronto los representantes de esas instituciones fomentaron la ignorancia y alimentaron los vicios, para hacer eterna su dominación sobre los hombres. Solo así, mediante la imposición y la servidumbre del entendimiento, ha podido subsistir durante siglos y siglos como cristiana una institución cuyas máximas y modos de proceder constituyen la más cabal antítesis de los actos y máximas de Cristo.

Y este error subsistirá, pese a que cuantos lo conocieron e interiormente lo reprueban, lo sancionen exteriormente con su hipócrita aquiescencia; pese a que la cobardía sea la norma de conducta de los que juzgan imparcialmente; pese a que se antepongan al triunfo de la verdad la conveniencia y el interés; pese a que la justicia no tenga sino amantes platónicos que la confiesan en su alma y la niegan con sus palabras o con su vergonzoso silencio. Si todos los que conocen la mentira tuviesen el digno valor, la noble integridad de denunciarla, sus apóstoles perderían la inmerecida confianza de que gozan entre los ignorantes y fanáticos, y la emancipación de las conciencias sería otra de aquellas conquistas del progreso, indudablemente la de más fecundos y trascendentales resultados.

Este libro fue escrito como protesta contra el fraude religioso de unos, de los mercaderes del templo, y la cobardía o disimulo de otros, aquellos que se aperciben del fraude y no obstante no profieren siquiera una palabra para condenarlo públicamente, convirtiéndose así en encubridores y cómplices. Lo dedicamos a todos los hombres de recto juicio que anhelan el establecimiento de la razón como soberana de las manifestaciones del espíritu; a todos los corazones generosos que buscan en la libertad, en la santa libertad, la dignificación y prósperos destinos de los pueblos; a las conciencias honradas que sienten por toda explotación indigna la mayor repugnancia; a los apóstoles de la fraternidad universal, a los enemigos de las tinieblas, a los sedientos de justi-

cia; en una palabra, a todos los hombres de buena voluntad, de sacrificio y abnegación por el progreso.

Nuestra bandera es el racionalismo cristiano. Hemos alzado esta bandera con la publicación de ROMA Y EL EVANGELIO, obra que ha merecido del público la más favorable acogida y del clero católico la más honrosa condenación; y continúa enarbolada con la publicación de NICODEMO, escrito desde el mismo punto de vista e igual criterio religioso de ROMA Y EL EVANGELIO. Somos racionalistas, porque la razón es el atributo de la naturaleza humana por la cual estamos hechos a semejanza de la inteligencia universal; y somos cristianos, porque en las enseñanzas de Jesús hemos venido bebiendo la fuente perenne de la salvación de las almas y la más perfecta concordancia entre sus máximas y las de la razón independiente.

El cristianismo no es Pedro en el siglo primero de la Iglesia, ni mucho menos Víctor en el segundo siglo, ni Marcelino en el tercero, ni Siricio en el cuarto, ni León en el quinto, ni Juan II en el sexto, ni Sabiniano en el Séptimo, ni Esteban IV en el octavo, ni Nicolás I, ni Juan VIII, ni Formoso, ni Bonifacio VI, ni Esteban VII, ni Cristóbal I, ni Sergio, ni Juan XXII, ni Alejandro VI. El cristianismo es el sermón de la montaña, es la humildad, es el perdón, es la justicia, es el sacrificio por el prójimo, es el sublime episodio de la cruz, es Jesucristo extendiendo sus brazos llenos de amor a toda la humanidad, redimida por la adoración y la fraternidad universal. El cristianismo no es un hombre, sino una idea; no es la jerarquía, sino la igualdad espiritual, que depone de sus cátedras a los soberbios y ensalza a los humildes. El cristianismo es el Verbo divino revelado, es la moral eterna, es el ideal perfecto de caridad, es la redención por los actos y sentimientos, es la ley del progreso, que la humanidad entera habrá de llevar a cabo en la conquista de la celestial Jerusalén. Así es como entendemos nosotros el cristianismo.

Encontraremos enfrentados a nosotros a todos los traficantes religiosos, los que han convertido el templo en casa de comercio, a los levitas, a los fariseos, a los acaparadores de las cosas santas, a los que se jactan de poseer, como dioses, la verdad infalible, y de ser ellos sus únicos depositarios en la Tierra. Encontraremos también enfrentada a nosotros a la Iglesia oficial con todo su in-

menso poder aún incontestable. Combatimos sus errores y sus abusos: sus ministros difaman nuestras doctrinas, las doctrinas de nuestra escuela, calumniándolas y persiguiéndonos hasta la muerte. Las condiciones de la lucha les son más favorables; no obstante, sin cualquier sombra de duda, su derrota es cierta, porque su razón consiste en la fuerza, pero los tiempos del triunfo de la justicia ya se acercan.

Como racionalistas, venimos a batallar contra los opresores de la razón humana y por la libertad del pensamiento: como cristianos venimos a denunciar los vicios de que padece el cristianismo oficial y su impotencia para saciar la sed de los espíritus y regenerar las sociedades.

CONSIDERACIONES CRÍTICAS SOBRE EL CRISTIANISMO

I

La Iglesia docente.

Tenemos en manos un extracto del discurso pronunciado por Montero Ríos en el acto de toma de posesión del cargo de rector de la Institución Libre de Enseñanza al inaugurarse el curso correspondiente al curso 1877 – 1878.

Siempre que una voz autorizada se deja oír para ilustrar la opinión referente a las cuestiones que están directa o indirectamente relacionadas con el problema religioso expuesto en el Evangelio, y pese a todo sin resultado tras diecinueve siglos, la escuchamos con vivo interés y no dejamos escapar ninguna de sus notas, con la esperanza de encontrar en ella un eco de las eternas verdades que el cristianismo ha venido a anunciar al mundo. Por eso recurrimos ávidamente a los párrafos de dicho extracto y fijamos toda nuestra atención en los fragmentos del discurso que reproduce, los únicos por los cuales podemos formar un juicio propio en lo que atañe a la oración inaugural del reputado canónista.

La enseñanza laica, de dónde parten sus derechos y cuáles son sus límites: tal fue la tesis desarrollada en su discurso por el rector de la universidad libre, tema importantísimo y oportuno en estos tiempos, en que la escuela ultramontana pretende para la Iglesia el monopolio de la educación, no solo la religiosa, sino además la científica y la artística. El insigne orador estudia la cuestión con criterio enteramente liberal y censura las aspiraciones absorbentes de esa escuela que, jactándose de representar y poseer la verdadera tradición católica, trabaja para hacer a la Iglesia solidaria con sus usurpaciones y errores, inoculando en ella sus más desordenados apetitos de dominio y su odio a las conquistas del progreso.

No seguiremos al Señor Montero Ríos en todos sus razonamientos ni es nuestro objetivo extendernos en consideraciones

más o menos oportunas acerca de los diferentes extremos que desarrolla en su discurso. Tomamos la pluma con la intención de ceñirnos a un único punto en el cual difieren por completo nuestras ideas y las suyas.

Se trata de determinar a quién compete la educación religiosa del hombre dentro de la sociedad y él resuelve la cuestión en los siguientes términos:

“Tiene la Iglesia pleno derecho para presidir y dirigir la preparación del hombre en lo que concierne a la religión. A ella y solo a ella incumbe la enseñanza de las verdades divinas y su penetración en el alma humana a fin de hacer del individuo un perfecto cristiano. Es la Iglesia la que, a través de sus ministros, debe instruir a los pueblos dentro de la doctrina evangélica y educarlos en la práctica de las virtudes”.

No seremos nosotros quienes negaremos a la Iglesia ese pleno derecho que le atribuyó el Señor Montero Ríos; con todo, es preciso dejar bien claro el significado de estas palabras. ¿Qué entiende por iglesia en este caso el rector de la Institución Libre de Enseñanza? ¿Entiende la asamblea universal de todos los seres inteligentes y libres que conocen, aman y practican la justicia? Si es así, nada tenemos que oponer a la doctrina expuesta en el párrafo que acabamos de reseñar. El ministerio del culto y la enseñanza de la fe son atributos y deberes indeclinables de las almas, de todas las que forman parte, por justicia, de la congregación, de la Iglesia universal. Todos, cada cual en su ámbito y según su elevación, tenemos el derecho y el deber de prestar a Dios el homenaje de nuestro amor y gratitud en espíritu y en verdad, y a todos nos incumbe la enseñanza de las verdades y su penetración en el alma del prójimo, en la medida de nuestra capacidad. ¿No es esto de sentido común? Si creemos poseer los medios que conducen a la felicidad, ¿podríamos dejar de mostrarlos a los demás? Una de las obras de misericordia es enseñar al que no sabe: el que conoce, pues, o supone conocer las verdades divinas, que son las más importantes, no podrá excusarse, sea quien fuere, de enseñarlas a aquellos que, según su concepto, las ignoran.

Pero sí, como tememos, el Señor Montero Ríos entiende por Iglesia, en el caso concreto que ahora nos ocupa, el cuerpo sacerdotal, la jerarquía eclesiástica, de ninguna manera podemos estar

de acuerdo en que solo a ella incumbe la enseñanza de las verdades religiosas. Estas teorías pueden estar conformes con los cánones que se quieran. Pero antes del derecho canónico surgen el derecho natural, la justicia y el buen sentido. Jesús no perteneció jamás al sacerdocio oficial; y, no obstante ello, no solo enseñó las verdades divinas que transformaron el mundo, sino que además fue a buscar fuera del sacerdocio los continuadores de su sublime ministerio.

Sus sacerdotes fueron hombres del pueblo, padres de familia, que se sintieron llamados a predicar el Evangelio. ¿No ha meditado sobre esto el Señor Montero Ríos? ¿No ha visto él en la elección de los apóstoles que, para Jesús, el verdadero sacerdocio depende no de la ley, sino de la bondad del sentimiento y de las obras? ¿Por qué no va Jesús al templo a buscar entre los sacerdotes de Moisés a los que habrían de sucederle en la predicación de la Buena Nueva? ¿Por ventura no formaban aquellos el cuerpo sacerdotal establecido tradicionalmente sobre la revelación? No conviene olvidar esto: el cuerpo docente de la nueva Iglesia no lo constituyó Jesucristo con sacerdotes oficiales, sino con hombres de vocación pertenecientes a lo común del pueblo, odiados y perseguidos por los ministros del culto. Así como la Iglesia universal está formada por todos los espíritus amantes de la justicia, la Iglesia docente está compuesta por todos los que se sienten con la aptitud necesaria, cada uno en su esfera, para la enseñanza y prédica de las verdades religiosas.

Siempre habíamos creído que el ex rector de la Institución Libre de Enseñanza tenía un concepto más elevado, más racional y filosófico del cuerpo docente de la Iglesia, y de la propia Iglesia, que el que manifestó en su discurso inaugural. Su Iglesia es la pequeña de los neocatólicos, egoísta y exclusivista de los intransigentes, edificada sobre el dogma, no sobre la libertad, la ciencia y la justicia. No son las virtudes y el saber los títulos que exige el Señor Montero Ríos al cuerpo docente que deberá tener a su cargo el altísimo magisterio de la moral, la difusión y la dirección de la enseñanza religiosa; son ante todo el formalismo, la sotana y la posición de las manos.

No comprendemos cómo el Señor Montero Ríos, con las teorías religiosas que acaricia, pueda ser partidario de las más nobles

manifestaciones de la libertad individual. Si solo a los ministros del culto incumbe la enseñanza de las verdades divinas y su penetración en el alma humana, la jurisdicción del sacerdote lo invade todo, el templo, la escuela, el hogar, la prensa y el libro. No podrá el profesor contribuir en la educación del sentimiento religioso de sus discípulos, ni el padre de familia implantar en el entendimiento y en el corazón de sus hijos las creencias en que vive, ni el intelectual combatir las supersticiones y errores que se hayan aclimatado y propagado al sabor de la ignorancia general. Los declara a todos incapaces, el eminente canonista, dejando así relegada a planos inferiores la libertad de conciencia, de enseñanza y de prensa.

Quando que bonus dormitat Homerus: no dormía; dormía profundamente el rector de la universidad libre al relegar a la Iglesia oficial el monopolio exclusivo de la enseñanza religiosa.

En vano procura el Señor Montero Ríos conciliar lo inconciliable, los dogmas de la razón con los de la Iglesia ultramontana. Sus inclinaciones políticas lo llevan a la libertad; sus resabios religiosos lo llevan a la intolerancia. Es uno de esos individuos contradictorios, propios de las épocas de transición, que participan del pasado y del futuro; aspiran a fundir nuevas ideas en antiguos moldes; tienen un pie sólidamente afirmado en la tradición y otro en el camino del progreso: son formas de inconsecuencia vivientes, de textos plenos de contradicción, de donde surgen argumentos favorables tanto al apóstol del novísimo derecho como al defensor del caduco derecho tradicional.

Con el derecho político del Señor Montero Ríos se extingue la tradición; con su derecho canónico se extingue la libertad. Con la libertad de los cultos, con la libertad de enseñanza, con la libertad de propaganda por medio de la prensa, con las libertades y derechos individuales que constituyen el credo político de la escuela en que milita el Señor Montero Ríos, se destruye el magisterio exclusivo de la Iglesia oficial en la enseñanza de las verdades divinas: con el magisterio exclusivo de la Iglesia en la enseñanza religiosa, hace desmoronarse y derriba todo el edificio de las libertades democráticas.

Son dos caminos totalmente diferentes que seguir: o negar a la Iglesia oficial el monopolio de las conciencias o negar al pue-

blo el derecho de emanciparse fuera de la jurisdicción de la Iglesia. No caben aquí medias tintas. Si pertenece exclusivamente a la Iglesia el magisterio de las verdades divinas, a ella, solo a ella, incumbirá definir estas verdades y fijar los límites a su jurisdicción y alcance. Y siendo así, ¿qué títulos podría ostentar la sociedad civil para defender su existencia frente a la Iglesia? ¿No será este el único poder legítimo en declarar que los principios de buen gobierno son de trascendencia religiosa? ¿No podrá reivindicar la suprema dirección de la política, y con ella el derecho de otorgar o retirar a los príncipes la investidura de los Estados?

He aquí a dónde hemos venido a parar con el derecho canónico del Señor Montero Ríos. Bien lo comprende la escuela ultramontana, y precisamente por comprenderlo conviene con el ex rector de la universidad libre en que la educación religiosa es de exclusiva competencia del sacerdocio oficial.

Este es el embasamiento, según entiende el Señor Montero Ríos y nuestros ultramontanos, sobre el cual edificó Jesucristo su Iglesia. De esa forma no queda en pie ninguna libertad individual ni colectiva, sino únicamente la grande, la inmensa, la monstruosa libertad de la colectividad ultramontana.

Afortunadamente el eclecticismo religioso del ilustre canonista tiene muy pocos admiradores y partidarios en Europa entre los elementos verdaderamente liberales. Está plenamente demostrado que no puede haber concordancia posible entre los dogmas neocatólicos y las aspiraciones de libertad y progreso, haciéndose inevitable una guerra franca de exterminio si el progreso ha de realizarse sin encontrar obstáculos. Las grandes verdades subsistirán, porque son eternas e inmutables; sin embargo, desaparecerán, barridas por el soplo benéfico de la libertad, estas pequeñas iglesias a las cuales atribuye el Señor Montero Ríos una influencia omnipotente. Prevalecerá el cristianismo, el legítimo catolicismo con sus dogmas universales; pero a expensas de esa gran cantidad de sectas exclusivistas que se disputan entre sí, más que la conquista del cielo, la posesión de la Tierra.

Y ¿cuál será el cuerpo docente de la Iglesia en la nueva era cristiana? ¿Lo formarán acaso nuestros maestros de ignorancia, como los llamaba Voltaire, esos maestros que han educado a nuestros padres y abuelos en el odio a toda santa libertad, a toda

idea de regeneración social, a toda conquista luminosa del entendimiento humano?

Lo hemos dicho ya, y lo repetimos: el ministerio del culto y la enseñanza de la fe son atributos y deberes indeclinables de todas las almas. Todos, cada cual en su esfera, podemos y debemos ser instrumentos de enseñanza de las verdades divinas. El verdadero apostolado consiste en enseñar la virtud y la verdad con la palabra y el ejemplo; por consiguiente, el hombre más ilustrado y virtuoso será, dentro de la Iglesia universal cristiana, el primero de los apóstoles y el mejor de los maestros.

II

La crisis Religiosa.

A la oración inaugural del Señor Montero Ríos, como rector de la Institución Libre de Enseñanza, siguió la del Señor Moreno Nieto, como presidente del Ateneo de Madrid: magnífica joya literaria plena de erudición, salpicada de profundos conceptos, engalanada con aquellas elegancias de estilo y de lenguaje con que suelen cautivar la atención del auditorio los maestros de la palabra. Ella vino a incrementar el ya vivo interés con que la conciencia pública se entrega al estudio de la que podemos llamar cuestión de las cuestiones, porque encierra este pavoroso problema que trae inquietos a todos los ánimos y por cuya solución se agitan todos los pueblos cristianos, tanto en el nuevo como en el viejo continente. La cuestión religiosa es la esfinge de todos los siglos desde el momento en que Jesús, con sus palabras, rompió los moldes de las antiguas creencias; sin embargo, a juzgar por el afán con que la razón humana, sedienta de verdades, se lanza en nuestros días sobre la pista de toda investigación luminosa, hay motivos sobradamente fundados para suponer que no pasará mucho tiempo sin que se disipen las nubes de las tinieblas morales en que se siente asfixiar la humanidad. Asistimos a la agonía de una institución humana que la ignorancia y el fanatismo habían juzgado divina y eterna, a los últimos momentos de una fe que intenta resistirse a las aspiraciones del progreso y a la batalla decisiva en-

tre la filosofía y el dogma; no queremos asistir como espectadores pasivos a este movimiento trascendental, a esta evolución palin-genésica, cuya última etapa será el establecimiento de un mundo nuevo, bañado por un sol más esplendoroso, animado de un espíritu más puro, recorriendo caminos que conducen a ideales más armónicos. Ya se sienten cruzar las ráfagas violentas: constituyen el prelude de la tempestad que barren los inseguros restos de fe que han acumulado, por espacio de más de dieciséis siglos, los vientos de la intolerancia y del error.

¿Estará destinada a desaparecer de los dominios de la razón y de la conciencia la religión cristiana? Si debe desaparecer, ¿qué religión ocupará su lugar? ¿O bien se producirá un renacimiento religioso cristiano? Examinemos las causas que nos han traído a esta situación, y relatemos los trámites y los momentos de esa historia cuya última etapa, tal como se muestra en el momento presente, es casi un desvío completo de los objetivos cristianos.

Este fue el tema elegido por el Señor Moreno Nieto en la solemne inauguración de las cátedras del Ateneo. Quién no percibe la importancia de este tema: Indagar las causas de la actual crisis religiosa es someter al veredicto de la razón, al examen analítico de la crítica, las causas de la visible decadencia de aquella fe que transformó la faz del mundo inaugurando la civilización en que viven aún todos los países cultos; es asimismo exponer a terrible prueba las creencias mismas, de cuya eficacia, si se tiene en cuenta el estado moral de nuestros tiempos, es lícito dudar. El siglo XIX es esencialmente crítico: pregunta, estudia, analiza; todo lo somete a la razón; siente los efectos y quiere investigar las causas; ve las causas y se empeña en descubrir o adivinar los efectos. ¡Oh! ¡Cuán plausible es esta noble actividad del entendimiento humano! ¿No revela que el mundo está sediento de verdades? ¿Qué condena los errores de una civilización defectuosa, legado de nuestros crédulos antepasados? He aquí por qué pregunta, estudia y analiza: esta legítima actividad racional distingue nuestra época y eleva su cultura a un nivel muy superior al de las épocas pasadas.

Las causas de la situación presente, del cuarto menguante de la fe cristiana en el horizonte de los pueblos, parten, según entiende el Señor Moreno Nieto, de todo el movimiento de esta época

que empieza en torno al siglo XV, en que el espíritu humano, no estando ya de acuerdo con los antiguos ideales dogmáticamente impuestos, se siente inclinado a buscar una concepción nueva, hija de su propia y libre razón, construyendo una sociedad y llevando una vida totalmente diferente, en armonía con las nuevas aspiraciones.

El primer soplo de este viento abrasador, que con el correr del tiempo convertía en áridos desiertos los deleitosos vergeles de la Iglesia, es la reforma protestante, que, so pretexto de purificar y vivificar el cristianismo, y proclamando la independencia de toda conciencia individual, lo conmovió profundamente. Su virtud revolucionaria habría de franquear el camino a nuevos conceptos religiosos y filosóficos y por fin apartar a los pueblos europeos del antiguo orden, del régimen tradicional.

Seguidamente amaneció el Renacimiento, tan poco conforme al espíritu cristiano, como si no fuese sino el retorno, en cierto modo, a las costumbres y gustos sensuales de la civilización pagana. Europa volvió sus ojos hacia el ideal clásico que los bárbaros habían ahogado en torrentes de sangre romana y se enamoró de una civilización alegre, expansiva, libre, que le permitía extasiarse en la contemplación de la belleza exterior y disfrutar los placeres del mundo. Cayó en desuso el misticismo religioso y se olvidó la severidad y la pureza del cristianismo primitivo.

A su vez, el espíritu científico empezaba a manifestarse. Estudiando la Naturaleza y sus fenómenos y leyes, seleccionaba los materiales de un mundo desconocido, y sin embargo vivo, positivo, real, muy distinto al puramente imaginario idealizado por la Teología y la Filosofía escolástica. Surge Copérnico arrancando la Tierra del centro del universo, desbaratando de un soplo toda la maquinaria del universo teológico. Colón, Vasco de Gama y tantos otros numerosos intrépidos navegantes descubren continentes y familias humanas en el océano, dejando en situación embarazosa la tradición bíblica de Adán y Eva como progenitores únicos de todo el linaje de los hombres. Es fácil de imaginar la expresión ceñuda, la santa ira de los teólogos, a cada descubrimiento que venía a engrandecer las esferas de la ciencia. Juntamente con el movimiento científico iba tomando cuerpo, aunque tímida y lentamente, el movimiento filosófico. Al principio, tanto la Filosofía

especulativa como las Ciencias Naturales quisieron convivir en estrecha armonía con el dogma, e incluso erigirse en sus más fervorosos defensores; pero esta fraternal alianza habría de ser poco estable, pues las ciencias aman la luz mientras que el dogma le da la espalda. La razón se emancipó de la autoridad y el dogmatismo cristiano forzosamente dejó paso al campo oponente. La impiedad volteriana y el racionalismo alemán minaban profundamente las creencias.

Tales son, en el concepto del Señor Moreno Nieto, las causas de la crisis religiosa que se inició a finales del siglo pasado y continúa cada día más profunda: y lo más grave es que no logra vislumbrar un pronto retorno de la Filosofía a la fe cristiana el docto presidente del Ateneo; a la fe cristiana de los sacramentos, de las formas, de las indulgencias, de los misterios, de los milagros, de los dogmas, de la divinidad de Jesucristo.

Al llegar a este punto de su discurso, no es el Señor Moreno Nieto un frío pensador del siglo en que vivimos; es Jeremías llorando sobre los escombros de la Jerusalén cristiana. Los caminos de Sión están de luto, pues nadie acude a las solemnidades; todas sus puertas destruidas, sus sacerdotes gimiendo, sus doncellas desaliñadas y la ciudad, oprimida de amargura⁽¹⁾.

Sin embargo, ¿son en realidad los hechos ligeramente indicados, las causas de la crisis que en nuestros días vuelve desasosegadas las conciencias? ¿No habría sido más lógico y más imparcialmente crítico, antes de incluir entre aquellas causas la Reforma y el Renacimiento, escudriñar los orígenes de esos dos grandes eventos y demostrar que no había dado motivo ni tomado parte en ellos el cristianismo?

¿Por qué el espíritu humano iba en busca, dentro del mismo cristianismo, de un nuevo concepto religioso? ¿No pretendía la Reforma que la Iglesia oficial se había desviado de la enseñanza apostólica, desvió que ya muchos siglos antes había dejado margen al más terrible de los cismas, a la separación de la iglesia de Oriente? Y el Renacimiento ¿fue otra cosa sino una protesta viva contra el ascetismo claustral, contra la rigidez y el fanatismo de una civilización cuyo bello ideal era el menosprecio de las como-

¹ Lamentaciones de Jeremías, I. 4.

didades de la vida, el sacrificio de los más dulces sentimientos, el celibato, el aislamiento contemplativo en celda solitaria, la anulación de la vida propiamente humana? El cristianismo en aquella época parecía no pensar en otra cosa sino en levantar ejércitos de frailes, y Europa, que rehusaba convertirse en un inmenso convento, volvió sus ojos a la civilización clásica y, por una especie de legítima reacción, buscó en la alegría, en el placer, en la belleza externa, el ideal que sirviese de contrapeso al misticismo reinante.

Y ¿por qué las ciencias todas, tanto las naturales como las sociales, se desarrollan y viven en oposición a las enseñanzas de la Iglesia y llevan a la razón por rumbos diferentes de los rumbos ortodoxos? Esa flagrante antinomia, esa lamentable contradicción, ese valle insalvable que aísla el dogma, mientras que las Ciencias y la Filosofía se emancipan y abren al espíritu vastísimos horizontes, ¿no podrían ser indicios de que no fueron integralmente meditaciones como era debido las enseñanzas de la Iglesia oficial, de que ésta hubiese procedido con cierta ligereza proclamando a priori, como verdades indudables, conclusiones que necesariamente habrían de pugnar más adelante con las conclusiones de la ciencia? Esto es lo que debería haber investigado en su discurso el Señor Moreno Nieto: dejar bien claro si la responsabilidad de ese divorcio había de pesar enteramente sobre las ciencias, o si lo habían provocado las intemperancias e imprevisiones de dogmas inadmisibles. Nos parece que el Señor Moreno Nieto confunde lamentablemente las cosas, tomando por motivos de la enfermedad lo que no eran sino síntomas. Y decimos síntomas, aceptando por un momento que haya tal enfermedad, es decir, poniéndonos en el punto de vista del Señor Moreno Nieto. Según nuestro modo de ver, el movimiento filosófico de que se trata es una evolución necesaria del entendimiento humano, una fase más perfecta de su actividad y poder, una declaración de guerra al dogma oficialmente impuesto, incompatible con el progreso y las aspiraciones del siglo, para sustituirlo por otras creencias en armonía con las nuevas luces que ha derramado sobre el mundo la inteligencia universal.

Sea como fuere, de lo que no cabe dudar es de que realmente aparecen divorciadas la fe y la Filosofía, pero así como el presidente del Ateneo culpa a la ciencia de esta separación, que dice

haberse apartado de las corrientes cristianas, nosotros culpamos a aquellos que han desviado al cristianismo de sus líneas primitivas, de las corrientes racionales de su origen, con las cuales jamás el movimiento científico hubiera creado obstáculos formales a su civilizadora influencia. No fueron la Reforma ni el Renacimiento, ni fueron tampoco el espíritu científico y filosófico con sus nuevos ideales los motivos de la perturbación, de la crisis religiosa en que nos encontramos. La crítica del Señor Moreno Nieto padece de manifiesta parcialidad, como si hubiese resuelto anticipadamente absolver a la Iglesia y condenar a la Filosofía; pues si así no fuese, al mismo tiempo en que hacía la Historia de la Filosofía, habría hecho la Historia de la Iglesia, a fin de que la opinión pública juzgase teniendo en cuenta los méritos del proceso.

No solo la Filosofía, sino también el sentimiento humano se ha ido desviando de los derrotistas ortodoxos; y consta que el desvío del sentimiento fue principalmente lo que provocó la actual crisis religiosa. La Iglesia oficial se burló de los filósofos y de los sabios y a menudo los obligó a callarse para que no escandalizasen a los fieles, mientras reinaba con ilimitado poder en los corazones; si hoy se lamenta amargamente, si se ve agitada por indecible ansiedad, si llama en su auxilio la intervención de los poderes del cielo y de la tierra para enfrentar la tempestad que ve surgir en el horizonte sin fuerzas para resistirla, es debido a que reconoce que le falta el incontrastable apoyo de las conciencias, aquel entusiasmo fervoroso de los pueblos en que siempre había consistido su pujanza. Y ¿por qué se ha separado de la ortodoxia el sentimiento, por qué se ha extinguido aquel amor, por qué la obediencia ciega se ha convertido en rebeldía, por qué del entusiasmo se ha pasado a la glacial indiferencia? Por las mismas causas que han obligado a la ciencia a emigrar del campo de la fe. Tarde o prematuramente el sentimiento acaba por inclinarse hacia el lado de la ciencia; y si lo vemos alimentarse de supersticiones e ilusiones, es únicamente mientras el entendimiento las considera realidades.

El Señor Moreno Nieto dejó intacta la cuestión que desarrolla al principio de su discurso. Promete remontarse a los orígenes, a las causas, a la génesis, por decirlo así, de la actual crisis religiosa; pero no llega a lo prometido, ciñéndose a explicar el éxodo del

espíritu científico, su emancipación de la servidumbre del dogma, no sabemos si para ir en busca de la verdad o volver arrepentido a la esclavitud primera. ¡Oh! El tema era espinoso y el presidente del Ateneo habrá juzgado que no era necesario lastimarse removiendo los espinos. Removámoslos nosotros, puesto que estamos acostumbrados a penetrar en ese género de cuestiones, sin temores ni complacencias, y sin temer los reiterados golpes con que el fariseísmo nos azota como castigo por la ruda sinceridad que inspira nuestros escritos⁽²⁾.

¿Por qué los caminos de Sión están de luto? ¿Por qué ya nadie acude a sus solemnidades? ¿Por qué la ciencia y el sentimiento se alejan cada día más de la Iglesia? ¿Por qué el espíritu humano aspira a moverse por sus propias virtudes y sustituir con nuevos ideales los antiguos? En suma: ¿Cuáles son las causas que nos han traído a la presente situación, a la saludable crisis religiosa que atravesamos y cuyo término aguardan con temor los que no saben o no quieren comprender que esas crisis son necesarias para la purificación del ambiente moral que respira la humanidad?

Preciso será cerrar los ojos, para no ver que una de aquellas causas, la principal, sin duda, fue el afán dogmatista que se apoderó de la Iglesia desde que el cristianismo empezó a perder su primitivo carácter de religión puramente espiritual para confundirse con el número de las religiones positivas. Cristo había reunido todas sus enseñanzas en Dios, padre, y en el alma humana imperecedera, hija de Dios; en la adoración en espíritu y en verdad y en el amor al prójimo, que es el sentimiento de confraternidad entre las almas. Aunque la conciencia humana jamás se hubiese rebelado contra estos principios racionales, proclamados por Jesús, y superiores a los profetas y a la ley, la Iglesia, la oficial, la jerárquica, los juzgó o pareció juzgarlos insuficientes para la salvación y entendió de multiplicar los mandamientos y promulgar dogma sobre dogma. La ciencia y el sentimiento, que nada veían de censurable en el primitivo ideal cristiano, tuvieron desgraciadamente mucho que combatir y censurar en las sucesivas añadiduras.

² Como castigo por haber publicado el libro *Roma y el Evangelio* y a causa de las doctrinas religiosas que sostenemos en la Revista mensual de Ciencias y Moral Cristiana que, bajo nuestra dirección y con el título de *El Buen Sentido*, salió publicada en la ciudad de Lérida, fuimos destituido del cargo de segundo profesor de la escuela normal de la mencionada ciudad.

Mi reino no es de este mundo, había dicho Jesús, condenando con estas palabras, durante tantos siglos olvidadas, toda intromisión del poder espiritual en los negocios temporales. Y no obstante han ido apareciendo, desde el principio, como unos gérmenes de mundanos apetitos en la jerarquía eclesiástica, cuyas ambiciones no podían alimentarse sino sobrepasando los límites del reino espiritual de Jesucristo. Si aquellos apetitos han aumentado, si aquellas ambiciones se han contentado con otra cosa que no fuese el dominio de la Tierra, lo saben bien todos aquellos que tienen algún conocimiento sobre la Historia de la Iglesia. El poder eclesiástico ha invadido los dominios del poder civil, haciéndose superior a este último en el gobierno de los pueblos y el vicario de Cristo ha empuñado, aparte de las llaves y del bastón de pescador, el cetro y la espada de los Césares. Con todo, la conciencia humana se refugiaba en sí misma y el espíritu filosófico reunía medios para destruir lo que el error y la ambición edificaban.

No volvamos nuestra vista a aquellas tumultuosas elecciones en que la proclamación del Pontífice cuesta torrentes de sangre; tampoco a esas otras en que la simonía y la corrupción, en palabras de los historiadores, desempeñan el principal papel, no hablemos tampoco de elecciones dobles y triples, en que los agraciados se disputan a mano armada el triunfo definitivo. ¿Recordaremos las veleidades políticas de los pontífices reyes, sus alianzas defensivas y ofensivas, su participación en las guerras? ¿Será necesario decir que todas estas cosas han tenido sobre las conciencias una gran influencia, predisponiéndolas a sacudirse un yugo que se hace cada vez más pesado?

Llegaron las guerras religiosas y los espíritus íntegros angustiosamente preguntaban: ¿Será posible que la religión arme el brazo del hombre contra el hombre, del hermano contra el hermano, de un pueblo contra otro pueblo? ¿Puede el sentimiento de caridad pactar con el derramamiento de sangre? ¿Es concebible que Dios pueda complacerse en que su nombre sea invocado en los momentos más arduos de la disputa, cuando el odio hierve en las entrañas de deshumanos combatientes? ¿Será la guerra otra cosa sino el fratricidio organizado? ¿No ordenó Jesús que Pedro envainase la espada? ¿No habría religión donde no haya paz?... Y las guerras religiosas aumentaban el vacío en torno a la ortodoxia.

Dios es espíritu y quiere que los que le adoran lo adoren en espíritu y verdad; esta es la adoración evangélica y la única que la Filosofía y la conciencia humana pueden reconocer como fundamento de la verdad en religión. La adoración externa y el formalismo no proceden del cristianismo, pues son vulnerables y transitorios. Establecer como esenciales para la salvación de las almas los gestos y ceremonias externas es, al mismo tiempo, corregir y alterar el Evangelio, exponer el dogma a las agresiones del buen sentido y al desvío del sentimiento. Decía Pablo que la circuncisión de la carne nada era, y que la circuncisión del espíritu lo es todo; no obstante, hemos alcanzado tales tiempos, bien lo sabe el Señor Moreno Nieto, en que la circuncisión de la carne constituye el mandamiento más importante del código religioso. Pasemos por alto el fausto de los ministros del culto, tan terminantemente condenado por Jesús, que prohibía a sus Apóstoles tener dos túnicas, tener dinero, cargar con provisiones, y que no tuvo en su muerte donde reclinar la cabeza: no resucitemos aquella máxima según la cual se preceptúa dar de balde lo que de balde se ha recibido, para aplicarlo al apostolado de nuestro siglo y comparar un cristianismo con otro. ¿Hay necesidad de mencionar estos contrastes, cuando los tiene presentes todo aquel que sepa leer, cuando cualquier persona medianamente instruida no ignora lo mucho que han contribuido a la decadencia de la fe?

Y la intolerancia religiosa, ¿la sancionaba por ventura Jesús con su palabra o con sus actos? ¿Se valía del brazo secular, de los hombres de armas, para obligar a las multitudes a seguirle? ¿Hizo derramar por su causa siquiera una gota de sangre ajena, o antes bien vertió generosamente la suya por la salvación de todos? ¿Encendió o mandó a encender alguna hoguera para destruir las herejías quitando la vida a los herejes? No; nada de esto hizo Jesús; el cristianismo es precisamente todo lo contrario: la libertad, la caridad, el amor, el perdón, las obras de misericordia. Nada de odios, nada de venganzas, nada de tormentos. Y el espíritu filosófico y la conciencia humana se han alejado con horror de ese otro espíritu que, haciéndose llamar cristiano, había instituido el tormento corporal y las hogueras de la fe para convencer a los desventurados que se permitiesen manifestar alguna duda respecto de los axiomas de la Iglesia.

Éstas, exactamente éstas, son las causas verdaderas a que se debe la presente crisis religiosa, una de las más trascendentales que registrará la Historia de la humanidad terrestre. Pecado grande ha cometido Jerusalén; por eso se ha vuelto inestable, todos cuantos la glorificaban la despreciarán, porque verán su ignominia.⁽³⁾

¿Cómo culpar a la Filosofía, cómo culpar a la conciencia sometida al crisol depurador del Santo Oficio? ¿Seríamos siquiera hombres? ¿Lo eran acaso aquellos seres degradados que denunciaban ante la Inquisición a sus amigos, a sus familiares, quizá al padre, la madre, la esposa, por una sospecha de herejía? ¡Oh! ¡Y aquellos tiempos son evocados como los del apogeo de la Iglesia, como la época más esplendorosa de la fe! ¿Por qué el Señor Moreno Nieto no mencionó nada de esto en el Ateneo, en su discurso inaugural?

A pesar de todo, no tememos que desaparezca de los dominios de la razón y de la conciencia la religión cristiana; por el contrario, creemos que prevalecerá sobre todos los cultos, porque es la única religión del deber y de la fraternidad universal. Diga lo que quiera el Señor Moreno Nieto, el movimiento que se lleva a cabo ante nuestros ojos no es un completo desviarse de lo divino cristiano; antes bien se trata de un desviarse de las absurdas creencias añadidas después de Jesús al cristianismo puro. La indiferencia y la incredulidad de hoy constituyen el puente entre las creencias dogmáticas del pasado y las creencias racionales del porvenir, que la ciencia fecundará con sus efluvios benéficos. ¿No es ella la luminosa irradiación de esa inteligencia suprema que palpita en todas las armonías del universo, en todas sus leyes naturales? La tempestad la fortalecerá: el oleaje barrerá la cubierta de la nave de Cristo; será necesario arrojar el pesado lastre del error, del orgullo, de las supersticiones, del mercantilismo religioso, de la hipocresía, de la intolerancia; no obstante, la calma se restablecerá, y la nave singlará victoriosa y ligera las ásperas aguas del océano⁽⁴⁾.

³ Lamentaciones de Jeremías I. 8.

⁴ El Señor Moreno Nieto, como el Señor Montero Ríos pertenecen a esa escuela conocida con el nombre de catolicismo liberal, que pretende en vano aliar el catolicismo histórico al espíritu moderno. Los católicos liberales persiguen algo imposible, por no decir absurdo, ya que, para la realización de tan monstruosa alianza, el catolicismo habría de renunciar a casi todos sus dogmas y dejar de significar lo que

III

La Ola crece

No se ganó Zamora en una hora, y no es obra de unos pocos años derribar con la palabra una institución que cuenta muchos siglos de existencia. Para las grandes demoliciones se requiere, aparte del perseverante martillar de innumerables inteligentes obreros, la lenta pero segura acción del tiempo, de ese gran demolidor, que todo lo desgasta y pulveriza, salvo aquello que jamás ha sido instituido, y que por eso mismo es indestructible e inmortal.

Sabemos esto y en sana conciencia no alimentamos la ilusión de presenciar en un brevísimo plazo cómo se sumerge y desaparece definitivamente la formidable iglesia ultramontana, ni edificamos castillos de pura fantasía creyendo en una inmediata renovación del sentimiento religioso. El ultramontanismo está irrevocablemente condenado por su corrupción, por sus infamias, por sus errores, por la aversión que despiertan sus oscuros objetivos, y está condenado a sucumbir envuelto por el progreso en su majestuosa corriente; pero aún dispone de elementos y fuerzas, no ya para recobrar su omnipotencia perdida, sino para resistir y perturbar. Un nuevo símbolo, sometido primero al gran concilio ecuménico de las ciencias y de la razón, vendrá a llenar el vacío que en la conciencia humana habrán dejado los viejos errores, los caducos dogmas, las supersticiones heredadas; pero aún la indiferencia y el ascetismo, densas nieblas de la razón y del sentimiento surgidas de los antiguos caudales religiosos interceptarán durante algún tiempo la luz de la nueva fe.

¿Tendremos, pues, que renunciar al legítimo deseo de asistir en nuestro siglo a la desaparición del despotismo teocrático, verdugo de las conciencias, hijo espurio del cristianismo, y a la dulce, a la consoladora esperanza de saludar la primavera de una civilización expansiva, armónica, fundada en la libertad, en la justicia, en la fraternidad humana; a la fe racional que emana de la

siempre ha significado. Con su eclecticismo no logran sino hacerse sospechosos a los liberales y repulsivos a los genuinos católicos históricos, que son los ultramontanos.

contemplación científica del universo, que nos impele a doblar las rodillas y a besar la mano de Dios en la infalibilidad de sus leyes, en la magnificencia de sus obras? No, ciertamente.

Casi todo el trabajo de demolición ya está hecho: los cimientos del catolicismo convencional de la escuela ultramontana están totalmente minados, y con un supremo esfuerzo por parte de los amantes de la verdad la torre babilónica puede caer reducida a escombros, sobre los cuales abrirá profundos surcos el arado de la civilización, de la fecunda civilización hija de la Filosofía y de la conciencia libre. Desde Orígenes y Sirio hasta Focio, desde Focio hasta Lutero, desde Lutero hasta la Enciclopedia Francesa, desde la Enciclopedia hasta el racionalismo de nuestros días, el seudo cristianismo, mezcla informe de religión, de Filosofía y de política, ha tenido siempre frente a sí a ilustres genios para combatirla y resquebrajar su tenebroso dominio. Fue la perpetua cruzada de la razón contra la perpetua opresión del pensamiento. Y la ola que barrerá y sepultará en los abismos a la flota ultramontana ha ido creciendo con los siglos, colmada de maldiciones y engrosada con la sangre de miles y miles de víctimas y mártires.

El siglo XIX parece estar designado por la Providencia para que en él se consume la gran ruina de todo un sistema religioso que ha tenido su razón de ser en la ignorancia y atraso moral de las épocas pasadas. No es esta una afirmación gratuita, expresión infundada de un deseo; es el anuncio de un acontecimiento de cuya proximidad ninguna conciencia duda. ¿Qué ha sido de aquel poder incontrastable de la secta ultramontana, aquella decisiva influencia suya en la política de los estados, aquel despótico dominio suyo sobre las costumbres, aquella indiscutible infalibilidad suya en la declaración del dogma? De ello solo queda un pálido reflejo; y muy pronto, a juzgar por la secuencia lógica de los acontecimientos, solo quedará su memoria, para maldecirla como el mayor de todos los crímenes históricos, como la de una gran miseria social, especie de asquerosa lepra moral que ha contagiado a todas las conciencias, sometiéndolas a una angustiada desesperación o a vergonzosa servidumbre. El ultramontanismo será, en el futuro, la raza judía de la nueva civilización; pueblo trashumante que, llevando en la frente el estigma de la reprobación, del desprecio universal, en vano esperará la venida del Mesías restau-

rador de su infalibilidad y antiguo poderío. Hubo un tiempo en que su fuerza era superior a la de los emperadores y reyes; en que su espíritu era el único que informaba las costumbres; en que sus dogmas determinaban, a la Filosofía y a todas las ciencias, la pauta de su desarrollo; hoy vive de limosna, de la protección interesada de los gobiernos, sin la cual la ciencia destruiría el dogma y la conciencia humana el yugo teocrático. La ola de indignación de los pueblos crece amenazadora; si la nao ultramontana flota todavía sobre las aguas, es porque la remolcan los poderes públicos, que aún no consideran oportuno dejarla abandonada a sí misma, a merced de la tormenta.

La iglesia ultramontana en nuestros días es una institución anacrónica; es el inmovilismo religioso en medio del movimiento, del vapor, de la electricidad; es el firmamento teológico de cristal, pretendiendo recobrar la perdida posesión del cielo, que le fue arrebatada por millones de mundos descubiertos por la ciencia, enemiga terrible de la Teología dogmática. Pero el vapor y la electricidad del pensamiento emancipado triunfarán sobre la inercia religiosa y los mundos y las humanidades se apoderarán del universo pese a la leyenda adámica y a la menguada creación teológica. ¿Quién puede dejar de sonreír cuando oye asegurar con circunspección teológica que Dios ha entregado a cierto hombre el monopolio de la Providencia, a él que ha asegurado haber recibido directamente las llaves del cielo y de los abismos? ¿A quién pueden persuadir con la indigesta, la irracional jerigonza de que para ver con claridad las cosas espirituales es necesario cerrar los ojos del espíritu? Medítese en lo que el ultramontanismo ha perdido en los últimos treinta años, su actual notoria decadencia, la importancia de sus reveses políticos, el descrédito en que van cayendo sus enseñanzas, la frialdad con que la conciencia pública acoge, tanto sus impotentes amenazas, como sus ridículas promesas; téngase también en cuenta que el buen sentido de los pueblos lo señala como causa de las discordias civiles y de las agitaciones incesantes que turban la paz de los estados, entorpeciendo la marcha ordenada del progreso; y se comprenderá que con lo que resta de siglo hay tiempo de sobra para que podamos presenciar los últimos momentos de su imperio. Ahora se vive muy apresurada-

mente, a juzgar por la rapidez con que se suceden los acontecimientos, cada lustro vale por un siglo.

¡Oh, iglesia ultramontana, de los dogmas absurdos, de la intolerancia feroz, del comercio sacrílego! ¿Todavía alimentas la soberbia pretensión de uncir una vez más las sociedades al yugo de tus errores? Tu sed de dominio y de riquezas es inextinguible; no obstante, el mundo te ha conocido, y el día de tu poder declina rápidamente. Has erigido tu trono sobre la ignorancia; pero la ignorancia ha sido vencida por los rayos de luz que irradia la ciencia: la razón humana se hace dueña de sí misma, avergonzándose de su largo cautiverio.

Se pregunta maravillada cómo ha podido dar crédito a la palabra de esos hombres, que predicando la pobreza se hacen ricos, recomendando la humildad son orgullosos; predicando amor y paz, avivan los odios y las guerras; ostentando ser fieles discípulos de Jesús, constituyen la contradicción viva de la moral evangélica. Ellos quieren nivelar con la fe ciega el abismo que los separa del cristianismo; pero este abismo se hace cada día más profundo, y ya no hay ignorancia ni fanatismo que basten para rellenarlo. Los fanáticos pasan en masa al campo de los escépticos, toda vez que los hombres pensantes se agrupan para derribar los ídolos, para denunciar los fraudes, para oponer a los dogmas de la Teología los de la Naturaleza y la razón, que han de ser los fundamentos de la Iglesia universal.

Ha sonado la hora de romper los moldes de las antiguas aberraciones, sustituyéndolas por los que la Filosofía y las ciencias nos vienen proporcionando. Se acentúa en tal sentido una evolución que no puede pasar desapercibida, por poco que se extienda el movimiento intelectual y moral de nuestra época. En el seno de las familias, en las tertulias, en los círculos ilustrados, en los ateneos científicos, donde quiera que se reúnan personas estudiosas y se comuniquen sus ideas y observaciones, se hacen eco, ya sea de las grandes enseñanzas de la Historia como de las necesidades y aspiraciones humanas; en todas partes, como si un espíritu invisible asociase en un mismo pensamiento a todas las inteligencias, la actual crisis religiosa es uno de los temas preferidos, y el que provoca las más frecuentes y disputadas discusiones. A su vez, la prensa de todos los matices, ese nuevo poder de las modernas so-

ciedades, órgano de la opinión, barómetro de la cultura y del progreso, llama a juicio a la fe y a la tradición; y reflejando fielmente el estado de los ánimos, certifica la necesidad de una renovación en las creencias que venga a poner término al inmoral tráfico de las mercancías espirituales. Miles de libros entregados a la voracidad del libre examen, en los cuales se dilucidan todos los problemas de la Filosofía religiosa, avivan en las almas el deseo de estudiar la Naturaleza para encontrar en ella la clave de los destinos humanos. Confiemos en ese movimiento regenerador, en esa agitación incesante de los espíritus. La inercia es la enfermedad y la muerte; el movimiento es la salud y la vida. Asistimos a la génesis de una transformación moral que ha de ser el punto de partida de una nueva civilización.

¿Quién no se admira al considerar las modificaciones realizadas en este siglo? ¿Quién puede dudar de que atravesemos un período de rápida transición? ¿Quién no antevé que la humanidad sembrará en un mundo nuevo, se nutrirá con otros alimentos, acariará otras ideas, fundará otras instituciones, sustituirá por otros más perfectos los viejos organismos sociales? Sonriamos con la esperanza de que muy pronto el racionalismo cristiano llegue a iluminar todo el mundo y de la iglesia ultramontana no quedará piedra sobre piedra.

IV

La savia del Cristianismo

1

La República Romana, herida de muerte bajo el dominio de Julio César, el vencedor de Pompeyo, acababa de sucumbir ahogada entre los brazos vigorosos de Augusto, el vencedor de los republicanos Bruto y Casio y de los triunviros Lépido y Marco Antonio. La nación soberana, que había masacrado con el carro de sus triunfos e impuesto su yugo a todos los pueblos de la Tierra, se postraba a su vez como humilde esclava a los pies de un mancebo, sumiso, a lo que parece, a las más leves insinuaciones del Senado. Una modificación radical se operaba en la organización política de aquel gran pueblo, y sobre las viejas instituciones de una república tirana e invasora se erigía un imperio robusto y varonil desde sus primeros días, ya que el vencedor de Julio César, con su espada, había hecho de todo el antiguo continente una sola provincia, cuya metrópolis era Roma, y Augusto pacificaba con su moderación y genio organizador los países conquistados, inaugurando en ellos un período de bienestar y prosperidad que sus sucesores no sabrán continuar.

Sin embargo, semejante modificación de instituciones políticas, aunque esencial en la forma, no alteraba en la base la manera de ser de aquellos pueblos. Se había levantado un edificio nuevo sobre cimientos desgastados. Era un injerto joven y pujante en un tronco vetusto y carcomido. El mundo necesitaba algo más que una mera transformación en la organización de los poderes públicos, porque el mal que lo minaba y corroía no estaba tanto en la superficie como en la sangre, como en las entrañas de aquella generación corrompida y depravada. En vano el joven Imperio recogerá del fango la autoridad prostituida, en vano cercenará los derechos y fueros populares y las cabezas turbulentas; en vano también llevará a los más remotos climas sus aguerridas legiones, para que el estruendo de las armas haga olvidar la libertad perdida y el prestigio pregone a los cuatro vientos la gloria de la orgullosa

Roma: todo esto es en vano; por que la gran familia humana tenía el corazón gangrenado y el Imperio continuaba las tradiciones y los vicios sociales que venían desde hacía mucho hiriendo los sentimientos, las costumbres y las creencias.

Las civilizaciones romanas, imperfectas desde su nacimiento y principio, y corruptoras después, a medida que ensanchaban sus fronteras conquistando cada día nuevos países, precipitaban con la lepra de sus vicios la decadencia de la antigua sociedad. Era una civilización ruidosa por el fragor de los combates, brillante por la elocuencia de sus oradores y por el fasto de sus ciudadanos, dominadora por el derecho del más fuerte y sensual por el epicureísmo, de puertas abiertas a un politeísmo brutal.

La inmoralidad y el libertinaje reinaban en el Olimpo, entre dioses, señores, libertos y esclavos. Cada apetito tenía un altar y cada pasión un templo; y si un vestigio de pudor erigía altares a una divinidad protectora de las virtudes, los profanaba la corrupción general o entonces permanecían olvidados y solitarios. El fanatismo ofrecía holocaustos humanos en los templos; y doncellas y matronas se divertían en los circos mirando la arena teñida con la sangre del gladiador o con los restos todavía con vida de algún mísero esclavo, entregado a la voracidad de los leones y al bárbaro disfrute popular.

Y ¿qué principio regenerador podía la antigua sociedad oponer a esas causas disolventes, a esas enfermedades morales que paralizaban sus fuerzas y aceleraban su descomposición y muerte? ¿Había en sus entrañas algún germen, latente aún, que conservase la virtud necesaria para restablecer y reforzar las aptitudes morales de aquellas generaciones, ardía en su mente alguna idea salvadora entre tantas aberraciones que la envilecían y perturbaban, existía un pueblo virgen en medio de la prostitución, creyente en medio del escepticismo y del fanatismo, virtuoso en el centro de la relajación universal de las costumbres, fuerte y robusto en el seno de una sociedad impotente y decrepita, pueblo del cual pudiese arrancar el principio de una nueva era de luz, de prosperidad y de gloria?

Más allá, en Asia, cuna de la humanidad histórica, y en su parte occidental, en Palestina, vivía un pueblo que, pese a estar sometido al yugo de los Césares, se regía y gobernaba por leyes

propias, habiendo sabido preservar sus costumbres y creencias de la influencia invasora que ejercía la capital del mundo sobre todas las naciones hasta donde alcanzaba su poder. Aquel pueblo era el judío, con sus costumbres, con sus tradiciones, con su Teología, con su templo, con su Dios, en una palabra, con su civilización especial de quince siglos, refractario por completo a la civilización pagana, que amenazaba absorberlo. Ya en la prosperidad, ya en la desgracia, triunfante hoy, subyugado mañana, tiranizado por los egipcios, humillado por medianitas y filisteos, llevado de aquí para allá en la esclavitud, oprimido por babilonios, asirios, caldeos, persas y griegos, había demostrado al mundo que, si bien podía ser vencido y encarcelado, poseía una firmeza inquebrantable de carácter, en cuya virtud veía transcurrir los siglos en la esclavitud, manteniendo sus tradiciones y esperanzas, sin descomponerse con los rigores del destierro ni mezclarse jamás con sus dominadores.

¿Será, pues, la civilización hebraica la llamada a triunfar sobre las naciones, el rito mosaico la savia regeneradora de las sociedades, y el pueblo judío el pueblo típico de la Tierra para la renovación moral de los demás? No, ciertamente. Aunque basada en la unidad de Dios, y por consiguiente superior a las prácticas politeístas de los otros pueblos, la civilización hebraica es, como la romana, la civilización del fasto, de la conquista, del odio, de la esclavitud y de la voluptuosidad. Yahvé es el Júpiter atronador de los paganos y el Dios de los ejércitos de Israel es el Marte de la teogonía griega. Los holocaustos humanos aplacaban las iras del Dios de la casa de Judá, tal como detenían la fuerza de las deidades del Olimpo. El pueblo judío, en la larga y trabajosa serie de sus invasiones y conquistas, había tratado con fiereza a los vencidos, borrando de la faz de la Tierra naciones enteras a hierro y fuego, exterminando con su furor no solo a los soldados enemigos, sino a sus ancianos, niños y mujeres. Dirigido por sus jueces, acaudillado por sus reyes e impelido por sus sacerdotes, se consideraba el instrumento de las divinas venganzas y el elegido de Dios para subyugar la Tierra y poseerla. Cesó de invadir y de exterminar cuando se volvió débil y sus enemigos se hicieron poderosos.

Con la llegada del Imperio, el pueblo judío no era sino el esqueleto de un gigante y sufría la suerte de las naciones que han entrado en el último y crítico período de su humillación y decadencia. Su importancia social y política era nula; y si aún subsistía como nación hasta cierto punto independiente, lo debía no a la virilidad de su organización, sino a la liberalidad o al orgullo de los Césares, que gustaban de tener a reyes como vasallos y a naciones como provincias. Únicamente compasión inspiran los descendientes de Jacob: su poderío ha quedado reducido a una vergonzosa impotencia. Ni sus leyes ni sus creencias se irradian fuera de los estrechos límites de Judea. Pueblo salido de la nada, vuelve rápidamente a la nada, después de agotada su fecunda actividad y cumplida su providencial misión.

No. Tampoco es la civilización hebraica la que puede tomar la causa de las corrientes humanas, que vertiginosamente se precipitan en los abismos de la indiferencia, del odio, de la hipocresía y de la iniquidad. El pueblo judío es, como el romano, un pueblo degenerado, fluctuante. Aparentemente estricto observador de sus tradiciones religiosas, pero en realidad carente de fe y apegado a la sensualidad y al egoísmo. Belicoso en tiempos de pujanza, ya que no puede disputar a los romanos sus conquistas, agota sus propias fuerzas en estériles querellas de carácter religioso acerca del sentido de las Escrituras, promoviendo cismas y sectas que aumentan poco a poco su debilidad interior. Trabajado por el fariseísmo, cuyos numerosos prosélitos hacían consistir, como los modernos ultramontanos, toda la perfección espiritual en vanas apariencias, al mismo tiempo en que sigue considerándose el electo entre los pueblos se sirve de la religión para encubrir sus abominaciones. ¿Cómo ha de poder este pueblo servir de punto de partida para la regeneración del mundo, exhausto como está de todo germen de hombría y de virtud?

Tampoco esperemos que venga de otras civilizaciones y de los más lejanos confines el primer impulso regenerador. África, en su vasta extensión no sujeta a la espada del Imperio, se agita en la oscuridad y la barbarie; si en Asia brillan dispersos destellos de civilización, éstos se pierden en la espesa bruma del fatalismo y la ignorancia. América aún dormirá un sueño de quince siglos hasta que nazca un genio llamado a arrancarla de los secretos del

océano. ¿Estará pues la humanidad condenada a la ruina, por su corrupción?

Los pueblos desaparecen, las sociedades se funden, las civilizaciones tienen su ascensión y su ocaso; no obstante, la humanidad subsiste perpetuamente, entregada a la ley de las transformaciones, que constituyen el crisol de su depuración y de sus necesarios desarrollos. De las ruinas de un pueblo, de las cenizas de una sociedad, de las escorias de una civilización, surge una nueva civilización, una nueva sociedad, otro nuevo pueblo, con toda la virtualidad necesaria para el cumplimiento de los más atrayentes fines. El género humano, en el primer período de su existencia terrena, tuvo que llevar, como la larva, una vida de instinto grosero y material, para convertirse, encabezando el segundo período, en simple crisálida, ahogado por sus pasiones y limitado en la mazmorra de su ignorancia y en la miserable esclavitud de sus vicios. Pero la oscura crisálida se convertirá a su vez en ligera mariposa y, liberada de su asfixiante capullo, elevará su vuelo a las regiones de la libertad y de la luz, ganando en hermosura y felicidad en cada una de sus fases.

La humanidad, en el momento histórico del nacimiento del Imperio, había llegado al último período de la segunda de sus esenciales metamorfosis. Encerrada en el grosero capullo de sus liviandades, islas de su ignorancia y orgullo, tiene necesidad de aire y luz; aire para la renovación de sus fuerzas y luz para que pueda conocer sus funestos extravíos. Aún no habrán sabido los hombres aprender que por el camino de las invasiones llegan a la esclavitud; se acechan pérfidamente con el objetivo de usurparse unos a otros los derechos más sagrados. Todavía no comprenden que la comunidad de origen los hace a todos iguales por naturaleza; luchan por destruirse, raza contra raza, secta contra secta, pueblo contra pueblo, como si el destino del hombre sobre la Tierra fuese devorar o ser devorado y la humanidad una horrible confusión de víctimas y verdugos. Aún no han presentido las dulzuras del amor, ni han adivinado que todos, sin una sola excepción, son hermanos; el egoísmo y el placer constituyen la balanza de las acciones individuales y de los movimientos colectivos. Para adivinar los puros goces de la fraternidad universal, para conocer la gran justicia de la igualdad de los derechos, y para aprender que la

libertad es la salud del cuerpo y la vida del espíritu, falta un rayo de sol que con la pureza de su brillo y la suavidad de su calor despierte los entendimientos y fecunde los corazones. Rompa las tinieblas el sol benéfico de la verdad y del sentimiento, para que la oscura ninfa despliegue sus alas, dichosamente transformada en alegre y activa mariposa.

Adoradores de divinidades obscenas y brutales, derramad en el fuego sagrado de vuestros altares los últimos granos del nauseabundo incienso: discípulos de Epicuro, apurad en lúbricas orgías las heces de la moral del placer: fariseos hipócritas, esmerad bien el manto de vuestras apariencias para seducir al pueblo y explotarlo un día más en sus creencias religiosas: escribas, doctores, levitas, añadid la postrera interpretación al sentido de la Escritura, para que se levante otra secta más, un nuevo motivo de discordia y división en el seno de la sociedad judaica: apresuraos todos a corromper y a perturbar, porque va a sonar la hora en que la humanidad sacudirá el yugo de vuestras falsas prácticas y de vuestras enseñanzas corruptas. Es menester que el linaje humano se salve, y se salvará, porque lo necesario sucede irrevocablemente. La humanidad es hija de Dios y Dios no permitirá, en su omnipotente amor, la perdición de su hija. Descenderá del cielo la verdad que abrirá la puerta del entendimiento humano y la dulzura del amor suavizará la dureza del sentimiento.

Queriendo Augusto conocer el número de hombres sometidos a su autoridad en el Imperio y en las provincias tributarias, había mandado llevar a cabo un censo general. En cumplimiento del edicto imperial, un hombre y una mujer, de modesta condición, caminaban en dirección a la ciudad de Belén a fin de inscribirse en el censo; pero antes de llegar al término de su viaje le sobrevinieron a la mujer los dolores de parto y en una humilde choza, sin otro auxilio que el de su esposo y sin otro amparo que el de Dios, dio a luz a un hermoso niño. Una estrella, precursora de la regeneración del linaje humano, brilló en aquel instante por los lados de Oriente.

Acababa de nacer el predestinado de los tiempos, el redentor de los hombres, Jesucristo.

2

Treinta años permaneció Jesús oculto antes de dar comienzo a la santa predicación de una doctrina nueva, que habría de derribar los altares de los antiguos dioses para sustituirlos por otro altar, no hecho de mármoles ni maderas raras, sino de puro y espiritual sentimiento. Hijo de padres humildes, de pobres artesanos que necesitaban del fruto de su trabajo manual para una subsistencia honrada, con ellos compartía las fatigas de un oficio oscuro, mientras iba madurando el vastísimo plan de modificar radicalmente la faz del mundo y salvar a la humanidad del libertinaje y de la ignorancia que pesan sobre ella como gruesa losa. En aquellos olvidados rincones de Nazaret germinaba la semilla de la regeneración humana, y desde allí habría de brillar la chispa destinada a producir un incendio purificador universal sobre todos los pueblos de la Tierra.

La luz de las sagradas lámparas que ardían junto a los altares de las divinidades helénicas, que eran las divinidades del colosal imperio de los Césares romanos, empezaba a vacilar y a palidecer ante el brillo cada vez más intenso de otra luz más poderosa, la del entendimiento, la de la razón humana que se emancipaba poco a poco de las espesas brumas del fatalismo y del terror.

Mientras los ídolos se tambaleaban en sus desgastados asientos por el impacto de la Filosofía invasora, y el fariseísmo judaico pugnaba inútilmente por mantenerse y prevalecer sobre las ruinas de la tradición mosaica, todas las creencias zozobraban en el turbulento mar de las pasiones ilimitadas, del utilitarismo, de la perversión y de los vicios de aquella época. Se disolvía la civilización antigua; se desmoronaba la vieja sociedad sin estrépito y sin gloria, como un edificio en ruinas que va cayendo lentamente, carcomido por la acción demoledora de los siglos.

Vacías las conciencias, exhaustos los corazones de virtudes y de fe, la religión no era otra cosa más que un conjunto aparatoso de formas artificiales, con el cual procuraban disimular la carencia casi absoluta de moral. Cinco siglos antes ya había notado ese vacío y entrevisto los medios de llenarlo para el bien de la humanidad, Sócrates, filósofo griego que ejerció notable influencia en todos los filósofos y escuelas filosóficas moralistas posteriores. Él

y su discípulo Platón, conocedores profundos de los males de su tiempo, vieron que la religión era algo más que el tributo de adoración de la criatura al Creador: era la máscara hipócrita con que se pretendía encubrir la corrupción y el sensualismo. Quisieron, pues, espiritualizar las creencias, haciendo del alma humana el principio y el objeto de toda filosofía, y de la Divinidad el fin de toda aspiración humana. Sin embargo el terreno no estaba preparado para recibir la semilla salvadora. Aún habría la humanidad de enfangarse durante largo tiempo en el seno de sus liviandades y en la inmundicia de sus groseros deleites, para llegar a hacerse más sensible a la necesidad de regeneración y que los pueblos abriesen sus oídos a la verdad y sus ojos a la luz. Sócrates fue obligado a beber cicuta como desagravio a las absurdas creencias dominantes y Platón esperó en vano la aurora del nuevo día.

Al llegar Jesucristo, el amado no estaba en condiciones de ofrecer frutos de la verdad, pero sí de recibir la semilla. Por eso todas las creencias dudaban y la confusión religiosa agitaba los ánimos inquietos, que habían de volverse fácilmente hacia donde quiera que surgiese un rayo de sol que iluminase los desiertos de la conciencia.

Tropezaría la nueva idea con obstáculos aparentemente insuperables; suscitaría tempestades de persecución y de ira; tendría que trabar constantes batallas contra las tradiciones, contra las costumbres, contra los intereses seculares creados a la sombra de antiguos principios; no obstante, como por encima de aquellos intereses, costumbres y tradiciones está la necesidad de conservación, y todas las sociedades la sienten, y además por ella, providencial o instintivamente, sacrifican cualquier otra necesidad, llegaría en el último día el momento en que la nueva idea, triunfante frente a todos sus enemigos, se apoderase de los entendimientos más refractarios a las innovaciones y al progreso.

No se ocultaba a la clarísima inteligencia de Jesús, que vino a la Tierra en cumplimiento de las profecías para redimir con su doctrina a la humanidad desgarrada, el estado moral de las sociedades de su tiempo. Desde su oscuro retiro de Nazaret seguía el movimiento del mundo y lleno de amor por sus hermanos lloraba en silencio las veleidades de los hombres; con todo, no quiso comprometer por precipitación o liviandad el resultado de la gran

obra cuya primera y fundamental piedra habría de colocar con sus divinas enseñanzas. Nada menos que treinta años tardó en meditar y prepararse para la lucha, como si hubiese querido manifestar que todas las fuerzas que al espíritu y al cuerpo presta la edad viril habrían de serle necesarias.

Sonó por fin la hora fijada en los supremos consejos para la rehabilitación de los hombres. Sale Jesús de Nazaret, de la oscuridad, del silencio, de la meditación, del sosiego y de los afectos de su hogar, para entregarse por entero al ministerio de la palabra, a la enseñanza pública de la doctrina redentora, al desarrollo práctico del plan divino que ha de transformar el mundo, a la agitación y a los peligros que trae consigo la lucha franca de la verdad contra el terror, al sacrificio de sí mismo en aras del amor hacia los demás y por la salvación de todos. Cruzará el escenario de la vida pública como un meteoro fugaz, desapercibido para la casi totalidad de los hombres de su tiempo: algunas personas del pueblo, pocos en número, adivinando su misión, lo creerán un Profeta y lo llamarán Mesías; los sabios del siglo y los escépticos lo confundirán con chiflados y visionarios, dignándose concederle únicamente una burlona mirada de compasión; los sacerdotes lo tomarán por instrumento de Belcebú y todos aquellos condenados por la severidad de sus doctrinas le llamarán impostor, mago, corruptor de las costumbres y de las antiguas creencias y agente sedicioso de los enemigos del César. No logrará agrupar en torno a sí, para la divulgación de la buena nueva, más que a una docena de hombres del pueblo, pobres y humildes como él, sin nombre, sin instrucción, sin influencia; y además, de los doce, el mayor y más dedicado lo negará tres veces, otro lo venderá a los sacerdotes, sus enemigos a muerte, y todos se dispersarán al soplo de la persecución, dejándolo abandonado en el día de la tormenta. Pero no importa. Nada de eso había escapado a la previsión de Jesús: él sabe cuán ineficaces han de ser por ahora su abnegación y sacrificios; que ni siquiera los suyos lo conocerán y lo recibirán; que sus enseñanzas provocarán las iras de la hipocresía y del orgullo; que el vanidoso pueblo lo saludará hoy como salvador, para llevarlo mañana a la ignominia de la cruz; tampoco ignora que hay un tiempo para la siembra y un tiempo para la cosecha, y que para hacer fe-

cunda la semilla de la nueva fe tendrá que regarla con su propia sangre.

He aquí por qué, desde su salida de Nazaret, ni una sola vez sus labios dejan escapar la más ligera sonrisa. Su semblante y sus palabras revelan continuamente la tristeza que había en su corazón. La nube de su rostro se disipa únicamente cuando su espíritu venturosamente arrebatado se desprende de la tierra para ir al encuentro del cielo, desde donde, dominando los tiempos y vislumbrando el futuro, cuenta las generaciones y los siglos y contempla el árbol de la vida derramando grata y salvadora sombra sobre todos los pueblos, confundidos en uno solo por la adoración y por el amor. En estos momentos de inefable y divino éxtasis, en que el sentimiento lo arrebatara por completo, su alma salva rápidamente las distancias que lo separan de aquella feliz edad, término remoto de sus presentes deseos, en que ni en el monte ni en Jerusalén se adore al Padre, sino con la adoración verdadera del espíritu, y reinen entre los hombres la fraternidad y la virtud. ¿Qué significan para Jesús en aquellos momentos las amarguras de su vida?

Gloriosos recuerdos de una abnegación heroica, armónicos ecos de una existencia enteramente consagrada al amor, y dulces memorias de un pasado de redención y de sacrificio, plácidos aromas de una flor en cuyo cáliz bebió la humanidad el delicioso néctar de la vida. Sin embargo, si durante estos paréntesis de arrobamiento y de profecía se vislumbra en su rostro y brillan en su mirada la felicidad y el triunfo, nuevamente las lágrimas empañan el brillo de sus ojos y la tristeza turba su rostro divino cuando, nuevamente vuelto a la desconsoladora realidad que lo rodea, prevé las dificultades con que habrá de luchar su doctrina, y los muchos siglos y generaciones que habrán de sucederse antes de que llegue la época de la siega, y la humanidad tome posesión, por méritos propios, de la venturosa Tierra Prometida.

De suerte que la reformadora misión a que consagró Jesús todas las fuerzas vivas de su espíritu durante los tres años de enseñanza pública del Evangelio, que fueron los últimos de su vida, termina con un acto de incomparable abnegación, consumado en lo secreto de su voluntad, en el santuario de su alma, en el arca sellada de sus celestiales conceptos y en la purísima fuente de sus sentimientos de amor.

Porque, saber que toda la energía de sus palabras y de sus deseos habría de ir al encuentro del ridículo, la hipocresía, el escepticismo y la ignorancia, saber que habría de ser la burla y el objeto de las iras de aquellos mismos a quienes se proponía regenerar y salvar y, no obstante, vencerlo todo, ridículo, burlas, persecución y martirio, a fin de que en tiempos todavía remotos fructificase la semilla evangélica y pudiese la humanidad salir del Egipto de su ceguera y de sus miserias, eso sí es abnegación, y tan grande que solo es posible concebirla en quien, como Jesús, se hubiese olvidado de sí mismo por completo para únicamente acordarse de la felicidad de los demás. La abnegación es el primer principio de la semilla cristiana: en los párrafos que siguen la veremos alimentarse del amor y echar profundas raíces por la virtud del sacrificio, tres palabras que, como los tres atributos, se completan y recíprocamente se explican, constituyendo juntas y por separado la savia del cristianismo primitivo, la única que tiene la virtud necesaria para que el árbol eleve majestuosamente su copa hacia el firmamento y cubra bajo su espléndida ramada a todos los pueblos de la Tierra.

3

En cumplimiento de las profecías y para preparar la abolición de una práctica repugnante de la ley, así como para predisponer los ánimos a la aceptación de la moral evangélica, antes de Jesús apareció Juan, hijo de Zacarías, bautizando con agua y predicando al pueblo el arrepentimiento. Había así de dejar sin efecto la antigua ley en todos aquellos preceptos hijos de la grosería y de la ignorancia de los tiempos, y Juan mostraba con este propósito el camino, borrando suavemente con el agua del Jordán la mancha de la circuncisión, que era, por decirlo así, la iglesia de Moisés. El mismo Jesús, dejándose bautizar, autorizó la nueva ceremonia, y desde aquel instante quedó abolida la inmoral circuncisión, y fue reconocido el bautismo como el sello propio de la Iglesia que venía a establecerse sobre la base de las enseñanzas de Cristo.

Sin embargo, el bautismo de agua del Precursor no era sino una figura del bautismo de redención, resumen del Evangelio.

“En verdad yo bautizo con agua, decía Juan; pero otro vendrá que lo hará con el Espíritu Santo y con fuego”, es decir, en virtud y amor.⁽⁵⁾ Juan, con el bautismo del cuerpo por medio del agua, abolía una práctica vergonzosa; y Jesús, con el bautismo espiritual, venía a sustituir las aparatosidades externas del culto mosaico por el verdadero culto del corazón, por la adoración interior del espíritu, despojada totalmente de vanidad y de hipocresía. Ya era tiempo: todos los cultos de la Tierra tendían a mistificar la conciencia y la moral, a fin de perpetuar la ignorancia, embrutecer a la humanidad, matar el escaso sentimiento religioso que germinaba lentamente en los corazones de los pueblos. Urgía abolir las ceremonias y realzar la religión; destruir el fanatismo y dar base firme a las creencias; borrar los gestos exteriores que materializaban la adoración, y enseñar a las gentes que no es la ostentación llena de aparato el homenaje grato al Creador, sino el ejercicio constante de la virtud y la práctica del bien. He aquí por qué no veremos a Jesús predicando el culto mosaico, ni estableciendo otro nuevo: poco le importaban las fórmulas externas, y si a veces echaba mano de ellas era para poner de manifiesto su insuficiencia y la necesidad de una religión verdaderamente espiritual. Oigámosle en el admirable Sermón de la Montaña, que fue como la siembra de todas sus posteriores prédicas, y habremos confirmado esta verdad.

Es espíritu en su todo, así como sentimiento y corazón: nada de sacrificios, nada de ofrendas, nada de demostraciones externas. Jesús no exige, para alcanzar la perfección cristiana, otro sacrificio más que el del orgullo y de las malas pasiones, ni otra demostración visible más que la justicia de las obras. ¡Cuán visible es que cada una de sus palabras emana de la inspiración divina! ¡Cuán bella, cuán dulce, cuán espiritual es la religión que brota de sus labios! Al leer el sermón de las Bienaventuranzas, nos parece ver a Jesús sobre el monte, extendiendo sus brazos, queriendo abrazar a toda la humanidad regenerada. Desde entonces domina con su mirada profética el presente y el futuro de los pueblos: mide los tiempos; lee la historia de las generaciones; escucha el fuerte ruido de los combates, obra de la ambición, del fanatismo y del

⁵ Mateo III, 2.

odio; penetra en los palacios de los poderosos; contempla las suntuosas basílicas, en las cuales el pueblo ha juntado sus tesoros, el genio sus deseos y el arte sus bellezas y sus formas; vislumbra la gran familia humana dividida en razas, en iglesias, en sociedades enemigas unas de otras; y bajando por último hasta los individuos, observa sus caminos, descubre sus miserias y sus virtudes y exclama:

Bienaventurados los pobres de espíritu: los que no ponen sus sentidos en las riquezas de la tierra; los que son pobres con resignación, o ricos con humildad; los que se consideran como administradores, en beneficio de sus hermanos, de los bienes que en sus manos ha puesto la Providencia; los que se juzgan con severidad y se confiesan pobres de virtudes en presencia de Dios: porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos: los que no dan guarida en su ánimo a las sugerencias de la ira; los que sufren con paciencia los golpes de la injusticia; los que tratan con dulzura y amor incluso a sus propios enemigos: porque ellos poseerán la Tierra.

Bienaventurados los que lloran: los que derraman lágrimas por sus propias faltas y por los desvíos ajenos, e imploran el perdón, contritos y humillados: porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: aquellos que buscan con ardor la justificación de su espíritu en la reforma de sus costumbres, y suspiran por ver desterrados de la Tierra el dolor y la iniquidad: porque ellos quedarán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos: aquellos que olvidan las ofensas recibidas, perdonando cordialmente a sus hermanos: aquellos que comparten el dolor y el infortunio ajenos, sintiéndolos como propios y procurando aliviarlos en la medida de sus fuerzas: porque alcanzarán de Dios la misericordia que ellos han tenido para con los hombres.

Bienaventurados los limpios de corazón: aquellos que albergan en su alma la sensibilidad y pureza de sentimiento de la inocente criatura, no dando jamás guarida a la falsedad, al orgullo o al egoísmo: porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacíficos: los que buscan, incluso con los mayores sacrificios, mantener la paz interior de su conciencia mediante el escrupuloso cumplimiento del deber y la armonía en-

tre sus hermanos por medio del buen consejo: porque estos serán llamados hijos del Altísimo.

Bienaventurados los que padecen a causa de la justicia: aquellos que son injustamente vejados, calumniados y oprimidos y sufren con paciencia los insultos y las persecuciones de que son víctimas a causa de la justicia de sus obras; porque de ellos será el reino de los cielos.⁽⁶⁾

Así empieza Jesús hablando al pueblo en el incomparable Sermón de la Montaña, con aquella elocuencia popular, ingenua, llena de naturalidad y de gracia, que compone el carácter de sus prédicas. Sus palabras constituyen la nueva enseñanza religiosa, a cuya sombra pueden abrigarse todos los hombres, todas las naciones, todas las iglesias de la Tierra, que buscan sinceramente a Dios por el camino del sentimiento de la virtud y del deber. Son la savia regeneradora del mundo; la nueva idea que ha de transformar las sociedades; la forma del principio y del sentimiento del amor y de la justicia, que ha de suavizar las asperezas y manchas de la conciencia; el sencillo lenguaje de la religión del espíritu, que ha de sustituir los cultos llenos de hipocresía y soberbia; el bellísimo ideal de la perfección, al cual deben dirigirse las aspiraciones de los hombres para llegar a la felicidad. Para Jesús, toda la religión se fundamenta en la dulzura del sentimiento, en el gusto por el bien, en las armonías de la conciencia, en la práctica de la justicia y del amor. Su código religioso es la bondad del alma y la moral en ejercicio. No es la adoración externa el vínculo místico, el homenaje, la fuerza misteriosa que nos eleva hasta las alturas divinas, sino el culto íntimo del alma, sancionado por la virtud en las obras. Jesús promete bienaventuranza, no al circunciso, no obstante haberse él mismo sometido a la circuncisión mosaica, ni al bautismo en el agua, no obstante haber recibido también el bautismo en el Jordán, ni al que ayuna, ni al que se abstiene de comer ciertos platos en determinados días, ni al que dona valiosos bienes a la iglesia en sufragio de su alma: a quienes llama Jesús bienaventurados es a los mansos, a los que lloran, a los pacíficos, a los misericordiosos, a los puros de corazón; en última palabra, a los que sienten los estímulos del bien y constantemente lo practican;

⁶ Mateo, V.

respetar todas las formas, todas las ceremonias racionales, pero no prescribe ninguna como esencial para la perfección y merecimiento del espíritu. En esta parte fue Jesús tan explícito que no dejó a la ignorancia lugar alguno para la duda, ni a la malicia espacio para interpretaciones arbitrarias o interesadas. Es cierto que a la malicia nunca le falta espacio para torcer el sentido de los conceptos que a sus propósitos se oponen; pero basta leer el Evangelio para confundir a aquellos que, quizá con objetivos mundanos, pretenden mistificar el cristianismo, haciendo de él una religión plena de ceremonias. El Sermón de la Montaña será en todos los tiempos un testimonio que inútilmente intentarán desvirtuar o hacer servir a sus propósitos.

¿Queréis formas, queréis apariencias externas, queréis ofrendas? Muy a propósito: el Evangelio no las condena, y podéis hacerlas sin contrariar los sentimientos de Cristo; pero presentadas únicamente como figuras del culto verdaderamente espiritual y como incentivo para la adoración interior, y no como condiciones esenciales para la salvación de las almas; porque en este caso estarán en flagrante contradicción con las enseñanzas del Enviado. ¿Por ventura pronuncia el Maestro una sola palabra de recompensa para aquellos que hayan efectuado las prácticas externas del culto? ¿Se acuerda siquiera de ellos al llamar a los justos a su derecha, es decir, a la felicidad inmortal? “Porque disteis de comer al hambriento, y de beber al sediento, y hospedasteis al peregrino, y vestisteis al desnudo, y visitasteis al enfermo y al encarcelado, venid, benditos de mi Padre”, dijo Jesús⁽⁷⁾. Es importante no olvidar, sino todo lo contrario, debemos tener muy en cuenta este especial carácter de que parece revestido el cristianismo en sus orígenes, que lo distingue de todas las demás religiones conocidas, por el majestuoso sello de universalidad que le imprime.

Jesucristo enarbola una bandera a cuya sombra pueden agruparse todos los hombres, incluso aquellos a quienes no ha llegado la radiante luz del Evangelio. La savia de la doctrina redentora está destinada a dar vida a todas las ramas del árbol de la humanidad. El Hijo del hombre no llama bienaventurado ni sitúa a su derecha al que se titula católico, judío, cristiano o ateo, sino a aquel

⁷ Mateo, XXV.

en cuyo corazón ha germinado la semilla de la virtud y en cuyas obras resplandecen la justicia y el amor. Y no podría ser de otra manera. ¿No sería sino una monstruosa blasfemia suponer que Dios absuelve o condena por motivos puramente accidentales, independientes en todo de la libertad individual? ¿Por acaso es libre y voluntario el acto de nacer en este o en otro país, en esta o en otra iglesia? Y si no lo es, ¿en qué fundamento de justicia se apoyaría el premio o el castigo del judío o del mahometano, por ejemplo, simplemente por el hecho de ser mahometano o judío? Indudablemente en ninguno; y por esta razón nadie es interrogado en el tribunal de la justicia infalible por su filiación religiosa, sino por la filiación de sus obras y sentimientos.

Algunos exclusivistas interesados pretenden que esto es igualar a todas las religiones y rebajar el cristianismo al nivel de las demás.

¡Cuán parca es la idea que hacen del cristianismo! O mejor, ¡cómo explotan la ignorancia de unos, la buena fe de otros y la aquiescencia ciega o maliciosa de todos! ¿Somos nosotros, los que tomamos y aceptamos el cristianismo tal como Jesús lo predicó, quienes lo rebajamos al nivel de las otras religiones, o son aquellos que, despojándolo de la universalidad, que es su carácter o cuño peculiar, lo rebajan hasta convertirlo, no en una religión, sino en un culto, no en iglesia universal, sino en un miserable templo de piedra donde exclusivamente caben unas pocas decenas de sectarios? El catolicismo oficial, el islamismo y el judaísmo son cultos instituidos por los hombres, y dentro de ellos tan solo caben los católicos, los mahometanos o los judíos: el cristianismo es la religión eterna, instituida por Dios desde el principio de los tiempos y en él caben todos los hombres de buena voluntad, sea cual fuere su nombre, su patria o el culto a que por circunstancias accidentales pertenezcan. Por eso dijo Jesús⁽⁸⁾ que vendrán muchos de Oriente y del Occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos.

⁸ Mateo, VIII, 11.

4

El Sermón de la Montaña está constituido enteramente por espíritu democrático: es la expresión más pura de la igualdad, derramándose como bálsamo consolador sobre todos los desheredados, sobre todos los afligidos y oprimidos, siendo la condenación más categórica de todas las tiranías y todos los privilegios. La palingenesia cristiana aparece en su origen rompiendo las cadenas del esclavo, y devolviendo al hombre, con su libertad, los fueros inalienables de su dignidad humana, pisoteados y escarnecidos desde el nacimiento de las primeras sociedades, en perjuicio de los débiles y humildes. Los que tenían los ojos clavados en la tierra de sus sudores, de sus penas y de sus lágrimas, los elevan al cielo de las promesas de Cristo; y aquellos que los tenían puestos en el cielo de su orgullo, bajan confusos la cabeza y los clavan en la tierra de su liviandad y sus miserias. Se oyó una voz que moduló las olvidadas armonías y despertó las conciencias, suave para unos como ameno soplo de la brisa, pero terrible para otros como el amenazador viento de la tempestad. Jesús no va a buscar la divina inspiración bajo la arcada y la majestuosa bóveda del templo. Hacia allí se dirige simplemente para confundir a los doctores y a los sabios, o para expulsar a los mercaderes. Pero para llevar la palabra de Dios y mostrar a las personas las sendas de la vida, el templo que prefiere es el universo, la bóveda el firmamento, la cátedra la montaña y el altar el corazón humilde del pueblo, que lo escucha absorto y con el corazón alegre. ¡Cuánto hay para meditar en todo esto! ¡Cuántas reflexiones, cuántas inquietudes, cuántos comentarios, cuántos tristes presentimientos no surgen en la mente y en el corazón al retroceder hasta la cuna del cristianismo para estudiarlo en sus desarrollos posteriores!

Diecinueve siglos de luz y tinieblas, de virtudes y vicios, de verdades y errores, nos separan de Jesús y del monte de Galilea, donde él empezó a derramar sus tesoros de amor, de sabiduría y de fe, que le había confiado la paternal solicitud de su Padre y nuestro Padre, de su Dios y nuestro Dios. Si queremos volver al Evangelio, que es el cristianismo original, será necesario que bebamos las cristalinas perlas de la revelación divina en el manantial regenerador de los labios de Jesús. ¿A quién mejor que a Cris-

to podríamos volver los ojos, para inquirir la sanción de las creencias cristianas? Los sagrados ecos de su prédica se deslizan aún por las vertientes del monte de Galilea.

Tras exponer al pueblo en las Bienaventuranzas el purísimo ideal de la perfección del espíritu, continúa instruyéndolo en las verdades morales o religiosas indispensables para obtener la salvación. No basta, dijo el Maestro, el precepto que se halla en la ley antigua: No matarás. Yo os digo que todo aquel que se aleje con su hermano y abuse de él, o lo injurie de palabra, no verá el Reino de Dios hasta que haya reparado la falta y devuelto al hermano el sentimiento de amor que debe reinar entre los hombres. Por tanto, si vas a depositar tu ofrenda en el altar y allí te acuerdas de que alguna enemistad te separa del prójimo, deja la ofrenda y corre a reconciliarte con él; pues la mejor de las ofrendas en presencia del Padre es el abrazo fraternal que proviene del perdón o de la reparación de las ofensas. No esperes para reparar o perdonar las injurias; pues, si desgraciadamente para ti, la muerte te sorprende por los caminos del odio y del rencor, tu castigo será terrible y tan duradero como tu inicuo sentimiento y sus abominables consecuencias. A los antiguos les dijo Moisés: ojo por ojo y diente por diente: pero yo os digo que esto no es la perfección ni el deber. El deber consiste en borrar del entendimiento el recuerdo del agravio, y la perfección en amar a nuestros enemigos, hacer bien a los que nos aborrecen y rogar por aquellos que nos persiguen y nos calumnian. Dad a quien os pide y al que os pide prestado no deis la espalda. No pongáis los ojos en una mujer para deseársela, pues todo aquel que la ha deseado torpemente ya ha cometido adulterio en su corazón y ha herido la ley de la caridad atentando con su deseo contra la pureza, que es el atributo más precioso del amor. Hasta hoy se os ha dicho: No perjurarás al Señor tus juramentos: pero yo os digo que de ningún modo debéis jurar, ni por el cielo, ni por la Tierra, ni por nada que existe arriba o abajo; que vuestro pronunciamiento sea sí, sí, no, no: pues todo cuanto excede de esto es el principio de la desconfianza o de la mala fe. Aquel que rompa alguno de estos mandamientos o ensa-

ñare a romperlos, será llamado menor en el reino de los cielos, y será llamado grande aquel que los cumpliera y enseñare.⁽⁹⁾

Así se iba cumpliendo lo que el Bautista había profetizado de Jesús: que bautizaría no en el agua, sino en espíritu y fuego, en virtudes y en amor. Sus palabras son el sol de los entendimientos y el Jordán de las almas: iluminan la inteligencia y fecundan el corazón sobre la justicia estéril de los antiguos, basada en el ojo por ojo y diente por diente, de Moisés; se elevan a la justicia expansiva y generosa de la caridad basada en el perdón de las ofensas; y sobre los ritos, las aparatosidades externas y las ceremonias de los hebreos, la religión del sentimiento y de las obras, la humanidad, la ingenuidad, la pureza y el amor. Todas sus máximas las encaminaba Jesucristo a hacer de la humanidad una única familia, sin acepción de pueblos, razas ni cultos, exigiendo como únicos títulos necesarios para pertenecer a ella, la bondad de los actos. Por eso el cristianismo se eleva muy por encima de todos los cultos conocidos, porque es el único culto verdaderamente del espíritu: por eso es llamado universal, porque ampara y cubre a todos los hombres, a todos los hombres de buena voluntad; por esto rechazarán o mistificarán la palabra de Cristo los sacerdotes de todos los tiempos, pues destinaba un lugar muy secundario a las ofrendas y hacía depender el sacerdocio de la palabra y del ejemplo.

Los sacerdotes no perdonarán a Jesús el Sermón de la Montaña, que les arrebató el monopolio de la adoración, desde el momento en que la adoración dejaba de ser una ceremonia aparatosa en que necesariamente debían intervenir, y la retiraba al solitario altar de la conciencia.

No le perdonarán haber revelado al ignorante pueblo que la adoración más agradable a Dios no es la que se hace a la vista de las muchedumbres, en la plaza o en el templo, como hacían los fariseos y los hipócritas⁽¹⁰⁾, sino la que se eleva, secretamente en el aposento más retirado del hogar, parca en palabras y rica en sentimientos. Ni le perdonarán tampoco el haber enseñado que cada persona puede alcanzar por sí misma, sin mediación ajena, las gracias espirituales, y que no basta hacerse llamar profeta o

⁹ Léase el cap. V del Evangelista.

¹⁰ Léase el cap. VI, del citado Evangelista.

ministro de la palabra para serlo en realidad⁽¹¹⁾. ¡Cómo habrían de perdonarle este divino atrevimiento, ellos, tan celosos guardianes de las prácticas externas, tan exigentes en el cumplimiento de los ritos y ceremonias del culto, tan acreditados en su oficiosa mediación entre la criatura y el Creador, tan enamorados de su intervención en los negocios espirituales, origen de su poderosa influencia en los negocios del mundo!

Sublevarán a las turbas y pedirán con ellas la muerte del inocente.

Jesucristo despojó al sacerdocio del carácter oficial de que estaba revestido desde los tiempos de Moisés y, extendiéndolo a todas las clases sociales, como misión individual, compatible con el ejercicio de cualquier otro ministerio o profesión, lo arrebató al monopolio de una clase privilegiada. El verdadero, el legítimo sacerdote será aquel que difunda la luz del Evangelio con su palabra, y la práctica de sus virtudes con su ejemplo digno de imitación y aplauso, sean cuales fueren su estado y condiciones sociales. ¿De dónde toma el Maestro sus discípulos, sus apóstoles, sus sacerdotes?

¿Del templo, por ventura, donde ejerce completa jurisdicción el sacerdocio oficial? ¿De la tribu de Leví? ¿De la legislatura? No, por cierto: prescinde de la ley; olvida la tribu que Moisés dedicaba al servicio del altar; deja en el templo a los sacerdotes oficiales, que, según S. Jerónimo, hacían en el mismo un tráfico vergonzoso y elige a sus apóstoles entre el pueblo, entre las clases más humildes, entre los padres de familia, entre los profanos para la ciencia teológica, que tanta confusión había introducido en las conciencias y tanta división en los ánimos. Únicamente la predicación y la bondad de las obras imprimirán ya el carácter sacerdotal.

Vendrán días tristes, de confusión y oprobio, en que el orgullo y los intereses mundanos, barnizados de cristianismo y prevaleciendo de la ignorancia común, se introducirán en la enseñanza de las sanas máximas de Cristo para adulterarlas y explotarlas. Ya lo había profetizado el Mesías en dicho Sermón de la Montaña, al

¹¹ Léase el cap. VII, vv. 7 a 11 y 21 a 23.

recomendar al pueblo que se guardase de los falsos profetas, mansas ovejas en apariencia, pero lobos devoradores en la realidad.⁽¹²⁾

Estos falsos profetas son aquellos a quienes Jesús más adelante llama⁽¹³⁾ sepulcros blanqueados, hermosos y limpios por fuera, pero llenos de corrupción y podredumbre por dentro. Vendrán los tiempos, y se levantará sobre los fundamentos del cristianismo primitivo el ultramontanismo, que usurpará para sí mismo el título de cristiano, siendo grande por el número de sus adeptos pero pequeño por sus objetivos y orgulloso egoísmo: sin embargo, la solidez de los cimientos no salvará de la ruina la obra falsamente edificada. La base subsistirá eternamente, pero el resto del edificio se desplomará con ruidoso estrépito. Porque caerán las lluvias, crecerán los ríos, soplarán los vientos que tumbando las frágiles obras de los hombres, las arrastrarán en su corriente, y serán borradas de la memoria de los siglos.

5

Insistiremos todavía en el estudio de la institución del sacerdocio cristiano, por la eficaz influencia que el sacerdote estaba llamado a ejercer en la dirección del movimiento reformador venturosamente iniciado por Jesús. Para que la savia del cristianismo, la moral del Evangelio, pudiese circular por el tronco y llegar a las más alejadas ramas del árbol de la humanidad, se hacía necesaria una fuerza impulsora constante, un apostolado que, fiel guardián de la palabra y del testamento del Maestro, llamase a los hombres a la luz en toda la sucesión de los tiempos, hasta llegar al reinado del espíritu, al triunfo completo sobre las pasiones que separan unos de otros a los miembros de la gran familia humana, al establecer la Iglesia universal sobre los escombros de todas las pequeñas iglesias implantadas en la ignorancia y en el orgullo. Esta empresa era de tal magnitud que habrían de sucederse miles de generaciones antes de que venciese todas las dificultades que se acumularían ante sus pasos. Diecinueve siglos son transcurridos desde que vino a la Tierra la Buena Nueva, y no obstante, ¿en qué estado se halla la redención de la humanidad terrestre? Aún

¹² Mateo, VII, 15.

¹³ Mateo, XXIII, 27.

no ha salido, podría decirse, del primer día de su génesis. Es preciso que los cristianos se emancipen de viejas preocupaciones y se eleven sobre la atmósfera del presente, que nos estrecha y nos abriga, que vuelvan alguna que otra vez los ojos a la contemplación del pasado, al cristianismo original, que ha de ser la sanción de nuestro cristianismo; tal como el avisado marino que singla hacia el sur dirige sus ojos varias veces al septentrión a fin de no desviarse del meridiano que habrá de conducirlo al término de su viaje. Que sea el Evangelio la Estrella Polar del cielo de nuestras almas, la brújula de nuestra fe en los tempestuosos mares de la vida. ¿Por qué motivo el fuego sagrado de las creencias cristianas está a punto de extinguirse? ¿Por qué en todos los corazones se erigen altares al sórdido positivismo sobre las cenizas del sentimiento religioso? ¡Ay! Invocamos a Jesús y no conocemos su Evangelio; nos denominamos cristianos y son raros entre nosotros aquellos que se dan al trabajo de estudiar las enseñanzas de Cristo. Por esto nos encontramos sin fuerzas para resistir a los asaltos de la impiedad. Olvidándonos de que el paso del hombre por la Tierra es un combate, menospreciamos aquellos medios de defensa sin los cuales es inevitable la derrota. A la fe ciega que hemos recibido de la tradición suceden los titubeos de la duda, a la duda sigue la indiferencia, a la indiferencia el sensualismo y al sensualismo la negación, y todo por no haber edificado nuestra primera fe sobre el racional y sólido fundamento de la comparación y del estudio. Ya hemos visto que el Maestro no toma sus discípulos, sus apóstoles, sus sacerdotes, ni del templo de la ley ni de la tribu consagrada desde Moisés al servicio del altar: poca confianza le podía merecer para el magisterio de las máximas evangélicas, que eran máximas de libertad, aquel sacerdocio oficial que fanatizaba al pueblo para lanzarlo como fiera sedienta de sangre contra el primero que osase levantar la voz contra la opresión teocrática establecida al amparo del antiguo Tabernáculo; el fundador de la nueva iglesia, de la gran iglesia que ha de tener por templo el universo, no se satisface con el sacerdote moldeado por el patrón de la tradición y de la letra, egoísta, intransigente, amante de las aparatosidades externas del culto y dado al ocio y al regalo: el sacerdote de su predilección es el laborioso hijo del pueblo, el hombre virtuoso y sencillo que sabe hacer sacrificio de su comodidad en

aras de la redención de todos, el varón justo, bondadoso, tolerante, enemigo de la suntuosidad y de la jerarquía, que edifica con la unción de la palabra y la santidad del ejemplo. A éstos los llama para formar su apostolado; a éstos los convoca para enviarlos, a fin de que no pasen por alto las condiciones y los deberes que lleva consigo el cumplimiento de la misión sacerdotal, les habla y los instruye en estos términos: “Id y predicad, diciendo: Ha llegado el reino de los cielos; la salvación ha venido de lo Alto y la verdad brilla esplendorosa para todos los entendimientos. Curad a los enfermos: fortaleced con la reveladora savia del Evangelio a esos espíritus que desfallecen y enferman por culpa de los vicios y errores religiosos que se agitan y asfixian sus creencias titubeantes. Resucitad a los muertos: devolved a la vida de la fe esas almas que han perecido por falta de alimento y que han renegado de su Padre y su Dios porque han visto imponerse la iniquidad y el fraude donde debían tomar asiento la justicia y la verdad. Limpiad a los leprosos: purificad, circuncidad con la circuncisión del alma las conciencias minadas por la sensualidad y el egoísmo, y ahuyentad a los demonios, los ídolos de la pasión y del desenfreno, en cuyo honor erigió altares la conciencia humana y cuyo culto podréis arrancar de los corazones inoculando en ellos el purísimo y vivificante espíritu de la caridad, de la esperanza, de la fe. Lo que de balde recibisteis, de balde lo daréis: a vosotros se os dio la condición y la revelación, no para que monopolicéis en provecho propio estos dones, sino para que los hagáis fructificar en beneficio de la humanidad, hija de Dios, como administradores que sois de bienes que no habéis ganado, y de los cuales debéis hacer que todos vuestros hermanos participen.”⁽¹⁴⁾

“No poseeréis oro, ni plata, ni dinero, ni llevaréis alforja, ni bastón, ni tendréis dos túnicas; porque aquel que tiene sus sentidos puestos en las riquezas, en las comodidades y en el lujo, da evidente muestra de que la salvación del prójimo no es el móvil de sus deseos. El sacerdocio es vocación no promoción, abnegación y no sensualidad, sencillez y no ostentación, sacrificio y no preponderancia. El sacerdocio termina justamente donde empiezan la preponderancia, la ostentación, la sensualidad y el comer-

¹⁴ Mateo X, 7 y 8.

cio. Aquel que ama el oro o la plata, no es sacerdote; aquel que vende a cambio de bienes temporales los bienes del alma, no es sacerdote; aquel que no sabe hacer sacrificio de sus comodidades terrenas siempre que se ofrezcan a sus ojos la desnudez o el hambre, o insulta con su abundancia la miseria de los hijos del pueblo a quienes recomienda el desprecio de las cosas de la vida, no es sacerdote moldeado en el Evangelio y nutrido con la savia de las enseñanzas de Cristo.

Digno es el trabajador de su alimento, y también lo es el ministro de la palabra; sin embargo este ministerio es delegado por la Providencia y se ve profanado cuando aquel que pretende ejercerlo confía más en la eficacia de los bienes terrenos que en la fraternal solicitud de la Providencia.⁽¹⁵⁾

“No siete veces, sino hasta setenta veces siete perdonaréis a vuestros hermanos. Si ellos son deudores, también vosotros lo sois, pues sois hombres como los demás. Tenéis el deber de perdonar y no el derecho de juzgar y condenar. Sobre vosotros y sobre todos los hombres, uno está establecido como juez; la justicia, en manos de Dios, no en las vuestras, pecadoras y falibles. Por esto el reino de los cielos se compara a un rey, que quiso ajustar cuentas con su siervo, al cual, habiéndole perdonado diez mil talentos, lo entregó después a la cárcel y a la tortura por no haberse compadecido de otro que le debía cien denarios. Lo mismo hará también con vosotros el Padre celestial, si no perdonáis en vuestro corazón. El que pronuncie palabras de maldición, de ira o de venganza, no es sacerdote; es merecedor del tormento hasta que pague el último cetil.⁽¹⁶⁾

Sabéis que los príncipes de los pueblos avasallan a sus súbditos y que los grandes oprimen a los débiles y a los humildes. No será así entre vosotros. Entre vosotros, el que quiera ser el más grande será vuestro servidor y el que pretenda ser el primero, será el último.

En el sacerdocio no caben preeminencias ni jerarquías: las distinciones y privilegios nacerán de la sabiduría y se arraigarán en las repúblicas al calor de las concupiscencias humanas; pero la milicia espiritual, el sacerdocio cristiano ha de ser un ejemplo

¹⁵ Mateo, X, 9 y 10.

¹⁶ Mateo, XVIII, 21 y siguientes.

perpetuo de igualdad, humildad y abnegación, donde los poderes de la Tierra aprendan constantemente a reformar y a mejorar sus instituciones hasta alcanzar dentro de ellas la perfección cristiana, que ha de ser el triunfo de la igualdad y por consiguiente la muerte de las distinciones jerárquicas. El Hijo del Hombre no ha venido a establecer la jerarquía, sino a suprimirla en el orden espiritual, y a dar su vida en redención y en holocausto.⁽¹⁷⁾

“Como el Padre me ha enviado, así también yo os envío.”⁽¹⁸⁾

He recibido del Padre la altísima investidura del sacerdocio, la divina misión de redimir con la predicación y el ejemplo de las virtudes a la pobre humanidad terrestre, que vaga perdida en las encrucijadas, y de enseñarle el camino recto de la perfección y del progreso: misión gloriosa y santa, pero plena de fatigas, persecuciones, ingraticudes y peligros. Subiré a mi Padre y Padre vuestro, a mi Dios y Dios vuestro⁽¹⁹⁾ y os otorgo la continuación del celestial ministerio para cuyo establecimiento he bajado de las moradas de la felicidad inmortal y he tomado cuerpo entre los hombres de la Tierra. Os transmito mi potestad, mi encargo sacerdotal; pero con la condición de que seréis, como yo, el camino, la verdad y la vida de las almas. En esto consiste el sacerdocio: en la predicación y en el ejemplo; en la humildad y en el amor; en la abnegación y en el sacrificio. Quien no sigue mis pasos y se aparta de mis caminos, no es, no puede ser sacerdote de la Iglesia que yo he venido a establecer. Id, pues, y enseñad a todos, bautizándolos en nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, es decir, enseñándoles a observar todas las cosas que yo os mandé⁽²⁰⁾, y de cuya observancia depende el verdadero bautismo del espíritu, el bautismo esencial para la purificación y la salvación”.

En tales términos instituyó Jesús el sacerdotal ministerio, el cuerpo docente llamado a continuar la obra de la redención a través de las enseñanzas evangélicas. El retrato del sacerdote cristiano fue hecho con la mano del Maestro, con la mano del fundador del cristianismo. Colocados en este retrato los ojos del enten-

¹⁷ Mateo, XVIII, 21 y siguientes.

¹⁸ Mateo, XVIII, 21 y siguientes

¹⁹ Juan, XX, 17.

²⁰ Véase la nota 10, del Padre Scio, en el cap. XX de S. Juan.

dimiento, estudiemos el sacerdocio de nuestro siglo y meditemos. ¿No ha sonado aún para los cristianos el momento de meditar?

6

¡Oh, divino libro! ¡Oh, Evangelio de Jesús! Solo en tus inspiradas palabras respira el espíritu la dulce paz, la fe bienhechora, la esperanza consoladora que puede sostenerlo y alentarle en medio de las amarguras y altibajos de la vida. La vida humana es una eterna y reñida lucha entre los opuestos elementos de que está elaborada la conciencia individual; y la conciencia, el alma, el espíritu, es una semilla, un principio divino, un germen, hijo de la Sabiduría aún no creada, sujeto a una serie indefinida de transformaciones, a una depuración eterna. Se arrastra trabajosamente por la tierra en sus comienzos la larva espiritual, y de la tierra no puede erguirse, y sobre ella trabaja su capullo durante mucho tiempo para resucitar de su muerte aparente en estado de miserable gusano. ¿Quién contará los siglos de su primera formación, de la primera fase de su eterna vida? ¿Quién medirá la enorme distancia que separa del oscuro nacimiento de la oruga su luminosa resurrección en brillante mariposa? ¿Quién ha logrado abarcar con su mirada la sucesión de los días desde las primeras densísimas tinieblas hasta los destellos de la luz?

En este bravo combate, en este perpetuo choque de instintos, de tendencias, de pasiones, de sentimientos, de juicios encontrados, a cada nueva embestida siente el hombre flaquear su fe, que es la promesa de una felicidad que se pierde de vista, y su razón, que es la brújula de su fe. ¡Allá va la embarcación! ¡Allá va el espíritu del hombre! ¿A qué inexploradas playas lo arrojará el furor de la tempestad? Con frecuencia se apodera de él el vértigo de lo tenebroso, de lo insondable, de lo incomprensible, de la muerte, de la duda, de la negación, que es el vértigo de la tempestad, que es el delirio de la nada; y entonces ya no pregunta a los vientos, ya no distingue el horizonte; cierra los ojos y se entrega en cuerpo y alma a la agitación que lo rodea, creyendo que en aquella agitación ha nacido, que el torbellino que lo ahoga lo ha generado ¡y que el mismo torbellino volverá a confundirse! ¡Horrible desfallecimiento! Solo un vivísimo rayo de sol puede volverlo a la reali-

dad: a la esperanza, a la fe, a la victoria, por la resistencia y por el trabajo.

Este clarísimo rayo de luz brilla en los ojos de todas las generaciones, de todas las edades, de todas las sectas, de todas las ramas de la gran familia humana universal, en la esencia pura de sus tradiciones, en la profundidad de sus creencias, en el espíritu y en las profecías apocalípticas de sus libros sagrados, que son el Sancta Sanctorum de su fe; y brilla en los nuestros, en los de los pueblos regenerados por la savia del cristianismo, en el código moral de las enseñanzas de Jesús, recopiladas por algunos de sus discípulos, que las recogieron de sus labios o las bebieron puras de las nacientes tradiciones. A este código tenemos que volver nuestra mirada en los momentos de terrible duda, de vértigo infernal, de desfallecimiento, de desesperación, y en sus preceptos y máximas hemos de beber siempre el consuelo, la fuerza y la alegría.

Venid a mí todos los que estáis cansados y oprimidos⁽²¹⁾ los que cien veces habéis sucumbido a las sugerencias impuras del egoísmo y de la carne; los que os sentís arrastrados por la impetuosa corriente de los goces engañosos, de la corrupción y del orgullo; los que lleváis vuestras túnicas manchadas en la sangre que destilan los feroces instintos del odio y de la venganza; los que exhaláis con vuestro fétido aliento el olor de la podredumbre del alma; los que habéis perdido la fe que regenera, la fe que salva, la fe que traspone montañas; los que os sentís enervados con el bien, los que dudáis de todo y todo negáis; los que os hartáis de la materia y os creéis condenados a perecer en una de sus transformaciones; los que os sentís trabados para el bien, los que no lográis descubrir la armonía inteligente y el amor providencial en la marcha de la sucesión y en los destinos de los seres; los que desfallecéis en las contradicciones aparentes de la vida y arrojáis a la faz del cielo una sarcástica, una impía carcajada. Venid, venid a mí todos y yo os aliviaré, yo cambiaré vuestra inmundicia en curación, vuestra enfermedad en salud, vuestro escepticismo en fe, vuestra desesperación en esperanza. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y

²¹ Mateo, XXVIII, 19 y 20.

en esta mansedumbre y en esta humildad encontraréis el reposo de vuestras almas: porque mi yugo es suave y mi carga, ligera.

Sí, suavísimo es el yugo del Evangelio. Jesús, que es el camino⁽²²⁾ por el ejemplo de sus virtudes, la verdad, por el divino origen de sus palabras, y la vida, por la fecundidad regeneradora de su moral, desea misericordia y no sacrificio⁽²³⁾. No exige a sus discípulos mortificaciones y sufrimientos estériles, aparato externo que a nada conduce, olvido de los afectos y de las relaciones sociales, aislamiento egoísta del mundo para entregarse a una contemplación mística constante; nada de eso entra en las prescripciones de su código, que no respira aridez ni melancolía, sino alegría y expansión, la alegría de la pureza y la expansión de la sencillez y de la bondad en medio de las condiciones de la vida propiamente humana. Tan suave es el yugo, tan fácil el cumplimiento de sus preceptos, que los reduce todos al amor a Dios y al prójimo⁽²⁴⁾, haciendo depender de este doble amor, de este exclusivo mandamiento de caridad, toda la ley de regeneración y todas las profecías. Basados en esto, decimos y no nos cansaremos de repetirlo, que Jesús no ha venido a establecer un culto en que tuviesen que continuar como esenciales las prácticas externas, sino a hacer comprender que la religión de las religiones, aquella que abrasa y funde a todas en una, es la práctica de la moral, cimentada en el amor a Dios y a las criaturas. Todo lo que es amor, amor del alma, puro y desinteresado, es religión, es cristianismo, es religión universal, establecida desde los principios de los tiempos y explicada por Jesús, eterna como la subordinación de la criatura inteligente y libre a la causa creadora, a la Inteligencia soberana. Y todo aquello que no sea amor, ni del amor proceda, ni al amor se dirija, aunque se llame religión, no lo es, aunque se titule cristianismo, no lo es: podrá ser y será, indudablemente, algo hijo de la convención, de la ignorancia o de la malicia de los hombres, rito, ceremonia, culto externo; pero cristianismo, pero religión, jamás. El cristianismo es la religión, es el culto espiritual, la adoración íntima, el amor, la fraternidad estrechando en una sola familia a los hombres de todos los pueblos, de todas las razas, de

²² Juan, XIV, 6.

²³ Mateo, XII 7.

²⁴ Mateo, XXII, 37 a 40.

todas las generaciones que se suceden en la posesión del mundo. Que os améis los unos a los otros, en esto conocerán todos que sois discípulos míos, dijo Jesús⁽²⁵⁾.

7

Jesús, en la elevación inmaculada de su espíritu, no solamente sondea y conoce los vicios y los errores de su época, sino que va mucho más allá: rasga con su profética palabra el velo que oculta los arcanos del porvenir, en cuyos horizontes descubre nubes amenazadoras, oscuras, infladas por el viento de los egoísmos humanos. ¿Qué será de sus enseñanzas, de su testamento, de la luz que, para salud de los hijos de los hombres trajo de las alturas, donde resplandecía entre los justos con la gloria de sus virtudes? ¿Habrá de ser el Evangelio fielmente transmitido y lealmente explicado con amor a las generaciones venideras, o caerá en manos de mercaderes que de él se servirán en beneficio de su desvergonzada sed de dominio y de riqueza personal? Hay momentos en la vida de Jesús en que su previsión de los acontecimientos futuros es tan clara, es tal el vigor del colorido con que los presenta y la minuciosidad en los perfiles y detalles, que no es posible confundirlos con otros acontecimientos y otras épocas. Oigámoslo en el capítulo XXIII del evangelista Mateo, y lo veremos profetizando con toda precisión los acontecimientos religiosos y condenando con toda la energía de su alma los errores y mistificaciones del cristianismo oficial de nuestros tiempos.

En el trono de Moisés, dijo Jesús, se sentarán los Escribas y los Fariseos, los que creyéndose más sabios que los demás monopolizan la interpretación de la Ley, y los que aparentando hipócritamente más virtudes se arrogan una jurisdicción espiritual que no poseen, el derecho de juzgar a otros hombres y dirigir las conciencias. No irritéis, pues, su soberbia; observad y practicad todo lo que os han dicho, si no queréis provocar anatemas; pero no procedáis según sus obras; porque lo mandan pero no lo practican y no consienten en el pueblo lo que en ellos es común. Atan fardos pesados y difíciles de soportar, observancias arbitrarias, inspi-

²⁵ Juan, XIV, 6.

radas en sus objetivos de dominio y de lucros, y los echan sobre las espaldas de los hombres, asegurando ser mandamientos ineludibles de la Ley; no obstante, ellos ni con un dedo quieren levantar los fardos que con tanta solicitud atan sobre los demás. Su religión es pura hipocresía: todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres y aman los primeros puestos en las cenas y los primeros asientos en las sinagogas, quieren ser saludados en las plazas y llamados maestros, es decir, intérpretes de la palabra revelada.⁽²⁶⁾

Pero vosotros, continúa Jesús, dirigiéndose a los apóstoles, no queráis ser llamados maestros, pretendiendo que vuestras decisiones son oráculos infalibles; porque uno solo es vuestro Maestro, y todos sois hermanos, todos igualmente falibles y débiles, como criaturas imperfectas, expuestas a la seducción de la concupiscencia y al error. Y a nadie en la Tierra llaméis Padre, invistiéndolo de un sacerdocio superior a los demás; porque uno solo es vuestro Padre que está en los cielos, y éste no reconoce entre los hombres otra superioridad más que la que nace de la observancia humilde de las virtudes. Aquel que entre vosotros se juzga el más grande, digno o justificado, y con derecho a juzgar y a hacer prevalecer su juicio, será vuestro servidor ante el juicio infalible cuando sonare la hora de la purificación del sentimiento y de la reparación de las obras. Porque el que a sí mismo se ensalce será humillado y el que a sí mismo se humille será ensalzado.⁽²⁷⁾

Considerando el significado y la trascendencia de estas doctrinas, selladas con la autoridad de Jesús, el gran Pontífice de la Religión Cristiana, ya no nos maravilla que durante siglos se haya prohibido al pueblo su lectura. ¡Son tan luminosas sus enseñanzas y tan instructivas las comparaciones que despierta! ¿Cómo había de interesar que el vulgo de los hombres, la plebe indocta, comentase esos y otros delicados puntos, y comparase los tiempos, graduase la observancia de los preceptos de humildad y fraternidad universal dados por Jesucristo a sus discípulos? Más sensato, para legitimar las innovaciones y fragilidades del presente, sería archivar las prescripciones del pasado; cerrar con fuerte candado la prohibición del libro de la Escritura, abierto solamente para los

²⁶ Mateo, XXIII, 1 a 7.

²⁷ Mateo. XXIII, 8 a 12.

iniciados en el provechoso arte de la hermenéutica sagrada, de cuyas acomodaticias normas podía sacar gran partido para llevar la interpretación a las corrientes de sus conveniencias.

Sin embargo, hay en el Evangelio pasajes en abundancia, en los cuales no bastan todos los equilibrios y habilidades de la hermenéutica para torcer su recto sentido y acomodarlo a las conveniencias e intereses de las sectas que han tomado la revelación por instrumento de su preponderancia en el mundo. Pudo esto ocurrir sin riesgo cuando la lectura de los Libros Sagrados era monopolizada por una clase, precisamente por aquella que podía tener interés en ocultar o mistificar ciertas verdades reveladas; pero ahora que la afición al estudio del problema religioso se extiende, que el pensamiento vuela en alas de su natural libertad recientemente conquistada, que son muchos los que sospechan de la autoridad y reivindican el derecho de juzgar y creer por sí mismos, que las prohibiciones del Índice avivan el deseo de conocer las obras condenadas - muchas quizá injustamente - a la execración pública, solo podría la hermenéutica con sus recursos y sofismas deshacer el sentido de los pasajes evangélicos si no hubiese personas ilustradas y resueltas que, conociendo el tapujo, lo denuncien y llamen sobre el mismo las sospechas de los crédulos.

¿Cómo disimular, por ejemplo, que las proféticas palabras de Jesús que reproducimos y comentamos se acomodan perfectamente a nuestra época? ¿No se condenan en ellas de manera terminante actos concretos de hipocresía y orgullo que todos presenciamos diariamente? ¿No pasan erguidos ante nuestra vista escribas y fariseos que, como los de la ley antigua, atan para los demás fardos difíciles de arrastrar, pero que ellos no tocan ni con un dedo? ¿No hacen sus obras para ser vistos por los hombres? ¿No aman los primeros puestos en las cenas, las primeras sillas en las sinagogas, no quieren ser saludados en las plazas y tenidos como maestros y padres infalibles, superiores a los demás hombres en materia de costumbres y de ciencia espiritual?

¿Se quieren pruebas más concretas de que nuestros días son los de la profecía de Jesús?

Pero, ¡ay de vosotros, – prosigue el evangelista Mateo en el capítulo XXIII – ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que multiplicando los mandamientos y atando pesadas cargas, ce-

rráis el reino de los cielos ante los hombres: pues ni vosotros entráis, por la malicia de vuestros corazones, ni dejáis entrar a los que hubieran entrado, porque les hacéis más difícil e insoportable la virtud. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que devoráis las casas de las viudas so pretexto de prolongadas oraciones; que os aprovecháis de la piedad ajena, atribuyendo a la oración de pago una eficacia que no tiene, y así os enriquecéis con el despojo de la credulidad y del temor: por eso sufriréis más riguroso juicio.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que ponéis diezmos a la menta, el cedro y el comino: que exigís con el mayor rigor el cumplimiento de las cosas que atienden a vuestros intereses, como las formas externas del culto, y dejáis de lado las cosas más importantes de la ley, la justicia, la misericordia y la fe; guías ciegos, que coláis un mosquito, afectando mucho escrúpulo de los actos de poquísima importancia que no proceden de la perversidad del corazón, y os tragáis un camello, cerrando los ojos a las grandes iniquidades y abusos, con tanto que afecten exteriormente a la religiosidad y la devoción. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que limpiáis el exterior del cuerpo y del plato; que os preocupáis grandemente de aparecer como los más celosos cumplidores de la ley, pero por dentro estáis llenos de rapiña e suciedad, de orgullo y liviandades. Sois semejantes a sepulcros blanqueados, exteriormente hermosos, pero por dentro llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros, exteriormente parecéis justos a los hombres, pero interiormente estáis llenos de hipocresía e iniquidad.⁽²⁸⁾ Después de leídos estos pasajes evangélicos, no miremos a nuestro alrededor. Como el Profeta lloró sobre las ruinas de Jerusalén que derramó la sangre del justo, nosotros también lloramos sobre las ruinas de la Jerusalén cristiana, mal disimulada entre la humareda del incienso. La primera crucificó al Hombre; la segunda mata la idea. Pero la idea, tal como Jesús, resucitará al tercer día, porque lleva en sí la virtud, el germen, la savia de la resurrección; porque el sol y la luna se oscurecen y las estrellas caen del cielo; porque ya se oyen a los cuatro vientos las trompetas de los ángeles del Señor aler-

²⁸ Mateo, XXIII, 13 a 28.

tando a los hombres para el gran juicio en que la verdad habrá de salir triunfadora frente al error; porque el velo del firmamento se rasga, y la humanidad, ayudada por la revelación y por la ciencia, descubre al otro lado nuevos firmamentos y tierras hasta hoy ignoradas, donde reside la justicia; cielos y tierras que majestuosamente surgen en lo infinito, como diciendo a la humanidad atónita: La Tierra es tu regalo; los mundos que brillan sobre tu cabeza, son tu porvenir, tus esperanzas; el cumplimiento del ideal cristiano, es la fuerza que te llevará de playa en playa, de mundo en mundo, de cielo en cielo, viajando siempre por mares más tranquilos, respirando aires más puros, visitando climas más venturosos y marchando eternamente hacia Dios.

*

Hemos dicho y demostrado que la abnegación es el primer principio de la semilla cristiana, y también hemos dicho que en los párrafos siguientes veríamos en las enseñanzas evangélicas el amor y el sacrificio, constituyendo juntamente con la abnegación, la savia, el pensamiento completo de la gran revolución moral iniciada por Jesús. Sí, en el desprendimiento propio, en el amor a Dios y a las criaturas y en el sacrificio por el bien del prójimo es donde está todo el misterio de la redención humana. Esta es la tesis que hemos venido desarrollando, si bien no con la amplitud que se podría dar a este género de estudios, aunque sí con los principales puntos que bastan para demostrar que el cristianismo, religión purísima del alma, no es el catolicismo oficial, secta que se nutre y vive de la ostentación y de las ceremonias.

¿Qué es el cristianismo? Dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; es el desinterés, es la adoración elevada en el lugar más recóndito del hogar, es la persuasión por el amor y el sacrificio, es la igualdad de todos los hombres, es la redención por las obras, es el culto del corazón, es la abnegación de los ministros de la palabra, es la falibilidad de la criatura y la infalibilidad de Dios; es, en suma, Dios reinando sobre las almas y la caridad en las costumbres.

¿Qué es el neocatolicismo? La política del dominio clerical, o el César a los pies del sacerdote: es el diezmo, es la primicia, es la

bula de la composición, es la oración retribuida, es la imposición religiosa sobre el hombre desde que nace hasta después de muerto, es el despotismo sobre el entendimiento y el corazón, es la muerte de la libertad humana, es la elevación de un hombre al trono del mismo Dios, es el cielo para el rico y el purgatorio para el pobre, es la salvación por el temor y no por la virtud, es el culto farisaico de las formas, es, en una palabra, el mercantilismo en el templo y el dominio de la tribu de Leví sobre todo el pueblo de Israel.

Y, no obstante, la escuela católica proclama ser la única que posee el testamento de Cristo. Lo peor no es aún que ella lo diga, sino que haya quien lo crea. Porque en realidad, tales son la ignorancia y el fanatismo de nuestros tiempos, que una gran parte del pueblo que se titula cristiano cree píamente en la infalibilidad de dicha escuela.

Por ello se hace necesario que las verdades evangélicas lleguen a conocimiento del pueblo. La ocasión es oportuna, porque las huestes ultramontanas luchan a pecho descubierto y se han quitado la máscara que encubría sus propósitos.

Aspiran a la dominación universal y no lo ocultan; quieren imponer la inquisición al pensamiento; buscan en los trámites de la política la anulación de los derechos más sagrados de la persona suscitando con la mayor desvergüenza sangrientas guerras civiles, satisfaciendo la ambición de cualquier pretendiente desalmado que los admita en sus conspiraciones. Se rebelan contra los poderes constituidos; emplean sus riquezas, que deberían distribuir entre los pobres, en pólvora y fusiles, y aunque las hayan recibido de los gobiernos, se sirven de esas armas para derribar a esos mismos gobiernos. ¿Acaso no es lo que ha ocurrido en España hace pocos años? ¿Quién ha olvidado a los curas de Santa Cruz y de Flix, y a tantos otros clérigos que abandonaron su parroquia, el cuidado de sus ovejas, para dedicarse enteramente a los azares de la guerra? ¿Qué pueblo no llora las consecuencias de esa cruzada inmoral, que a título de guerra santa sembró la discordia entre los hijos de un mismo suelo, cubrió de luto a las familias y llenó de miseria los hogares?

Si estas palabras encierran gravísimas acusaciones, no es culpa nuestra, sino de aquellos que de error en error y de mistifica-

ción en mistificación han acabado por llevar el cristianismo al mercado, haciendo de él un comercio, como si fuese producto de una industria. Hipócritas, guías ciegos, sepulcros blanqueados, así llamaba Jesús a la fariseos de su época. Lejos de excusarlos y de disimular sus injusticias, las denunciaba en público para que todos huyesen de ellos como se huye de una raza de víboras. Son bastante fatales las consecuencias de toda explotación o fraude de carácter religioso, para que las sufran en silencio los corazones que laten con impulsos de un generoso sentimiento.

Perdonemos todos, porque todos tenemos necesidad de perdón; pero sin olvidar las enseñanzas históricas del presente, lo mismo que las experiencias del pasado, para servirnos de ellas de manera oportuna y no dejarnos prender en las redes que sobre los hombres lanzan los enemigos del progreso.

A los que nos hablen de cristianismo, pongámosles a prueba en la piedra de toque del Evangelio; pues así nos será fácil distinguir si buscan nuestra salvación o su negocio. ¿Qué significa la prohibición que durante tanto tiempo ha pesado sobre la lectura de los Libros Sagrados? ¿Obedecía, por ventura, al temor de que sus máximas fuesen erróneamente interpretadas por el pueblo? Con todo, no se nos olvide que Jesús las predicaba a las multitudes, y en los comienzos de la Iglesia eran leídas al pueblo con frecuencia; y esto sucedía en aquellos tiempos en que había apóstoles y mártires, ¡apóstoles que imitaban al Maestro en su mansedumbre, humildad, pobreza, tolerancia, y mártires que ofrecían su vida en testimonio de su fe! ¡Cuánto han cambiado las costumbres, los hombres y las creencias!

Esperemos... No en vano ha venido un mensajero del Altísimo para la redención de la humanidad. No en vano su sarcasmo hacia los escribas y fariseos, cuya preponderancia temporal recibía con la palabra de Jesús un violento trastumbo. No en vano amenazó de ruina inmediata el templo de piedras y barro, figura de la adoración exterior, que ha de ser sustituida por la adoración íntima del alma, cuyo templo no puede ser otro que la inmensidad del espacio. Algunos siglos de ofuscamiento y tinieblas constituyen algo más que un paréntesis oscuro en la inagotable historia de las generaciones, poco más que un día nublado en la eterna sucesión de las edades. Los principios que constituyen la savia del

cristianismo, la abnegación, el amor y el sacrificio, conservan todavía su fecunda virtud. El árbol está enfermo, pero no muerto. Caerán pronto las vegetaciones parásitas que estorban su crecimiento ordenado y consumen su lozanía; entonces recobrará su vigor, y a su sombra bienhechora vendrán a resguardarse de las tempestades de la vida, uno tras otro, todos los pobres caminantes de la Tierra.

V

El Espiritismo

1

Para aplaudir o condenar con justicia una doctrina religiosa o una teoría filosófica, es necesario conocerla; y para conocerla hay que estudiarla con severa imparcialidad, sacrificando todo espíritu sectario y todo orgullo de escuela en la investigación de la verdad que se busca. Con frecuencia sucede lo contrario, es decir, que se aplaude o se condena a priori, sin previo conocimiento, porque a menudo los juicios humanos son filtros de la pasión o del interés; sin embargo en este caso no es la verdad lo que se busca, sino la satisfacción maligna de algún apetito execrable; no es el estímulo del saber lo que nos mueve, sino el de nuestra conveniencia personal.

Deberían los hombres no olvidar que las más proclamadas conquistas científicas o religiosas del ingenio y de la conciencia, han sido a su aparición calificadas como utopías, aberraciones y herejías, no solo por el vulgo receloso e ignorante, sino asimismo por las personas ilustradas; lo cual no ha impedido que, con el transcurso del tiempo, fuesen aquellas herejías aceptadas como dogmas, las aberraciones como verdades trascendentales y las utopías como grandes progresos consumados. Si esto se hubiese tenido presente los hombres serían más blandos al lanzar anatemas contra ideas y doctrinas que no se han tomado el trabajo de estudiar. Las apoteosis póstumas con que la humanidad ha venido honrando la memoria de muchos innovadores, despreciados y

perseguidos en su tiempo, deberían hacernos precavidos en nuestros juicios, no olvidando que toda innovación, antes de ser de dominio general, fue patrimonio de uno solo.

El sentido común es tan mutable y tan lleno de veleidades, que no debemos en forma alguna considerarlo como criterio de verdad, mucho menos tomarlo como punto de partida en nuestras investigaciones filosóficas. Y, más que al resultado de las convicciones generales, la manifestación de las inclinaciones mentales de cada siglo son hijas de las circunstancias y se acomodan a la educación y al grado relativo de cultura. La investigación científica, en sus comienzos, siempre ha tenido en el sentido común un detractor y un enemigo encarnizado. Este hecho, que superficialmente parece inexplicable, es lógico y natural; por cuanto el sentido común tiene su nacimiento en el sentido individual y se va formando con la lentitud de los siglos.

Toda idea, toda doctrina nueva, por más útil y regeneradora que sea, viene a importunar a intereses profundamente arraigados y a destruir otras ideas, otras doctrinas, íntimamente relacionadas con dichos intereses. ¡De ello resulta que cuanto más radical es la transformación que trae esa nueva idea, más tenaces serían los procesos de la civilización si los hombres supiesen sacrificar su interés particular en beneficio de la felicidad común! Por desgracia sucede exactamente lo contrario: el egoísmo es el rey de los corazones y los hombres anteponen siempre al bien común su conveniencia individual.

¿Por qué Sócrates, el fundador por decirlo así, de la Filosofía moral, fue condenado a beber cicuta; por qué Jesús, el fundador de la religión del espíritu, sufrió cuatro siglos más tarde la muerte en el infame madero; por qué Galileo, el que aportó a las ciencias astronómicas un nuevo y más seguro camino tuvo que retractarse ante el Tribunal de la Fe, de verdades que más tarde habrían de ser aceptadas por todo el mundo? La razón es obvia: los sofistas griegos, los sacerdotes judíos, los inquisidores romanos, comprendieron que la nueva doctrina atentaba contra su preponderancia y sus intereses, y entonces se propusieron liquidarla en su nacimiento, ahogando la voz de sus apóstoles. Y pese a ello el sentido común no se rebeló contra semejante iniquidad, porque funda-

do en el error y en el fanatismo religioso condenaba sin escrúpulo a los atrevidos innovadores.

Fácil será para el lector conocer que no están fuera de propósito estas consideraciones. Pese a lo mucho que ha progresado la humanidad, aún se condena sin oír y se juzga sin conocimiento de causa. El orgullo científico, la ignorancia y el interés aún ejercen una influencia poderosísima sobre los juicios de los hombres y arrastran al sentido común a la tortuosa corriente del error.

¿Quién no ha oído aún condenar el Espiritismo? ¿Quién no se ha creído maestro para decidir ex cátedra que el Espiritismo es una aberración, una enfermedad del entendimiento, una gran farsa o un insigne embuste?

Por lo mismo que nos hemos propuesto discurrir sobre el Espiritismo consideramos oportuno llamar antes la atención hacia las contradicciones en que suele caer el sentido común cuando se trata de una idea nueva, que viene a poner en duda la legitimidad de ciertos derechos basados en la inmemorial aceptación de otras ideas que la humanidad siquiera había pensado discutir.

Los hombres, de modo general, son intolerantes en materia religiosa: unos por fanatismo, otros por conveniencia, muchísimos por ignorancia, y un no pequeño número por sistemática oposición a todo aquello que tiende a emancipar del dominio de la materia corpórea las funciones racionales. Todas estas intolerancias, aparte del orgullo científico, que es la intolerancia desdeñosa de aquel que se presume conocedor de las infinitas ramas del infinito árbol de las ciencias; todas estas intolerancias se han dado las manos para ahogar al cristianismo espírita en su nacimiento. No han preguntado de dónde procedía ni mucho menos hacia dónde se encaminaba.

El fanatismo, la ignorancia, el interés, jamás preguntan por los títulos que puedan legitimar una conquista cualquiera del entendimiento humano; la oposición sistemática, sin tener en cuenta el cuidado al examinar estos títulos, los declara falsos; el orgullo científico los exige, pero una vez puestos al alcance de su vista, les vuelve la espalda con desdén, encerrado en el manto de sus vanidosas pretensiones.

Podemos clasificar a los impugnadores a priori del Espiritismo en espiritualistas, materialistas y escépticos. Sigámoslos en

sus juicios, y veremos que, si han sabido darse la mano para hacerle encarnizada guerra, andan muy poco de acuerdo en la manera de juzgarlo. ¿De qué proviene esta discordancia de pareceres respecto de una doctrina que tiene principios fijos y se apoya en hechos tangibles sometidos a la observación de todo el mundo?

Entre los espiritualistas, unos opinan que el Espiritismo nació en las lonjas masónicas, como resultado del odio a la Iglesia que se autodenomina católica, y al clero.

Otros, que es una especie de protestantismo vergonzoso, auxiliar de las iglesias disidentes en la obra de combatir a la institución papal. Éstos deciden con supuesta autoridad que los espíritas son ateos, materialistas disfrazados para más fácilmente seducir a los incautos. Aquellos, que el Espiritismo no es sino la continuación de la revelación diabólica, un plan infernal tramado en los concilios del príncipe de las tinieblas para la condenación de las almas. No hay que olvidar que aquellos que atribuyen al diablo los hechos y doctrinas del espiritismo son precisamente aquellos que al diablo deben su prosperidad personal y su dominio sobre la Tierra. ¡Cuánta ingratitud!

Y mientras estos señores andan a vueltas con su majestad satánica, con el protestantismo y con las lonjas, los materialistas aseguran formalmente que el Espiritismo es una alucinación o una locura, y los escépticos un audaz fraude. Si hubiésemos de dar crédito a los materialistas, llegaríamos a la conclusión de que actualmente hay miles de personas cuyos sentidos e inteligencia, excitados por una causa desconocida, imaginan ver lo que no existe, siendo justo el temer que el mundo se convierta muy pronto en un inmenso manicomio. Y si la razón está de parte de los escépticos, ¿quién no temerá por el futuro de las sociedades, considerando cuán perniciosos efectos, cuánta perturbación en los ánimos han de producir la mala fe y la prestidigitación, empleadas como medio educativo y ejercidas por multitud de personas entre las cuales están las de costumbres intachables y consolidada reputación científica?

Esas contradicciones en que incurren unos y otros, esta discordancia de opiniones en lo que se refiere a los fines a que obedece el Cristianismo Espírita, hacen que se sospeche de pronto que sus detractores, o bien no lo han estudiado, o tienen el delibe-

rado propósito de alienar la atención del público. La injusticia con que tratan al Espiritismo hace presumir esta última tentativa. Fábulas ridículas, cuentos inverosímiles, imputaciones calumniosas, nada se perdona a fin de desprestigiarlo en la conciencia de las personas honradas. Los escribas y los fariseos, que con las doctrinas del Espiritismo ven rebajar su influencia temporal y su comercio en peligro, levantan a las turbas contra los apóstoles de la nueva idea y piden para éstos César y mordazas, ya que no es posible pedir cruces.

Los saduceos, como presintiendo que el sensualismo habrá de recibir de las creencias racionales espíritas una herida incurable, se unen a los fariseos para combatir al enemigo común. Todos se juntan en su egoísmo, en el positivismo utilitario y poco les importan la verdad y el interés general cuando se trata de sus particulares conveniencias.

¿Qué es Espiritismo? ¿Cuáles son sus principios como filosofía?

¿Cuáles son las creencias religiosas que de tales principios se derivan?

¿Está su moral en contradicción con la moral evangélica?

¿Fomenta las preocupaciones y el fanatismo o los destruye?

¿Cuál es la razón de ser del Espiritismo en el actual momento histórico?

¿Cuáles son sus fines, cuál el bello ideal de sus aspiraciones?

He aquí una serie de temas, cuya importancia no necesitamos encarecer y cuyo estudio sometemos a la ilustración del lector. Persuadidos de que el Cristianismo Espírita solo necesita ser sinceramente abrazado, no pedimos gracia, sino justicia. Oír antes de juzgar y juzgar después con imparcialidad. La Historia será severa con todos aquellos que, obedeciendo a motivos bastardos, hayan retrasado un solo instante el triunfo de una idea salvadora.

2

¿Qué es el Espiritismo? Un sistema filosófico que como el espiritualismo, establece, aparte de la existencia de Dios, Ser de naturaleza incomprensible, la de seres de un orden superior, distintos de los cuerpos en que habitan, en un grado más o menos

adelantado de desarrollo, con inteligencia, voluntad y sentimiento: estos seres, inmortales por su naturaleza, son los mismos que animan los organismos humanos, de los cuales se separan cuando sobreviene la muerte. Admite asimismo la solidaridad universal de tales seres dentro de la Creación y afirma que pueden ponerse y se ponen en comunicación unos con otros por medios a veces conocidos y a veces desconocidos, pero siempre naturales. Dios, inteligencia suprema, causa de todos los seres y fuente de toda realidad, la criatura racional, inteligencia relativa, perfectible, emanación de Dios; atracción recíproca, por el amor, de los seres inteligentes, espirituales; he aquí los principios capitales de la Filosofía Espírita, de los cuales son derivaciones lógicas todas las doctrinas que sostiene.

El Espiritismo, pues, está edificado sobre la existencia de Dios y de los espíritus, y sobre la comunicación recíproca de los seres espirituales. Para juzgar de la solidez del edificio se hace conveniente examinar en primer lugar la de los cimientos; pues si éstos son falsos, la obra carecerá de estabilidad y vendrá al suelo fácilmente.

Dios es la verdad fundamental porque es la única verdad absoluta: sin ella no hay Filosofía posible. La Filosofía es el conocimiento de las cosas a través de las causas y de sus efectos, y claro está que faltando una verdad fundamental, una causa primera, no sería posible referirse a las causas secundarias y la Filosofía habría de girar necesariamente en un círculo vicioso, explicando los efectos con otros efectos, y éstos por otros hasta llegar a un efecto sin causa. ¿Es la materia esa verdad fundamental, esa causa primera? No, por cierto; la materia sigue sus incesantes evoluciones fatalmente impelida por una fuerza, que no puede ser una propiedad suya porque es regida por ella. Del mismo modo que no es una propiedad de la hoja del árbol el soplo que la pone en movimiento, así tampoco es una propiedad de los átomos el soplo que los aproxima o separa. ¿Es la fuerza aquella verdad fundamental? La fuerza a su vez obedece a leyes matemáticas, a las cuales no puede en forma alguna sustraerse; y estas leyes, sabiamente concebidas e infaliblemente ordenadas, acusan la realidad de una inteligencia suprema: ésta y no otra puede ser y ha de ser la verdad fundamental de toda Filosofía.

La existencia de Dios no es una verdad exclusivamente metafísica, puesto que pertenece también, en cierto modo, al dominio de la ciencia experimental. Como conocemos la existencia del fluido electrolítico por el estudio de los fenómenos que se producen con auxilio de la pila de Volta, así sabemos que Dios existe por el estudio y análisis de los seres. ¿Habrá por ventura en el universo una partícula, una molécula, un átomo, que no circule obedeciendo a una fuerza con inteligencia, dirigida a un plan sabiamente ordenado de antemano? Y si en el análisis de los seres no encontramos uno solo en el cual no exista una actividad matemática, inteligente, ¿podemos racionalmente dudar de que existe un poder, una virtualidad inteligente universal que preside el cumplimiento de las leyes naturales, y que es el alma, el espíritu de la Creación?

No obstante la observación nos enseña que aparte de la sustancia inteligente universal, del alma de la naturaleza, existen infinitas de individualizaciones de otra sustancia, asimismo inteligente, con aptitudes limitadas, emanación de la Inteligencia suprema, individualizaciones que se manifiestan en la Tierra por medio de organismos, a los cuales animan como anima el universo la inteligencia infinita.

Y del mismo modo que no se pierde en la Creación ni se aniquila uno solo de los átomos materiales, tampoco habrá de perderse uno solo de los átomos inteligentes, los espíritus. No hay razón plausible fundada en la Naturaleza para que, siendo eternas las unidades atómicas, dejen de serlo las unidades espirituales.

Lo que enseña la experiencia es que unas y otras evolucionan constantemente, entregadas a la ley de las transformaciones que es la ley eterna del progreso. Cada uno tiene en sí mismo la evidencia de la existencia del espíritu; no obstante, los materialistas afirman que la causa del espíritu es la materia; que las funciones del espíritu no son otra cosa que los resultados fatales de propiedades de la materia, convenientemente dispuesta. De manera que los átomos, sin ser inteligentes ni con inteligencia dirigidos, se combinan de suerte que llegan a producir el pensamiento. Habrá de argumentarse que semejantes combinaciones proceden de una ley, y que esta ley es propiedad de la materia. Muy bien; pero en este caso concluiremos que la materia, careciendo de voluntad y

de pensamiento, está poseída de una ley sapientísima e infalible, en virtud de la cual combina y elabora sus inconscientes elementos y produce la conciencia. ¿Se puede desear algo más ilógico, más anticientífico, más descabellado, más absurdo?

Y si tanto las sabias leyes universales como las manifestaciones inteligentes individuales no pueden ser propiedades de la materia, sino efectos de causas inteligentes, resulta que hay una Inteligencia Universal animando la Creación, y multitud innumerable de inteligencias relativas o limitadas, individualizaciones de una sustancia activa, distinta de la materia: Dios y los espíritus.

En esto coinciden todas las escuelas espiritualistas, sea cual fuere su comunión religiosa; no obstante, el Espiritismo añade algo más, y este algo es el caballo de batalla, la línea que divide en dos campos a los que militan bajo una bandera común. Esta línea divisoria es la comunicación espiritual. Dicen los espíritas: Puesto que las almas viven después de la descomposición de los organismos que habían animado en la Tierra, se comprende sin dificultad que puedan aproximarse de nosotros y además comunicarnos por unos u otros medios sus deseos y pensamientos. ¿Habrán por ventura de romperse todos los lazos espirituales con la descomposición del cuerpo? ¿No dejan los espíritus en la Tierra afectos, simpatías, seres amados, que han de ejercer sobre ellos una atracción irresistible? ¿No irán en busca de esos seres que tanto amaron y con quienes compartieron las alegrías y las penas? Y si se les ofreciese ocasión de manifestarles su cercanía o hacerles sensible su presencia, ¿no experimentarán en ello un vivo placer, una satisfacción inefable?

Es que los espíritus no son libres, replican unos: su destino es definitivo después de la muerte: o el cielo con sus goces eternos, o el infierno con sus llamas inextinguibles. Se pregunta: ¿de dónde han sacado ciertos espiritualistas este cielo y este infierno localizados, donde las almas han de permanecer eternamente confinadas? ¡Cuán grosera, cuán pobre concepción tienen formada del espíritu, aquellos que hacen depender de un lugar los deleites y los sufrimientos morales!

Cualquiera que sea la fuente de donde hayan bebido semejante concepto concerniente al destino de los seres espirituales, sus afirmaciones pugnan con el sano razonamiento y no resisten al

más ligero examen de la crítica. Lo que el buen sentido enseña en este punto es que, tanto la felicidad como el sufrimiento dependen de la armonía o del equilibrio moral de los espíritus, de conformidad con su estado relativo, y que éstos llevan en sí mismos, independientemente de la región del espacio en que se encuentren, el infierno de sus remordimientos si han lesionado las leyes de la conciencia, o el cielo de sus gozos si han derramado el bien a manos llenas. El cielo de la Filosofía es la inefable satisfacción que experimenta el justo por las bendiciones que lo siguen, por los amores que lo acompañan, por la contemplación de las bellezas que lo rodean, por la libertad de que goza, por las esperanzas de un futuro aún más venturoso dentro del libre cumplimiento de sus deberes; y el infierno, la aterradora recordación de los crímenes, el eco de las maldiciones, la oscuridad, el aislamiento, la necesidad de recomenzar la prueba y reparar las injusticias, la convicción de haberse separado del camino que conduce a la posesión de la felicidad y del amor.

La comunicación entre las almas de los que han muerto y los hombres es imposible, replican otros: entre lo espiritual y lo corpóreo no se concibe medio de relación. ¡No se concibe medio de relación! Podrá desconocerse el medio, pero la experiencia demuestra que la relación existe; que la sustancia espiritual actúa sobre la materia corpórea, ¿No vemos en las leyes universales la actividad incesante del Espíritu supremo actuando sobre la naturaleza sensible? ¿No se sirve de los órganos del cuerpo para sus manifestaciones el espíritu del hombre? Es, por consiguiente, infundada a todas luces la teoría que niega a los espíritus la facultad de revelarse a los hombres, suponiendo que no pueda haber lazo de relación entre el mundo espiritual y el corpóreo.

A los espiritualistas que aceptan como autoridad indiscutible las Sagradas Escrituras recomendamos la lectura del capítulo V de Tobías, capítulo IV de Job, XLVI del Eclesiástico, VIII, XX, XXX y XXXVII de Isaías, XXX de Jeremías, II de Ezequiel, VIII, IX y X de Daniel, II de Joel, XI de San Lucas, VI, X, XI, XVI de los Hechos de los Apóstoles, II de San Pablo a los Filipenses, las Epístolas y el Apocalipsis de Juan, y en todos ellos, además de otros mil que podríamos citar, habrán de encontrar pruebas las más cabales de la realidad de la comunicación espiri-

tual, tal como la entiende el Espiritismo. Y, si aparte del testimonio de las Escrituras quisiésemos añadir el testimonio humano, citaríamos libros a centenares, en los cuales encontramos la realidad del hecho y decenas de periódicos que lo atestiguan con la autoridad de un enorme número de personas pertenecientes a todas las clases y categorías sociales. Demostrada la posibilidad de la comunicación entre ambos mundos, el espiritual y el corpóreo, el testimonio humano y el de los historiadores sagrados tiene una fuerza incontrastable.

De manera que los principios fundamentales de la doctrina espírita vienen a público a través de debates de las ideas sancionadas por la observación, por la autoridad humana, por el testimonio religioso, por la crítica filosófica. A esto se debe el hecho de que militen en las filas del Espiritismo, cada día más numerosas y compactas, hombres eminentísimos, de esclarecida reputación científica, verdaderos faros de la humanidad, procedentes de distintas iglesias, formados en distintas escuelas, diseminados por todos los pueblos cultos. Ya empiezan a persuadirse, los detractores interesados de la nueva idea, de la ineficacia de sus esfuerzos por tratar de apagar la esplendorosa luz que comienza a brillar sobre el oscuro fondo de los errores pasados. Llega a su fin la infancia de los pueblos y con ella la tiranía de los que prosperan a expensas del progreso.

3

Creemos haber demostrado que los principios fundamentales de la Doctrina Espírita vienen al público a través de los debates de las ideas sancionadas por la observación, por la autoridad humana, por el testimonio religioso y por la crítica científica, constituyendo un cuerpo de Filosofía digno de profundo estudio. Añadimos ahora que el Espiritismo, aparte de Filosofía, es también religión, y podríamos además añadir que se trata de la única religión natural y racional. Solamente él explica satisfactoriamente, sin violar el buen sentido ni herir el sentimiento, los destinos de la criatura y sus relaciones con el supremo Autor del universo.

No obstante, que no se crea, cuando afirmamos que el Espiritismo es religión, que entendemos como tal el culto externo, ese

conjunto de ceremonias y fórmulas aparatosas con que las religiones llamadas positivas procuran sostener la fe, excitando la imaginación de sus adeptos. Según nuestro modo de ver, las ceremonias externas del culto organizadas o reglamentadas por las respectivas iglesias no son, no pueden ser indispensables para el progreso espiritual y mucho menos, por consiguiente, de la verdadera religión. Claramente lo da a entender San Pablo, en su segunda epístola a los Romanos, cuando dice que no es judío el que lo es manifiestamente, ni es circuncisión la que se hace en la carne, y que es judío circunciso aquel que lo es en el interior de su alma: doctrina elevada, justa, racional, que explica con toda perfección la necesidad del sentimiento religioso y la superfluidad de las formas. Es preciso no olvidar que la religión es de origen divino y los cultos son instituciones humanas; eterna e inmutable la primera, mutables y perecederas las segundas.

Pueden las ceremonias externas satisfacer a los hombres en sus relaciones sociales, porque sus ojos no pueden sondear los corazones ajenos; pero Dios, que penetra en el íntimo de nuestro ser, solo puede ser satisfecho con la adoración espiritual.

Nosotros entendemos por religión el culto íntimo del alma, el sentimiento de adoración que va de la criatura al Creador, la observancia de las leyes que presiden el movimiento espiritual, la inefable economía moral del universo. En esta religión el templo es el espacio sin límites, el altar es el corazón de la criatura, el sacerdote el hombre y la Iglesia la forman todas las familias humanas existentes en la inmensidad de los cielos. En este sentido el Espiritismo es religión; porque enseña que Dios es el centro de todas las perfecciones y armonías y muestra a los hombres el camino de la perfección y la felicidad por el cumplimiento del deber. Cree en Dios, en la libertad humana, en la sobrevivencia del espíritu, y en la responsabilidad individual efectiva por los sentimientos y por las obras voluntarias.

Para el Espiritismo, religión y moral constituyen una misma cosa, porque solo el cumplimiento del deber puede acercarnos a Dios, a la felicidad; y la moral, la ciencia, al deber. ¿Cuál será el hombre verdaderamente religioso?

Aquel que procede con justicia: aquel que eleva en el fondo de su alma un altar al Padre del universo teniendo en cuenta la

comunidad de origen de las criaturas racionales, considerando a todos los hombres como hermanos suyos. De esto se deduce que el Espiritismo es la religión cristiana en su pureza original, sin formas externas y sin mercantilismo, teniendo por código único la moral del Evangelio. Jesucristo no hizo indispensable ningún culto para la salvación de las almas, sino que la hizo depender del amor al Creador y a la criatura.

¿Por qué, pues, se hace tan ruda guerra al Espiritismo desde el punto de vista religioso y se procura rebelar contra él la conciencia de los pueblos? ¿No lo presentan como un conjunto de máximas absurdas e inmorales y de prácticas diabólicas? ¿No lanzan a sus adeptos los más terribles anatemas? Esto ocurre de hecho, y aún más lejos irían las cosas si la Iglesia no tuviese, según la expresión de un escritor católico romano, las manos atadas.⁽²⁹⁾

¿Por qué fue calumniado, escarnecido y crucificado Jesús? ¿Por qué los sacerdotes insuflaron contra él a las turbas? ¿Por qué el odio sacerdotal hasta el extremo de preferir la muerte del hijo de María a la muerte de Barrabás? La religión en aquellos tiempos no era otra cosa más que el comercio y la hipocresía; y Jesús había venido para desenmascarar a los hipócritas y arrojar del templo a los mercaderes. La religión era la oración en la sinagoga y en la plaza pública. Y Jesús vino para condenar las pompas externas, recomendando la oración que se hace a Dios en lo recóndito de los hogares. La religión era el templo de piedra. Y Jesús vino para sustituirlo por el templo del sentimiento. En resumen, la religión hablaba a los sentidos por la vanidad de las ceremonias; y Jesús hacía caso omiso de las ceremonias, dando toda importancia a la bondad y a las obras del espíritu.

Veamos ahora lo que hace el Espiritismo y quizá no será difícil conjeturar los motivos de la encarnizada guerra que le han declarado los descendientes de aquellos fariseos que crucificaron a Cristo. En primer lugar, proclama la ilegitimidad del sacerdocio que no se basa en la práctica de las virtudes y en la predicación de la verdad; tan solo esto es suficiente para que se presenten a la lucha las huestes ultramontanas. Niega a los hombres el derecho de absolver o condenar, y hace depender la redención de la bondad

²⁹ "La Fe católica y el Espiritismo" del Dr. Niceto Alonso Perojo.

de las obras. No cree en la eficacia de la oración pagada, ni que el dinero pueda influir en la suerte de las almas. La única infalibilidad que reconoce es la de Dios y solo a Dios rinde homenaje de adoración, rechazando, por consiguiente, el culto de los semidioses tan en uso en todas las religiones positivas, sin exceptuar la católica romana.

Considera dentro del cristianismo y herederos de las promesas de Jesús a aquellos que adoran a Dios y practican la caridad, sea cual fuere su filiación religiosa, o incluso aunque no pertenezcan a ninguna iglesia conocida. Y, por último, combate sin tregua ni descanso la secta ultramontana, la mayor y más nociva plaga de la época, que ha hecho del cristianismo el crisol de sus miserias, del culto un espléndido mercado y del sacerdocio un oficio lucrativo y un elemento de resistencia contrario al progreso y a la emancipación de los pueblos.

El Espiritismo es la predicación del Evangelio de Jesús: por eso los escribas y fariseos del siglo concitan contra él a las turbas y claman a los oídos del César: ¡Crucificatur!... ¡Crucificatur!

4

Dentro del Espiritismo la religión consiste en la moral y solamente en la moral; porque la moral es el cumplimiento del deber y solamente por este cumplimiento puede el hombre aproximarse a su felicidad y a Dios. Por eso la religión ha de asentarse en estas tres grandes afirmaciones, en estos tres principios fundamentales: Dios, alma inmortal y libre, premios y castigos espirituales en justa proporción a los merecimientos; porque sin la aceptación de estas fundamentales verdades, faltará moral a la base, y la vida humana, aún en sus más nobles ejercicios, caerá por entero bajo la jurisdicción de la mecánica.

Conviene distinguir entre el Espiritismo práctico y el teórico: religión uno, y filosofía el otro. El primero es la moral en acción; el segundo investiga los fundamentos de la moral. El Espiritismo práctico realiza este progreso. Por el teórico llegamos al conocimiento de que una inteligencia infinita gobierna el todo, de que somos eternamente perfectibles y por tanto inmortales, de que nuestro porvenir será fruto de nuestras obras presentes; y por el

práctico adoramos a Dios y amamos a nuestros semejantes, cultivando de esa manera la felicidad de nuestro espíritu.

No cabe duda de que la práctica aventaja en mucho a la teoría desde el punto de vista del provecho individual: aunque es la teoría la que destruirá los antiguos errores y difundirá por la convicción las creencias que elevarán el nuevo templo.

El Espiritismo, como religión, viene explicado y sancionado en estas palabras de Jesús: “Creedme que vendrá la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Y entonces será la hora en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad”⁽³⁰⁾

En los primeros siglos de las civilizaciones, los pueblos tienen necesidad de materializar la adoración, a fin de que penetren por los ojos del cuerpo las primeras nociones de la Divinidad, ya que los del alma están cerrados a todo lo que no sea concupiscencia y egoísmo. Un altar de piedras puesto en la cima del monte y, más adelante, un templo artísticamente construido en la ciudad, pueden ser considerados como altar y templo dignos de la Majestuosa Sabiduría en la cual, según expresión de San Pablo, existimos, nos movemos y vivimos: el altar simboliza el sacrificio y el único sacrificio agradable a los divinos ojos es el de nuestros brutales apetitos; el templo simboliza la elevación del sentimiento, el incienso de nuestra gratitud, y el Ser supremo tiene derecho a que las criaturas canten su gloria desde todos los puntos de la Tierra y desde todos los globos del espacio. Para esta adoración en espíritu y en verdad el altar no puede ser otro que el corazón del hombre, ni hay otro templo digno de tanta grandeza que el universo en toda su inefable inmensidad.

Esto expresó Jesús y esto es el Espiritismo en su aspecto religioso.

Sí, esto, dice la escuela, es el Espiritismo, pese a cuanto diga en contrario lo clerical, que vive de los altares de piedra. A ellos se agarra como el avaro a su dinero, como el náufrago a la única tabla que ve flotar sobre las aguas. Pero el mundo marcha, dijo Pelletan con gráfica expresión, y los ultramontanos no podrán detener la marcha del mundo. Su concepto religioso, cada día más

³⁰ Juan, IV, 21 e 23.

estrecho y egoísta, empequeñece el altar, el templo e incluso a Dios.

Su adoración es una idolatría mal disimulada; su objetivo, el dominio universal. Impotentes para la discusión, consiguen éxito tan solo con la opresión de las conciencias. Empuñan el fusil del faccioso o el bastón del romero, según convenga a sus planes la violencia o la hipocresía. ¡Ah! Los ultramontanos no constituyen una escuela, mucho menos una iglesia; forman, eso sí, una falange internacional perturbadora, belicosa, enemiga del orden público basado en el derecho, en la justicia, en la libertad y cultura de los pueblos. El concepto religioso del Espiritismo es la adoración en espíritu y verdad, tal como lo entendía y predicaba Jesús, nuestro maestro. ¿Necesitaremos demostrarlo?

El Espiritismo es el Sermón de la Montaña y el amor a Dios y al prójimo, suma de todas las predicaciones de Jesús. Desafiamos a los detractores del Espiritismo a que nos señalen un único punto en que éste pueda diferir de la doctrina de redención tan sabiamente expuesta en las bienaventuranzas y en el capítulo XXII de San Mateo. Y toda vez que nuestros más apasionados adversarios son ultramontanos, vemos si es su moral o la nuestra la que se aparta del Evangelio. Así, pongamos a ambas cara a cara, tomando como punto de comparación la moral del cristianismo. Los ultramontanos de hoy son los fariseos de la época de Augusto. Alardean de ser los más escrupulosos cumplidores de la ley y no se cansan de cantar sus propios merecimientos y virtudes. Poseen dos cielos, uno en la tierra para sí y otro, no sabemos dónde, para los demás. Su reino es de este mundo, riquezas, comodidades, deleites, consideración y fausto: lo espiritual queda reservado para las ovejas obedientes, para los cándidos que los reconocen como guías infalibles de las almas. Su moral les permite preparar, encender y alimentar hogueras donde arden en anticipado infierno víctimas humanas, guerras desoladoras que lanzan a los pueblos a la desesperación y a la miseria. Tienen maldición y anatemas para el que predica la fraternidad universal y sentimientos de tolerancia y perdón para los incendiarios y asesinos, cuando el asesinato se llama fusilamiento de liberales y el incendio recae sobre pueblos que no han abierto sus puertas a las hordas ultramontanas. Léanse sus órganos de prensa: no han tenido una sola palabra de censura

para los perpetradores de crímenes consumados en Igusquiza, en Igualada, en Cuenca, en Olot, y ensordecen cielo y tierra con sus clamores, y ay de aquel que se atreve a dudar de su diezmo, o dificultar alguna de sus romerías, cuya piedad aparente sirve de máscara a nefandos propósitos, a planes liberticidas y criminales.

A ellos cuadran perfectamente las palabras de Jesús: Este pueblo me honra con los labios: pero su corazón está lejos de mí. Pero en vano me adoran, enseñando doctrinas que son preceptos de los hombres.⁽³¹⁾ En esto se distinguen los ultramontanos y se aventajan a todos los cultos desgajados del árbol del Cristianismo: han multiplicado los mandamientos hasta desnaturalizar por completo la moral del Evangelio. El Evangelio está edificado sobre el amor, la humildad y el perdón; y la moral ultramontana sobre el temor, el egoísmo, el orgullo y el anatema: el primero establece como ley de perfección la práctica de la caridad; el ultramontanismo, antepone las ceremonias externas.

Jesús dijo: “Mete tu espada en su vaina; porque todos los que echen mano de la espada, a espada morirán”⁽³²⁾; los ultramontanos, por el contrario, aseguran que no solo es lícito, sino forzoso, desenvainar la espada a favor o en daño de los príncipes del mundo, según convenga a los intereses de la secta.

“Y cualquiera que entre vosotros quiera ser el primero sea siervo de todos”⁽³³⁾ dice el Evangelio; pero los ultramontanos, haciendo caso omiso de esta enseñanza, establecieron primeros, segundos y terceros. “De balde lo recibisteis, dadlo de balde; no poseáis oro ni plata, ni cobre en vuestros cintos”⁽³⁴⁾: a esto respondieron nuestros fariseos poniendo precio a todos los servicios espirituales y acumulándolo a la vista de todos. Maldicen a todos cuantos osan revelar al pueblo su avaricia y sus abusos condenables, olvidando las máximas evangélicas que Jesús prescribió: perdonar las ofensas hasta setenta veces siete.⁽³⁵⁾

(4) Mateo XVIII, 21 y 22

Y esos, esos son los que se escandalizan con el Espiritismo, como se escandalizaban con las verdades que derramaba Jesús a

³¹ Mateo XV, 8 e 9.

³² Mateo, XXVI, 52

³³ Marcos, X, 44

³⁴ Mateo X, 8 y 9

³⁵ Mateo XVIII, 21 y 22

los escribas y fariseos. Del Maestro dijeron que era un impostor y que actuaba por el poder de Belcebú, príncipe de los demonios⁽³⁶⁾: no es, pues, de admirar que digan lo mismo de los apóstoles de la Buena Nueva los fariseos y escribas de nuestros tiempos. Si reproducen los mismos efectos es porque las causas son las mismas. El Espiritismo, como Jesús, condena los actos externos⁽³⁷⁾ y aplaude la adoración en espíritu y verdad; recomienda, como Jesús, la adoración a puerta cerrada y en secreto, como muy superior a la adoración pública en las sinagogas⁽³⁸⁾; hace depender, como Jesús, toda la ley y los profetas, del amor a Dios y al prójimo⁽³⁹⁾; promete, como Jesús, la salvación y la felicidad, no a los cumplidores de fórmulas, sino a los que practiquen las obras de misericordia. Porque disteis de comer al hambriento y de beber al sediento, y al peregrino hospedasteis y vestisteis al desnudo, y visitasteis al enfermo y al preso, venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que está preparado para vosotros desde la fundación del mundo⁽⁴⁰⁾.

Este, y ningún otro, es el concepto religioso-moral del Espiritismo, exactamente conforme a la moral evangélica, pese a cuanto propalan los que fingen no conocerlo para tener ocasión de calumniarlo.

Sin embargo ¿solamente es eso el Espiritismo? Ciertamente que no, como el catolicismo no es solamente dogma. El Espiritismo es religión y es filosofía y en el presente párrafo lo hemos estudiado únicamente en su aspecto religioso, a fin de resaltar la injusticia con que lo tratan los doctores del catolicismo oficial.

¿Quién no ha oído calificar a la moral espírita como monstruosa o infernal ingenio? ¿Qué conciencia menos avisada no se ha sentido tomada de pavor al oír que, del fondo de las iniquidades del siglo, acaba de surgir una secta estrechamente unida por medio de tenebrosos pactos con el mismísimo diablo, para exterminar a la Iglesia? ¿Qué fanático no habrá visto en sueños el espectro del Espiritismo presentándose como fantasma descarnado, envuelto en serpientes y vomitando fuego? Es preciso que los más

³⁶ Mateo, XII, 24.

³⁷ Mateo, VI, y siguientes.

³⁸ Mateo, VII, 6 y siguientes.

³⁹ Mateo, XXII, 37, 39 y 40.

⁴⁰ Mateo, XXV, 34 y siguientes.

timoratos se persuadan de que el aspecto religioso del Espiritismo nada tiene de inicuo ni horripilante; que su moral es la misma del Evangelio; que no viene a destruir la religión, sino a combatir el tráfico religioso.

5

Hemos visto que el Espiritismo, desde el punto de vista religioso, no es sino la adoración en espíritu y verdad, así como el sentimiento y la práctica del amor: precisamente lo contrario del ultramontanismo, de esa escuela corrompida y corruptora que, anteponiendo a los mandamientos de Dios sus propios mandamientos, hace depender la perfección espiritual de la observancia de ciertas fórmulas y ceremonias externas que en nada modifican ni mejoran las condiciones interiores del individuo. Explicada esta cuestión, de la cual nos hemos ocupado más detalladamente a fin de desvanecer ciertas preocupaciones, ciertas injuriosas imputaciones jesuíticamente propaladas, pasemos a estudiar el Espiritismo en su aspecto filosófico, proponiéndonos demostrar que, si como religión y moral es el Evangelio y la caridad, es como Filosofía la única solución racional para los más arduos problemas providencialmente entregados a la investigación de los hombres para sus indefinidos progresos.

Las creencias religiosas se hallan en el Espiritismo tan íntimamente entrelazadas con las conclusiones filosóficas, que con dificultad podría fijarse entre unas y otras una línea perfectamente divisoria. Las soluciones filosóficas, poniendo ante nuestros ojos las grandezas del universo, nos llevan a admirar la esplendorosa sabiduría que anima a todos los seres, y por consiguiente a erigir en nuestro corazón un altar a esa misma sabiduría inescrutable, vida de nuestra vida, alma de nuestra alma; y haciéndonos comprender la comunidad de nuestro origen espiritual, despiertan en nosotros dulces sentimientos de benevolencia, prólogo de esa fraternidad que ha de reinar un día entre los hombres. Y como todas las investigaciones científicas vienen a confirmar por fin la verdad religiosa fundamental, Dios, agente absoluto, sustancia universal vivificante, alma de la Naturaleza, podemos en tal sentido decir que la Filosofía es la teoría de la religión. Las principales afirma-

ciones filosóficas de la escuela espírita, aparte de Dios, del alma humana inmortal y responsable, y de la comunicación recíproca de los seres espirituales, de que ya nos hemos ocupado, son la pluralidad de los mundos habitados, la pluralidad de las existencias del alma y el progreso indefinido de los espíritus por medio de recompensas o castigos en armonía con los merecimientos o las infracciones voluntarias de la ley. No falta quien, con el objetivo de despojar al Espiritismo de su importancia, lo acuse de haberse apropiado de ideas y doctrinas que no son suyas, penetrando, por decirlo así, en campos pertenecientes a diferentes iglesias y a diferentes sistemas filosóficos; pero aparte de que las verdades, tanto religiosas como científicas, no son patrimonio exclusivo de este o de aquel individuo, de esta o de aquella colectividad como no lo son el oxígeno que respiramos y la luz en cuyo seno vivimos, ¿puede considerarse esto como una acusación formal? ¿Fue por ventura el Evangelio algo más que un cuerpo de doctrina formado con las verdades morales presentidas por eminentes filósofos anteriores a Jesús? ¿Qué es la Filosofía, sino la ciencia de todos los pueblos y de todos los siglos, edificada lenta y sucesivamente en sus partes por todas las escuelas que han tenido alguna participación en las conquistas que vienen aumentando y enriqueciendo los dominios del entendimiento humano? El Espiritismo se inspira en los más eminentes filósofos y en los más distinguidos moralistas y, acoplando a lo mejor de éstos y de aquéllos las enseñanzas de la revelación, forma su código moral y su Filosofía, Filosofía ésta la más luminosa, para explicar el sapientísimo proyecto de la Creación, y el código moral más perfecto para que la humanidad marche sin tropiezos por la vía de sus eternos destinos.

Dios no hizo, no pudo hacer sino lo más bello, lo mejor y lo más justo: aquella Filosofía y aquellas morales cuyas soluciones estén más conformes con la idea que formamos de la belleza, de la bondad y de la justicia, serán las que más se aproximen de la verdad de la Naturaleza, cuyos secretos no podemos descubrir sino poco a poco y con perseverantes esfuerzos. Y entonces: ¿es posible concebir algo más bello que la inmensidad poblada de rutilantes estrellas y de mundos plenos de inteligencia y vida, a la manera de notas armónicas de progreso, a la manera de estaciones

de etapa, donde las criaturas racionales hallen el descanso de sus fatigas y los medios necesarios para continuar su eterna ascensión hacia una felicidad siempre creciente? ¿Se puede idealizar algo más bello, justo y consolador que la sustancia espiritual humana persistiendo eternamente en sus individualizaciones, purificándose y perfeccionándose de organismo en organismo, de mundo en mundo, de siglo en siglo, y avanzando por los méritos de su libertad, persiguiendo siempre un progreso cuyo ideal es para cada ser inteligente y libre la plena posesión de sí mismo y de los tesoros espléndidamente derramados en el universo por el amor divino, por la sabiduría inefable?

¿Dónde está Dios, súper creador de la belleza, de la bondad y la justicia, purísima esencia de la verdad, manantial inagotable de la sabiduría, única sanción de la libertad humana, de los actos del entendimiento, de la moralidad de las obras? ¿Por ventura en el concepto materialista, que arrebatando a la inteligencia el cetro de la creación destruye toda libertad, cegando de esa manera los manantiales de lo bello, de lo bueno y de lo justo? ¿Por ventura en el dogma católico con su trinidad brahmánica, con sus dioses y semidioses tomados del paganismo, con sus milagros a la manera de soluciones de continuidad en el plan de la sabiduría, con su predestinación fatal, con sus divinas venganzas y divinas preferencias?

¿Por ventura en la absorción panteísta, en el Nirvana, que promete por toda felicidad un sueño eterno, la aniquilación de cada uno en el océano de la vida universal, después de una existencia de luchas sin causa, sin proyectos y sin objetivo? Sustituycamos todas estas teorías incompletas, caprichosas, desconsoladoras, infundadas, por los racionales principios de la Filosofía cristiana que resuelve satisfactoriamente las grandes cuestiones relativas al proyecto de la Naturaleza y a los destinos humanos. Dios es la causa de todos los seres, la sustancia activa por sí misma, la inteligencia suprema, el amor universal: el espíritu del hombre es como una emanación de la divina sustancia, como un fanal de la inteligencia suprema, ser relativo, perfectible por su libertad y por el cumplimiento de la ley, el mundo visible es la sustancia pasiva, teatro de la actividad y camino de depuración de los espíritus. La vida y la inteligencia tienen asiento y se desarrollan no solo en la

Tierra, sino también en estos astros que por millones vemos fulgar en el fondo azulado de los cielos, poblados todos ellos por humanidades hermanas, hijas de Dios, que van por diferentes vías a la conquista de sus dichosos destinos. La vida del espíritu es eterna, y cada existencia un eslabón de esa eternidad.

Nacemos derramando lágrimas, y esas lágrimas no pueden constituir una protesta contra la justicia de Dios; por consiguiente debemos merecerlas en virtud de infracciones de la ley cometidas en existencias anteriores. Dios es nuestro padre y nuestro juez y por ello hemos de sujetarnos al cumplimiento de la ley; como Padre, no puede jamás cerrarnos la puerta de su amor ni privarnos de los medios necesarios para rehabilitarnos ante sus ojos. ¿Qué es la vida presente? Un minuto de nuestra eternidad; ¿puede un momento de prueba fijar nuestra suerte para siempre? No, no; mil veces no; porque Dios es juez, pero juez que discierne con justicia; porque Dios es padre, pero padre amorosísimo, que no quiere la muerte, sino la redención y la salvación de los hijos de su amor. Podrá el hombre estancarse, podrá retrasar el pronunciamiento de su sentencia, podrá voluntariamente desviarse, desobedeciendo la voz de su conciencia y cerrando los ojos a la luz, podrá sufrir siglos y siglos las consecuencias de su voluntaria ceguera; pero Dios, Dios es el imán de las criaturas, y su benéfica atracción acabará por guiar al hombre hacia el camino del que nunca debió apartarse. La felicidad espiritual consiste en la posesión del poder, de la sabiduría y del amor, atributos que, en sentido absoluto, son propios exclusivamente de la Naturaleza Divina; pero el hombre se irá enriqueciendo progresivamente con ellos, aunque sin sobrepasar jamás los límites de la sucesión y la relación.

El libre albedrío es asimismo relativo, como todo cuanto posee la criatura en su naturaleza finita e imperfecta. Nuestra libertad está de acuerdo con la elevación de nuestro espíritu: apenas perceptible en los albores de nuestra conciencia, va dilatando su actividad en la medida en que el espíritu ensancha sus horizontes, resultando de ahí los distintos grados de responsabilidad según los sucesivos conceptos del deber – cuánto más puro sea el espíritu más libre será: y cuánto más libre, más responsable ante la ley. Las condiciones de la vida humana claramente nos manifiestan que el deber es más rígido en la edad varonil que en la juventud o

en la infancia, en los pueblos civilizados que en los salvajes, en el hombre docto y experimentado que en el ignorante. El deber absoluto y la libertad sin límites solamente son compatibles con la sabiduría infinita: por eso Dios es la ley y el deber absoluto a un tiempo. Y no siendo absoluto nuestro deber ni ilimitada nuestra libertad, ¿quién podrá discurrir con rectitud y lógica sin pervertir el sentimiento de justicia, dejando de comprender que no nos podemos hacer dignos, por nuestras obras, de la felicidad suprema, ni acreedores a perpetuos tormentos?

En el cumplimiento de la ley moral presiden la justicia y la misericordia; pero siempre la misericordia antes de la justicia. Por la misericordia hemos salido del caos, del misterioso origen de la existencia de los seres, y hemos llegado a la vida, a la luminosa vida del espíritu, en la cual empezamos a vislumbrar a Dios y a la ley divina del progreso; por la justicia nos vemos obligados a proceder de conformidad con las prescripciones de la conciencia, voz del cielo, revelación permanente, mecha prendida por el Creador en lo más íntimo de nuestro ser para iluminar el camino de nuestra progresiva perfección. Por la misericordia baja sobre la humanidad el rocío de la inspiración superior, sin la cual le sería imposible dar un paso adelante y emanciparse de la impureza y del error; y esta inspiración viene a los hombres a través de los buenos espíritus, en la observancia del precepto amoroso de caridad impuesto a las criaturas inteligentes; por la justicia, la inspiración se levantará contra nosotros para acusarnos, si menospreciamos sus sabias enseñanzas.

Esta es la Filosofía cristiana; este es el Espiritismo, ¡esta es la que algunos denominan la locura del siglo XIX! ¡Locura!... Pero ¿quiénes son los sensatos? ¿Los indiferentes en materias filosófico-religiosas, que ni afirman ni niegan, porque no se dan al trabajo de estudiar; los que no se preocupan por estas cosas porque no se sienten inclinados a meditar? ¿Los materialistas, que, para no transigir con la idea de Dios y del espíritu inmortal, transigen con lo absurdo, pretendiendo que la conciencia es efecto de una causa inconsciente, que la libertad es hija de una ley fatal, que el sentimiento procede de la insensibilidad, que la inteligencia emana de una ley ininteligente y ciega? Los ultramontanos, los fariseos, los mercaderes religiosos, que nos hablan de un Dios parcial y veng-

tivo, de un espíritu infernal creado para torturar eternamente a las almas, de una justicia que castiga a los hijos inocentes por las culpas de los padres hasta la última generación? Sí, estos son los sensatos de nuestro siglo, los redentores de la humanidad, los hombres de sabiduría.

¡Oh, santa moral del Evangelio! ¡Oh, Filosofía cristiana! ¡Oh, Espiritismo! Los que te condenan, o no te conocen o te calumnian.

6

Pretenden algunos, con ciertas apariencias de razón, que al calor de las doctrinas espiritistas toman cuerpo fanatismos, contrarios al buen sentido filosófico y a la santidad de la moral, multitud de peligrosas supersticiones, a cuya generalización están en el deber de oponerse los verdaderos amantes del progreso.

Exactamente por ser amantes del progreso combatimos supersticiones y abusos: que lo digan el fanatismo católico y el mercantilismo ultramontano, cuya perniciosa influencia procuramos francamente minar y destruir. ¡Guerra al fanatismo! ¡Guerra a la superstición! Y es la leyenda que hemos tomado por divisa de nuestra propaganda, y no lo desmentiremos, ya sea cuando se trate de escuela espírita o bien de la secta ultramontana. ¡Si, guerra a la superstición! Sea cual fuere su procedencia, su color, su carácter: su aliento inmundo convierte en putrefacto todo cuanto toca y es preciso destruirlo a todo trance.

¿Es cierto, con todo, que del Espiritismo nacen creencias supersticiosas, dignas de reprobación? Esta cuestión es para nosotros de trascendental importancia, de primordial interés; porque la superstición no puede poseer otra paternidad sino la del error, y nosotros no defendemos el Espiritismo más que por considerarlo la verdad filosófico-religiosa de nuestros tiempos y el más eficaz demoledor de aquellos fanatismos que nos ha legado la opresión de la Edad Media.

Después de lo que queda dicho, estudiando el Espiritismo en todos sus aspectos, después de haber demostrado que como religión es el Evangelio y la caridad, y como Filosofía la investigación de los hombres, bien podríamos excusarnos de entrar en

nuevas consideraciones, relativas, más que a la bondad de los principios, a su más o menos acertada traducción en la práctica. No obstante, aunque en este terreno tengamos que seguir a nuestros detractores - toda vez que ya estamos íntimamente persuadidos de que los vicios que deploran nada tienen que ver con el Espiritismo práctico - ya que se nos ofrece ocasión oportuna también de condenar ante la opinión pública ciertas corruptelas, producto de la ignorancia o jesuíticamente urdidas que se pretende hacer pasar por obras del Espiritismo con el objetivo de atraer el odio de las personas sensatas, urge decir la verdad, pero toda la verdad, en este asunto vital, sin consideraciones ni contemplaciones que redunden en perjuicio de la idea; establecer un cordón sanitario, un parapeto que defienda nuestras doctrinas de tanta imputación calumniosa como propalan nuestros naturales adversarios. La escuela espiritista no puede, no debe consentir, sin una formal protesta, que sigan por más tiempo la ignorancia y la malicia usurpando el nombre del Espiritismo para sancionar aberraciones, idioteces, fanatismos, fraudes, espectáculos grotescos, que únicamente pueden provocar desprecio y sarcasmo, que el verdadero Espiritismo, el cristianismo filosófico, condena y condenará siempre con la inflexibilidad de su moral y la majestad de sus luminosas enseñanzas.

Hay ciertos pseudos-espíritas, que, juzgando virtud la ignorancia y juzgando que el cielo es patrimonio de los necios miran con aversión los libros y revistas con que podrían ilustrarse y se compadecen sinceramente de aquellos que se dedican a la lectura y al estudio.⁽⁴¹⁾

Toda su ciencia consiste en dos decenas de versículos de la Biblia, no siempre expuestos con la fidelidad y la oportunidad convenientes. Si fuese real la intervención que dan a los espíritus a través de sus actos individuales, antes estarían procediendo como autómatas que como criaturas dotadas de libertad: lo que piensan, hablan y hacen, lo hacen, dicen y piensan por inspiración de los espíritus.

Califican como inmundas gran cantidad de manjares y bebidas, el cerdo, el conejo, la liebre, algunas especies de moluscos

⁴¹ No hablamos figuradamente.

tanto de tierra como de mar, principalmente el caracol y el calamar, y todos los licores y bebidas fermentadas, sin excepción del vino común y de la cerveza; y procuran no contaminarse con tales alimentos y bebidas, del mismo modo que no hacen sus almuerzos entre los gentiles, que es como denominan a los profanos. Reputan como idólatra tanto al que entra en un templo para orar, como al que tiene en su casa una imagen cualquiera que represente a algún ilustre benefactor de la humanidad; y además algunos llevan su puritanismo hasta mirar con aversión retratos fotográficos. Rechazan la Medicina como inútil, confiando a los espíritus la curación de todas las enfermedades: su panacea universal es el agua evangélica o evangelizada, que preparan por medio de la oración, y la aplican interior y exteriormente. No hay dolencia ni enfermedad curable que se resista a la beneficiosa acción de esta agua prodigiosa. Son por lo regular simples, compasivos y benéficos. Suelen reconocer a un superior entre ellos, especie de santón o profeta, que puede ser un hombre de bien o un consumado bellaco, instrumento, casi siempre, en otro caso, de jesuíticas influencias.

Es prácticamente imposible disuadirlos de su fanatismo y errores, pues subordinan todos sus juicios a la resolución infalible del santón, que es el órgano del pensamiento de todos.⁽⁴²⁾

Otros hay que hacen consistir el Espiritismo en la evocación. Como si simplemente todo el mundo espiritual estuviese sometido a su voluntad y caprichos, prometen a la desconsolada madre noticias inmediatas y auténticas de la hija muerta, a la hija de su madre, al esposo de la esposa. Se reúnen y celebran sus sesiones con aparato teatral y con cierta gravedad misteriosa, que recuerda el trípode de la sacerdotisa de Apolo y el árbol sagrado de los druidas; los llamamientos a los espíritus de la más alta y elevada jerarquía se alternan con las contorsiones de los poseídos, con las que piden la solución de difíciles problemas o que revelen el futuro. Tratan a los espíritus vulgares como de superior a inferior, como de maestro a discípulo, como de confesor a penitente, obligándoles a manifestar sus inclinaciones, pensamientos, vicios, virtudes y propósitos. No piensan en estudios útiles, sino únicamente

⁴² No hay la mínima exageración en esta rápida reseña, escrita y basada en datos recogidos por nosotros mismos y por personas cuya veracidad nos merece total confianza.

en fenómenos. La sesión más provechosa es aquella en que abundaron los poseídos y en que lo más frecuente hayan sido las convulsiones epilépticas.

Otros aspiran a ejercer en su nueva iglesia las funciones que los sacerdotes católicos ejercen en la suya. Bautizan, casan, entierran, todo supuestamente con la intervención de algún médium; y no será extraño, dada su afición a las prácticas sacerdotales, que mañana introduzcan en las suyas la confesión auricular. No han de faltarles versículos de la Biblia en que apoyar esta u otras ridículas innovaciones. El abismo de las supersticiones es sumamente resbaladizo, y una vez puestos los pies en él, muy difícilmente logrará alguno detenerse antes de llegar a sus profundidades.

Otros, por último, explotando ventajosamente la ignorancia, se ofrecen en espectáculo público, disfrazados de médiums de efectos físicos, no siendo más que prestidigitadores o refinados malandrines. Su objetivo es vivir a costa del prójimo, y lo consiguen haciendo de la credulidad o de la curiosidad de los demás su medio de vida. Poco les importa que arranquen su máscara, con tanto que el fraude continúe y produzca.

Una vez conocido el juego y explotado el público, reúnen los trastos del oficio y se van con la música a otra parte.

Estos son los fanatismos, estas las aberraciones que atribuyen al Espiritismo sus apasionados detractores. Sin embargo el Espiritismo rechaza semejante paternidad y aún podría volverla con justicia en muchos casos: porque ¿quién sino los enemigos de una idea han de procurar ridiculizarla y prostituirla? ¿Alguien desconoce, por ventura, los maquiavélicos procedimientos del jesuitismo, que se introduce en las lonjas para destruir los planes de la masonería, que se hace revolucionario para desbaratar la revolución, que envía seres satélites a los centros espíritas a fin de imperarlos a las mayores extravagancias?

¿Con qué título se denominan espíritas aquellos que se entregan a prácticas que el Espiritismo condena? ¿Son teóricos? No, porque ni conocen la doctrina de la escuela ni se dan al trabajo de estudiarla. ¿Son prácticos? Tampoco; porque la práctica del Espiritismo es moral cristiana y esta moral rechaza sus extravagantes corruptelas. No basta, para ser espírita, aceptar la existencia de los espíritus y la revelación: es preciso buen sentido para comprender

cuál es la solidaridad que puede racionalmente admitirse entre los espíritus y los hombres, aparte de una no pequeña dosis de sentimiento para gozar o sufrir con las alegrías y sufrimientos ajenos. El Espiritismo es la ciencia, es la revelación, es la caridad; pero aquella ciencia humilde que busca a Dios y la pura fruición del entendimiento dentro de las armonías de la Naturaleza, pero aquella revelación majestuosa que fecunda todos los gérmenes de vida y de virtud latentes en el seno de las generaciones humanas, pero aquellas caridades nobles, expansivas, tolerantes, universales, que se extienden a todos los mundos, que abrazan a todas las humanidades.

¡Oh, vosotros, que lanzáis vuestros anatemas contra el Espiritismo sin conocerlo! Si queréis ser justos, no lo busquéis en las extravagantes prácticas de ilusos o mal aconsejados, inspirados en la ignorancia y en la malicia. Su Filosofía la encontraréis en Cirano de Bergerac, Delormel, Carlos Bonnet, Dupont de Nemours, Ballanche, Lessing, Constant Savy, de la Codre, de Brotonne... en la Pluralidad de los Mundos de Flammarion, en la Pluralidad de las Existencias, de Pesan, en El Mundo Marcha, de Pelletan, en Las Verdaderas Transformaciones, de Cautelar, en las recientes declaraciones filosófico-religiosas de Víctor Hugo. Su revelación, hija de la acción providencial, progresiva como el entendimiento humano, la encontraréis en las grandes enseñanzas de la moral eterna, cuyo desarrollo histórico empieza respecto de nosotros en las faldas del Sinaí. Y sus prácticas en el honroso trabajo, en el ejercicio de las virtudes domésticas y sociales, en la beneficencia, en el perdón de las ofensas, en el amor, en la abnegación, en el sacrificio voluntario de tantos bienhechores de la humanidad que han dado su libertad y su vida en favor de la felicidad y la emancipación de sus hermanos.

7

¿En qué basa el Espiritismo la necesidad de su aparición en el momento histórico actual? Veamos. Sus fundamentos religiosos, su moral, sus creencias esenciales, no son de hoy; la adoración, la revelación y la caridad han sido en todos los tiempos el medio de perfeccionamiento y de progreso de las generaciones humanas.

Desde el inicio de los siglos Dios se ha revelado en la omnipotencia de sus leyes, en la armonía de sus obras, en el esplendor de su providencia; y también desde el principio el hombre ha conquistado su felicidad progresiva por la adoración y por el amor. Desde este punto de vista el Espiritismo es tan antiguo como el hombre, como la Creación, eterno como el supremo Ser, que desde toda la eternidad ha creado seres que lo glorifiquen y lo alaben. Sin embargo hoy el Espiritismo se presenta como una irradiación más luminosa del divino sol de la verdad, necesaria para los futuros desarrollos del espíritu del hombre; y solo en esta nueva fase debemos considerarlo y estudiarlo, para exigir de él los títulos que legitimen su advenimiento en nuestra época.

Delineada así la cuestión en el terreno conveniente, debemos echar una mirada en torno a nosotros y examinar con total imparcialidad si las viejas instituciones satisfacen o no las exigencias morales de nuestro siglo: si el testamento religioso de nuestros antepasados conserva toda aquella virtud de que necesita para desvanecer las dudas y encaminar los sentimientos o si, por el contrario, es un legado ineficaz, cuyo propósito es más el turbar las conciencias que el tranquilizarlas.

¡Ay! El árbol, el venerable árbol de nuestras seculares tradiciones religiosas, carece por completo de aquella pujanza con que en otro tiempo resistía las más violentas embestidas del error; a su abrigo no encuentra el viajero de la Tierra ni deliciosa sombra, porque ha perdido la lozanía y frondosidad de su ramaje, ni sabroso fruto, porque ha dejado de circular a través de sus tejidos la savia fecunda de sus primeros crecimientos. Es un árbol degenerado, enfermo, cuyas ramas va secando una a una la brisa de la ciencia, su enemiga natural.

La ciencia es intransigente y sin piedad: derriba todo aquello que se atraviesa en su camino con el fin de dificultar su marcha, y destruye con vigorosa, con incontrastable fuerza, todo cuanto el error y la ignorancia han venido edificando a través de las eras, tal como la luz ahuyenta las tinieblas donde quiera que establezca su imperio. Cuando llamamos a juicio las creencias heredadas, éstas no resisten al examen, a la crítica filosófica de la ciencia, y a partir de entonces la tradición tiene en la ciencia su más terrible enemigo.

Y ¿qué ha ocurrido? Lo que no podía dejar de ocurrir. Los discípulos de la ciencia aumentan cada día, mientras que el número y el ciego entusiasmo de los tradicionalistas disminuyen ostensivamente. Se entablan grandes batallas, y en cada una de ellas pierde la tradición alguno de sus baluartes. A los fanatismos sucede la incredulidad, a la fe el escepticismo, al sentimiento religioso el apego a los goces materiales. El templo, según feliz expresión de un sacerdote, notabilísimo escritor, arde en sus cuatro paredes y amenaza con desmoronarse y sepultar en sus ruinas humeantes el sentido moral. Surgen por todas partes voces que advierten del peligro inminente; pero las que podrían y deberían evitarlo haciendo prudentes concesiones a la ciencia se aferran torpemente a los errores en que han basado su poder y con los cuales esperan todavía conquistar la soberanía del mundo. No consiguen comprender que el entendimiento humano ya ha salido de su infancia y busca en las verdades su alimento espiritual. Acusan a la sociedad actual de incrédula, sin saber que la acusación recae sobre ellos, que son la verdadera causa de los males que lamentan. Pues ¿quién sino ellos forman el sentimiento religioso y dirigen las conciencias?

¿No ha sido el ultramontanismo, escuela corrupta, de la primitiva tradición cristiana, el que ha educado a los pueblos desde comienzos del siglo XI hasta mediados del siglo XIX? ¿A quién culpará con justicia por los perniciosos efectos de una educación exclusivamente suya?

No obstante el mal existe: para negarlo sería necesario cerrar los ojos a la evidencia. ¿Habría por ventura un sano corazón que no sienta malestar en medio de la atmósfera moral que se respira sobre la Tierra? ¿Habría algún entendimiento serio que no vea en el horizonte social indicios de tormentas amenazadoras?

El utilitarismo, la hipocresía y la mentira son la trinidad olímpica del siglo, las deidades exaltadas en el cielo de las aspiraciones humanas. La ciencia ha despojado del cetro del universo al Dios de los ultramontanos; y el resultado inmediato ha sido la negación de Dios y el triunfo de los que proclamaban la inutilidad del sentimiento religioso.

Todavía son muchos los que aparentan creer, pero poquísimos los que realmente creen: Las conveniencias sociales influyen

no poco en que subsista externamente una fe que los desengaños han arrancado de las almas. Póngase a prueba la religiosidad de todos cuantos se jactan de sentimientos religiosos y se verá que la mayor parte la venderá por un miserable plato de lentejas. Su sensualismo, su irreprimida ambición, los odios que alimentan, los medios de que echan mano para enriquecerse, la facilidad con que se entregan a la difamación, a la calumnia, a la persecución y a la venganza, desmienten de manera terminante las creencias de que hipócritamente hacen alarde. Y esto que ligeramente señalamos, lo insinúan los obispos en sus pastorales, lo deploran oradores sagrados en sus sermones e incluso los escritores ultramontanos, que tanto han contribuido a desmoralizar a la sociedad, escriben sobre el mismo tema artículos en los periódicos y revistas de la secta.

Con todo, semejante estado de cosas no puede continuar sin gravísimo peligro; el malestar que se siente, debido a la relajación de los vínculos sociales, aumenta cada día, y es síntoma de inmediata descomposición. No obstante, una vez conocida la causa de la enfermedad, su curación no es difícil. Se hace necesario oponer al ateísmo la afirmación de Dios y al escepticismo creencias racionales, armonizando, de una vez para siempre, los dogmas de la fe con las legítimas conclusiones de la ciencia. La ciencia no es atea, pero no puede aceptar dioses caprichosamente imaginados: no es escéptica, pero rechaza toda creencia que no lleve el sello de la justicia y la sanción de las leyes naturales. Por eso repele al Dios arbitrario y la fe ciega de la secta ultramontana. Estas consideraciones justifican la aparición del Espiritismo en el actual momento histórico; porque la Filosofía Espírita es la noción científica de Dios, es el dogma racional de la fe.

El ultramontanismo nos lleva a todos los errores y abominaciones de la Edad Media; y el Espiritismo, aliándose a la ciencia, viene a reivindicar las verdades cristianas torpemente oscurecidas, señalando los temores universales a las maquinaciones de la inmoralidad ultramontana. ¡Ay de las naciones, ay de la humanidad, si la secta saliese vencedora en el combate que mantiene contra el derecho moderno, que es el derecho de la dignidad humana y de la civilización de los pueblos! Porque lo que ella pretende es nada menos que el imperio de la teocracia en los gobiernos, la tiranía

sobre las conciencias, la posesión despótica de cuerpos y almas. Su concepto político es la regla de San Benito, de San Francisco, o la constitución de San Ignacio como constitución de los pueblos; su concepto social es que cada nación constituya un inmenso cenobio con su reverendísimo padre a la cabeza; su código penal, la inquisición y el in pace. Nada de libertad, nada de igualdad, nada de caridad recíproca; en una palabra, nada de aquello que vino a predicarnos Jesucristo con su palabra y su ejemplo.

El Espiritismo, al mismo tiempo que con su Filosofía religiosa y moral refuerza a la Ciencia en su decidida lucha contra el dogma ultramontano, viene a agrupar los núcleos dispersos de la sociedad cristiana para iniciar con ellos la iglesia del porvenir y el renacimiento de la fe. Esta es su misión, que sabrá cumplir sin otros auxilios que no sean el racionalismo y la libertad, y esta es la razón de su advenimiento en nuestra época. Sus sacerdotes no son otros sino los hombres honrados de todas las escuelas que suspiran por una era de paz, de benevolencia mutua, de moralidad en las costumbres; sus santos, los benefactores y los luminares del linaje humano en todos los tiempos y países; su Dios, la inteligencia universal, omnipotente y proveedora, vida de la vida, alma de las almas, principio fundamental del universo.

Jesucristo dijo que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia, y el Espiritismo es el cumplimiento de la promesa de Cristo. Él reavivará la fe que los fariseos han destruido con su hipocresía y sus errores. Elevando una antorcha luminosa el Espiritismo la coloca a la vista de todos los entendimientos, a fin de que los hombres vean con toda claridad que el Dios de Jesús es el Dios de la Filosofía, y sean por convicción deístas y cristianos. Inoculando en las sociedades la religión del amor, que es la sabia de las enseñanzas evangélicas, el sentimiento de la tolerancia, sin el cual no puede haber progreso ni regeneración posible, destruirá el fanatismo tradicional, origen de la decadencia del sentimiento religioso. Los ídolos caerán de sus altos pedestales y no habrá otro altar sino aquel que construirán en su corazón las criaturas al Creador, y el incienso será el de la adoración íntima de las almas. Al amanecer del próximo siglo se habrán asentado, merced a la reconciliación de la fe con la Ciencia, los cimientos del nuevo edificio, la gran base del cristianismo filosófico.

8

El oprobio, la calumnia, el insulto, la persecución, todo ha sido empleado y lo sigue siendo para ahogar las aspiraciones de verdad y de justicia que toman cuerpo en la conciencia humana y que el Espiritismo se encarga de anunciar. Por el supuesto de que todo eso se hace casi siempre *ad majorem Dei gloriam*, pretextando que la nueva propaganda viene dirigida por Satanás en persona y que esas aspiraciones de justicia y de verdad no son sino diabólicas travesuras que tienen como objetivo seducir a los espíritus incautos y arrastrarlos al infierno por el trillado camino del error.

Nosotros y solamente nosotros poseemos el sagrado fuego de la verdad absoluta, claman los escribas de la época: fuera de nosotros, la verdad no es verdad, la virtud no es virtud, la justicia no es justicia. ¡Anatema sobre aquel que pretenda que el entendimiento le ha sido dado para juzgar! El juicio de las cosas a nadie sino a nosotros pertenece: a los demás solamente cabe alimentarse de nuestras verdades y observar nuestros mandamientos. Y en la realidad esta servidumbre intelectual y moral, de la razón y de la conciencia, ha venido prevaleciendo y formando las creencias y las costumbres. Los escribas interpretaban la ley a su modo y el pueblo la recibía sin examen, con una venda en los ojos. Por esta peligrosa vía se ha llegado a los mayores absurdos. ¿Hasta dónde nos llevará?, se han preguntado al fin muchos ánimos inquietos; ¿quiénes son estos que nos guían, que no nos permiten ver? ¿Acaso la razón que nos ha otorgado Dios es germen de perdición? ¿Dónde está la luz, en la servidumbre o en la libertad? Nuestros guías ¿son dioses o son hombres? ¿Pueden cometer error o son infalibles? Si la fe que nos imponen es racional, ¿por qué entonces nos prohíben razonar sobre la fe? ¿Qué fe es esta que empieza exigiendo la abdicación del juicio? ¿Por qué no hemos de ver lo que nos mandan creer? Y si nuestra razón es un reflejo de la eterna razón, y si el universo es el verbo de Dios, y si la ciencia, según afirman nuestros guías, corrobora la verdad de sus enseñanzas, ¿no es lógico que apelemos a la razón en el estudio de la razón eterna y busquemos en el universo el pensamiento divino y la divina voluntad y entreguemos nuestro espíritu a la investigación científica que afirmará cada vez más nuestras creencias?

Y estos ánimos inquietos, estos espíritus recelosos, estos hombres vacilantes en la fe, pusieron sus manos en la venda de sus ojos. Tímidamente al principio, porque les venían a la mente todas las amenazas contra los desdichados que se atreviesen a hacer uso de los ojos, y porque recordaban los mil y un castigos, ejemplares, providenciales, terribles, repentinos, por las tentativas de independencia religiosa, ampliamente explicadas y detalladas por castigos en los libros de perfección. Pero después, como no llovía fuego del cielo, ni los tragaba la tierra en medio de sus anhelos de emancipación mental, acabaron por lanzar la venda al suelo y se rieron de su infantil credulidad.

Los ciegos de nacimiento abrieron los ojos; entre tanto ¿qué sucedió? Ahí están los ejércitos del materialismo y del ateísmo cada día más fuertes y más numerosos, ahí están las legiones de la fe cada día más débiles y más escasas. Cuando los ciegos recobraron la vista, no encontrando al Dios que les habían hecho concebir, exclamaron: Dios no existe. ¡Todo es mentira! ¡Solo es real la materia que tocamos y la fuerza que pone en movimiento a la materia!

Un escritor profundamente religioso y eminentemente sabio dijo: “¡Ay de la religión que no se acomode a la razón! ¡Ay de la fe que no sea racional! Sin la conformidad de la razón, acabóse la religión, acabóse la fe. Hemos llegado a tal punto de tenebrosa ignorancia, de intelectual abdicación, que hemos dejado franqueada la puerta al ateísmo.”

De suerte que la fe ciega es la abertura por donde penetra en las sociedades la disolución atea. Conviene repetirlo para que mediten en ello los hombres de buena voluntad, aquellos que suspirando por el advenimiento de una era de fraternidad y de justicia ven con inquietud las corrientes escépticas del siglo. El tránsito desde la fe ciega al ateísmo se verifica con solo un movimiento: abrir los ojos.

Sin embargo, ¿de dónde nos ha venido esa fe, germen de incredulidad? ¿Del cristianismo, por ventura?

Ciertamente que no: la grande, la universal Iglesia Cristiana siempre ha enseñado entre sus eternos dogmas, la fe; pero la fe noble, esplendorosa, racional, en espíritu y verdad, activa, compañera inseparable de la libertad y del amor. Pero como la corrup-

ción de lo mejor resulta siempre en lo peor, así también la corrupción del cristianismo ha resultado en el ultramontanismo y la corrupción de la fe cristiana, en la fe ciega de nuestros ultramontanos.

Desgraciadamente son muchos los que confunden la nueva secta con la primitiva Iglesia y los errores y excesos de aquélla son comúnmente imputados a las dos.

Conviene pues, y es de suma urgencia, contener el movimiento de descomposición que se observa y atraer a través de la razón a todos aquellos que, por no haber encontrado justificadas sus creencias, militan en las huestes rebeldes del ateísmo. Es necesario desligar a la Iglesia de la secta; la verdad religiosa de las supersticiones y de la hipocresía; la fe cristiana del fanatismo ciego. Es preciso anunciar al mundo el cristianismo en su pureza, los dogmas eternos de la Religión Universal; caso contrario, la incredulidad se apoderará de todos los entendimientos y la humanidad se hundirá primero en la más repugnante sensualidad y después en la más grosera barbarie.

Pues bien; el Espiritismo anuncia a los pueblos esos altísimos dogmas universales, eternos; la Religión de todos los tiempos y lugares; la fe conforme a la verdad y por consiguiente conforme a la luz del entendimiento humano.

Anuncia que la Iglesia es la asamblea de todos los hombres virtuosos, de todos los espíritus amantes de la justicia. Para pertenecer a la Iglesia no se necesita otro noviciado que el del sentimiento de lo justo, ni otro gesto externo que no sea la bondad de las obras.

Anuncia que Dios es el Padre de todos los seres inteligentes y libres, la Bondad infinita y la justicia absoluta y que ninguno de sus hijos jamás será excluido de su providencia de amor; pero para acercarnos a Él tenemos que ser justos y buenos.

Anuncia que es ley de la Creación la redención universal y que la redención individual depende del uso de la libertad de cada uno. Son redentores de la humanidad los elevados espíritus que con la palabra y el ejemplo inoculan en las generaciones humanas el amor y la justicia.

Anuncia que el único Templo digno del Creador es la Creación. Llegará el día en que todos advertirán esta verdad y enton-

ces los hombres, en vez de reunirse en los templos de piedra, lo harán bajo la bóveda del firmamento y de las estrellas.

Anuncia que la Revelación en la justicia y en la verdad es luz que ilumina a todo hombre que viene al mundo. Ella es la antorcha divina que disipa las tinieblas de la conciencia. Sin la revelación no se concibe el progreso espiritual de los seres.

Y como la Tierra no es la única morada de la vida, del pensamiento y de la libertad, ni la humanidad terrestre es la humanidad universal, el Espiritismo proclama la unidad de origen y de destinos de todas las criaturas racionales diseminadas en los infinitos mundos del espacio.

Proclama que así como todos los orbes se transmiten recíprocamente su luz, las humanidades que los habitan se transmiten los efluvios de su pensamiento y de su voluntad. Con la luz de los soles nos llega la inspiración de las almas puras. Para ellas la libertad no tiene otro límite que el de la omnipotencia. Son los dichosos mensajeros de la revelación divina.

Proclama, por último, que la vida sobre la Tierra no es sino una jornada de la vida perenne de los espíritus. Nuestro destino es ascender siempre, mediante la libertad y la justicia. Tenemos que visitar todas las ciudades donde tenemos hermanos, para abrazarlos y estrechar los vínculos fraternales. ¿Por qué edificaría Dios esas ciudades y las colocaría ante nuestra vista, si no tuviésemos que visitarlas? ¿Para qué darnos hermanos si no debiésemos conocerlos, amarlos y constituir con ellos una Familia?

La constitución de esa familia universal, por el triunfo de la verdad, de la justicia, de la adoración y del amor, es el ideal del Espiritismo, su aspiración suprema; todavía nos oprimen los errores y nos ofuscan el entendimiento; aún prosperan entre nosotros la falsedad, la mentira y el orgullo; aún hay corazones que destilan odio y manos que derraman sangre; aún abundan las conciencias rebeldes que se desentienden de los beneficios celestiales, hijos ingratos que niegan al Padre de quien proviene la luz, la vida, la libertad; pero ¿cómo?

¿No venimos de las manos de Dios? ¿No es en él donde vivimos y nos movemos?

¿Acaso podemos huir de su regazo, emanciparnos de su tutela paterna?

¿Dónde podremos ir sin que Dios esté con nosotros; dónde podemos escondernos de su bondad?

¡Oh, Dios, suprema Ley, Causa soberana del mundo, eterna Sabiduría que en todo penetra, Ser de mi ser, Vida de mi vida, Alma de mi alma! Sé que vengo de ti, que estoy en ti y que a ti ascenderé eternamente. Tus bondades me perfeccionarán y no me abandonarás; has encendido la luz en mi alma y no la apagarás. Me has enriquecido con la libertad, para gloria tuya y felicidad de mi espíritu. Has grabado tu ley en lo más íntimo de mi ser y esa ley es un suave llamamiento, una irresistible atracción, que acaba por vencer todas las resistencias humanas. Puedo olvidarme de ti; puedo desconocerte; puedo dentro de mi libertad detener el movimiento ascendente de mi alma; podré voluntariamente meterme por las veredas de la injusticia, enfangarme en el lodazal de la iniquidad, haciéndome así acreedor a siglos de acerba expiación: pero tú volverás a llamarme, ya que eres mi padre; tú me abrirás camino por donde pueda reparar mis injusticias y me perdonarás, puesto que eres Dios. Y después de que mi espíritu se haya desprendido del error, cuando mi alma se haya purificado de todo egoísmo, de toda injusticia, de toda mancha de miseria terrena; entonces, ¡oh, Dios! me recibirás en la comunión de los justos, en la vida de las almas purificadas, allí donde el sol de una felicidad siempre creciente no trasponga jamás los horizontes.

Esto es el Espiritismo, lo que el Evangelio, lo que la eterna Religión me anuncia. Esto es, no obstante lo que algunos llaman extravíos de la razón y otros, misterios de iniquidad. ¡Extravíos de la razón! ¿En qué consiste, pues, el juicio de los sensatos? Es un misterio, ¡y de iniquidad! ¿Dónde, pues, la justicia de los justos? Con todo, el mundo marcha, las generaciones se suceden y la verdad tarde o temprano se apodera de los espíritus, por más obcecados que sean. El progreso humano acelera a cada instante su carrera y suprimiendo siglos precipita las soluciones de todos los problemas trascendentales surgidos desde el nacimiento de las civilizaciones y de los pueblos. Reinarán un día sobre la Tierra la verdad y la justicia y entonces, los mismos que hoy no tienen para con el Espiritismo sino desdén, maldiciones y oprobios, se asombrarán de su obstinada ceguera y convertirán esos oprobios en nobleza, en honor esas maldiciones y en grandeza ese desdén. So-

mos todos hermanos y una reconciliación coronada de amor ha de poner fin a los egoísmos que nos dividen para que podamos marchar estrechamente unidos a la conquista de la felicidad común.

VI

La Internacional Negra

En España, en Italia, en Francia, en Europa, en todo el mundo civilizado y a la sombra de la legislación de cada pueblo, vive y se agita una secta cuyos individuos, estrechamente unidos entre sí por los vínculos de un pensamiento y de un interés comunes, diametralmente opuestos a los intereses y fines de la gran familia humana, trabajan con incansable actividad para que prevalezcan sus ambiciosos planes en perjuicio de las mismas sociedades de cuya savia se nutren y en cuyo seno se abrigan para perturbarlas y oprimirlas. Su patria no es el país en que nacen: su patria común fue Roma y lo será mientras aliente sus concupiscencias y desmedida ambición. Nacen en los países y en todos los países son ciudadanos para sus objetivos de prosperidad personal, pero son extranjeros para contribuir a la prosperidad general.

Se dicen realistas y llegan a los corazones de los reyes con el puñal de Ravailac; hacen ostensivo alarde de ciega sumisión a los papas, pero los papas que se opusieron a sus designios sucumbieron víctimas de horriblos y misteriosos atentados; se dicen hombres de orden, de paz, de caridad y de justicia, y los sorprenderéis conspirando, predicando la resistencia a las leyes y a los poderes cuando éstos contrarían sus propósitos, activando las discordias civiles y las guerras internacionales, aconsejando el asesinato y el incendio, tomando parte en los movimientos populares para despertar con vibrante elocuencia todas las iras y con pérfido consejo todas las pasiones brutales. Todo lo subordinan a la conveniencia de la secta: su realismo, su papismo, su Dios, de cuyos sagrados objetos hacen instrumentos de su dominación y prepotencia. Omnia pro dominatione.

¿No los hemos visto en nuestros días haciendo votos por el triunfo de la Rusia cismática, que luchaba contra potencias católi-

cas, y por el triunfo de la Turquía mahometana que luchaba contra una potencia cristiana? En todas partes sus simpatías y su influencia están siempre por delante de la conveniencia y del progreso de los pueblos. En Italia maldicen la unidad nacional; en Suiza y en Alemania se resisten al cumplimiento de las leyes; en Bélgica, donde preponderaron durante algún tiempo en el gobierno, pusieron en peligro inminente las más altas instituciones; en Francia provocaron turbulencias y golpes de estado. En España... ¡Ah! ¡Quisiera el cielo que pudiésemos olvidar las últimas calamidades que han traído sobre el suelo patrio esos eternos enemigos de la civilización y de la luz! Pero son bastante recientes y están en la conciencia y en la memoria de todos los españoles.

Con sus insensatas prédicas encendieron en nombre de Dios el estopín de la última desastrosa guerra civil, que tiñó de rojo nuestros campos con la sangre de militares ilusos y de mártires.

¡Cómo se prevalecen del fanatismo y de la ignorancia de las masas! ¡Cómo las alucinan, las explotan, las despojan y las conducen al matadero toda vez que esto vaya en favor de sus maquiavélicos objetivos! ¡Cómo saben educarlas para la esclavitud moral y material! Entregadles la educación del pueblo y escucharéis a las multitudes gritando: “¡Queremos cadenas! ¡Vivan las cadenas!” Es entonces cuando ellos aseguran que ha llegado el reino de Dios sobre la Tierra; que la salvación de las almas está asegurada; que todas las bendiciones y felicidades bajarán sobre los siervos engrilletados. ¡Miserables! En cada lugar un convento y un castillo, en cada castillo una fuerza y la Inquisición como tribunal supremo de justicia, ese es vuestro ideal, ya lo sabemos; solo vosotros podríais reinar sobre cadáveres o esclavos.

Pese a ellos y a sus furibundos anatemas, la civilizadora savia del progreso ha penetrado en las venas de los organismos sociales inoculando en su sangre preciosos gérmenes de renovación y transformación. Sin embargo ellos no se han civilizado y no han progresado; no se renuevan ni se transforman; son incrustaciones del pasado en el presente: reverberaciones de aquella generación de tiranos del pensamiento, que dominó sobre una generación de ilotas durante la larga noche de la Edad Media; reproducciones fieles de aquellos antiguos familiares del Santo Oficio, que en nombre de la caridad y del amor al prójimo encendían las hogue-

ras de la fe. Hoy se sublevan airados contra el siglo, porque en su transcurso se ha escrito el primer capítulo de la redención de los esclavos y de las conciencias. Su asombro primero, y su furor seguidamente, fueron superiores a toda ponderación, “¡Cómo – exclamaron – es posible que esos pueblos estúpidos, abyectos, vil obra de nuestras manos y de nuestras previsiones, haya concebido ideas de dignidad y de libertad y sueñe romper las estrechas mallas de la inmensa red en que lo mantenemos cautivo! ¿No hemos adormecido su alma en el fanatismo para que se creyese eternamente esclavo, no hemos embrutecido su entendimiento en la ignorancia para hacerlo refractario a toda luz, no hemos flagelado en todo tiempo su rostro y sus espaldas, para que nos considerase sus señores naturales? Hipócritas de todos los países, fariseos de la religión, tiranos del pensamiento, parásitos sociales, nosotros, que poseemos el arte de vencer por el celo de las cosas santas la escoria de nuestros abominables apetitos, unámonos, formemos un solo frente, una sola falange, omnipotente, incontrastable, terrible, lista para caer sobre las falsas huestes del progreso. El mundo fue nuestro ¿y dejaremos que nos arrebatan la posesión del mundo? Todavía hay multitudes ignorantes; todavía nos pertenece por vanidad y fanatismo la mujer, aún hay grandes intereses entrelazados con los nuestros, grandes ambiciones que se amparan en nuestra ambición; ¡aún podemos levantar ejércitos formidables que nos reconquisten el esplendor y la pujanza de otros tiempos! ¡Guerra a la libertad en nombre del Evangelio!”

Estos son los siniestros planes del ULTRAMONTANISMO, del JESUITISMO, de la INTERNACIONAL NEGRA.

Para llevarlos a cabo, las instrucciones del sinedrio ultramontano han partido en todas las direcciones. “Primero urge contar los soldados y organizarlos, ocupar después ventajosas posiciones para no aventurar el triunfo y caer por último con ímpetu irresistible sobre las fuerzas divididas del progreso. ¿Delenda est Cartago? Durante el fragor de la batalla, no dar tregua a la mano homicida en cuanto reste un solo enemigo en pie: después de la lucha, organizaremos, de la manera más legal posible, unciones y purificaciones, para que la fuerza o el fuego termine la obra iniciada por la espada. Todo el que tenga tendencias liberales o racionales debe ser eliminado. De esta manera hemos de recobrar la posesión

pacífica del mundo, que la libertad y el racionalismo nos disputan.”

Y este programa de la Internacional Negra viene desarrollándose desde hace cierto tiempo con el mayor descaro, a ciencia y paciencia de los pueblos y de los gobiernos, sin que quizá se haya pensado seriamente en evitar sus terribles consecuencias.

Para el alistamiento de los soldados adictos a la causa del retroceso nada más a propósito que las peregrinaciones y romerías; pues, ¿quién sospechará que el piadoso bastón del peregrino o del romero podrá mañana convertirse en fusil de enardecido partidario? Para la organización de las fuerzas, ahí están ciertos comités y asociaciones de carácter político, mal encubierto bajo un disfraz religioso, encargados de reclutar y fanatizar a la juventud. Para levantar el espíritu de los adeptos, no faltan artículos plenos de insolentes amenazas en la prensa neocatólica, ni discursos incendiarios lanzados desde las cátedras, desde donde no deberían pronunciarse sino palabras de caridad y de perdón.

Tan solo falta – y aún en ese sentido ha adelantado mucho en algunos países la internacional de que hemos hablado – que se apodere de posiciones estratégicas, con las cuales puedan herir impunemente a todos cuantos no comulguen en su iglesia o no militen en sus filas. Falta solo que su influencia invada los estratos oficiales; que dé a sus hombres participación en la administración y gobierno de los pueblos. Esto sería lo mismo que abrigar en nuestro pecho a la víbora que habrá de herirnos mortalmente. ¿Seremos tan estúpidos? ¿Habremos perdido por completo el instinto de conservación, y olvidado las más rudimentarias máximas de prudencia?

Nosotros no estamos afiliados a ninguna de las parcialidades políticas que dentro y fuera de España luchan por llegar al poder o mantenerse en él: desde este punto de vista, no pertenecemos ni a vencedores ni a vencidos. Pero sí militamos en las legiones que llevan enhiesta la grande, la humanitaria, la civilizadora bandera del progreso, que no es de ningún partido, sino común a todos los partidos que aman la libertad, que no es exclusiva de ninguna nación, sino de la humanidad entera. No hacemos oposición a ningún gobierno, antes bien, inspirándonos en la sumisión evangélica, respetamos profundamente en todos su altísima investidura y

proclamamos este respeto como uno de los deberes primordiales de todo buen ciudadano. Pero no por ello renunciamos al derecho, inalienable y sagrado, de dar la voz de alarma cuando vemos en peligro cualquiera de las conquistas del derecho moderno, a las cuales rendimos fervoroso culto. Y cuando ese peligro se acerca, si no nos permiten gritar, hablamos en voz baja; si no nos permiten hablar, indicamos con el dedo la amenaza, cualquiera que fuese.

Es doloroso para nosotros ver – y aquí empieza la respetuosa indicación de uno de esos peligros que vislumbramos en el horizonte social – nos es doloroso ver, repetimos, esa inmensa red de conventos que se extiende y aumenta en nuestro suelo, tan pisoteado y empobrecido en otros tiempos de triste recuerdo por esas mismas instituciones religiosas, que determinan una época de lamentable decadencia en la población y en la prosperidad de España. Lamentamos ver cómo el jesuitismo, enemigo mortal de todos los progresos que la civilización trae consigo, se introduce en nuestras villas y ciudades, de donde habían sido desalojados por la provisional política del rey D. Carlos III, para ser seguidamente abolida por el papa Clemente XIV. Nos parece lamentable ver cómo se alimentan en el púlpito, considerado por las multitudes como cátedra de la verdad, insensatas esperanzas del próximo retorno a una completa restauración teocrática, acompañada de los más terribles anatemas contra las instituciones que la santa libertad ha establecido y el derecho moderno ha sancionado. Lamentable nos parece ver a los causadores de nuestras discordias civiles preparando tranquilamente, después de vencidos, y abusando de la magnanimidad de la nación que los tolera, los elementos necesarios para someternos otra vez a los horrores del pasado. Y por último, nos parece lamentable ver cómo la Internacional Negra propaga libremente sus errores y sus perniciosas doctrinas, atentatorias a todo lo que de más santo y más sagrado tienen las sociedades modernas; al mismo tiempo en que los instrumentos activos de sus tenebrosos planes usan y abusan de la palabra y de la prensa para derramar sobre las turbas fanáticas e ignorantes la asquerosa semilla de sus iras; a nosotros, los partidarios del orden basado en la justicia, los que profesamos respetuoso culto al principio de autoridad, a los que amamos y defendemos la libertad de con-

ciencia emanada de las enseñanzas evangélicas, la ley apenas nos deja un pequeño resquicio por donde podemos oponer propaganda a propaganda, combatir ese pernicioso fanatismo que corroe nuestro pueblo y destruye los más nobles sentimientos, arrancar al fariseísmo la máscara de la hipocresía con que disimula su sed de medrar y de dominar; y denunciar, en fin, a los recelos sociales, los nefandos fines de la secta ultramontana y sus reprobables maquinaciones.

Este estado de cosas produce un malestar general, una penosa inquietud en los ánimos, que solo pueden calmar medidas reparadoras y progresistas, francamente hostiles a todo contacto clerical de restauración. Y no es que se crea posible la eventualidad de esta restauración aborrecible. No; el progreso ya está acostumbrado a vencer a sus irreconciliables enemigos, y los vencerá una vez más si necesario fuere: lo que se teme, lo que a las almas honradas agita y atribula, es la perturbación más o menos duradera que podría traer a los intereses de la civilización el vestigio reaccionario producido por ciertas esperanzas imprudentemente alertadas.

Lo que se teme es un momento de sorpresa, aun cuando sus efectos tuviesen que ser efímeros, de cortísima duración; porque la Internacional Negra es implacable, y se arrojaría furiosamente sobre las víctimas designadas por sus sangrientos instintos. No hay que olvidar que los ultramontanos tienen la gloria de ser descendientes de aquel pueblo que al penetrar en una ciudad sitiada no distinguía en su furor ni a la indefensa mujer ni a la inocente criatura.

Los extremos se tocan. La Internacional Negra y la Internacional Roja, aunque con objetivos opuestos, son igualmente temibles: el triunfo de una de ellas, sea cual fuere, por pasajero que fuese, dejaría tras de sí ríos de sangre y montañas de cenizas. Para frustrar sus planes basta la prudente vigilancia de los gobiernos, cuando éstos son benéficos y justos; pero para destruirlas moralmente y extirpar sus raíces, hace falta algo más, una propaganda incesante, un trabajo continuo de instrucción popular y principalmente una tercera internacional, la Internacional Cristiana, de la cual nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

VII

La Internacional Cristiana

La renovación es una ley de la Naturaleza, y las leyes de la Naturaleza infaliblemente se cumplen. Se renuevan los mundos que vagan en la inconmensurable región del éter; se renuevan las humanidades, los seres que viven en la superficie de los mundos; se renuevan los elementos de vida, los modos de ser de las sustancias, las formas de los cuerpos, las condiciones de los espíritus. Y en esta perenne renovación universal, en esta eterna palingenesia de los seres, el sustrato, digámoslo así, de los que preceden, sirve como de levadura a los que siguen, determinando en los mismos, en cada evolución, un movimiento ascendente hacia el progreso.

Los mundos nuevos se forman con los residuos elaborados por los viejos; la humanidad actual es el renacimiento de las generaciones humanas primitivas.

A esta continua metamorfosis, a esta ley que es de la Creación, no podían sustraerse las instituciones humanas, más mutables, como hijas de la elocuente voluntad del hombre, que las portentosas obras de la sabia Naturaleza. Sin embargo, tal como en éstas, las transiciones se verifican sin saltos bruscos, sin conmociones violentas, dentro del cumplimiento armónico de las leyes; toda renovación en las instituciones humanas determina solemnes y pavorosas crisis, terribles convulsiones, sangrientas luchas entre los intereses creados a la sombra del pasado y los nuevos derechos que se pretende introducir.

En las obras hechas por los hombres siempre se descubren siniestros vestigios, los vestigios del orgullo y del sórdido egoísmo. Sobreviene una idea fecunda, salvadora, con toda la virtualidad necesaria para indicar los caminos a la familia humana y regenerar el mundo, y ¿qué ocurre? ¡Ay del genio! ¡Ay de la gigante inteligencia que se ha atrevido a concebirla! Una falange de sabios surgirá con su autorizada palabra, con sus orgullosas pretensiones científicas, quizá con su insultante desprecio, máscara de un sentimiento malo que ni a sí mismos confesarían sin notar sus rostros

enrojecer de vergüenza; y haciendo coro con los sabios vendrán los negociantes y los fanáticos, listos para calumniar y perseguir al genio que amenaza con destruir inveterados fraudes y promulgar un decálogo más puro. Urge renovar una institución decrepita, viciada, perturbadora, anacrónico baluarte de un orden de cosas que pugna con las más nobles aspiraciones de la conciencia humana. ¡Ay de los primeros apóstoles! Sobre ellos caerán con ira aquellos que viven en torno a aquella institución, confiados en la indiferencia con que los pueblos acostumbran a presenciar los primeros combates que se entablan por causa de ellos: y si la institución amenazada es de índole religiosa o toma parte en algo del mismo carácter, la crisis es incomparablemente más trabajosa y difícil, en virtud del fariseísmo de los traficantes, que es la mentira de la virtud, tan generalizada entre los hombres, y el fanatismo religioso, que es el más temible de todos los fanatismos.

En nuestros días asistimos a la más trascendental de las renovaciones que la Historia habrá de registrar, renovación o transformación filosófica, religiosa y moral, preparada por la Filosofía del último siglo y fecundada por el espíritu de la Revolución Francesa en aquello que tuvo de grande, de civilizadora, de benéfica.

La risa filosófica de Voltaire, resumiendo y afirmando la incredulidad herética de los hombres pensadores de todos los siglos, destruyó el dogma y dio a la razón el cetro de la conciencia: la proclamación de los derechos del hombre en la Asamblea francesa borró las diferencias sociales establecidas en la arbitrariedad y en la injusticia y, derramando sobre el mundo la luz de la dignidad humana, indicó el verdadero ideal del progreso, basado en la correlación entre derecho y deber.

Entre estratos de sangre se cimentaban los fundamentos de la nueva fe. Las grandes transformaciones humanas, según parece, han de venir acompañadas, como los grandes movimientos teológicos, de terribles convulsiones.

La ironía aparentemente escéptica de Voltaire era necesaria, como la única arma capaz de abrir en el muro del fanatismo el orificio por donde penetrase la razón humana en el recinto de los antiguos misterios para disecarlos y juzgarlos.

Sus disparos certeros tenían como blanco el supra naturalismo, que había hecho de la Filosofía cristiana una Teología fantástica y absurda, y las formas, que habían desnaturalizado el purísimo concepto religioso acariciado en la mente del divino Apóstol de la libertad y del amor; sin embargo, en el fondo del escepticismo volteriano palpitaba el espíritu del creyente y germinaba la semilla de la religión del porvenir, exenta de insostenibles ceremonias, hija legítima de la moral del Evangelio. ¿Cabe dudar de que Voltaire y la Revolución hayan dado el golpe de gracia al supra naturalismo, emancipando la razón?

Es menos cierto que el racionalismo toma de la moral evangélica las máximas con que elabora su código de moral social.

La secta ultramontana, encarnación de todos los errores, de todas las veleidades y abusos cometidos en nombre del cristianismo, lo comprendió hartamente; gran mistificadora de la moral universal, promulgada por Jesús con las palabras:

“Amaos los unos a los otros”. Y por la misma razón comprendió y siente también que el mundo sacude vergonzoso yugo; he aquí por qué dio la alarma en toda línea y se prepara para desencadenar la batalla decisiva, a fin de recobrar aquel omnipotente dominio que la hizo señora de los pueblos. Sus propósitos y planes los hemos definido en el capítulo precedente, con el título de “La Internacional Negra”: destruir el derecho moderno en nombre de la tradición, la Ciencia en nombre de la fe, la civilización en nombre del cristianismo, la libertad en nombre del Evangelio.

Exactamente lo que al ultramontanismo le interesa destruir es lo que a las sociedades les conviene edificar y asegurar. No puede haber comunidad de intereses entre el esclavo y el amo, entre las víctimas y el verdugo; esto es preciso que se comprenda bien. Y de la misma manera que la sed de dominio agrupó en torno a una bandera odiosa, hipócrita, envilecida, a todos cuantos buscan en la ignorancia y en el oprobio de los demás su utilidad y vanidad, el amor a la libertad ha de agruparnos bajo otra bandera, franca, generosa, noble, por la cual lucharemos, pues la justicia solo puede existir sobre la faz de la Tierra a través de la elevación del sentimiento y de la difusión de la luz.

La humanidad está enferma, la devora lentamente la lepra corrosiva de la ignorancia supersticiosa; pero afortunadamente co-

noció su estado, y para recobrar la salud falta únicamente que se le muestre el remedio. Es indispensable restaurar sus fuerzas morales, que los tiranos del pensamiento procuran aniquilar.

Hombres de buena voluntad, de conciencia honrada, de corazón recto y ánimo varonil; vosotros que deploráis la iniquidad de unos y la ceguera de otros; vosotros que conocéis a los fariseos, a los mercaderes del templo, a los que negociaron a expensas de los humildes y de los sencillos; vosotros que condenáis esa abominable intolerancia anticristiana que se pretende restablecer para arrojarnos nuevamente a la siniestra esclavitud de la Edad Media; vosotros que habéis estudiado el movimiento religioso de los siglos y que habéis visto hasta qué punto ha llegado a falsearse aquella doctrina de caridad y sacrificio sellada con la sangre del civilizador del mundo, oíd, oíd nuestra voz que, en su humanidad, es, no obstante, la expresión de una necesidad universalmente sentida, el eco de una aspiración que hierve en la conciencia de los pueblos. Es preciso arrancar la máscara de la hipocresía; es preciso denunciar las maquinaciones maquiavélicas de aquellos que, prometiendo la felicidad celeste, se acomodan y se hartan en los bienes terrestres; es preciso derribar los altares de todo ídolo que haya erigido la superstición; es preciso llamar a las cosas por su nombre, sin contemplaciones egoístas; es preciso llevar la instrucción a todas partes, para que en todas partes se aprenda a discernir entre lo real y lo aparente, la virtud y el fingimiento, la religión y el fraude religioso, el sacerdote y el mercenario, los benefactores de la humanidad y los que no son ni aspiran a ser sino sus opresores y sus verdugos. A la Internacional Negra, organizada por el ultramontanismo para recobrar el monopolio de las conciencias, es necesario oponer la fuerza colectiva de todos los hombres de bien, amantes de la justicia y del progreso, la INTERNACIONAL CRISTIANA, que tendrá por objetivo precipitar la solución de la crisis social y religiosa que atraviesa el mundo y cooperar para la necesaria e inevitable transformación de esas instituciones degeneradas que, habiendo agotado su fecundidad en virtud de haber en ellas infiltrado su savia corrompida el utilitarismo y el orgullo, ya no pueden servir sino de estorbo y resistencia en la marcha desenvuelta de los destinos humanos. Los tiempos ya no pueden ser más oportunos y favorables: por una feliz conjunción de cir-

cunstancias, el ultramontanismo ya no es aquel monstruo gigante, aquel terrible dominador de otras épocas. De su poder y antiguo esplendor conserva solamente la piel. Es el gigante Goliat, a quien el David de la civilización apedreó en la cabeza. La Internacional Cristiana puede luchar contra él con toda confianza y vencerlo.

Ella hace guerra al derecho moderno en nombre de la tradición, y nosotros tenemos que hacérsela a la tradición en nombre del derecho; no a la tradición basada en los eternos principios de la justicia, que son condición y elemento indispensable de progreso, sino a la que se fundamenta en hechos consumados en la fuerza de la arbitrariedad y del monopolio, que es la tradición invocada por el ultramontanismo. Que los pueblos vean con toda claridad la enorme diferencia que hay entre la tradición genuinamente evangélica, de igualdad y amor entre los hombres, y la tradición ultramontana de privilegio y anatema. Se han introducido abusos y corruptelas cuyo objetivo es el predominio de una casta en perjuicio de los intereses comunes, materiales y morales; se ha desnaturalizado el cristianismo primitivo de manera que lo accidental ha venido a sustituir a lo esencial, la forma a la palabra, el pensamiento al espíritu, y urge hacer que todo esto sea conocido y juzgado por los mismos de cuya ignorancia se han prevalecido los mistificadores para basar en ella su comercio. ¿Qué es la tradición sino el precioso legado que a la posteridad se transmite, para que, estudiando en ella las necesidades y los acontecimientos de cada época, sirva de punto de partida para el nuevo desarrollo social, cada día más armónico y perfecto? Téngase muy en cuenta que únicamente la tradición divina, concordancia perfecta entre acontecimientos y leyes universales, es la que responde a todas las necesidades y a todos los tiempos, debiendo por consiguiente ser reputada como elemento eterno de progreso; y que la tradición humana, así sea tanto apostólica como histórica, tanto eclesiástica como doctrinaria, solo responde a determinado tiempo y a necesidades transitorias, debiendo ser considerada antes como objeto de estudio para graduar el alcance del movimiento y de la civilización en sus sucesivas etapas, que como pauta a la cual hayan de sujetarse los destinos de la humanidad en su desarrollo ulterior. Queremos significar con estas palabras que, mientras que la tradición divina no prescribe jamás, la tradición humana sí prescribe,

una vez agotada su savia fecundante: que mientras la primera es foco de luz eterna, la segunda es llama que alumbra cada día menos y termina por apagarse.

El ultramontanismo hace la guerra a la Ciencia en nombre de la fe, como la misión de la Internacional Cristiana es someter la fe al veredicto de la Ciencia, del cual no puede salir más que condenado al perpetuo alejamiento de toda razón sensata. Entiéndase que no hablamos de fe propiamente divina, la cual, radicándose en los eternos principios de moral y en la concordancia armónica de los fenómenos y sus leyes, nada puede temer de la investigación filosófica, antes por el contrario, se robustece y afirma con las conquistas del entendimiento: hablamos de esa otra fe, turbia, ciega, enemiga del análisis, irracional, que los ultramontanos han implantado en su código político-religioso, sin la cual jamás hubieran podido implantar en las conciencias sus errores y en los pueblos su despótico dominio: hablamos de esa fe contradictoria, absurda, que pretenden hacer pasar por dádiva sobrenatural y que imponen por la violencia como si eso fuese natural. Los ultramontanos empiezan por cegar a sus simpatizantes con el polvo sutil de la fe para poder venderles a continuación sus baratijas de alquimia y sus abalorios que hacen pasar por joyas de oro de ley; y son enemigos de la claridad, ya sea porque los ciegos a quienes esclavizan ya no les sirven, o porque sus tiendas, como las de los traficantes de mala fe, necesitan estar a oscuras. Seamos, pues, prudentes y veamos claro, nosotros los que deseamos para la humanidad nobles destinos; abramos los ojos de los ciegos y registremos en su compañía, llevando a la Ciencia como lumbre, las tiendas de los traficantes religiosos.

La secta ultramontana hace la guerra a la civilización en nombre del cristianismo, y a la Internacional Cristiana le corresponde demostrar que las doctrinas y prácticas ultramontanas constituyen el polo opuesto de la predicación y de las prácticas recomendadas por Cristo. ¡Oh! esta demostración es bien sencilla; no es necesario apelar a grandes recursos: bastará con abrir el Evangelio en cualquiera de sus páginas y comparar la mansedumbre y las reprensiones de amor de Jesús con el desenfrenado orgullo, la intolerancia y el amor de los sectarios que pomposamente se jactan de ser los únicos e infalibles intérpretes de Dios. ¿En qué má-

xima evangélica se autoriza la guerra y el derramamiento de sangre por la fe? ¿De qué enseñanzas cristianas se hacen derivar las leyes y los príncipes en el gobierno de los pueblos? ¿De dónde estableció Jesús que el agua y las manos elevadas al cielo y los golpes sobre el pecho, y las formas externas del culto, y la oración retribuida, fuesen condiciones esenciales de salvación y progreso espiritual? ¿Autorizó por ventura con su ejemplo o con su verbo el fasto y las riquezas de los ministros de la palabra? Y si nada de esto autorizó, ¿cómo el clericalismo ultramontano, que lo autoriza y lo practica, se atreve a titularse fiel depositario e intérprete de la revelación cristiana y heredero de la misión de Jesús? Solo por una insigne aberración del entendimiento humano, solo por la perversión completa del sentido moral y la crasa ignorancia de las generaciones que nos han precedido en la morada terrestre, puede explicarse que pasasen desapercibidas las innumerables mistificaciones introducidas y las amputaciones llevadas a cabo en el símbolo cristiano. Hombres de buena voluntad, uníos a la Internacional civilizadora cuyo primer pontífice es el Cristo y mostrad a los ignorantes con el Evangelio en las manos que jamás la secta ultramontana fue ni pudo ser representante del cristianismo en su naciente pureza.

El ultramontanismo, en fin, hace la guerra a la libertad en nombre del Evangelio; pero ¿de qué Evangelio? No el de Jesús; porque el Evangelio de Jesús es la sanción más solemne de la libertad, especialmente de la libertad de conciencia, que los ultramontanos ahogaron en sangre y llamas cuando su maligna influencia formaba las leyes y gobernaba las repúblicas. El Evangelio ultramontano es el de los fariseos, que cerraban el reino de Dios ante los hombres y ni ellos entraban ni dejaban que entrasen los demás; que devoraban las casas de las viudas haciendo largas oraciones; que predicaban las cosas insustanciales, y dejaban de lado las más importantes de la ley, de la justicia, de la misericordia y de la fe; que hacían del mosquito un caso de conciencia y se olvidaban del camello; que limpiaban la parte externa del cuerpo y del plato con sus aparatosas ceremonias y los dejaban sucios por dentro, olvidando el espíritu de la ley; que con su hipocresía y liviandades se asemejaban a los sepulcros blanqueados, exteriormente hermosos, pero interiormente llenos de inmundicia y co-

rupción. Este es el Evangelio en cuyo nombre pretenden los ultramontanos matar la libertad, porque la libertad ha de ser el juicio de sus abominaciones. Por eso a los mandamientos de Dios, que son los de la Naturaleza y de la ley, añadieron y pusieron delante los suyos propios, que son los de su progreso y conveniencia.

Sed egoístas, usureros, ladrones, adúlteros, rebeldes, ateos, deshumanos, hipócritas, homicidas; mientras oréis en público, ayunéis y os abstengáis de ciertas carnes en determinados días, y habléis bien de la secta y asistáis a sus ceremonias los ultramontanos cubrirán todas vuestras faltas con un grueso manto; pero si por desgracia os consideráis dispensados de someteros ostensivamente a sus ceremonias externas, aún cuando adoréis a Dios y améis fraternalmente al prójimo, seréis, según dirán, hijos del príncipe de las tinieblas, y sellarán vuestra suerte con el estigma de los réprobos, haciendo caso omiso de aquello que predicaba Pablo, es decir, de la necesidad de la circuncisión espiritual y de la inutilidad de la circuncisión del cuerpo.

Pues bien; uno de los más importantes deberes de la Internacional Cristiana será entregar al enjuiciamiento de los hombres ambos Evangelios, el de Jesús y el de los ultramontanos, para que nadie dude de que, combatiendo este último la libertad, en ella combate su espíritu capital, el alma de la moral evangélica. En resumen: el lema de la Internacional Cristiana será el mismo que el de la civilización, es decir, instruir y moralizar el pueblo, rescatándolo de la explotación religiosa de que viene siendo víctima desde hace mucho tiempo. No hay necesidad de pactos previos, reglamentos, sociedades secretas o símbolos, sino de honradez, amor al bien y varonil interés en proclamar la verdad en todas partes sin contemplaciones egoístas: pues la ignorancia y la superstición no son exterminadas con asociaciones tenebrosas o con el empleo de la fuerza, ni los ídolos caen con gritos y amenazas, sino llevando a los entendimientos, y a las conciencias el espíritu del análisis, el calor de la convicción y el claro discernimiento de aquello que es debido no pocas veces a la indolencia de los que, conociéndolo, no quieren darse al trabajo de manifestar públicamente su pensar, esperando que el tiempo se encargará de aclarar las cosas y acelerar el movimiento del progreso: éstos mantienen

la antorcha secretamente escondida y la humanidad nada tiene para agradecerles. Es preciso que se tenga muy en cuenta también que, si el error, para subsistir, necesita de ejércitos armados de feroz intolerancia, la verdad necesita únicamente, para desalojarlo de sus posiciones, de un único soldado que la proclame con perseverante entusiasmo. Si los dogmas irracionales o anti cristianos de la secta ultramontana tienen aún lugar en las creencias del pueblo, esto se debe a esos espíritus acomodaticios que, pese a rechazarlos en el fuero íntimo de sus conciencias, los respetan y sancionan públicamente.

A la total falta de escrúpulo de los falsarios religiosos que han desvirtuado el verdadero sentido del cristianismo, que han convertido el templo en mercado y la religión en mercadería, oponemos la dignidad y el noble designio de los espíritus honrados e independientes, amantes de la justicia, resueltos a predicarla como ley única de perfectibilidad, en el seno de la familia, en las calles y en las plazas, en las escuelas y ateneos, donde quiera que haya una conciencia que pueda aprovechar esta saludable doctrina.

Jesucristo no vino para fundar una casa de comercio; vino para reunir las eternas verdades de la moral universal que vagaban dispersas pero ausentes en los corazones, para con ellas formar las Leyes de la redención humana, santificadas con su ejemplo y selladas con su generosa sangre: es un deber, pues, de la Internacional Cristiana, instruir el pueblo dentro de aquellas verdades para que, conociéndolas y meditándolas, caiga en sí y constate que ni el comercio, ni el orgullo, ni la persecución, ni el dominio, ni las ceremonias externas, y principalmente lo que no sea adoración en espíritu y verdad y amor al prójimo, es el cristianismo de Jesús. Todo aquel que recibe una moneda falsa, que la denuncie y la rechace: proceder de otra manera es contribuir para que el pueblo la tome por oro o plata. Aquel que reputa anticristiano el mercantilismo religioso, y no obstante lo fomenta con su óbolo, así como aquel que conceptúa como insustanciales las ceremonias de la secta ultramontana y no obstante a ellas se asocia, uno y otro son falsificadores de la verdad y por consiguiente alimentan la mentira que, sin su adhesión, quizá no subsistiese.

Son espíritus medrosos y egoístas, a quienes el miedo o la conveniencia, o ambas cosas al mismo tiempo, inspiran una filo-

sofía de transacciones perjudiciales a sí mismos y que miserablemente se engañan, así como a los demás, a cuyo engaño involuntariamente contribuyen.

La crisis religiosa es un hecho de nuestros días; la idea cristiana, después de una laboriosa germinación de diecinueve siglos en el seno de la humanidad, está próxima a mostrarse al mundo en todo su brillo y esplendor, en toda su fecundidad y pureza original. Confinada en el santuario de las almas fieles al Evangelio, escarnecida por los fariseos herederos de aquellos que crucificaron a Jesús, mistificada por los eternos corruptores del sentimiento religioso, perseguida y llevada al calvario y a la hoguera, a través de sus apóstoles que osaron condenar la hipocresía, la corrupción y el engaño, habría naufragado mil veces en tantos y tan grandes tropiezos, que no debe haber en la historia de los grandes movimientos humanos algo superior al poder y previsiones de los hombres.

Aquella idea que la ignorancia, el fanatismo, la injusticia y la soberbia quisieron ahogar, surge hoy con más fuerza que en los primeros siglos del cristianismo, apoderándose, en el mando político, de las leyes y en el mundo moral, de las conciencias. ¿Qué escuela pública niega al principio democrático la virtud necesaria para hacer en un futuro más o menos remoto la felicidad de los estados?

¿Quién no presiente su advenimiento en el gobierno de los pueblos? ¿Quién no tiene sed y hambre de que la igualdad sustituya al privilegio, la libertad, como expresión del derecho, al monopolio como expresión de la fuerza, la fraternidad a ese bastardo apetito de dominio que nos devora, que nos divide, que fomenta los odios, que inicia las guerras, que aviva y estimula todos los gérmenes de la iniquidad y de la corrupción? Es que el cristianismo se impone como una necesidad social y moral, política y religiosa; es que el mundo se apercibe de que la ceguera del espíritu solo conduce al culto de los ídolos de barro destituidos de sentido; es que la Ciencia, hija de Dios, proclama la unidad de origen y destino de todas las criaturas inteligentes, la unidad de moral, la inestabilidad y caducidad de los cultos y la eternidad y universalidad de la religión sin ceremonias, que reasume todos sus preceptos en el amor y en la justicia.

Soldados de la Internacional Cristiana, hombres todos que al amor y a la justicia tributáis sincero culto, han llegado los días en que seréis conocidos por vuestras obras; en que podréis acelerar el adviento de vuestros ideales, en que los pueblos necesitan de vuestras actividades y consejos para entrar resueltamente en el camino de la regeneración; días de luchar en cumplimiento de santísimos deberes. Desplegad con franqueza y valentía vuestra bandera de dignidad, de emancipación, de civilización, de vida, frente al estandarte de vergüenza, esclavitud, retroceso y muerte que tremola en la cima de las fortalezas del ultramontanismo de la Internacional Negra. Si vosotros queréis, el comercio político-religioso de los ultramontanos terminará para siempre: bastará que no entréis en sus tiendas, ni os tratéis con ellos; que probéis públicamente la falsedad de sus mercaderías y la ilegitimidad de su tráfico; que seáis en fin, externamente, aquello que sois en vuestro interior, actuando y predicando con sinceridad aquello que conocéis y sentís. Ellos se creen que la mujer es suya por vanidad y fanatismo y a ella confían la abyecta restauración de su dominio; pero la mujer es del hombre cuando el hombre le sabe mostrar dignamente el camino de la verdad y el esplendor de la justicia. La torre, la babel ultramontana se estremece: ¡soldados de la Internacional Cristiana, derribadla con el ariete de la predicación y la veréis desmoronarse a vuestros pies!

VIII

Nicodemo

Damos por terminadas nuestras Consideraciones Críticas sobre el cristianismo, habiendo procurado detenernos en ellas lo más brevemente que era posible sin faltar a la claridad en la exposición de las ideas, toda vez que nuestro trabajo no tenía otro alcance sino el de servir de introducción a la obra “Nicodemo”, objetivo principal de este libro, y someterlo al veredicto de la opinión pública para que pudiese el lector tomar conocimiento, aunque incompleto, de los fundamentos racionales en que reposa la creencia en la revelación espiritual y de las doctrinas que consti-

tuyen el código filosófico de la escuela espírita; era de temer un veredicto condenatorio, que alcanzase tanto al libro como a la escuela, justificado hasta cierto punto en el concepto erróneo que generalmente se tiene del cristianismo espírita, que es el cristianismo racional o racionalismo cristiano. Con nuestras consideraciones podrá el lector juzgar con mayor riqueza de antecedentes y fechas; y, si bien no constituya sorpresa para nosotros que en el presente litigio no habrán de faltar jueces apasionados y severos que apelarán incluso a la injusticia, mantenemos la esperanza de que tampoco faltarán espíritus honestos que juzguen con independencia e imparcialidad, exclusivamente en méritos del proceso. Se trata de grandes intereses, cuya legitimidad negamos; de toda una clase social, influyente y poderosa, a la cual venimos a pedir cuentas de su influencia y poder; de multitudes ignorantes y fanáticas, que tienen como honor la esclavitud de la razón y como pecado el abrir los ojos a la luz: nuestro libro será, por consiguiente, arma de iniquidad para unos, motivo de escándalo para tantos otros, y solamente para aquellos que tienen sed de justicia y de progreso, libro de regeneración y salvación. ¿Habremos por eso de desanimar y retroceder?

Nuestra conciencia nos grita: ¡Adelante! ¡Y siempre adelante! Pues el esplendor de la verdad cautiva los entendimientos, y al cabo de cierto tiempo incluso los propios maestros del error acabarán por proclamarla.

“Nicodemo”, cuyo mérito, no a nosotros sino al público cabe juzgar, es una revelación o comunicación espiritual, obtenida por medio de la escritura en el Círculo Cristiano Espírita de Lérida, el mismo de donde se obtuvieron las páginas inspiradas que se leen en la obra “Roma y el Evangelio”. Los originales, de donde hemos tomado literalmente la revelación de Nicodemo para entregarla a la crítica ilustrada, están cuidadosamente guardados en nuestro poder y a disposición de quienes deseen consultarlos: escritos automáticamente en presencia de varias personas por una de los componentes del Círculo, no aparecen en ellos ninguna corrección, enmienda o añadidura. Pueden dar testimonio de haber asistido a todas o parte de las sesiones durante el curso de la revelación y presenciado el acto de recibirla más de cuarenta personas, muchas de ellas hombres que ejercen distintos cargos en el Esta-

do, dados al cultivo de las letras y las ciencias, y de altísimo grado de instrucción. Se suscitaban a veces dudas y animadas controversias sobre puntos de la revelación en el acto de recibirla, pero en seguida las dificultades eran esclarecidas y las dudas desvanecidas por el Espíritu, siempre con la corrección y fluidez de lenguaje y la misma elevación de conceptos que los demás fragmentos inspirados: lo cual hubiera bastado para borrar toda sospecha de preparación anterior por arte del individuo que escribía y que con su pluma servía de instrumento al ser espiritual.

En la primera parte de su inspiración, titulada “Después de la muerte”, Nicodemo relata sus impresiones inmediatamente después de haber abandonado la vida terrestre, en su última existencia; habla de sus temores, esperanzas y propósitos; describe el paisaje de los mundos superiores e inferiores al nuestro y el paisaje del mundo espiritual con las recompensas y expiaciones correspondientes a los sentimientos y a las obras. La segunda parte, que tiene por título “Alrededor de la Tierra”, es un resumen de la historia de la creación terrestre, ya sea en lo referente al desarrollo del globo, como a la aparición y progresivas evoluciones de la humanidad en el transcurso de los tiempos hasta la época del advenimiento de Jesús. A esta segunda parte hemos adicionado las revelaciones del evangelista Juan, referentes al movimiento y vicisitudes de la Iglesia desde Jesús hasta nuestros días, fragmento de la luminosa revelación que, suscrita por Juan y Lamennais, vio la luz en las páginas de “Roma y el Evangelio”: dejando así completa en líneas generales la historia de la humanidad terrestre desde el principio hasta hoy. Poco a poco se irá comprendiendo que la revelación no es patrimonio exclusivo de la casta sacerdotal, sino lluvia de los cielos que fecunda todas las semillas, todas las aspiraciones de progreso, y que es preciso sujetar al derecho común los bienes espirituales, monopolizados y explotados durante siglos y siglos por los tiranos de la conciencia humana, que han sabido hacer de esos bienes espirituales la piedra filosofal de su dominación y de sus conveniencias mundanas.

¡Oh, ese es el Satanismo! ¡Esa es la cátedra de Satanás! ¡Ese es el Misterio de iniquidad!, clamarán plenos de soberbia y de ira los sacerdotes del error al leer las verdades que hacemos llegar a los oídos del pueblo y considerar que constituyen una formidable

amenaza para su influencia y poderío. No pueden acostumbrarse a la idea de ser juzgados, hombres como los demás, aquellos que deben a su falso carácter de semidioses una vida próspera llena de deleites y una influencia inmerecida. Pero tendrán que acostumbrarse; porque la humanidad los va conociendo y persuadiéndose de que ha sido su víctima y su juguete. El reinado de Satanás se acaba: su nombre ya no asusta a nadie y todos le faltan al respeto, burlándose de él ante sus mismas barbas.

Cuando leemos “El Satanismo” del ex secretario del pretendiente D. Carlos, D. Vicente Manterola, no podemos dejar de admirar el heroísmo del escritor que escribe seriamente sobre un tema, sabiendo de antemano que habrá de ser leído con la sonrisa burlona de la incredulidad en los labios. Casi podría suponerse que Manterola escribió para los que no saben leer, los únicos entre los cuales Satanás conserva aún cierto crédito.

Amamos la libertad y el progreso por la Ciencia y la fraternidad entre los hombres, y creemos que contribuimos al éxito de tan santos ideales con la publicación de las revelaciones que a continuación encontrará el lector.

(Fin de la primera parte)

NICODEMO

O

LA INMORTALIDAD Y EL RENACIMIENTO

PRIMERA PARTE

Después de la Muerte

I

Asombro Espiritual. – Vanitas Vanitatum.

¿Por qué razón vengo hasta vosotros? ¿Qué fuerza desconocida me impele? ¿Dónde estoy? Sé que no estoy ni en el cielo ni en el infierno. ¿Dónde está Dios? ¿Qué será de mí? ¡Oh, qué extraña y terrible confusión!

Hace pocas semanas que partí⁽⁴³⁾ del delicioso país cuyas costas están bañadas en la parte occidental por el mar Tirreno y en la oriental por el voluptuoso golfo de Venecia, el país de las grandes recordaciones, de las grandes ruinas, de los grandes monumentos del arte y también de los más grandes y abominables crímenes. Roma, la inmortal ciudad de las colinas, de los césares, de los tiranos y de los papas, era mi morada y el Vaticano mi hogar, entre los que visten de púrpura y aconsejan a Pío. Partí y la púrpura permaneció junto al suelo y mi espíritu amaneció desnudo en el mundo en que la conciencia sale del corazón para presentarse acusadora ante los ojos.

Pero ¿por qué me dirijo a vosotros, los de la Tierra? Explícadme este misterioso secreto, si podéis. Nada vi, a mi llegada, de lo que esperaba ver cuando partí.

No veo a Dios y no me encuentro en el cielo; pero no soy atormentado como en el purgatorio o en el infierno. No sufro ni

⁴³ Estos renglones fueron escritos el día 2 de mayo de 1875.

gozo: decid, si lo sabéis ¿qué es esto? ¿Habrán Dios olvidado sus amenazas o no recordará sus promesas? ¡Ah, humanos, cuán insignificantes sois! ¡Qué distancia entre lo que veo y lo que aprendí y leí entre los hombres!

Habladme, pero no conseguiréis darme una explicación pues la Ciencia humana es vanidad y la Ciencia divina nadie la conoce, ni siquiera Pío. Os dejo, pues no podéis aclarar mis dudas; no obstante, una voz que me domina dice que volveremos a vernos. Con todo, sigo preguntándome por estas mismas cosas y la misma voz responde: Estudiad.

II

Una conciencia desnuda.– En el espacio.

Sí, estudiad, ayer os lo recomendé por inspiración ajena y hoy os lo recomiendo por inspiración propia. ¡Qué poco saben los hombres de las cosas del espíritu! Al llegar verifiqué que nada sabía y no obstante tenía entre los hombres la reputación de sabio.

Algo, con todo, he logrado comprender después de mi mudanza, pese a que mis ideas son vagas y confusas en virtud del impacto de la realidad, que alcanza a mi razón de un modo nuevo, desconocido, asombroso. Vi claramente que la Ciencia adquirida en el orgullo es vana y transitoria y también vanos y transitorios son los sentimientos generados en el terror y que solo son estables e inmortales la Ciencia y los sentimientos conquistados por la virtud, que es la posesión de la verdad. Tras la primera sorpresa, causada por la pérdida y por el recuerdo de conocimientos que yo había conceptuado como Ciencia y de sentimientos que había juzgado espirituales, pesaroso de mi desnudez inesperada, procuré reconocerme y estudiarme. ¿Quién soy, pues? me interrogaba. Y estudiándome a mí mismo he verificado que soy hijo de mis actos voluntarios, aunque subordinado a la ley universal, ley que siempre está, según presiento ahora, mucho, mucho más allá de la mirada del hombre, y si me hallo desnudo es porque no he sabido o no he querido, en mi viaje por la Tierra, tejer los únicos trajes que perpetuamente acompañan al espíritu en su eterna circulación. No

conservo de lo que fui sino aquello que por su naturaleza correspondía al alma, al igual que el cuerpo no conserva sino las sustancias que asimila y lo nutren. Me recuerdo y casi no me reconozco. Vestí mi entendimiento y mi conciencia con tejidos extraños al espíritu y me veo desnudo. Ha llegado mi hora y habiéndome quedado dormido en la Tierra, en un lecho de injusticia y de orgullo, y de miserable egoísmo, me he despertado en una nueva Tierra donde vive y se cumple la justicia, en el mundo de los espíritus que se han desprendido de sus cuerpos terrestres. Corto ha sido mi sueño y muy pronto adiviné que la muerte me había alcanzado, arrebatándome del mundo que acababa de ser teatro de mis probaciones y crisol de mi purificación y progreso.

Lo primero que experimenté al volver de mi letargo fue un desvanecimiento pasajero, debido, sin duda, a la nueva manera de ser de mi existencia espiritual. Desperté por segunda vez y me sentí como aturdido y asombrado ante la magnificencia del espectáculo que se desarrollaba ante los ojos de mi espíritu. ¡Tuve miedo! Bajo mis pies se abría un abismo infinito y sobre mi cabeza idéntico abismo que me circundaba y oprimía. Yo me transportaba de un punto a otro del espacio con una rapidez vertiginosa y mi pavor iba en aumento, pues no lograba divisar a ningún otro ser en aquel abismo inconmensurable; solo, enteramente solo ante tan asombrosa magnificencia, sin una única mano que me sostuviese, sin una voz que me diese aliento, me creí condenado a aquel movimiento, a aquel vértigo, a aquel abismo, a la soledad de aquel espacio inmenso y mis cabellos se erizaron y unos movimientos de desesperación quebraron todas mis fuerzas.

Quería detener mi curso... ¡pero en vano! Aumentaba mi celeridad a medida que pretendía o deseaba interrumpirla. En mi presencia se reproducían todos los actos de mi vida y contemplaba sucesivamente, como en un espejo, todos aquellos actos y deseos en los cuales voluntariamente había intervenido. Yo no estaba en mí y tampoco estaba fuera de mí: en mí, desnudo como resultado; fuera de mí, vestido con todo aquello que me rodeaba y servía para resolver bien o mal el problema de la vida. Y al mismo tiempo un número inconmensurable de mundos giraba y pasaba junto a mí, o mejor, yo era quien pasaba junto a ellos, tan rápido como el pensamiento.

III

La Tierra y la Humanidad Terrestre ante el Espíritu.

De repente cesó la impetuosidad de mi carrera a la vista de un pequeño globo que vagaba perdido en los abismos del espacio, pequeñísimo, invisible fragmento del universo infinito. Y aquel diminuto átomo me atraía en medio de la inmensidad; me sentía ir hacia él muy despacio, impulsado por una fuerza desconocida y al mismo tiempo atraído por una misteriosa simpatía.

Me acerqué y vi que aquel insignificante globo era la Tierra, sí, la orgullosa Tierra, la reina de los mundos, ¡el jardín de las complacencias del Altísimo!... ¡Oh, qué orgullo el de los hombres!

Ignoro el tiempo que pasé en mi viaje alrededor de un torbellino de brillantes y majestuosos mundos, que hacían que se me borrara completamente cualquier recuerdo de la Tierra. Recuerdo tan solo, y procuraré no olvidarlo, pues será el punto de partida de mis futuras investigaciones: y es que, regresando a la Tierra, la vi tan pequeña y tan pequeño el hombre que la habita, que me sentí avergonzado y llegué incluso a temer que Dios pudiese olvidarnos, tal es nuestra pequeñez.

Acababa de asistir a un espectáculo inimaginable para los hombres, por su inefable grandeza y asombrosa majestad. En el curso de mi miserable existencia terrena rechacé la idea de otros mundos habitables y habitados por criaturas racionales, poniendo orgullosamente límites a la prepotencia y condensando toda la gloria en la sabiduría de la microscópica humanidad que se agita sobre la superficie del planeta. Había leído algo de alemanes, franceses y de mis compatriotas acerca de la realidad de otros mundos y familias humanas más allá de nuestra humanidad y de nuestro mundo; sin embargo reputé dichas afirmaciones como locuras concebidas dentro de la soberbia de los hombres, sin jamás pensar que la soberbia pudiese estar, eso sí, en mi egoísta exclusivismo. Pues bien: aquellas locuras son la verdad de la Naturaleza. Tenían razón aquellos filósofos antiguos que habían presentado la verdadera creación científica, la inmensa creación digna del Ser

de los seres, y fijaron las primeras miradas para el descubrimiento final de la verdad; y razón tenían mis contemporáneos de uno y otro lado de los Alpes, al afirmar que la Tierra no es sino un punto de la etapa en el camino de la peregrinación de las almas y el conjunto de sus fugaces moradores una pequeñísima fracción, el átomo, si se me permite expresarlo así, de la familia universal, expresión la más sublime, infinita, quizá del pensamiento de Dios.

Ante la rápida e inesperada contemplación, casi inconsciente de las maravillas universales, me sentí confundido y humillado. ¿Por qué no he de deciros la verdad? Mi presuntuosa ciencia se refería enteramente a la Tierra y a sus criaturas; y ahora verifico que esta Tierra es un miserable islote, separado del continente de la felicidad y de la paz, lugar de expiación y destierro donde no se respiran ni las balsámicas auras del amor puro, ni se perciben los suaves conceptos de la sabiduría, ni brillan los rayos de la luz de la verdad, ni caen las benéficas lluvias de la esperanza y de la fe. Y lloro por mi orgullo, y por el orgullo con que contribuí a los desterrados de la Tierra. Y lloro por mi Ciencia, y por la Ciencia que pretende ser absoluta dentro de lo relativo y de la sucesión, no siendo más que ignorancia y vanidad. Y lloro por mi religión y por la religión de los hombres que levantan altares a su egoísmo, y deificando a sus semejantes se apartan cada día más de la adoración al Ser supremo. Y lloro, por último, porque vi de cierta forma y hasta cierto punto, la escala divina del progreso; y yo, lo mismo que todos vosotros en la Tierra, estamos aún en el principio del principio.

El hombre ignora de dónde viene y no sabe hacia dónde va. Su horizonte visible es tan limitado y circunscrito, que solo consigue alejarse de él a altitudes ínfimas y por espacios de tiempo mínimos. Supone conocer su pasado retrocediendo algunos siglos y estudiando a los seres que le rodean y lo acompañan en su presente morada, y cree adivinar su futuro fijando su consideración en la belleza que su sentimiento concibe, en el último término de sus deseos humanos o en el más alejado y luminoso de los mundos que embellecen su firmamento más cercano. ¡Ay! Esto no es más que el presente del hombre. ¿Dónde está su origen? ¿Cuál es la última palabra de sus destinos futuros? Este es el misterio de las criaturas y el secreto de Dios, secreto que los hombres habrán

de descubrir, sucesivamente, a través del estudio y de la virtud en algunos casos, sin con todo llegar jamás al fondo en la sucesión interminable de los tiempos.

Entre el presente del hombre y su origen por una parte, y su destino por otra, hay dos abismos a los que nunca podrá acceder. Por un lado y por otro, el límite de la materia conocida; por un lado y por otro, el desconocimiento, me atrevo a decir completo y absoluto, de la sustancia espiritual. Es indudable que el hombre, en cada una de sus evoluciones, ensancha el horizonte visible de su espíritu; que cuanto mayores sean su perfección y su pureza, más dominará y más esclarecimiento obtendrá por las vías de su porvenir y de su pasado, más claro es su presentimiento de aquello que será, y más extensa y fiel su intuición de aquello que fue; pero de ahí al perfecto conocimiento de su punto de partida y del término de su viaje, hay la misma distancia, a mi entender, que de lo finito a lo infinito.

IV

El despertar de las Almas.

Quisiera describiros con toda fidelidad las miserias y grandezas que ha presenciado mi espíritu en su rápido y forzoso viaje alrededor de los mundos de peregrinación de las almas; pero no comprenderíais mis palabras, y las vuestras apenas bastan para la descripción de una pequeñísima parte y de un limitadísimo número de los hechos y fenómenos que la Naturaleza, que es el verbo de Dios e hija de su sabiduría, ofrece en perpetuo espectáculo a los seres inteligentes. Algo he de deciros, no obstante, aunque de modo incompleto, acomodado a vuestra expresión y discursos, algo por donde podáis adivinar y presentir la marcha y el desarrollo de la humanidad en los misteriosos senos del universo y la atracción de amor con que todos los seres de luz son solicitados para la Causa Universal.

Aunque he de advertiros de que no debéis considerar mis palabras más que como leves trazos de verdades que, si bien podéis presentir, no es conveniente ni justo que sepáis. Podéis saberlas

cuando llegue el momento de vuestro desprendimiento y el despertar de vuestro sueño; pero las conoceréis como yo, para volver a olvidarlas hasta que justifiquéis, y justifiquemos todos, ese recuerdo mediante los méritos contraídos en la lucha de las probaciones.

¿Qué título nos asiste para recordar en la serie de nuestras almas, qué título nos asiste para recordar verdades que la miseria nos permite contemplar, pero cuya posesión no es debida ni a nuestra virtud ni a nuestro estudio? El alma conserva perpetuamente la ciencia y el sentimiento que son fruto de su iniciativa y libertad, pero no los sentimientos y la ciencia que vienen, para estimularla, de la bondad inagotable de Dios. Meditad bien sobre este punto, si queréis explicar de un modo muy satisfactorio algunas de las leyes de la suprema justicia aún no muy bien comprendidas por los hombres.

Entre el instante en que el hombre adormece en la Tierra y su despertar en el mundo espiritual, ese espacio de tiempo es más o menos largo según las condiciones y cualidades del espíritu y el género de muerte que ocasionó el desenlace o separación definitiva. En ese intervalo de transición, corto para unos, difícil y laborioso para otros, el espíritu pierde la conciencia de sí mismo por completo, o mantiene como máximo unas levísimas reminiscencias espirituales, estados similares al de aquel que se despierta lentamente o recobra poco a poco el uso de los sentidos, perdido en virtud de uno de estos accidentes tan frecuentes entre los seres mortales. ¡Qué temible es el fin de esa transición, el despertar subsiguiente al sueño a que vosotros llamáis muerte! El frío, la duda, el temor, la recordación sucesiva de todas las faltas voluntarias de la vida corporal, van penetrando y ocupando el ánimo, ofreciendo al espíritu su propia imagen en contemplación, imagen desnuda de todo velo que pudiese ocultar la más ligera mancha, la menor deformidad. ¿Qué hará el espíritu en presencia de sí mismo y nada más que de sí mismo? Si pretende cerrar los ojos ¡imposible! Porque los ojos del espíritu en la vida espiritual jamás se cierran.

Si pretende oír ¡es en vano! Está solo en la inmensidad, y en la inmensidad ¿cómo es posible oír? Su imagen, su acusadora imagen lo persigue. La inmensidad es un espejo purísimo y todos

sus actos voluntarios se reproducen allí, en aquel espejo fiel, para acusarlo o consolarlo. No, no es posible el olvido ni la miserable huida al despertar en la región de las almas: el espíritu, en presencia de sí mismo, se ve obligado a contemplarse, primero para reconocerse, y después para sufrir o gozar hasta su futura prueba o próxima revelación.

V

En torno a mi cadáver. – Los afectos de la Tierra.

Vosotros desearíais una descripción detallada de cuanto, desde mi despertar, he presenciado y admirado, pero no puedo deciros más que aquello que, sin satisfacer del todo vuestra curiosa expectativa, ni infundiros una certidumbre invencible de las cosas de la vida de las almas, pueda, no obstante, con este pequeño relato, despertar vuestro entendimiento por la duda y el estudio y fortalecer la vacilante virtud. No está tan lejos el día de vuestra realidad y certidumbre.

Entonces recordaréis mis palabras con complacencia si en virtud de ellas habéis realizado algún bien, o con angustia, si no habéis dejado en vuestro espíritu alguna señal de caridad. Dudad a tiempo, porque la Tierra es lugar de expiación y prueba por la duda y en eso empieza el mérito de las obras humanas; pero en medio de las dudas que continuamente os asaltan para enfriar los sentimientos del espíritu, procurad inspirar vuestras obras y juicios en la bondad para con las criaturas y en la gratitud y adoración al Ser que es la Providencia y el Padre del Universo.

Al despertar y reconocirme, hermanos míos, lo que primeramente me reveló la continuación de mi conciencia fue la visión del envoltorio material dentro del cual había peregrinado por la Tierra. La presencia de mi cuerpo inerte, sin luz, sin movimiento, sin vida, y que no obstante recibía honores que incluso en vida no merecía, me causaba terrible repugnancia, una sensación tan repulsiva que hubiera huido de allí si no me hubiese retenido una fuerza más poderosa que mi voluntad, es decir, un vínculo que aún ligaba mi alma con aquellos restos corrompidos. Al mismo

tiempo me observaba a mí mismo y me veía con asombro dueño de otro cuerpo joven y ágil, muy parecido en la forma a aquel del que acababa de salir.

Todo era, para mí, sorpresa y estupor. Cerraba los ojos y continuaba viendo. Parecía volar y no obstante continuaba en el mismo lugar, testigo de mis pensamientos posteriores. Para ver mi cadáver entraban algunos de los que me habían manifestado sentimientos de amistad y pocos salían con el corazón oprimido, por no decir, llenos de temor.

Entonces conocí cuánto valen los hombres y cuánta hipocresía puede ocultarse bajo una aparente devoción religiosa de piedad. Muchos acompañaban mis restos, pero poquísimos seguían en espíritu al compañero o amigo.

Y aquella soledad espiritual castigaba dura aunque merecidamente mis soberbias pretensiones.

Pude, al fin, desprenderme completamente de mis carnes y dejar la compañía de los que estaban impacientes y deseando que terminasen pronto las ceremonias que les obligaban a acompañar mi cuerpo. Se me concedía la libertad necesaria para salir de allí y dirigirme a todos mis conocidos y amigos de la Tierra, a fin de que hiciesen reflexiones sobre el valor y verdad de los afectos de los hombres; y usando de aquella libertad, acudí a los lugares a que amistades y cariñosas manifestaciones en mi favor me habían atraído en el transcurso de mi existencia terrestre.

¡Cuántos desengaños, hermanos míos! ¡Cómo fueron cayendo una a una al soplo de la realidad sin máscara ni velo las ilusiones de mi orgullo! Entonces verifiqué que las amistades eran, con rarísimas excepciones, la mentira del amor, y las simpatías la moneda falsa de la caridad; y que todo eso tiene principalmente su asiento en el mismo lugar ocupado por el interés y por el egoísmo. Mis amigos lo habían sido más por apego a sí mismos que por el bien que su amistad pudiese hacerme. En todo esto vi, no obstante, el cumplimiento de una gran ley de justicia: la suma de los amores humanos que refluían sobre mí, era igual, perfectamente igual al amor que yo había profesado a los demás. Y entonces lloré por mis desengaños y por la miseria de mis sentimientos amorosos.

Anhelaba partir de aquellos lugares acusadores, testigos de mi presunción y egoísmo y del egoísmo y presunción de tantos otros. Deseaba emanciparme y huir de aquellos sitios, en que la hipocresía y la falsedad imperaban en los ánimos y gobernaban las costumbres. Veía el corazón ajeno y tenía mi propio corazón ante los ojos de mi espíritu: e incluso sin ignorar que los hombres no podían ya leer el secreto de mis sentimientos, la vergüenza se apoderaba de mí.

Estaba solo, ¡únicamente a solas con mi conciencia! A nadie veía en torno a mí; me sentía, eso sí, confundido y arrasado, ni más ni menos; sobre mis errores e impurezas caía la mirada de innumerables criaturas inteligentes y purísimas.

¡Huye, huye de ti! me gritaba mi remordimiento; pero al huir, el mismo remordimiento me reproducía por centésima vez el cuadro de mis errores.

Pero no estaba en la ley que aquel tormento fuese eterno. Se formó poco a poco en torno a mí como una nube tenue, que transparente al principio acabó por dejarme en una oscuridad casi completa. Esta oscuridad fue de corta duración; quizá no haya llegado a cinco de vuestros minutos. Paulatinamente también se disipó y desapareció la nube que me envolvía, viéndome de nuevo libre de las tinieblas y agradablemente envuelto en la luz del universo.

Pero ¡oh asombro! ¡Oh, admiración mía! Cuando yo me creía en la más perfecta inmovilidad durante aquel intervalo de absoluto aislamiento, verifiqué, al disiparse la nube, que me hallaba a una distancia incalculable de aquel que acababa de ser el lugar de expiación y castigo de mi orgullo y sentimiento de egoísmo.

No solo me había alejado sin que lo sintiesen mis amigos y aquellas personas de quienes en vida había recibido manifestaciones de afecto, sino que además la misma Tierra había desaparecido, sin que pudiese conocerla ni adivinarla en ninguno de los infinitos puntos luminosos que centelleaban en la profundidad y en todas las direcciones. Entonces fue cuando sentí terror por aquella soledad y por la vertiginosa rapidez del involuntario viaje. Me consideraba seguro, como os había dicho, pero me vi condenado a aquel movimiento, a aquel vértigo, ¡a aquella imponente soledad!

VI

Mundos regeneradores. – Cuerpo Espiritual. – Armonías de Luz.

¿Sabéis la velocidad a que anda la luz de vuestro sol, ese pequeño astro que se aparece a vuestros ojos como el padre de los astros? Pues esa velocidad es nada en comparación a la que volaba yo a través de los insondables espacios. No volaba, vagaba por el éter, de un modo que no sé explicar ni vosotros sabríais comprender. Me transportaba de un punto a otro con la medida del pensamiento y de la voluntad, pero de una voluntad inconsciente, fatal. Yo quería, pero no se me ocultaba que mi querer era el resultado de una voluntad superior a la mía.

Mi actividad, tanto mecánica como moral, no era consecuencia de mi albedrío espontáneo; era, sí, efecto del cumplimiento de la más hermosa de las leyes, la ley de los conciertos armónicos de la misericordia de Dios.

Recorrí y visité en primer lugar una serie, un sistema de mundos progresivamente más afortunados que la Tierra, con la cual tienen muchos puntos de analogía y semejanza, constituyendo un mismo grado, un mismo eslabón de la cadena de los mundos y del progreso de las humanidades.

Estas moradas están todas a vuestra vista, a vuestra vista aquella en que habitáis.

Sus moradores poco se diferencian de vosotros, en lo que se refiere al organismo y a las condiciones en que en ellos se manifiesta la vida y las formas de que se revisten. Algo más de hermosura en los cuerpos y cierta perfección superior en los sentidos los distinguen; pero no hay diferencia esencial que los distinga de vosotros. En cuanto a su cultura espiritual y al desarrollo de su inteligencia y sentimiento, os diré que el robo, la mentira y el crimen son apenas conocidos en aquel que ocupa el punto culminante de la serie. En este último, los hombres que entre vosotros constituyen excepción por su saber y virtudes, forman la inmensa mayoría, careciendo incluso de leyes escritas y de códigos para el bienestar dentro del régimen social, puesto que no tienen necesidad

de ellos. La escritura no tiene allí otra aplicación sino la cultura de las ciencias, generalizadas en todas las clases, si podemos llamar así las diferentes y armoniosas jerarquías establecidas en aquel mundo.

No sé si me comprenderéis o si sabré expresar mi pensamiento. Con cada elevación mi cuerpo espiritual se modificaba y se transformaba, volviéndose diáfano y adquiriendo belleza y esplendor; pero estas modificaciones, lejos de complacerme y proporcionarme bienestar, constituían para mi alma motivo de sufrimiento y vergüenza; toda aquella belleza exterior correspondía a una pureza y virtud interiores de que carecía mi espíritu, representada por el remordimiento y por el recuerdo de la gran distancia que había entre aquello que soy y lo que podría haber sido con algunos esfuerzos de adoración y amor. Imaginad lo que pasará por el interior de un mísero esclavo cuando, teniendo que llegar a presencia de un príncipe de la Tierra, cubren su cuerpo con tejidos y ropajes extraños a su condición y carácter, y tendréis entonces una ligera idea de mi aturdimiento. Yo era esclavo por mi pobreza de méritos y virtudes; sin embargo, llamado a visitar moradas de magnificencia y de luz, no me era permitido hacerlo sino vestido de boda. El ropaje no era adecuado, sino debido simplemente a la infinita bondad del Señor, que me había llamado para vislumbrar aquellas suntuosas y maravillosas armonías.

La belleza de mi cuerpo espiritual, al igual que mi confusión y vergüenza aumentaban cada vez más conforme visitaba otras moradas más venturosas, de las cuales os hablaré si me es permitido, en el curso de mis revelaciones. Cuanto mayor era la claridad y la hermosura de mi cuerpo, más contrastaba la fealdad de las miserias de mi espíritu. Bien hubiera deseado ocultar a mis ojos y a mi conciencia aquel inmerecido esplendor prestado, y a los ojos de las bienaventuradas criaturas, que parecía sentir posados sobre mi persona; pero mi voluntad era vana y no podía velar aquella luz ni sustraerme a las justas censuras que suscitaba mi pasado. A medida que me elevaba, más humillado y abatido me sentía. Era un desgraciado en el seno de la felicidad; un ave que mueve sus alas en una región pura y tranquila, pero llevando clavada en sus entrañas una flecha cruel.

La luz que inunda los montes y llanuras de los mundos que he descrito por alto es mucho más pura que la del sol que alegra vuestros ojos y hace brotar el consuelo y la esperanza en vuestro ánimo. Al lado de aquella luz, la de vuestro mundo es tiniebla, y la de los mundos inmediatamente superiores, pálidos crepúsculos precursores de la aurora.

¡Oh, qué armonías, Dios mío, Padre, Rey y Autor de la belleza, de la armonía universal! La luz que da color y vida a los cuerpos guarda siempre perfecta conformidad y paralelismo con la que emana de las almas por reflejo de aquella que nace de la virtud del Altísimo. La de vuestro sol corresponde a la luz espiritual que irradia la Tierra en el seno de la creación inteligente y la que ilumina las apacibles regiones donde habitan los seres que por su virtud resplandecen, guarda encantadora semejanza con la que desprenden el pensamiento y la voluntad de aquellos dichosos seres. Por eso los espíritus puros llaman a la Tierra mundo de las tinieblas y vosotros, con toda propiedad, mundos y espíritus de luz a las moradas de los espíritus puros y a sus felices habitantes.

¡Dios mío, Padre mío y Padre de mis hermanos! Yo he visto un hermosísimo destello de vuestro inefable amor. He oído himnos de adoración y cánticos de caridad, suaves como el beso de la virtud y dulces como el divino fruto que presiento en la mesa celestial de los espíritus perfectos, que son por sus merecimientos vuestros hijos primogénitos.

Al ver y oír aquellos suavísimos conciertos, sufría y sufría de un modo imponderable, porque el remordimiento me echaba en cara mis impurezas y mi egoísmo. No obstante, ¡gracias, Dios mío! ¡Gracias aún por el mismo remordimiento que ha venido a despertar mis tardíos propósitos! Bien sé que no me pertenece aquella felicidad vislumbrada y que pasarán quizá siglos y siglos antes de que mi alma la conquiste; pero también sé que llegará el día de mi elevación cuando habré de ser admitido también a la mesa de las bodas.

VII

Mundos venturosos.

Perdí de vista los mundos de probación y fui conducido a admirar la sabia economía del universo y a extasiarme ante la magnificencia de la gloria del Creador en un torbellino de esferas celestes, cuyos felices habitantes viven en recíproca comunicación e inteligencia - por medios simples, aunque para vosotros inconcebibles, pese a las enormes distancias que separan y alejan sus moradas unas de otras - primera ciudad triunfante en la extensión de las ciudades de Dios. En este momento recuerdo aquellas visiones a modo de sueño de felicidad vislumbrada y prometida.

Estas brillantes habitaciones de la virtud y del amor, estos tranquilos templos de caridad, iluminados por los purísimos efluvios del sol de la Providencia, fulgores del entendimiento divino, fluctúan lejanos, muy distantes de vuestra curiosa o indiferente mirada; pues la potencia de vuestros ojos está en relación con el poder de vuestro espíritu y no os es dado alcanzar con la vista más que hasta donde podéis aspirar por la eficacia de vuestros sentimientos y la virtud de vuestras obras.

Allí no se conocen los peligros ni las debilidades de una infancia laboriosa, ni la vejez y las enfermedades del cuerpo; el hombre nace envuelto en un organismo sin complejidades y con inteligencia y conciencia varoniles, capaces desde los primeros instantes de admirar los sabios portentos del universo y de sentir las bellezas de la virtud y concebir las legítimas aspiraciones hasta la perfección y hasta Dios, mediante la práctica del amor y del estudio constante de las maravillas naturales.

¡Dichosa criatura, venturoso ser el que vive en las regiones de que os hablo! Nutre su hermosísimo y transparente cuerpo de sustancias que serían imposibles de apreciar por vuestros sentidos, y su espíritu de ideas y sentimientos que no caben aún en vuestro cerebro o en vuestro corazón. Ninguno de vosotros – hablo de los hombres de la Tierra – ha conquistado al morir la suma de las ciencias y sentimientos que posee al nacer el último, el más insig-

nificante de los seres que viven y brillan en la ciudad triunfante de los justos.

Allí la hombría se mide, no por el desarrollo y edad de los órganos del cuerpo, sino por la robustez y armonía del sentimiento y por la fuerza y primor de la potencia intelectual. Y, una vez alcanzada esa poderosa virilidad de las aptitudes espirituales, no se degenera jamás, sino que por el contrario, adquiere incesantemente mayor alcance y esplendor en virtud de la incansable diligencia con que aquellas dichas criaturas investigan por el amor los secretos de las leyes universales en la contemplación y estudio del libro del universo.

¿Queréis que os describa su felicidad, que os hable de los purísimos encantos que constituyen el rocío de sus almas? Habladme primero vosotros de la más pura de las delicias del cariño maternal; contadme la dosis del primer beso de la madre; recordadme el celestial soliloquio de la criatura adormecida, cuando sus sonrientes labios revelan la primera palabra del misterio de su espíritu.

Y si nada de esto me podéis vosotros explicar porque no lo podéis sentir ni comprender, ¿cómo podría yo, que soy como vosotros y quizá menos que vosotros, cómo habría de poder explicar los goces de aquellas luminosas inteligencias, cuya más simple expresión es superior a toda la sabiduría de los hombres de la Tierra? ¿Cómo podría, yo, que soy como vosotros o incluso menos que vosotros, cómo podría daros la medida de la dulzura del sentimiento de aquellos corazones amorosísimos, cuyo más pobre, más humilde, más oscuro destello adquiere toda la adoración y toda la caridad del más piadoso amante entre los corazones humanos de la Tierra?

Todo cuanto puedo deciros y no lo digo por mí mismo, es que allí los goces se alimentan del conocimiento y estudio de las leyes en cuya virtud se gobierna el Universo y de la observancia de la ley por la cual el mundo moral debe regirse para el progreso sucesivo de la felicidad de los espíritus. La Ciencia y el deber allí constituyen los polos del movimiento espiritual de las bienaventuradas regiones de que os hablo.

Sin embargo ¡qué Ciencia y qué deber! Si os parece que podéis comparar esa Ciencia con aquella que juzgáis como tal en

vuestro mundo y si medís ese deber por el vuestro, por aquello a que llamáis deber y cumplimiento del deber, yo os afirmo que vuestra idea estará tan distante de la verdad como la Tierra en que habitáis lo está del Cielo, de la Tierra de Promisión donde habitan para gozar y elevarse aquellos seres angélicos. Vuestra Ciencia es la primera letra del alfabeto del saber y vuestro deber la primera chispa luminosa del gran foco, del gran sol de los espíritus, que desde el centro del universo se irradia en todos los sentidos sobre la grandiosa Creación. Esto os enseñará que, consistiendo la felicidad en el conocimiento de la ley y en el cumplimiento del deber, vuestros goces no son sino una pálida sombra, un remotísimo esbozo de los goces de los justos.

En su frente se ve brillar la majestad de la Ciencia y en sus ojos la santidad del amor. Ellos miden las inconmensurables distancias que separan a las luminarias de su cielo unas de otras con más facilidad y precisión, simplemente con el gran poder de su inteligentísima mirada, con más facilidad y precisión, repito, que vosotros la profundidad de uno de vuestros ríos o la altitud de una montaña. Vosotros formáis sucesivamente los números por adición, pues no cabe en vuestra mente la agrupación clara y distinta de una decena de unidades; y ellos ven con toda claridad y distinción los añadidos de miles y millones. Así, tienen un orden de ideas superiores a toda concepción de los hombres de la Tierra. Su lenguaje, no menos rico y expresivo que sintético, no contiene una palabra innecesaria, sino que hablan con más frecuencia por visión o transmisión intelectual. Conocen desde el nacimiento y con toda perfección la escritura en todas sus manifestaciones y desarrollos; no obstante, jamás la emplean: es un medio de comunicación y enseñanza grosero y primitivo, de cual no tienen la menor necesidad. Las concepciones artísticas, las ciencias exactas y la historia de sus gloriosos hechos y generaciones se transmiten por fidelísima tradición, ayudada por la clarísima recordación que cada cual conserva de sus existencias precedentes.

Allí no es la duda, sino el deseo y el amor el móvil de las iniciativas individuales y de los actos voluntarios. Sorprendieron a la naturaleza, fuente inagotable de fruiciones mentales, en la realización misteriosa de muchas de sus secretas armonías y aspiran a extraer, mediante la investigación de nuevos secretos, nuevos mo-

tivos para el goce. Lograron vislumbrar las leyes inmediatas por las cuales se producen y realizan cantidad infinita de conceptos naturales que permiten en cierto modo entrever la divina economía que preside la Creación y desean conocer con más perfección aquellas leyes, para elevarse en el estudio de obras superiores que, aclarando más y más los horizontes de la inteligencia, del sentimiento y de la vida, permitan conjeturar con acierto y orden la inefable sabiduría del autor de la vida, del sentimiento y de toda fuerza inteligente. Y en este asiduo y provechoso estudio, a medida que conquistan nociones más claras y profundas del universo y de sus leyes, mayor es su comprensión del Sumo Legislador y más profundo su amor y agradecimiento al Todopoderoso.

Allá la adoración y el amor al prójimo no son como entre vosotros imposiciones del deber: son convicciones y sentimientos innatos, conquistados en una larga serie de existencias consagradas a la depuración y al progreso mediante el cumplimiento, egoísta primero y generoso después, de los deberes naturales. Se adora al Conocedor Supremo porque se conoce y se presiente la sabiduría de sus obras, su omnipotencia y amor, lo adoran por atracción y dulce arrobamiento, por la simpatía y relación existentes entre aquellos tres divinos, y como tales, infinitos atributos, que por transmisión o reflejo posee la siempre limitada criatura racional. ¿Cómo no bendecir y adorar la infinita Perfección, sabiendo, como saben, que en ella residen fundamentalmente el poder, la sabiduría y la bondad, que es el amor, trinidad atributiva, causa de todas las perfecciones relativas, de la cual parten en todas las direcciones las benéficas influencias que alientan, vivifican y llevan la felicidad hasta los más oscuros confines del universo? Allá el amor al prójimo no es una abstracción, una bella teoría sin aplicación real en la práctica; se ama al hermano como se adora a Dios, en espíritu y en verdad. El amor desinteresado es una exigencia para la felicidad propia; y como las dulzuras de la felicidad son apreciadas en su justo valor, no hay quien pueda resistirse a su atracción celestial menospreciando las leyes que la desarrollan y fomentan. Se ama en espíritu, porque el amor sube

de las entrañas a la mente, a diferencia de lo que ocurre en la Tierra, donde baja de la mente a las entrañas.⁽⁴⁴⁾

De la misma forma, se ama en verdad porque las obras y las palabras de amor, a diferencia de lo que suele suceder entre los hombres, son el reflejo fiel de los sentimientos del espíritu.

Si ahora me preguntáis si allá se siente o se practica el divino precepto de adoración y amor en toda su perfección y pureza, os diré: ese divino precepto es la fórmula eterna de la felicidad por el deber y de progreso que se ha de verificar en las criaturas hasta la consumación eternamente remota de las obras del poder y de la voluntad de Dios. Allá se adora al Sumo Bien, en relación con la idea que se tiene de su magnificencia, poder y sabiduría; y se ama a los seres hermanos en general, con aquel amor que vosotros profesáis a vuestros padres, hijos y hermanos de sangre. AMAR A DIOS SOBRE TODAS LAS COSAS Y AL PRÓJIMO COMO A UNO MISMO es el deber absoluto, como emanado de Dios, que se cumplirá y practicará en creciente progreso por los seres inteligentes relativos dentro de lo relativo y de la sucesión eterna. Es el término de una perfección que no habrá de tener fin. Es complemento, o mejor, idea absoluta de la felicidad, que es la felicidad misma, Dios mismo.

Allá, por último, el trabajo, el estudio y la caridad se ejercitan y depuran durante una vida de grande, de enorme duración, figura de la eternidad de puros goces, de celestiales fruiciones que aguardan al espíritu en su inmediata y próxima elevación. El término de la vida llega en aquellas afortunadas regiones sin violencia, dolor o tristes decadencias: el anciano siente, al llegar su hora, una especie de suave y atractiva somnolencia y cierra suavemente los ojos al trasponer el horizonte uno de los soles que envían sus hermosos rayos y su calor a aquella tierra prometida. La muerte, que allá no se llama muerte, pues nadie ignora que se trata del comienzo de una vida más feliz, aparece como el más tranquilo de vuestros sueños. El espíritu parte radiante de amor en el momento de los crepúsculos, en el ocaso de la más esplendorosa de las luminarias de aquella bienaventurada estación, al tiempo

⁴⁴ Entendemos que el amor sube de las entrañas a la mente cuando empieza siendo puro sentimiento e se eleva a complacencia o fruición mental; y que baja de la mente a las entrañas, cuando es un sentimiento que nace de la conveniencia o del cálculo.

que el cuerpo se disuelve y desaparece en el polvo dorado del ambiente.

VIII

Porta Coeli - ¡He de nacer nuevamente!...

Con amargura dejé aquellos afortunados lugares y actuando en mí la misma fuerza oculta que me venía dominando desde el instante de mi muerte, fui transportado y conducido a regiones más luminosas aún, donde mi cuerpo espiritual iba progresivamente adquiriendo una belleza y un resplandor que me deslumbraban y aturdían. Era una vastísima extensión, vastísima dentro del infinito universo, rodeada a izquierda y derecha y en todos los sentidos por fulgurantes estrellas, cuya luz poseía los más bellos matices de colores, que penetraba en mí como un calor de felicidad espiritual, de inefable bienaventuranza. Noté que me hallaba en la senda que conduce al anhelado Templo de la felicidad inmortal, en la Ciudad Santa, morada y asiento perpetuo de los espíritus definitivamente vencedores. Yo buscaba seres vivientes, que deseaba envolver en la atmósfera de luz de amor que de mí se desprendía, pero estaba solo, y a nadie lograba comunicar aquel amor, que no era mío, como tampoco lo eran la luz y la belleza de mi cuerpo, sino reflejo de la luz, de la belleza y del amor de aquellos santos lugares. Y esto era para mí remordimiento y tortura. Una arrebatadora armonía acariciaba todo mi ser y en mí resonaban los ecos de mil voces angélicas, melodías indefinibles por su suavidad, himnos de adoración, de felicidad y amor, música purísima que suavemente resuena en el atrio de la celestial Jerusalén, coros inefables con que son recibidos a las puertas de la ciudad los espíritus ceñidos con el laurel, que ostentan a su derecha la palma del triunfo sobre las concupiscencias humanas, y a medida que mis pies se deslizaban a través de aquella venturosa región, senda de las casi divinas fruiciones y me acercaba al santuario de la caridad y del Padre, aumentaba la hermosura de los soles, eran más suaves las brisas, más puros y agradables los aromas, y se hacían más claros y distintos los sonos de la música ejecutada por

los hijos predilectos del Altísimo. Aquello era un torrente de armonías, un océano de felicidad y de santo amor.

Vi, por fin, muy a lo lejos, un grupo de nubes de nieve y oro, que ocultaban a mis ojos la puerta del sagrado recinto de los misterios, guardada por la verdad y la virtud. ¿Cómo describiros la majestad y la belleza de aquella visión?

Comprendí que no me estaba permitido ir más adelante. Un presentimiento singular, una indescifrable simpatía atraía hacia allí los ojos de mi alma. Fue cuando oí una voz conocida, y un rostro divinamente perfecto apareció. “YA LO SABES – me dijo la majestuosa voz: - NADIE PUEDE ENTRAR EN EL REINO DE DIOS, SINO AQUEL QUE NAZCA DE NUEVO, ¿TE ACUERDAS DE MIS PALABRAS? Era Jesús.

Caí absorto y deslumbrado en el mismo pórtico del templo de la felicidad inmortal. La fortísima luz que irradiaba el divino semblante del Maestro me había cegado y en vano había pretendido mi espíritu ver otra cosa que no fuesen mis errores pasados y sus extravíos y rebeldías. Es preciso nacer otra vez: estas palabras pesaban sobre mi alma y eran al mismo tiempo su remordimiento y su esperanza. Dieciocho siglos habían transcurrido desde que las había oído de labios del Salvador y en espíritu me había sublevado entonces contra el renacimiento, siendo maestro en Israel y después en Roma. En aquella ocasión juzgué torpemente que los doctores y sabios de la Escritura habrían de ser después de la muerte los preferidos e íntimos del Dios de Judá y de la casa de David; en esta yo me había considerado tan superior al vulgo de los mortales que me creía con derecho a sentarme con los Apóstoles y con Jesús a la derecha del Padre y ser objeto de admiración de las innumerables legiones celestiales.

Se me hacía indispensable nacer otra vez. Era la tercera vez que oía esta frase de los labios del Salvador⁽⁴⁵⁾ y aún mi espíritu se resistía, no a creerlo, pues no podía dudar del hecho ante su repetida evidencia, sino en aceptarlo como condición necesaria en mi porvenir y destino espiritual. El orgullo del saber y del merecimiento propio había sido en mí tan poderoso y estaba tan pro-

⁴⁵ La primera vez que Nicodemo oyó de Jesús la afirmación del renacimiento sería aquella a que se refiere San Juan en el capítulo III, y la segunda, cuando Nicodemo llegó al mundo espiritual poco después de la muerte de Jesús.

fundamente arraigado, que todavía mi espíritu se sentía inclinado a rebelarse una vez más contra su suerte: considerándose, por un residuo de la pasada soberbia tan difícil de extinguir completamente, de naturaleza superior a lo común de los hijos de los hombres, y acreedor por merecimiento propio a grandes honores y distinciones en el cielo. Si me acerqué a Jesús en la época en que aún estaba con nosotros en la Tierra, si acompañé sus restos al sepulcro, no me movía inspirado por la bondad de sus enseñanzas divinas, sino por una orgullosa curiosidad y un movimiento de simpatía personal hacia aquel que, oponiéndose a la corriente y a las creencias seculares de aquella época, osaba presentarse como regenerador del mundo y fundador de una moral que, aunque no fuese nueva en todos sus preceptos y máximas, lo era en su armonioso conjunto y contrastaba con las costumbres, con los hábitos hipócritamente religiosos, con las tendencias, con la política, con las pasiones, con los intereses y el positivismo del siglo.

¡He de nacer de nuevo!... Esa es mi suerte; ese es mi destino, como resultado de la ley de las armonías que preside todo, ya sea dentro de la naturaleza material, ya en la esfera del espíritu, en la lenta elaboración del entendimiento y de la conciencia. He de desprenderme y limpiarme del orgullo y de las miserias adquiridas y lograr las virtudes necesarias para la felicidad espiritual; y esto, en el mismo lugar de donde recogí la semilla de mi orgullo y donde se desarrollaron los viciosos gérmenes que podía y debía haber combatido y que indudablemente hubiera arrancado de mi alma tan solo con la voluntad y los medios de que podía disponer. Ello porque, por la misma ley de las armonías morales, nunca la prueba que sirve para medir el temple espiritual de una criatura será superior a la resistencia que la criatura puede soportar.

¡He de renacer de nuevo!... ¡Pero ay! Qué será de mí en el próximo renacimiento de mi alma en la vida del olvido y del combate, acosado por todos aquellos enemigos que no nacieron de otra cosa sino de mi propia concupiscencia? ¿Sabré triunfar sobre mí mismo, ya que soy el único obstáculo, el único enemigo de la felicidad de mi alma? Si en mi espíritu permaneciesen escritas las enseñanzas y grabadas las maravillas de que fui testigo, gracias a la misericordia, desde que dejé vuestra morada; si volviendo a veros para sufrir y merecer con vosotros, se conservase

en mi memoria y en mi mente la suave y majestuosa imagen del Salvador, tal como me habló cuando surgió de aquellas nubes que ocultan la entrada del reino de las criaturas perfectas, ¡oh!, en ese caso, no tengo duda de que me bastaría con el próximo renacimiento para dar fin a mis concupiscencias y arrancar de raíz todas mis inclinaciones impudentes, hijas del no cumplimiento voluntario de la ley natural esculpida por el Creador en la piedra de mi conciencia desde el principio de mi vida racional y libre.

Esto no sería justo ni sabio y la sabiduría y la justicia se cumplen en todas las obras que vienen directamente de la ley, que es de toda la eternidad el pensamiento infalible del Altísimo. ¿Qué sería de mi libertad, así como de mi facultad de merecer, suponiendo que, al retornar a la vida de probaciones y sufrimientos, se conservase la nítida memoria de la vida del espíritu y de las verdades y prodigios que, por misericordioso permiso acabo de descubrir y presenciar? En mi nueva existencia únicamente mi cuerpo permanecería entre los hombres: el espíritu viviría en continuo desprendimiento, ajeno a la vida material, siempre extasiado en la meditación de sus recuerdos celestiales.

Viviría como espíritu emancipado entre los hombres. Con todo, lo justo y lo sabio es que el ser racional conquiste, por medio de la vida puramente humana entre los hombres, la emancipación espiritual necesaria para vivir más tarde entre los ángeles. Bendigamos a Dios en su justicia y sabiduría, que constituyen siempre amor y protección para los débiles hijos de los hombres.

Pero ¿qué será de mí, repito, en mi próximo renacimiento, olvidado de las misericordiosas lecciones del presente, de la sabiduría y de la verdad, de los pocos secretos que me fue permitido presenciar en mi viaje espiritual y entregado al sabor y a los riesgos de mi ignorancia y mi orgullo? ¿Me bastará renacer otra vez en la Tierra como viajero o continuaré retornando a ella a través de una serie de renacimientos sucesivos?

¡Oh, Jesús, mi Luz y mi Maestro! Ya sé que la ley de mi orgullo es que yo renazca de nuevo sobre la Tierra, en la cual por orgullo y soberbia dejé las raíces de mi espíritu. Ya sé que la ley de las bellezas universales me rechaza en razón de la pobreza de virtudes del mundo de los vivientes, pero yo os invoco como mediador del hijo pródigo, para que habléis en presencia del Padre,

que es vuestro Padre y mi Padre, de las miserias y pobreza del más enfermo de sus hijos.

Hablad en aquel lugar, en aquel majestuoso y santo templo, en el cual mis errores y debilidades no me permiten entrar, de la oveja que se pierde en el bosque umbroso del vano saber y de la aparente virtud; y quizá consiguiese encaminar sus pasos al redil si el Pastor la estimulase con llamamientos de castigos. Dos veces fui príncipe, y en ambas sucumbí: ha llegado pues, el momento en que me despojen de mis riquezas y poder, y que demuestre saber ser pobre y desvalido aquel que no supo ser rico y poderoso.

Bendita sea mil veces la pobreza; benditos el abandono y la orfandad, si así consigo romper los grilletes que sujetan mi espíritu a la Tierra.

IX

Ven... ¡Sígueme! – Los infiernos del dolor.

Tuve que retroceder desde el umbral de la felicidad, de donde me repelía la virtud, que tenía allí su morada y sus encantos. No pesaba sobre mí una maldición; no obstante, preso por el recuerdo, retornaba del camino de mi elevación impelido por una fuerza y una voluntad incontestables. Había ascendido rápidamente por la misericordia, y bajaba con mayor rapidez por la justicia. Singlaba el espacio con la velocidad del pensamiento que iba aumentando con el peso de mis groserías materiales, dejando tras de mí todas las maravillas que me había sido concedido admirar y tocando ligeramente los mundos que había visitado. De pronto, una espantosa conmoción, ¡oh! tiemblo al recordarla, trastornó todo mi ser: había regresado a mi punto de partida, estaba nuevamente en la Tierra; lo supe, sin verla, por el abatimiento que se apoderó de mi alma.

Me rodeaba una semi-oscuridad que me impedía distinguir los objetos materiales; sin embargo la luz espiritual brillaba en toda su plenitud e iluminaba los más recónditos secretos de mi vergüenza. Sombrío desaliento que tocaba los primeros términos de la desesperación invadía mi ánimo. ¿Cuándo saldré de esta

cárcel, me preguntaba; cuándo podré sacudirme el yugo que me retiene en este lugar de expiación; cuándo se me abrirán las puertas de la bienaventurada región de los espíritus puros? ¿Cuántos siglos de siglos me separan del templo del amor, morada de los vivientes? ¡Oh, cielos de la virtud, inaccesibles a las almas cobardes que, como yo, fueron vencidas sin lucha! ¿Llegará por ventura el día en que mi espíritu, por derecho propio, por el derecho de los espíritus vencedores, atraviese el abismo que de vos me separa y forme en los angélicos coros que perpetuamente entonan cánticos a la sabiduría, al amor y a la justicia? ¿Hasta cuándo, oh Tierra, serás el fruto de las obras de mi espíritu? ¡Oh desventura mía! exclamé.

Entonces una voz suave como el amor y atrayente como la esperanza llegó a mi corazón y sentí que me decía: Espíritu pusilánime, desconfiado, reanímame y póstrate agradecido ante la bondad y la providencia del Altísimo. Has visto algo de tu porvenir, que es el porvenir de todos los hombres de la Tierra y sin embargo desfalleces cuando constatas cuán largo es el camino que te separa de la bienaventuranza: pero ¿sabes algo de tu pasado? ¿Has medido el camino que ha recorrido ya tu alma? Ven: sígueme.”

Y fui llevado, aunque a menos velocidad que la primera vez. Mis ojos veían con facilidad y pude notar que me alejaba del archipiélago planetario a que pertenece la Tierra. Me sentía poseído por una tristeza imposible de disimular, que aumentaba a medida que nos alejábamos de la Tierra.

Tuve deseos de retroceder, pero el invisible, el misterioso soplo, impregnado de tristeza como mi ánimo, me repetía: “sígueme...” y yo lo seguía.

¿Por qué el sol iba palideciendo y volviéndose oscuro en el espacio? ¿Por qué me oprimía el desaliento? El estado de mi espíritu tenía muchos puntos de semejanza con los de una persona que va a visitar el osario donde duermen seres de su afecto. O mejor aún, me parecía que estando aún vivo, ya había muerto y era llevado a orar sobre mis propios e inanimados restos en un lugar tenebrosamente solitario. Y el sol había desaparecido, no en el horizonte, sino del propio espacio que yo recorría impelido alguna que otra vez por el melancólico “sígueme” de mi misterioso guía

y compañero. Para hablar como vosotros y que me comprendáis, mi corazón latía muy deprisa y las piernas me temblaban. Dejarme un momento con mis tristes recuerdos, hermanos míos de la Tierra: ellos constituyen en cierta forma mi consuelo y mi esperanza.

“Sígueme” repetía la voz siempre misteriosa y triste y yo la seguía a través de aquella oscura, de aquella espantosa soledad. Me sentía dominado por el temor como el niño perseguido por tétricas visiones. Por último sobrevino una tenue luz semejante a un crepúsculo que va llegando a su fin. Lentamente iba haciéndose mayor la claridad, pero una claridad extraña, insuficiente, que, en vez de alegrar y dar esperanzas, oprimía el alma y era portadora de sombríos presentimientos. ¿Dónde vagaba el sol que emitía aquella luz fúnebre? ¿Y la luna? Yo no distinguía ningún astro: sin duda espesas tinieblas me rodeaban, disminuyendo la fuerza de mi vista espiritual.

Poco a poco fue disipándose la oscuridad que me entorpecía la vista y abriéndose a mis pies un nuevo espacio con estrellas dispersas, alejadas unas de otras por enormes distancias. En vano busqué la Tierra: en vano perseguí al sol que brilla sobre los habitantes del planeta. Aquel espacio, aquel universo, si así puedo expresarme, está fuera del universo en que vosotros afortunadamente vivís. Ocupa su centro un cuerpo de luz rojiza y tenue y, a su alrededor y a distancias relativamente pequeñas, giran tristemente algunos cuerpos opacos de diferentes magnitudes. Y hay una gran hoguera, cuyo calor mantiene la escasa vida de aquellos cuerpos trémulos de frío y necesitados de más luz. Es un sistema planetario completo, pero tan triste que al contemplarlo recordé la Tierra y su Sol como una mansión afortunada. Pronto abordaba uno de aquellos inhóspitos mundos y me apoderaba del secreto de sus sombríos destinos: era un globo habitado por criaturas racionales, un crisol, una cárcel de expiación de los espíritus que al nacimiento de su libertad quebrantaron violentamente los sabios preceptos de la ley. La contemplación de aquella isla de destierro despertó en mi mente recuerdos de tiempos olvidados, que ahora se destacaban confusamente del oscuro fondo de mi pasado. Me parecía haber retrocedido quizá algunos miles de años en el curso de mi existencia, y que volvían a reproducirse las primeras páginas de la

historia de mi desarrollo moral. Ni la naturaleza del suelo, ni la estructura o configuración orgánica de sus infelices habitantes, ni el peso de aquella atmósfera, ni la melancolía de aquel cielo eran novedad para mi alma. Y al fijarme en mi cuerpo espiritual, notablemente transformado desde mi última partida de la Tierra, su grosería y fealdad avivaron mis más adormecidos recuerdos, reconociéndome tal como había sido en una de las primeras fases de mi inteligencia y voluntad.

En aquel mundo la estructura del cuerpo humano difiere mucho de la estructura de los organismos humanos de la Tierra. Los órganos de los sentidos aparecen rudos, torpes y groseros, aptos solamente para las groseras sensaciones de que son capaces los atrasados espíritus a quienes han de servir. Una cabeza redonda, exigua y repugnante, un pecho pequeño y contrahecho, un abdomen grande y abombado, extremidades útiles únicamente para los movimientos ordenados, un solo aparato para la vista así como para el oído, ambos muy imperfectos para sus fines naturales y toscamente formados, he ahí el hombre del mundo que tenía ante mi contemplación, reavivando las apagadas cenizas de mi pasado.

Mundo destinado a la expiación de infracciones gravísimas de la ley escrita en la conciencia desde los albores de la voluntad racional, tan solo ofrece uno u otro medio para el gozo, mientras que abundan los caminos que llevan al sufrimiento. Es preciso doblegar el alma que en sus principios se entrega a la ferocidad y se embriaga en el delito. Un espíritu áspero y fiero reclama un mundo cruel: es la ley de las armonías. Allí el dolor no deja lugar a los cálculos del crimen y el espíritu se predispone a recibir el yugo de la conciencia, incomparablemente más ligero y suave que los efectos de la violencia y del rencor. Allí la vida es un incesante malestar, un perpetuo sufrimiento.⁽⁴⁶⁾

⁴⁶ Al llegar a este punto de la revelación de Nicodemo, se entabló entre los miembros del Círculo Cristiano de Lérida, donde fue recibida, una animada conversación, extendiéndose en comentarios referentes a las condiciones del mundo y de la humanidad que el espíritu acababa de describir. Considerando que Nicodemo simbolizaba en aquella humanidad y en aquel mundo el pasado, la cuna, por decirlo así, de los mundos y de las humanidades, les repugnaba tal símbolo, que venía a destruir las más racionales hipótesis y las más justificadas nociones científicas en lo tocante a la génesis de la Tierra y al hombre primitivo. En la revelación de Lamennais, recibida en el mismo Círculo y publicada en el libro Roma y el Evangelio, se describe a grandes pinceladas el pasado del hombre terrestre y de la Tierra, y nada de lo que allí se lee tiene analogía con lo que narra aquí Nicodemo. Era conveniente hacer estas indicaciones, para que el lector pueda medir el verdadero alcance de los luminosos razonamientos con que el espíritu esclarece, en la continuación de su relato, el punto controvertido por los componentes del Círculo.

Mi relato os maravilla y os sorprende: ¡Eso no me admira! Os hablo de un hombre y lo llamo así porque se trata ya de una criatura racional y vosotros os acordáis únicamente del hombre de la Tierra. ¡Creéis haber contradicción entre mis palabras y vuestros discursos y entre mis discursos y otros más autorizados que por inspiración y superior permiso habéis recibido en el curso de vuestros estudios!

Pero ¿por ventura os estoy hablando de la Tierra y del pasado de la humanidad terrestre?

¿Pensáis que el primer día de la humanidad terrestre es en la forma el primer día de la humanidad universal? ¿Qué sabéis vosotros y qué sé yo, incluso en mi emancipación, del pasado de las sustancias, tanto de la que se conoce bajo el nombre de materia, como de la que constituye la esencia del espíritu? Porque os veis a vosotros mismos y a la materia y formas que os rodean, ¿suponéis haber adivinado el pasado de la materia y de las formas? Notad, además, que no he dicho que aquel mundo de sufrimiento fuese el del pasado del hombre, sino de un hombre, de aquel que en principio, fijaos bien, en el principio de su libertad, quebranta violentamente el pacto establecido entre el Supremo Creador y la criatura.

La ley no sería sapientísima como es, si el premio y el castigo de las obras no correspondiesen al carácter, condiciones y naturaleza del espíritu que en virtud de su libertad las realiza. En el reinado de la violencia predominan sobre el espíritu la carne y la materia; y la justicia, para ser justicia, exige que los castigos, al igual que los premios, recaigan de preferencia sobre la carne, que a su vez los transmite al espíritu, contribuyendo al perfeccionamiento y desarrollo de éste.

La responsabilidad moral es nula antes de la aparición de la libertad espiritual: quizá no fuese arriesgado suponer que los sufrimientos del cuerpo aceleran el nacimiento de la libertad del espíritu. Al principio esta libertad se halla con frecuencia cohibida, principalmente por la escasez de luz, que impide al alma vislumbrar el camino de su perfección y progresiva felicidad; y entonces la responsabilidad es muy escasa o completamente nula, porque la criatura podemos decir que se halla en su infancia racional.

Según disminuye el predominio de la carne y crece la pujanza del espíritu disminuye también la responsabilidad física del cuerpo, lo cual no es sino el cumplimiento de la ley armónica de la materia y de la vida, aumentando la responsabilidad espiritual, que no es sino el cumplimiento de la ley armónica de la libertad que preside las manifestaciones del universo inteligente. Está en el cumplimiento de ambas leyes que los premios y castigos recaigan en primer lugar sobre el cuerpo, o mejor, sobre la sustancia espiritual por medio de los órganos del cuerpo, hasta elevarse al espíritu, en virtud de depuraciones sucesivas, es decir, por el discernimiento y sentimiento del bien y del mal, de las inefables fruiciones de uno, o las torturas y remordimientos del otro.

Si cuidadosamente observáis lo que ocurre en vosotros, veréis confirmado el cumplimiento de esa ley: veréis que cuanto mayor es el atraso del sentido moral de una criatura, más redundan en sufrimiento de la carne sus extravíos voluntarios. Su espíritu únicamente es susceptible de sufrimiento a través de los órganos de su cuerpo; siendo esta la razón de justicia que explica por qué su espíritu ha de recibir por el organismo corporal las desagradables consecuencias de los abusos de su libertad de albedrío, aunque esta libertad en él encuentre su cuna, en el principio de sus manifestaciones espontáneas. ¿Qué correctivo habría en la ley, qué medios de depuración y progreso para el espíritu incapaz o casi incapaz de remordimiento, y por tanto, de arrepentimiento de sus abominaciones, si no fuesen las torturas que por el camino de la carne avivan y robustecen los gérmenes morales latentes en los secretos del alma? Pero la eterna justicia, que es al mismo tiempo la eterna misericordia, todo lo ha previsto: los providenciales destinos de la materia han de cumplirse y se cumplen con la ayuda de la actividad espiritual; y en lo moral, el desarrollo y sucesivo mejoramiento del espíritu ha de verificarse y se verifica con el auxilio de la materia inconsciente. Todo el universo se completa y todo es necesario, para que sea perfectísima en su conjunto la Creación del Altísimo.

¿Y os admiraréis de que haya mundos como el mundo de que os hablo, en el cual los espíritus carnales y violentos expíen sus faltas enormes y se predispongan a recibir por la ley de la carne la nobilísima ley del sentimiento, que ha de ser la base y causa in-

mediata de sus merecimientos, de su deber y de su felicidad? Dejemos este lugar de merecida expiación, forja en que los espíritus pertinazmente rebeldes en el primer período de su libertad reciben la fibra necesaria para iniciar la vida de la razón y de la sensibilidad del alma. Dejémoslo, pero dispuestos a rogar por ellos al Príncipe de las misericordias y por el pronto término de sus groseras probaciones. Quisieron emanciparse de la bondadosa tutela de la ley y la ley los ha llevado a la cárcel de sus obras y miserias. Pero no por ello dejan de ser hijos del Padre y de la ley; y la ley y el Padre los libertarán un día del destierro, y les abrirán las puertas de la familia y del amor. No nos olvidemos de nuestros pobres hermanos, hoy envueltos en la asfixiante atmósfera del crimen y de la carne. Expiarán sus abominaciones; se levantarán y volverán a caer y volverán a llorar, pero llegará el día de mañana, que será el de su purificación y el Padre no los excluirá de la mesa de los justos, sino que los recibirá con paternal complacencia.

X

Un Espíritu desafortunado. – Mundos primitivos. Peregrinación de las Almas.

Fui sacado de allí después de presenciar los últimos momentos de una de aquellas infelices criaturas. Su vida había sido corta; los horrores de su muerte, prolongados. El espíritu, fuertemente asido a la carne, no puede desprenderse de ella sin larga y obstinada lucha, en que el cuerpo consume la mitad de su existencia y el alma toda su actividad mecánica. Se efectuó por fin el desprendimiento, y el espíritu, emancipado, pasó junto a mí sin verme, abatido, convulso y con la estampa del horror en su semblante.

Lo seguí y juntos visitamos los otros globos de aquel pequeño sistema. Todos ellos son islas de destierro, cárceles de sufrimiento. A la vista de los tristes episodios que allí se desarrollaban, procuraba excitar en mi pobre compañero la compasión y el sentimiento del bien. Él no me veía, ni oía mis pensamientos: no obstante, se encendía en su alma una pequeña luz y nos íbamos elevando y alejando de aquellos lugares a medida que aumentaba la

luz de su adormecida conciencia. Llegó un momento en que vi aquella conciencia arrepentida y derramando lágrimas. “Llora, pobre hermano mío – dije abrazándolo –: esas lágrimas son tu río Jordán, y rompen las cadenas de tu esclavitud. Llora y espera; que las esperanzas de los que lloran son promesas del Señor.” Sin que me viese ni oyese, en su semblante iba surgiendo una satisfacción inefable. Y los mundos de expiación desaparecían de nuestra vista, perdidos en las brumas del ocaso; y veíamos nacer por el oriente una aurora luminosa, precursora de un sol y un universo más risueños.

Fuimos impelidos directamente a una estrella lejana, cuyo disco aumentaba sensiblemente en virtud de la gran velocidad de nuestra marcha. Según iba disminuyendo la distancia que nos separaba de ella, nuevos cuerpos estelares y planetarios venían a embellecer el firmamento. Estas bellezas no alegraban a mi triste compañero, envuelto en negra oscuridad. Lo envolvía una nube de tal naturaleza que en vez de recibir las moléculas luminosas del espacio las repelía, como si resbalasen sobre una superficie dura y pulida.

¡Oh, prodigios de la sabiduría y de la ley! Un mismo punto del espacio era para mí infortunado compañero de peregrinación el purgatorio, pero para mí correspondía, relativamente, al cielo. Mientras mi espíritu se llenaba de sol en la luz consoladora del universo y se alimentaba del aire de la caridad y del cumplimiento del deber, él era presa de horribles dudas y temores, sostenidos por el remordimiento que empezaba a revelarse en el fondo de su alma. Hubo, sin embargo, un instante solemne, de felicidad para él y de estupor para mí: cesó de repente nuestro caminar, y aquella nube que lo cegaba se desprendió de él pudiendo verme y admirar por breves momentos la luz en cuyas ondas nos movíamos. Él creyó que yo era su Dios y me contemplaba absorto, entre temeroso por la luz que de mí se desprendía y esperanzado por la benévola sonrisa con que yo procuraba infundirle aliento y atraerlo al mismo tiempo. Iba por fin a postrarse a mis pies para besarlos y adorarme; pero en ese momento aquella nube negra lo envolvió nuevamente y nuestro viaje retomó su curso interrumpido. El acto de adoración del infortunado espíritu había renovado el recuerdo de mis errores y recrudecido mis penas. La estrella hacia

la cual nos dirigíamos ya estaba próxima. Parecía a mis ojos de la misma magnitud de vuestro sol y aparentemente de la misma naturaleza. Es el centro de todo un sistema astral. A su alrededor describen sus correspondientes órbitas algunos cuerpos opacos, mundos llenos de actividad y de vida, excepto dos, que supuse fuesen tierras aún en formación y por ello todavía inhabitables para seres vivientes.

Llegamos a uno de aquellos mundos, morada de criaturas libres, bañado en sus noches por el pálido fulgor de una pequeña luna hermana de la que envía sus rayos a la Tierra. Ostenta en su superficie, erizada de montañas, engalanada de bosques, surcada de profundos valles y caudalosos ríos, mares como los vuestros y una vegetación variada y exuberante. Pueblan sus selvas, sus montes y sus riberas, animales de las más variadas especies, muchas de las cuales desaparecieron hace mucho tiempo de vuestro suelo; en sus mares una diversidad enorme de peces, muy semejantes a los que viven en las aguas de la Tierra; y revuelan en su atmósfera y cantan amores a la sombra de las ramadas pájaros de riquísimos colores, muchos de ellos jamás vistos ni oídos por vosotros sobre la superficie terrestre.

De distancia en distancia se elevan inmensas espirales de humo y llamas que suben de los cráteres abiertos, y abundantes lavas modifican los valles limítrofes y las regiones vecinas. El exceso de calor y actividad no cabe en el interior del globo y, como su suelo opone débil resistencia en muchos puntos, se abren respiraderos necesarios y a través de ellos la materia busca un espacio mayor; en suma, geológicamente hablando, un mundo con todo su vigor y la pujanza de la robusta juventud: la hermosura en el rostro, la fuerza en los movimientos y el fuego devorador en sus entrañas.

Así es también, fisiológicamente estudiado, el hombre que lo habita, es decir, a través de las formas y manifestaciones con que en su organismo se revelan la existencia y la vida. Su cuerpo tiene la hermosura del vigor, sus movimientos la agilidad y decisión de la fuerza; en sus entrañas se oculta tumultuoso, y por sus venas circula como río de lava, el fuego devorador de los apetitos de la carne. La violencia y la lujuria reinan despóticamente en las costumbres; pues en esta primera fase de su libertad el hombre ha

puesto su voluntad al servicio de su concupiscencia. No acata otra ley ni respeta otro derecho más que la ley y el derecho de la fuerza. Siente alguna que otra vez estímulos de tristeza y aún accesos de ira contra sí mismo, que no son sino síntomas de remordimiento, avisos inseguros de una conciencia débil; pero recobran los apetitos su dominio, lanzándose nuevamente por el camino de la violencia, de la fornicación y del odio. Es un caballo enloquecido: ¿quién podrá detenerlo en su vértigo, en el curso de su fatal carrera?

La misma Tierra con sus imponentes cataclismos, con sus tremendas convulsiones, se encarga de dominar aquella naturaleza salvaje y aparentemente indomable.

A la violencia del hombre se opuso la ley de la violencia de los elementos y medios vitales del planeta. Hablarán el viento y la tempestad, las inundaciones y los terremotos subterráneos, el fuego de las nubes y el fuego de los volcanes; en una palabra, hablarán la Tierra y el cielo, y con su terrible voz enmudecerá el furor del hombre, cayendo éste confundido, avergonzado de su impotencia, recordando las violencias de su pasado criminal, y ante las amenazas universales, temeroso de su incierto futuro. Allí las sociedades están en su nacimiento y los vínculos que aproximan a los individuos unos a otros para formar pequeñas tribus no son por lo regular los del amor al deber, sino los de la lujuria, del egoísmo, de la usurpación y del temor. Por la carne el hombre se une a la mujer y la acompaña; la madre cuida de los hijos, no tanto por inclinación maternal y cariñosa, sino para que ellos en el futuro se conviertan en instrumentos de su instinto y de su goce. De esa manera se va construyendo la familia. Los estímulos de la lujuria y la necesidad de mantener las usurpaciones de la violencia, provocan la agrupación de las familias. La debilidad, el miedo, y el deseo de dominio agrupan a varias tribus aisladas y dispersas, constituyendo juntas el prototipo de las sociedades primitivas. El jefe de estos primeros pueblos sin patria y sin hogar es aquel cuyo robusto brazo no tiene rival entre los suyos y los conduce con placer a la matanza y saqueo de las tribus enemigas.

Tales fueron también en su principio las sociedades de la Tierra y sus caudillos; pero de aquellos tiempos y de aquellos acontecimientos no ha quedado memoria entre vosotros; y como las

primeras páginas de vuestra historia fueron escritas por la ignorancia, vuestra historia no es la narración verídica de la formación, carácter y vicisitudes de las primeras sociedades terrestres. Día vendrá, no obstante, en que todos conocerán el pasado de la humanidad de la Tierra; porque la revelación y la ciencia llenarán el vacío de la ignorancia y de los siglos, y reconstruirán la Historia.

El Dios del mundo que os describo es aquel que deja oír su voz por boca de los volcanes. Los elementos que el hombre diviniza a su manera son las únicas fuerzas capaces de doblegarlo y de apagar, al menos momentáneamente, el fuego de sus feroces instintos. Ante las grandes convulsiones de la Naturaleza es el más débil e insignificante de los seres: cae de rodillas implorando misericordia, se esconde, cierra los ojos, tapa los oídos y tiembla. Su cobardía es, con todo, una revelación, es decir, una revelación elocuente de su conciencia y libertad, recuerda sus actos de ferocidad y fornicación: advierte que en la Naturaleza hay fuerzas muy superiores a las suyas y teme que hayan sido creadas para castigar sus liviandades y crímenes.

Fácil resulta comprender cuán tosca es la idea de Dios en esos planetas: sin embargo, más rudimentaria es aún la idea del alma espiritual. El hombre teme a su Dios, a ese Dios monstruoso, modelo de su ignorancia y del desorden de sus sentimientos y obras; pero no lo teme sino en relación al presente como a un misterioso y gigantesco ser que penetrase los secretos de su pensamiento y pudiese abreviar a su antojo los días de su existencia. Todas sus aspiraciones y actos van encaminadas al presente, que es su religión, y si procura agradar al Dios de su imaginación, a menudo acomodando sus actos a los preceptos naturales, lo hace con la esperanza de que los años de su vida sean dilatados, resuelto a emplearlos en la satisfacción de sus odios y de sus apetitos libidinosos. No faltan, entre ellos, hombres de entendimiento y corazón, que ven y conocen la iniquidad y derraman lágrimas por ella, esperando con paciencia el renacimiento de sus hermanos y el reinado de la verdad por el triunfo de la virtud.

Son espíritus misioneros, venidos de esferas superiores como semilla de regeneración cristiana, destinados a condenar la perversidad de las tendencias humanas a través de su ejemplo o de su

palabra y a mostrar el camino de la rehabilitación y de la felicidad a las criaturas. Muchos viven ignorados y confundidos entre las multitudes, aunque edificando con su piedad y virtudes a las familias que constituirán el fermento de la sociedad del porvenir.

Pero están también aquellos que con su palabra llena de amenazas y misterios despiertan las conciencias y convulsionan las tribus. Los efectos inmediatos de estos llamamientos son los odios, las discordias y las guerras; providenciales y necesarios para que el hombre pueda hacer volver al camino su voluntad extraviada y su perturbada razón. La discordia matará a la discordia, y la guerra matará a la guerra; pues los pueblos aprenderán la templanza con los estragos del odio, y los horrores de la sangre les inspirarán sentimientos de benevolencia y compasión. Entonces caerá de lo alto el purísimo rocío del cristianismo, que, vivificando los corazones y dando a los entendimientos robustez y belleza, transfigurará a la humanidad y a las sociedades, sucediendo al imperio de la materia y de la carne sobre los goces del espíritu, el moral y reparador imperio del espíritu sobre la carne y la materia.

¿Cuánto tiempo pasará, sin embargo, antes de que la semilla fructifique y el pensamiento del Cristo sea guía de las naciones de aquellos hombres, que aún ni siquiera sospechan de la existencia de sus propias almas espirituales y que solo ven a Dios a través del trueno y del castigo? Primero habrán de trabar conocimiento con la espiritualidad y los atributos de Dios, acerca del cual y de su naturaleza concibieron las más absurdas ideas sobre la espiritualidad y la inmortalidad del alma, cuya existencia todavía no presentían. Luchar durante siglos y siglos, de generación en generación, contra los rudos instintos del egoísmo, primero hasta vencerlo, para arrancarlo más tarde de las costumbres y finalmente del corazón y del espíritu. Los preludios mensajeros de la aurora del cristianismo amanecerán al fijar la humanidad su consideración en el pasado y por consiguiente, con la general aceptación de la inmortalidad espiritual.

Quizá esta larga vía indicada a las humanidades para su depuración y desarrollo pueda dar lugar a dudas en vuestra mente y temor en vuestros ánimos.

¿Por qué esta larga, enorme, interminable peregrinación de la sustancia espiritual a través de los cuerpos y sus impurezas para

conquistar el triunfo y con él la felicidad? ¿Por qué esos mundos y esas edades de lujuria, de violencia, de expiación? ¿Por qué no abrevió el Creador, con su sabiduría y omnipotencia, el camino de probaciones de las almas?

A mi vez os pregunto a vosotros que dudáis y teméis: ¿por qué la bellísima mariposa fue antes una asquerosa oruga? No comprendéis ni adivináis la misteriosa causa, y yo tampoco; sin embargo, a pesar de nuestra ignorancia, ¿tenemos derecho a dudar de la omnipotencia y sabiduría de aquel que pudo y supo transformar la oruga en mariposa? Si supo y pudo convertir, en virtud de una ley establecida desde la eternidad, las tinieblas de nuestros comienzos en la luz de nuestros últimos períodos de vida, siempre más hermosa y refulgente, transformándonos de larvas en mariposas, ¿habrá motivo racional y justo para dudar de la sabiduría y poder de quien tales milagros de poder y sabiduría obró en beneficio de nuestra naturaleza? Él que pudo y supo establecer en su ley el bien como perpetuo y el mal como transitorio, siendo este último un medio para alcanzar el bien, ¿no ha demostrado a través de ello, poseer la infinita sabiduría y el infinito poder?

Además, habréis de reconocer conmigo que donde principalmente resplandecen la omnipotencia y la suma sabiduría del Creador es en la creación de la voluntad y la libertad inteligente. Y una vez establecida la libertad de las acciones humanas ¿pretenderéis que Dios la cohibiese con el fin de apresurar la redención de la criatura, manifestando así que su sabiduría y poder tuvieron límites, y debiendo así reformar la más excelente de sus leyes? Y, ¿qué sería, si así ocurriese, del mérito de nuestros actos y de la justicia del Altísimo? Si invocáis su misericordia, yo os replicaré diciendo: ¿no veis la divina misericordia incluso en los más crueles sufrimientos de los hombres? En la vida del hombre, incluso en la del más desafortunado, se alternan constantemente las amarguras con los gozos e incluso se podría asegurar que no hay dolor por más cruel que parezca que no abrigue en su recóndito alguna semilla de consuelo. ¡No invoquéis tampoco la larga duración de las edades de probación: el tiempo!... ¿significa el tiempo algo, por ventura, cuando medimos por eternidades el pasado y el porvenir? Cuanto más estudiáis y meditáis las maravillas naturales que se yerguen a los ojos de vuestra alma, mayor y más

íntima será vuestra convicción de que en todo brillan hermanadas la omnipotencia, la sabiduría y la misericordia de Dios.

XI

**Continuación de los Mundos Primitivos.—
El crepúsculo de la idea Cristiana. —
¡Adiós, hermanos míos, tristes hermanos en Dios!**

Fue permitido a mi compañero asistir a algunas escenas de la vida humana en el planeta que últimamente os hice conocer. La nube que lo circundaba adquiría a intervalos cierta transparencia y, aunque confusamente, veía a los hombres y penetraba sus intenciones ocultas. De sus actitudes y pensamientos inferí que había estado recientemente entre aquellos hombres y compartía las vicisitudes de la vida en aquel suelo. Lo vi escrito con toda claridad en la expresión de su alma: había sido uno de los caudillos de aquellas tribus feroces, aún más violento y sanguinario que ellos. Había muerto a manos de sus ávidos enemigos, sus propias manos teñidas de sangre, en los labios la inhumana sonrisa de la venganza, rodeado de la multitud de víctimas de su insaciable crueldad.

En su espíritu continuaban vigorosas las mismas tendencias y pasiones de la vida corpórea y renacían con furia al presenciar acontecimientos parecidos a los que en otros tiempos habían contribuido a fomentarlos. El desdichado olvidaba que solo vivía en espíritu y tomaba parte en los odios y violencias que ante sus ojos se manifestaban y consumaban. En tal estado, procuraba yo inspirarle más suaves y piadosos sentimientos y renovar en su mente el amargo recuerdo del mundo de expiación de donde acababa de salir, pero no siempre eso era bastante para traerlo a la senda de la regeneración. Las reminiscencias de violentos y lujuriosos hábitos, borrando en él los recuerdos saludables, absorbían la actividad de su alma y de sus sentidos. Venía entonces la ley en auxilio del infeliz espíritu: de nuevo la oscuridad lo aprisionaba, logrando las tinieblas lo que no habían podido lograr mis consejos y sanas inspiraciones. El mísero se recobraba y lloraba, y a su manera prometía mejorar. ¡Oh, eficacia misteriosa de la ley! ¡Oh, próspera

Sabiduría! ¡Las tinieblas que son – diríamos – una imperfección, un lugar de la Naturaleza, sirviendo al perfeccionamiento espiritual y contribuyendo a avivar en las almas la llama purísima del arrepentimiento, de la virtud y del deber! Se extasía el espíritu en cada una de las armónicas bellezas que descubre estudiando a Dios en el universo y en el cumplimiento de sus leyes.

Dejamos aquella mansión de iniquidad y fuimos transportados en visita a los otros mundos del sistema. Éste, en el orden de su elevación y de la elevación intelectual y moral de las criaturas que lo pueblan, es el inmediatamente anterior al sistema a que la Tierra pertenece. La última de sus moradas, aquella en que con más fuerza dominan los apetitos impudentes, es la que acabo de someter a vuestro estudio, el lugar que había sido de expiación y prueba del espíritu que, a mi lado, según pude percibir, vislumbraba los pavorosos misterios reservados por la muerte a los desobedientes a la voz de la conciencia. Mientras subíamos y fijábamos la mirada en los demás mundos de la serie, notábamos gradualmente mayores progresos en las humanidades que allí llevan a cabo el aprendizaje de su libertad y facultades espirituales. La concepción de Dios se va aclarando: se ve aparecer medrosa la idea del alma espiritual; se oyen palabras de inmortalidad y vida eterna; y en el más aventajado de aquellos mundos, desde el cual se aprecia en la profundidad del firmamento vuestro sol como si fuera diminuto lumínico, las nociones del alma y del Ser Supremo surgen tan modificadas que dan ya lugar al conocimiento de las verdades cristianas y a su práctica, tal como eran conocidas y practicadas entre vosotros antes de que Jesús bajase. Todos presienten un cambio trascendental en las creencias y costumbres, algunos incluso lo profetizan, y los pueblos están de acuerdo con las palabras y las promesas de los profetas. El suelo está preparado para recibir la semilla, y el divino Sembrador aguarda el momento más oportuno para dejarla caer. Quizá no pase la presente generación antes de que las profecías se cumplan y desde un confín hasta el otro resuene la doctrina redentora.

Visitamos rápidamente todos aquellos planetas, tierras en formación. Impenetrable a mis curiosas miradas, una densa atmósfera las envolvía. En cada uno de los demás planetas pudimos

presenciar algún episodio de la vida y adivinar algún acto del pensamiento y de la voluntad de sus respectivos pobladores.

El estado de mi compañero guardaba cierta analogía y semejanza con el de mi espíritu en la ascensión a los mundos superiores. Primero asombro, después vergüenza, a continuación el arrepentimiento y los buenos propósitos, tales eran las sensaciones y las resoluciones que sucesivamente modifican su ánimo a cada nueva concesión de la providencia y de la misericordia de la ley. Él veía acentuarse la belleza de su cuerpo y se esforzaba por despojarse de aquella falsa y acusadora belleza: veía los hombres y, creyéndose visible a los ojos de ellos, pugnaba por ocultar a todos su vergüenza y confusión: me veía a mí y se postraba humillado, implorándome misericordia. En esos casos yo hubiera querido estrecharlo en amoroso abrazo y contarle la historia de mis antiguos delitos y de mis presentes miserias, pero una fuerza superior a mi voluntad cohibía mis deseos y solo me era permitido dirigirle una palabra y una sonrisa en que podían trasparecer al mismo tiempo la severidad, recordando, y la ternura, prometiendo. Ni aquella sonrisa ni aquella palabra eran mías: su inefable expresión y el respeto que de mí se apoderaba me decían bien claro que eran lenguas de fuego de la inspiración superior. Al verme sonriendo con aquella majestad y hablando con aquel poder, el pobre espíritu caía confundido y asombrado, vertiendo lágrimas y tendiendo hacia mí sus brazos en actitud suplicante. En torno a él volvía a hacerse la oscuridad y en su corazón el punzante remordimiento, anunciador de las resoluciones de virtud; yo me deslizaba entonces junto a él como ángel de consejo y de luz; como un hermano mayor y cariñoso, me fundía con él en un abrazo fraternal.

Desde el instante en que mis ojos descubrieron, allá, en los límites del firmamento, el astro en torno al cual gira vuestro pequeño planeta, se apoderó de mí el mismo impulso superior que me había elevado a las regiones de la felicidad y abatido hasta los infiernos de las criaturas manchadas por el exterminio y la sangre de sus hermanos. Como si vuestro sol ejerciese sobre mí su fuerza de atracción, yo notaba que mi voluntad era arrastrada o dirigida hacia aquel foco de luz, deseoso de volver a los lugares de mis postreras recordaciones e inmediatas esperanzas. Me parecía que la última separación de la Tierra, a contar desde el momento en

que la voz misteriosa de invisible espíritu me llevó a visitar las regiones inferiores, databa desde al menos un siglo atrás, ¡tan triste había sido el camino últimamente recorrido en castigo por mi orgullo! No obstante, ¿sabríais decirme el tiempo empleado desde el comienzo de mi descenso hasta el instante en que la vista del sol volvió a alegrarme el ánimo abatido por las dilacerantes visiones de los mundos en sufrimiento? Menos de ocho días, sí, ocho días según vuestra medida del tiempo. De nada sirve el tiempo en el mundo espiritual, a no ser para medir la pequeñez y las miserias de la Tierra. En la región de los espíritus, si os eleváis, los siglos representan fracciones de segundo; si descendéis y habitáis en las tinieblas, los segundos serán para vuestras almas siglos de oscuridad y aislamiento.

Dirigí una última mirada de despedida a los mundos de violencia y lujuria, rogando a Dios que apresurase los tiempos de las pobres criaturas que allí se revuelven en el torbellino de las más oscuras pasiones, embrutecidas en aquella atmósfera de la más crasa ignorancia. Hubiera querido llevar conmigo a todos aquellos prisioneros, a fin de que viniesen a respirar a la Tierra – para ellos la Tierra de Promisión – el aliento regenerador de la virtud y concebir la idea salvadora de la paternal misericordia del Altísimo; pero mis súplicas y deseos eran del todo irrealizables: la justicia de la ley los retiene allí y solo mediante el cumplimiento de la ley pueden ser redimidos y liberados. ¡Adiós, hermanos, tristes hermanos míos! Que vuestro sol gire con la celeridad del pensamiento; que vuestras generaciones se sucedan con la rapidez de vuestros días; que con cada nuevo sol nazca en vuestro pecho una virtud y en cada generación un libertador que rompa vuestras cadenas y os conduzca en legiones innumerables a la tierra de Canaán, a donde en este instante me dirijo. ¡Adiós!...

XII

El caos de los orígenes.

Allá se quedan los mundos de expiación, páginas errantes de la historia de mis comienzos y de los comienzos de la historia de la humanidad terrestre, que más allá se pierden en la confusión, en la oscuridad, en el caos de los orígenes de todas las sustancias que fueron engendradas y nacieron en la eternidad, en la Causa eterna y fundamental del universo. Allá permanecen nuestros ascendientes según la carne⁽⁴⁷⁾ y nuestra propia memoria, grabada en caracteres que los siglos jamás podrán borrar, escritos que fueron, no en el tiempo, sino en el gran libro de la inmensidad, donde el dedo de Dios imprime los efectos que desde el principio hasta la consumación se realizan. Allá quedan los que vienen después de nosotros, los entendimientos embrionarios y los corazones vacíos del sentimiento del bien, los de entrañas de fuego, repletos de sucios apetitos y de inclinaciones impudentes.

¿Por qué vienen detrás de nosotros? ¿Por qué no han venido con nosotros? ¿Qué pecados los esconden en el negro letargo del que ahora empiezan a despertar? De todo indagamos las causas y a cada pregunta tropezamos y caemos, y no nos levantaríamos si la Providencia tuviese en mente nuestro orgullo y se olvidase de nosotros, esa Providencia que todo lo pone en movimiento y en todo vive, para vivificar todo y conservarlo. Sin embargo, ¿quién nos reveló que aquellos que vienen detrás de nosotros y los que van delante partieron con nosotros? Juntos salieron de Egipto los hebreos; algunos quedaron a la orilla de las vacilaciones y de la nostalgia, otros en cada una de las etapas de la peregrinación, y son contados los que llegaron a la Tierra Prometida. ¿Por qué muchos, muchísimos hebreos se pararon al otro lado del Sinaí, vagando todavía en fatigosa, en eterna peregrinación por el desierto? Porque se perdieron en las encrucijadas de la liviandad y de la indolencia, y la noche los sorprendió en la senda de los extravíos, y durmieron, y al despertar levantaron el campamento sin buscar las

⁴⁷ Creemos que se debe entender por “nuestros ascendientes según la carne” las organizaciones dentro de las cuales el espíritu efectúa sus primeros desarrollos.

huellas de los que caminaban con los ojos en Oriente. El Señor envió a todos sus siervos al amanecer: unos llegaron a la viña y recogieron las uvas; pero otros se sentaron en el camino y el sol los fatigó, y durmieron a la sombra de su pereza.⁽⁴⁸⁾

Algunas de mis palabras referentes a la aparición simultánea de los espíritus para la vida de la conciencia y de la libertad humana levantaron en vuestro ánimo un torbellino de dudas y contradicciones que desearíais ver dispersadas y disipadas al soplo de la inspiración, bajo la influencia de la Luz. Considerad, os lo ruego, mi pequeñez e insignificancia en las esferas espirituales. Soy simplemente un oscuro reflector de la luz que la misericordia de Dios y la caridad de sus buenos mensajeros dejan caer sobre mi ensombrecido entendimiento para iluminarme a fin de enseñar a mis hermanos de la Tierra. Os lanzo las semillas que en mis manos depositan los enviados del Padre de familia, sin atreverme a interrogarlos, porque su magnificencia me hace tímido y me deslumbra; pero las semillas pierden en mis manos parte de su virtud y salen viciadas al contacto de mi grosería e impureza: resultando de todo esto que la revelación, hasta llegar a vosotros, no es la expresión fidelísima del pensamiento que brota del manantial de la verdad. Si en los conceptos, que por delegación os transmito, admiráis armonías y bellezas, debéis atribuir las a la grandeza y amor de la Majestad excelsa, en cuyo nombre providencialmente os hablo; pero si descubris asperezas y lunares, no perdáis de vista que es imposible la perfección absoluta en las obras en que interviene el hombre o el espíritu del hombre, y que solo en Dios reside la sabiduría infalible y la prudencia.

En mis palabras habréis de considerar, por una parte, la superior inspiración brillando como purísimo rayo de sabiduría y verdad; por otra, el fruto de mis observaciones espirituales y apreciaciones propias, tan expuestas a la seducción y al error. Así, veréis indudablemente en estas revelaciones la luz alternándose con la confusión, la luz de arriba y la confusión inseparable de todo

⁴⁸ De lo que dice aquí Nicodemo respecto de la creación de los espíritus, parece desprenderse que tal creación fue simultánea, es decir, que todos los espíritus aparecieron al mismo tiempo en la esfera de la conciencia y de la libertad humana, teoría que no se puede admitir sin tropezar en graves dificultades y profundas contradicciones. Se hicieron algunas observaciones en ese sentido por parte de los componentes del Círculo que asistían al acto de la revelación de Nicodemo, y este espíritu esclareció reiteradamente su concepto en los términos que el lector verá a continuación.

aquel que no procede directamente del origen de la luz. En eso mismo hallaréis, no obstante, motivos de admiración, si sabéis considerar que en tal se basa el mérito de los actos y el progreso del espíritu del hombre. Imaginasteis, por ventura, que veríais descender del cielo la verdad en su pureza absoluta, sin temor a contradicción, sin sombra, ni oscuridad. En vano os manifesté desde el principio que mis palabras no os infundirían una certeza invencible de las cosas de la vida espiritual y que mi misión se limitaba a inclinar, por la duda y por el estudio, vuestros deseos hacia el sentimiento y la práctica del bien.

Como en la moral, hay en la Ciencia principios absolutos, sobre los cuales puede el entendimiento humano establecer afirmaciones, y múltiples puntos sobre los cuales solo está permitido discurrir mediante hipótesis o conjeturas, hipótesis que el tiempo va desvaneciendo por su falsedad, o robusteciendo y confirmando por estar basadas en el indestructible asiento de las verdades que el hombre está llamado a descubrir, merced a la actividad siempre creciente de su espíritu. Entre los secretos cuyo descubrimiento seguirá reservado hasta la consumación, y cuyo conocimiento es exclusivo de la universal Inteligencia, figura indudablemente en primer plano el que se refiere a los principios y orígenes de todas las cosas, acerca del cual puede el hombre conjeturar, pero no afirmar, acumular suposiciones más o menos aceptables y siempre discutibles, pero no pronunciar la última palabra ni establecer proposición que cierre la puerta a futuras y más luminosas investigaciones.

Los orígenes de las cosas serán en todos los tiempos y en todos los grados y planos de la vida espiritual el “más allá” de la Ciencia y de la perfección: la última esfera, inaccesible, de las aptitudes espirituales; el peldaño superior de la escalera de Jacob, que va más allá de las nubes y los cielos y se pierde en lo infinito; el último y supremo eslabón de la cadena del saber, puesto en la mano de Dios, entre cuyos eslabones intermedios figuran las sucesivas conquistas de la Ciencia y del perfeccionamiento espiritual del hombre. Andaremos eternamente en busca de nuestro origen, nuevas luces y mayor felicidad serán sucesivamente el premio de nuestras estudiosas ansias; pero el origen de las cosas

permanecerá también indefinido, en la región de la sabiduría eterna, inaccesible a los esfuerzos de la inteligencia de los hombres.

El origen de todas las cosas es, diríamos, la clave de la omnipotencia y de la sabiduría de Dios: he aquí por qué jamás podremos remontarnos a él; sería lo mismo que sorprender y poseer el secreto y el poder de la Creación. Si fuéramos dioses, hijos de Dios; poderosos, hijos de la Justicia; puros, hijos de la Pureza; buenos y compasivos, hijos de la Bondad y de la Misericordia: nuestro poder, nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra pureza, nuestra bondad y compasión serían perpetuamente reflejos de Dios, del Sol de todas nuestras perfecciones que desde el origen de las criaturas sobre ellas irradia, como comunicándoles, por su inmenso amor, algo de su divinidad. La criatura racional será siempre la inteligencia y el sentimiento relativos en el seno de la inteligencia suprema y del sentimiento absoluto, gota de agua en el océano infinito de luz que inunda la Creación. ¿Cuándo le será dado a la gota de agua descubrir su naturaleza y origen y penetrar el misterio del océano en cuyas entrañas se agitará y vivirá por los siglos de los siglos?

Yo no podía, por tanto, refiriéndome al origen y principio de los espíritus y a su aparición histórica – si se me permite llamarlo así – establecer proposiciones absolutas, como si hubiese descubierto ante mis ojos el eterno velo de los orígenes. Mi espíritu afligido en presencia de las imperfecciones e infortunios de las regiones del delito y del dolor, de la opresión y de la violencia, deseoso del perfeccionamiento universal, del progreso y felicidad de todas las criaturas, formuló una pregunta en su aflicción y deseo, exclamando: ¿Quién nos reveló que aquellos que vienen detrás de nosotros y los que van delante no han partido con nosotros?⁽⁴⁹⁾ Juntos dejaron los hebreos la esclavitud; yo no ignoraba, no obstante, que después de los hebreos partieron los egipcios, y después los griegos y más tarde los romanos, uno tras otro todos los pueblos que comparten la peregrinación sobre la Tierra. Tampoco ignoraba que el Padre de familia envía sus siervos a la viña los lunes y martes, al amanecer, al mediodía y por la tarde. Juntos, innumerables de los que van delante y de los que vienen detrás sa-

⁴⁹ Con esta pregunta Nicodemo formulaba su deseo de felicidad universal en la aparición simultánea de todos los espíritus, su aflicción por la desigualdad de los progresos realizados por los mismos.

lieron juntamente con nosotros de la esclavitud espiritual; solo esta extensión debéis dar a mis palabras en lo que atañe al nacimiento de los seres inteligentes y sensibles a la vida de libertad del alma.

XIII

Regreso a la Tierra.— La Génesis del Espíritu.— La realidad Espiritual.

Saludé con júbilo el regreso a la Tierra, patria de mis inmediatos destinos, llamado a buscar entre sus habitantes la familia en cuyo seno habrá de efectuarse la próxima prueba de mi fuero espiritual, pues ella será la cuna de mi renacimiento, necesario, absolutamente necesario para mi depuración, único medio de colmar el vacío de mi sentimiento y conquistar la armonía, la felicidad de mi ser. Al pisar otra vez en el ambiente del planeta, la satisfacción y esperanza me embargaron el ánimo, considerando cuán atrás había dejado aquellas cárceles de merecida expiación, aquellas moradas de la ira, aquellas mansiones de la ignorancia maliciosa y del dolor cruel, donde los espíritus al primer despertar ensayan su libre actividad. ¡Allá se quedaron!... ¡Lejos, muy lejos, en la confusión de un pasado que no habrá de reproducirse en la eternidad de mis destinos!... ¡Dios mío! ¡Qué feliz soy, qué venturoso!

Porque vengo, sí, vengo del pasado, del sufrimiento, de la carne, de la oscuridad, de un caos que bien puedo llamar la nada de la conciencia. Soy aquel que, antes de ser yo y antes de ser aquel, erraba sin luz ni vida, perdido, como gota de agua en las ondulaciones del océano, en el movimiento de las sustancias pasivas, inconscientes, ignorantes del pasado como del presente y del porvenir. Yo soy aquel que, antes de ser yo y antes de ser aquel, fue dotado de una fuerza de vida y de una centella de luz que lo arrancaron del movimiento de los cuerpos inertes y groseros para precipitarlo en el regazo de las sustancias en que se elaboran el principio de la vida y el principio espiritual. Yo soy aquel que, antes de ser yo y antes de ser aquél, rodaba y se confundía en las transformaciones de las cosas que viven sin conocimiento de sí

mismas, pero obediente a la sapientísima y providencial tendencia a la conservación, que en ellas depositó el Sumo Legislador. Yo soy aquel que, antes de ser yo y antes de ser aquél, recibía los primeros impulsos del instinto y los primeros estímulos de una sensibilidad embrionaria, bajo una organización ruda y grosera, punto de partida de sucesivos y más perfeccionados organismos. Yo soy aquel que antes de ser yo habitaba en la cárcel asquerosa de las sensaciones y apetitos de la carne, indiferente a las maravillas de la naturaleza y embrutecido en la clausura de la materia. Yo soy aquel que vio, por primera vez y con la visión de la conciencia, las cosas del cielo y de la Tierra y sobre ellas la humanidad, y disfrutó de la Creación y la deseó tan solo para sus goces, sacrificando los impulsos hacia el bien que le surgieron en la conciencia y le despertaron el corazón. Yo soy aquel que, ebrio de ira y lujuria, rompió las tablas de la ley del sentimiento en el mismo instante en que las recibió en el Sinaí de la misericordia y del amor. Y fue arrojado a los lugares inferiores de la desolación y del rechinar de dientes. Y una vez más reapareció, y otra, y otra más todavía, en las regiones de humillación y prueba, crisol de las rebeldías y sanatorio para los extravíos del alma. Por último conoció a Cristo, confió en sus promesas y algo vislumbró de la ley y de la escala de la perfección espiritual. Sí, yo soy aquel. ¡Cuán venturoso me hace la historia de mi pasado!⁽⁵⁰⁾

Vosotros, que aún vivís en la Tierra, bajo el peso y la ilusión de la carne, no podéis haceros una idea del profundo cambio que el espíritu experimenta al atravesar el umbral de la región de las almas. Sus facultades morales, que son facultades esenciales, permanecen las mismas; sin embargo, desligado de los vínculos groseros que en la vida de pruebas lo subyugaron y oprimieron, recobra su libertad natural, siente y obra sin obstáculos que entorpezcan sus juicios y sentimientos. En los primeros instantes le pa-

⁵⁰ En esta magnífica evocación de su pasado, Nicodemo narra los sucesivos desarrollos y fases de la sustancia espiritual hasta la perfecta individualización e ingreso en la esfera humana por la libertad, la razón y la conciencia. Resulta de las palabras de Nicodemo que tal sustancia se elabora, evoluciona y se depura a través sucesivamente de la materia inorgánica, de tipos intermedios entre lo inorgánico y lo orgánico, de los organismos vegetales, de los eslabones de transición entre lo vegetal y lo animal, y de los organismos animales, desde los que asciende, ya individualizada, constituyendo el yo racional y libre, la vida de la conciencia en organismos humanos. El lector encontrará esta teoría desarrollada de manera muy luminosa en la segunda parte de la revelación de Nicodemo, que lleva por título “**Alrededor de la Tierra**”.

rece que sus visiones son vuelos caprichosos de la exaltada fantasía; que los inesperados y desde luego inexplicables fenómenos que presencia son puros devaneos de la imaginación, cuadros de la exaltación, sueños pasajeros que se disiparán sin dejar en el ánimo más que un amortiguado recuerdo; con todo, enseguida la ilusión se transforma en realidad, los vuelos de la fantasía en luminosas afirmaciones del entendimiento, las diversiones de la imaginación y los sueños en hechos tangibles sobre los cuales no para la más ligera duda; y entonces el espíritu percibe que la muerte no es más que el desenlace de una prueba y el nacimiento de otra vida, o mejor, de otra fase de la vida eterna, fruto de los méritos o de las responsabilidades contraídas en la prueba recientemente terminada. ¡Cómo, en brevísimo lapso, se mudan sus conceptos y deseos!

Si por ventura había imaginado que el universo entero se mueve solamente al impulso de las leyes de la materia, y que la armonía no es más que el concierto de esas leyes, al mismo tiempo causa y efecto de la mecánica celeste universal y de los fenómenos que en todas las esferas se producen en el seno de la Naturaleza, madre común, la realidad llevará a su entendimiento una convicción contraria, relativamente tardía, y habrá de reconocer que las leyes de la materia, muy lejos de constituir el código completo, son únicamente sus primeros esbozos, los primeros artículos del gran código, del eterno e infinito código de las bellezas y armonías de la Creación y de sus leyes.

Si creía que la felicidad dependía de los impuros gozos sensuales y si quemaba incienso en los torpes altares del egoísmo, de los deleites y riquezas, sufrimientos ulteriores y la punzante, la cruel, espina del remordimiento, evocando pasados sueños y delirios, le harán comprender que los ídolos de su alma eran vanidad, falacia y podredumbre, mentira del placer y germen de innumerables enfermedades del espíritu, quizá incurables durante siglos y siglos.

Si prendía el corazón a las dispersivas cosas de la Tierra y fijaba los sentidos en el presente, menospreciando los bienes del futuro, verá con certeza que había construido sobre arena y escrito sobre las aguas, y su porvenir será el recuerdo y la acusación de aquel presente que pasó sin provecho para su alma.

Si en su insensato orgullo negaba al propio Dios, de cuyo poder es pálida manifestación, de cuya sabiduría es un reflejo, de cuya bondad es beneficiario, la grandeza de la vida que empieza o continúa con la muerte lo abatirá y confundirá. Y cayendo de rodillas, herido por la luz de la conciencia cuyos vívidos resplandores harán más horribles las tinieblas en que se sumió su soberbia, - ¡Dios mío! - exclamará a cada momento, aniquilado en la profundidad del dolor.

¿Consideráis estable, perpetuamente estable, alguna de las instituciones que veis nacer, elevarse y enraizarse bajo el firmamento? Venid aquí, y vuestras consideraciones se desvanecerán como al beso del sol el átomo vaporoso; veréis que toda institución nace mortalmente herida por la ley de las modificaciones y transformaciones que es el progreso permanente; que perdurable solo es lo que nunca fue instituido, lo que viene desde la eternidad de los tiempos. Siendo maestro en Israel, supuse eterna la palabra de Moisés: apenas desperté en los círculos espirituales, la vi desvanecerse al soplo de la palabra de Jesús. Creí eterna, siendo maestro en Roma, la iglesia de los papas; sin embargo, acabo de despertar otra vez y la contemplo ya reducida a escombros bajo el gran peso de sus vicios, revelados a los hombres merced a la nueva luz que se desprende de la palabra de Cristo.

Los que suponen que la nada es el amanecer del espíritu; los que abrigan la necia esperanza de que el tiempo ha de barrer el polvo de sus miserias; los que confían en la eficacia de un arrepentimiento tardío; los que se prometen escalar al cielo encerrados en místico y contemplativo egoísmo, infecundo para el bien, o entregados a la práctica heredada de ciertas ceremonias externas que en nada contribuyen a la mejora progresiva de las condiciones del alma; los que orgullosa o estúpidamente se atribuyen el divino poder de purificar con su palabra las conciencias ajenas y los que establecen en ese falso poder la purificación de sus propias conciencias; los que esperan su redención y el perdón de los pecados de la inagotable bondad de Dios y de los méritos y sacrificios de los justos; los que aspiran a la felicidad allá arriba sin actos de abnegación y amor hacia los que están aquí abajo; los que imaginan la Gran Causa insensible a las insignificancias humanas, toda embebida en la esfera y en la dirección de las grandes leyes y tra-

zan el mismo inmediato destino a todas las criaturas racionales, – destino pintoresco y agradable, encantador y poético de un viaje al que se llega por los más opuestos caminos; en suma: así los que suprimen a Dios, como los que lo fabrican sobre el fundamento de sus pasiones y egoísmo; así los que niegan la sobrevivencia de las almas, como los que forjan una vida ulterior dispuesta, no según las leyes de la justicia y de la sabiduría, sino conforme a los propósitos impuros y los cálculos mezquinos de la malicia, del interés o de la ignorancia, ¡ah!... ¡qué terriblemente diversa de cómo la imaginaron han de ver la realidad de su presente! ¡Cuánto llorarán, unos la indiferencia de sus sentimientos, otros sus merecidos errores, por haber menospreciado las lecciones de la Naturaleza – todos la maldad del corazón, la pobreza de sus obras y la falta de caridad! Porque aquí todas las máscaras caen y cada cual presenta la conciencia descubierta; desaparecen todas las apariencias morales que en la Tierra frecuentemente iluden la constatación de las verdaderas virtudes.

Así yo, desde que últimamente la muerte me separó de vosotros, a cada instante que pasa me veo en la necesidad de rectificar o sustituir alguno de los conceptos acerca de la vida futura formados en mis existencias terrenas. Tuve por definida la suerte de los espíritus y por definitivo el veredicto inmediato de la ley; y ahora comprendo que vivo en la inestabilidad, como en el viaje por la Tierra, que ni se me han abierto las puertas de la mansión eternamente feliz, ni se me han cerrado las de la esperanza consoladora que he venido acariciando desde que la idea y el sentimiento del bien me han puesto en el alma el sello de la Divinidad. Hoy sé que aunque exista la felicidad absoluta, como hay Dios – su causa permanente – el hombre solamente la gozará dentro de la relación y de la sucesión, elevándose siempre y siempre progresando, sin llegar a la estabilidad, exclusiva del Ser que subsiste por sí mismo.

Aquí, como entre vosotros, sigue operando la ley de purificación y transfiguración. No soy el mismo de cuando dejé la ciudad de los pontífices: mis juicios y sentimientos han adquirido más vigor, modificando y mejorando el estado y las condiciones de mi espíritu. Mi soberbia me hizo creer que, al morir, el propio Jesús y su bendita madre bajarían para recibir mi alma entre legiones de

ángeles y coros de espíritus de luz; y desperté en el mayor aislamiento, como triste náufrago que consigue llegar a puerto en una silenciosa playa de solitaria isla, sin más amparo que la Naturaleza desnuda. Ningún poder celestial, ninguna de las criaturas dichas que se deleitan en Jesucristo vino a arrebatarme de la Tierra para elevarme al cielo orgullosamente esperado. Pobre y desnudo, me sentía sujeto a aquellos lugares donde por el amor propio mi alma había dejado presos los sentidos. Más tarde salí de ese aislamiento espiritual, pero solamente por un instante, para ver el majestuoso semblante del Salvador y oír su voz inefable, que me condenaba al renacimiento a fin de purificarme y merecer. Por segunda vez se interrumpió mi soledad; pero no por la compañía de alguno de los hijos primogénitos del Padre, sino por la de un miserable hijo del pecado, espíritu falto de sabiduría y virtudes, proveniente de los infiernos de dolorosa expiación y condenado a revivir en mundos de sufrimiento.

XIV

Remordimientos.– Inspiraciones. – Recuerdos, promesas y amenazas.

Junto a mí y cerca de vosotros está en este momento⁽⁵¹⁾ mi triste compañero de peregrinación espiritual. De intervalo a intervalo desaparecen de sus ojos las tinieblas y apenas se atreve a fijarlos en la luz imponente que vuestras almas irradian. ¡Infeliz! La felicidad de la Tierra y vuestra perfección – he aquí el ideal de sus concepciones y deseos.

Llegó conmigo a la Tierra – cielo, según acabo de deciros, de sus aspiraciones presentes. Me había seguido sin verme, atraído indudablemente por una fuerza, por un fluido benéfico que emanaba mi cuerpo espiritual, tal como todo vuestro sistema planetario es atraído por un astro para vosotros invisible, lo mismo que todos los astros y sistemas, el universo físico y moral, por la fuerza infinita e incomprensible, subsistente en el Ser que las criaturas jamás podrán alcanzar ni definir.

⁵¹ El momento en que se escribían estas líneas de la revelación de Nicodemo.

Yo era el sol –lo digo sin orgullo– de aquella conciencia adormecida, su guía y consejero, el maestro de aquel pobre espíritu entumecido en la llamada del sentimiento. Hundido en la pavorosa oscuridad que es su castigo, le surge ante la vista en secuencia, destacándose del fondo negro que lo oprime por todas partes, el cuadro sombrío de su pasado criminal. Cadáveres que lo observan fijamente con miradas de odio y maldición, chorros de sangre que amenazan con ahogarlo formando horrible y nauseabundo lago en torno a su cabeza; restos humanos mutilados flotando acusadores sobre la espuma rojiza; formas impúdicas ofreciéndole placeres imposibles, cáliz lúbrico que se aleja con violencia, como si fuese movido por mano iracunda, en el instante en que sus labios, ebrios de infames deseos, van a tocar los bordes engañosos; sentidos lamentos de dolor, rugidos de ira, carcajadas de rabia y de cruel sarcasmo – tal es el cuadro espantoso que el remordimiento y el miedo levantan en la conciencia del antiguo caudillo de los mundos de violencia y de lujuria.

“Aprende, – le dije yo en uno de los momentos lúcidos de su conciencia, subsecuentes a esos delirios de la imaginación, vértigo del remordimiento – aprende, en la dolorosa experiencia de tus presentes torturas, las consecuencias de la infracción de los preceptos naturales escritos en tu alma por la mano poderosa del Ser desconocido que llena los espacios con el fragor del trueno y rasga los horizontes con el rayo⁽⁵²⁾; y aprende también, en las visiones de luz y felicidad que durante cortos lapsos interrumpen y suavizan las amarguras de tu espíritu, aprende cuán venturoso estado espiritual podías haberte granjeado allí abajo, empleando recatemente los medios y aptitudes que has recibido para salir triunfante y purificado de la probación”.

“Había en tu alma todas las fuerzas necesarias para ahogar inclinaciones y apetitos sensuales y la virtualidad correspondiente a la elevación relativa de tu ánimo para el desarrollo de sus tendencias hacia el bien, que dejaste adormecidas y completamente abandonadas. Tu posición y la situación en la tierra que habitabas te abrieron vasto campo para que pudiesen ejercitarse tanto los buenos como los malos principios. Fuiste lujurioso sin límites, y

⁵² Aquí habla Nicodemo de la Divinidad según el concepto que de ella podía tener el espíritu a quien dirigía sus palabras.

la lujuria, los deseos, las visiones impúdicas son tu recuerdo y el incendio voraz en que arde tu alma, expiando sus liviandades; fuiste violento y sanguinario, la sangre y la violencia levantan horribles espectros y pavorosos fantasmas en la oscuridad que te rodea. Tal como sentiste y procediste en la Tierra, así recibes en la mansión de la justicia.

“La vida de ruda expiación a que te ha condenado últimamente la inflexibilidad de la ley fue consecuencia, no de la ley en sí, sino de la iniquidad de tus obras durante la anterior existencia de probaciones y merecimientos. En la ley, que es de sabiduría, de amor y de justicia, está escrita la depuración, pero no la expiación, pues ésta se halla fuera de la ley, o mejor, de la voluntad de la ley; he aquí por qué solo padecen los espíritus que se han apartado de la ley y para ellos rondan en el espacio los mundos de sufrimiento. Son éstos, hasta cierto punto, deformaciones de la Creación, manchas de la naturaleza; pero manchas y deformaciones indispensables para la consumación de la justicia y del progreso y resultantes de las manchas y deformaciones de la naturaleza humana, no de los conceptos de la ley. Si en tu penúltima encarnación hubieses practicado la virtud tal como conocía tu entendimiento y como en los momentos supremos de libertad te aconsejaba el corazón, tu espíritu, emancipándose, hubiera dejado de lado, sin abordarlas, las islas del dolor, los infiernos de padecimiento incesante, como si no existiesen. La ley es universal y los mundos de expiación solo reciben a las criaturas delincuentes. Aquel que nunca haya delinquido, jamás sufrirá por la fuerza de la ley; podrá voluntariamente entregarse al sufrimiento por la salvación de sus hermanos pequeños; en este caso no es que la ley lo condene, sino que él mismo se entrega voluntariamente al sacrificio.

“Llora, pobre hermano, llora; pero no te rindas a la desesperación y al furor considerando que permanecerán eternamente cerradas las puertas de la rehabilitación y del progreso. Tu presente no es inapelable. Dios, tu padre eterno, te contempla compasivo y cariñoso. Mañana verás brillar el sol, si tus propósitos son de remordimiento y no de desesperación, lujuria o ira. Quieres ser bueno – serás feliz. Si lo deseas y procedes conforme a tus deseos, serás lo que soy ahora, lo que he llegado a ser, habiendo si-

do antes como tú. Porque has de saber, hermano, que también vengo de las tierras de la iniquidad y del dolor; que tu pasado es el mío y el de muchísimos espíritus incomparablemente más puros y felices que este que contigo habla, y que crees partícipe de la naturaleza de los dioses.

“Expiaste tus crímenes –oh, hermano– en el mundo inferior de donde provienes, y los expías bajo el peso de la oscuridad, del recuerdo, de las visiones, del temor y del remordimiento en los círculos espirituales, puntos intermedios que enlazan el pasado, el presente y el porvenir de las criaturas. Emplea tu estancia en esos círculos en descubrir los gérmenes ruines que se ocultan en tu pecho, para desenraizarlos y arrancarlos. Esas regiones son las de los propósitos del espíritu probado en el remordimiento y en el dolor, forma los tuyos con resolución y presteza, despreciando los impulsos de los apetitos desordenados y escuchando la voz acusadora que surge indecisa de las profundidades de tu alma, y así serán abreviadas tus amarguras; porque el ápice del remordimiento que precede y acompaña al arrepentimiento colmará la medida de la justicia, medida que, si así no procedieres, solo podrá colmarse con siglos y siglos de acerba expiación.

“Fuiste probado, y las inclinaciones carnales te dominan sin resistencia; tu vida fue un paréntesis perdido para la elevación y progreso de tu espíritu. Causaste daños a tus hermanos que participaban en la prueba y estás irrevocablemente obligado a repararlos; solamente después de la reparación podrás reclamar tu parte en la herencia de los espíritus ávidos de progreso y justicia. Tus propósitos y arrepentimientos pueden apresurar el día feliz en que se te abrirán las vías de la reparación y de la prueba, de tu ulterior felicidad.

“Es necesario que nazcas otra vez. Habitarás otra vez entre aquellas tribus lujuriosas, turbulentas y feroces, cuyos sanguinarios instintos contribuiste a fomentar. Otra vez serás el caudillo y tu influencia sobre sus sentimientos y costumbres será muy superior a la que allí ejerciste en tu penúltima existencia: podrás hacer el bien a mucha mayor escala que a la que hiciste y practicaste el mal. Serás caudillo, no de una tribu, sino de cien tribus poderosas, sometidas a tu voluntad y a tu palabra. Con una mirada, con un gesto, las arrojarás a la opresión de todos los pueblos débiles y

establecerás sobre los oprimidos una tiranía casi omnipotente. En tus manos estarán la destrucción y mortandad de tus enemigos y de los enemigos de tu pueblo. Triunfarás sobre ellos y el nombre del vencedor resonará de un confín hasta el otro como el del más afamado de la Tierra. Caudillos notables serán tus capitanes, príncipes e hijos de príncipes se contarán en el número de tus siervos. Así tendrán tus malas y buenas inclinaciones vasto campo para experimentar su poder. No habrá atentado que no puedas consumir, ni buena acción que no puedas practicar, ni gran empresa que no puedas emprender.

De tu albedrío dependerá que corran ríos de sangre o de agua purísima y saludable, el agua regeneradora de la civilización de los pueblos.

“Feliz tú si en tu renacimiento sabes prestar oídos a la voz del deber, que te llamará y avisará continuamente con vivacidad en lo más íntimo de tu espíritu. Si escuchas sus consejos, que serán de un gran espíritu invisible protector tuyo y protector de los pueblos sobre los cuales dominará la ley de tu existencia, los hombres sembrarán de flores el camino de tu gloria y tu nombre será el emblema de paz en las contiendas del mundo. Tu pueblo te señalará con su amor, su gloria y su poder, como juez y libertador de los pueblos conquistados. Comenzará en ti una serie de varones anónimos, aptos para transformar las sociedades impulsándolas y haciéndolas entrar en las corrientes del progreso. Y cuando llegue la hora suprema del juzgamiento de tus obras tu espíritu volará a los cielos y tu memoria quedará entre los hombres eternamente bendecida.

“¡Pero ay de ti, si en vez de doblegar tu cerviz al yugo suave de la ley e inclinar tus oídos a los severos consejos de la conciencia te rebelas orgulloso y temerario, dando guarida en tu alma a las seducciones del egoísmo y a los apetitos impudentes, que moverán en tu corazón formidable combate contra las inspiraciones del bien, contra los celestiales impulsos de la virtud! ¡Más te valiera no haber renacido! Porque entonces tu nueva vida de probación será tu nueva condenación incomparablemente más terrible que la primera, por cuanto tu responsabilidad habrá aumentado con la libertad y los medios de practicar el bien depositados en tus manos. En los momentos críticos de la conciencia, en los cuales la

voluntad permanece, diríamos, en el fiel de la balanza y el espíritu fluctúa indeciso entre la dulce atracción de la virtud y los violentos estímulos de la iniquidad y del placer, un suavísimo soplo, proveniente de las alturas de la misericordia y de la gracia, dará claridad a tu mente y penetrará con el fluido benéfico en tus entrañas y en la fuente y base de tus propósitos. Serán esos los instantes supremos de tu vida. Si para desgracia tuya aquel soplo te resbalase por la frente sin que el entendimiento aprovechara su regeneradora influencia; si tu corazón repeliese aquel fluido reparador, deleitándose, por el contrario, en el hálito impuro, en la corruptora atracción de las pasiones carnales, habrás entonces fijado voluntariamente tu destino, y aquel que pudo conquistar y ceñir los laureles de los espíritus animosos caerá confundido en la desesperación y en la execración de los espíritus indolentes, cobardes para el bien y desgraciadamente activos para derramar entre sus hermanos el luto, el odio y los deseos de venganza, fuego consumidor de todas las semillas de caridad y virtud.

Las horas de tu vida se arrastrarán fatigadas en el insomne y cruel remordimiento. En tus hediondos festines, el Mane, Tecel, Fares de la conciencia, renovando el recuerdo de tus crímenes, te arrebatarán incluso los gozos aparentes y hundirán tu ánimo en la negra melancolía. La maldición de los hombres te perseguirá como sombra implacable, pronta para clavarte el puñal en las entrañas a fin de liberar a la humanidad de un monstruo. Serás el oprobio y la esclavitud de los míos, la gloria de los enemigos y la execración de todos. Cuando suene para ti el gong terrible de la justicia, tu espíritu caerá rápido en los infiernos de la desesperación, roedora eterna de las almas contumaces, y tu nombre será ignominia en la historia de los pueblos. De la cárcel de tus obras no saldrás hasta que pagues por todas ellas. Recuerda tu última existencia de expiación y tiembla. Piensa en la misericordia de Dios, en su bondad actual para contigo y recobra aliento para confirmar tus buenas resoluciones. Atiende a que mis palabras no se pierdan en tus liviandades, hermano: que la ley del Gran Espíritu encuentre posada en el tuyo y te ilumine.”

Diversidad de afectos y sentimientos, de conceptos y deseos, levantaron mis palabras en aquel espíritu. En su ánimo se alternaban, multiplicando los contrastes, el temor y la esperanza, la so-

berbia y la sencillez, el odio y la mansedumbre, las seducciones del placer y los impulsos virtuosos. Se llenaba de desesperación con las amenazas proféticas. Se proponía ser benéfico para con los suyos, compasivo y generoso para con los pueblos conquistados; luego, mudados los deseos, aspiraba a la satisfacción de las pasiones personales, o se complacía en el exterminio de competidores enemigos. Ora blandía furioso el arma homicida y la antorcha devastadora, ora se entregaba a la misericordia, al amor, a la regeneración ajena. Cuadros disolventes que precipitadamente aparecían y se diluían, para reaparecer y volver a evaporarse, sin que ninguno dejase marcas profundas en su voluntad, solicitada desde diversas direcciones. Fluctuaba el pobre espíritu entre sus costumbres y el deseo de elevarse en la escala de perfección que había vislumbrado; frágil barquilla humana azotada por vientos opuestos, ora zozobraba y se hundía bajo la pesada carga de sus miserias, ora fluctuaba trémula sobre el oleaje revuelto de las pasiones, poniendo proa hacia el faro de la virtud, que descubría como única esperanza en los extremos confines del horizonte.

XV

Voz del cielo. – La lucha del Espíritu. – Tinieblas y Luz. – Los propósitos. – La Reencarnación. –El postrer llamamiento. – La separación. – Sobre el Vaticano.

Mis exhortaciones inspiradas no lograron de momento nada más que producir la confusión en el espíritu. Al terminarlas permaneció indeciso por momentos, no sabiendo si darme las gracias u odiarme por ellas, hasta que por fin el amor propio y las seducciones de la carne sobrepusieron los saludables llamamientos del deber. Como niño caprichoso, que anhela escapar al solícito cuidado del maestro para entregarse plenamente a los juegos y diversiones, igualmente el espíritu aguardaba impaciente la hora en que, libre de la presión de mis consejos y de la acusación de mis miradas, pudiese sin testigos alimentarse de vanidad y groseros apetitos. ¿Estará el infeliz condenado a despreciar mis advertencias salutíferas –me preguntaba a mí mismo– serán vanos, com-

pletamente vanos todos mis esfuerzos y el amor de los inspiradores celestiales? ¿De nada le han servido ni la expiación sufrida, ni las promesas, ni las amenazas?

Llegó entonces hasta mí, penetrando dulcemente todo mi ser, una voz suavísima que me dijo:

“Ni tus amonestaciones, ni la virtud de la misericordia, ni la caridad de los espíritus de luz serán estériles para la mejora de esta pobre alma, en la cual temes han de triunfar los estímulos violentos y brutales. En la ley caminan unidas la justicia y la misericordia, en la voluntad de Dios la misericordia y la justicia. Alabemos a Dios por la misericordia de su voluntad.

Aquello que no ha podido extraer del espíritu la luz de tus palabras, lo podrán el recuerdo, el remordimiento y las tinieblas. Sobrevendrán en tropel recuerdos tras recuerdos, tinieblas tras tinieblas, y en esa lucha de las aspiraciones espirituales contra los incentivos groseros de la concupiscencia consumirá el espíritu años y años, quizá siglos, hasta que agotadas sus fuerzas en las torturas, en la desesperación, en los goces de su fantasía exacerbada, prestará oídos a las amonestaciones de su propia conciencia, eco providencial de la inspiración del cielo. Sucesivamente se presentarán en el espejo de su alma los actos voluntarios, los pensamientos y sentimientos anteriores, con los males e iniquidades que de ellos fueron consecuencia; pero no para renovarle el ánimo en los horrores de la desesperación, sino como suave bálsamo que suscitando el arrepentimiento, atenuará el dolor de las heridas. Ocurrirá entonces que la beneficiosa luz de tus palabras, recordadas una a una pese al tiempo transcurrido, abrirá su pecho a la esperanza de redimirse y elevarse. Sabiendo que por la ley de la providencia está destinado a ser el caudillo de un pueblo y el conquistador de otros pueblos, deseará con fervor apresurar el tiempo de la probación, resuelto a emplear los grandes medios que tendrá a su disposición para su propio mejoramiento y la felicidad de los demás.

“El tiempo que permaneciere en las mansiones de los espíritus errantes, que esperan su rehabilitación mediante la prueba que la justicia les prepara y el amor del Padre les suaviza, no será perdido para el progreso de su alma si sabe aprovechar las lecciones del sufrimiento y de la misericordia que alternadamente recibirá

en cumplimiento de las armonías de la ley. Las más importantes conquistas, por no decir todas, la criatura libre las realiza en el mundo de los espíritus: en éste se afirman los caracteres, se adquieren la ciencia y los sentimientos, se deshacen errores y falsas felicidades y se forman resoluciones eficaces. El alma que subió cargada de manchas y crímenes al mundo de los espíritus puede descender al sufrimiento y a la probación con todas las aptitudes, con todas las fuerzas necesarias para ascender nuevamente, ceñida con la diadema de las almas vencedoras. Las vidas de sufrimiento y de probación justifican la ciencia, sentimientos y virtudes que se concibieron en los círculos espirituales.

“¿Crees, por ventura, que ese pobre espíritu tomará cuerpo en el mundo de sus destinos llevando consigo todos los errores, liviandades y deformidades presentes? Acuérdate de los largos períodos en la vida espiritual y considera que la ley no ha de ser menos flexible para los demás de lo que fue para ti. Somos todos hijos del Padre y el Padre habita en las alturas. De Dios proviene el destello de toda luz, viene igualmente para ti y para mí, para todos nosotros los que nos movemos bajo el excelso trono de la inteligencia suprema, de la amorosa causa universal.

“Antes de que este pequeñín vuelva a la tierra de su reparación ¿durante cuántos días y años luchará contra sí mismo? – Hasta agotar toda su actual actividad para el mal. Arderá en deseos carnales que no podrá satisfacer y sufrirá tortura por las desordenadas visiones de sus deseos; con todo, de vez en cuando un tenue rayo de luz rasgará sus tinieblas, para que vislumbre algo de los gozos de los espíritus castos. Se revolcará en el fango de sus torpes apetitos y sufrirá tortura por la impotencia de sus pasiones; de vez en cuando un débil reflejo le iluminará el camino, para que pueda entrever algo del triunfo glorioso de los espíritus continentales. Correrá en pos de sus odios y deseos de venganza y padecerá tortura por la memoria y visiones de sangre y de cadáveres; aún de vez en cuando luminoso destello herirá sus ojos, para que descubran algo de la suerte feliz de los espíritus mansos. Se rebelará contra las profundas tinieblas de su cárcel y serán más horrorosas las tinieblas; se rebelará contra sus recuerdos, y serán más vivos; contra sus visiones, que serán más fatigantes y frecuentes; contra su propia conciencia, entonces más acusadora y cruel; incluso

contra la idea de Dios, al que airado intentará alejar de su mente; y esta idea, en vez de disiparse, tomará más cuerpo y esplendores. Con todo, hermano, ha de llegar el día, tenlo por seguro; ha de llegar el día en que, consumidas en la lucha todas las fuerzas y en plena posesión de los recuerdos, avergonzado, humillado, rendido, doblegarás la cerviz rebelde al yugo de la conciencia y, de rodillas, con toda la energía de tu alma, exclamarás: “Señor, he pecado ante tu justicia y ofendido a mis hermanos: he aquí a tu siervo que llora arrepentido de corazón; ordena y obedeceré. ¿Qué debo hacer, Dios mío, para borrar mi pasado?” “Entonces la inseparable oscuridad – compañera de todos sus deseos de iniquidad y lujuria, infierno de sus pesadillas, visiones y sufrimientos – será menos densa y horrorosa, abriendo camino a los efluvios luminosos del perdón, que caerá de las alturas de la misericordia como lluvia benefactora. Las tinieblas serán menos tenebrosas y la soledad menos solitaria. La media-luz lo alentará con la esperanza de que la noche no ha de ser eterna para él; que ha de rayar el día, cuyo despuntar empieza a distinguirse, y verá la cara del sol. Poco a poco sentirá las suaves primicias del nacimiento en él de la virtud y los placeres tranquilos que preceden, como amanecer feliz, a los sentimientos del deber. Éstos brotarán en su corazón al sople de la inagotable bondad de Dios: subirán al entendimiento para fortalecerse por la luz y el entendimiento los devolverá al corazón, donde echarán raíces profundas, preparados para dar los frutos de que el alma necesita alimentarse para su depuración y sucesivos desarrollos. A la concepción del deber y de sus inmaculadas dulzuras seguirá el repudio de los antiguos errores y disipaciones, el propósito inquebrantable de caminar rectamente por las vías espléndidas del amor.

“Una vez en el terreno de las firmes resoluciones de virtud, le serán abiertas las puertas macizas de la cárcel. Radiante de ventura por emanciparse de las tinieblas y ufano de su anhelada libertad, caerá de rodillas en el espacio luminoso, bendiciendo agradecido al Dios de sus sentimientos y ofreciéndose sumiso a sus paternas designios. Visitará los mundos de la expiación, pero con aquella tranquilidad de alma, mezcla de satisfacción y plácida melancolía, con que un ex recluso contempla desde fuera las rejas de su morada, la triste morada de otros tiempos, y ese espectáculo

excitará y aumentará en su pecho la compasión y el amor hacia las infortunadas criaturas que allí gimen hasta el renacimiento y hará esfuerzos por llevarles algún alivio en los sufrimientos, algún consuelo en su desesperación. Llorará con el dolor ajeno y estas lágrimas tan santamente derramadas caerán sobre su propia alma y serán el bautismo de su espíritu, porque no hay piscina que tanto purifique la propia lepra como la que se llena de lágrimas de amor al prójimo.

“Recogidas una a una sus recordaciones de expiación diseminadas por los mundos de sufrimiento, la misericordia lo llevará a elegir las de reparación y prueba en el mundo de violencia y de lascivia, penúltimo fondeadero de su espíritu encarnado. Leerá allí, página por página, la historia de sus actos, que le quedarán fuertemente grabados en el corazón y en la mente para que en humanidad terrestre llegue a formar, más adelante, en nueva existencia, la base de sus intuiciones y el despertar de sus presentimientos. Asistirá al combate de las pasiones y apetitos bestiales con las nociones de la inmortalidad y el sentimiento todavía rudimentario del amor y del deber, y acudirá, aunque sea en vano, con su voluntad y su consejo, a sostener a las almas seducidas por los estímulos carnales. Al presenciar la victoria del mal sobre el bien, cruel dolor dilacerará su ánimo y elevará sentida plegaria al Gran Espíritu en favor de las miserias humanas. La meditación y el estudio de sus recuerdos y de las experiencias actuales le harán conocer qué fácil es el predominio de la iniquidad cuando prevalece la ignorancia.

SEGUNDA PARTE

ALREDEDOR DE LA TIERRA

LIBRO PRIMERO

GÉNESIS DE LA TIERRA

I

Introducción.

¿Cuál es la historia de la Tierra?

¿Cuál es la historia de la humanidad terrestre, de este pequeño fragmento de la humanidad universal, que se arrastra sobre la faz de la Tierra?

Vosotros, los que habéis leído con alguna reflexión la primera parte de mis revelaciones, habéis podido vislumbrar y adivinar algo acerca del desarrollo de la Tierra hasta llegar al momento actual de su génesis y de la humanidad que habita su superficie, hasta alcanzar el grado de desarrollo presente. Porque la Tierra deja su pasado en la historia de los mundos inferiores, y su humanidad lo deja en la historia de las humanidades que se agitan en busca del perfeccionamiento en los mundos de purificación y prueba, como vuestro globo sublunar.

La historia de un mundo es la historia de todos los mundos.

La historia de una humanidad es la historia de todas las humanidades.

Porque la ley es universal.

Con todo, como vosotros, pobres habitantes de la Tierra, tenéis vuestros sentidos puestos en la historia del planeta que habitáis, mientras que a mí la ley me sujeta y condena a presenciar y estudiar sus miserias y sus glorias, de la Tierra os hablaré en esta segunda parte, y otrosí de su vacilante humanidad. En la historia de vuestra morada y del movimiento espiritual, en que sois consciente o inconscientemente arrebatados, hallaréis toda la sabiduría necesaria para la emancipación del espíritu, que podrá remontar

libremente su vuelo a las alturas, dulcemente atraído por la ley de la sabiduría eterna.

Sean estas líneas la introducción a mis estudios sobre la Tierra.

II

El Caos. – El Primer día de la Génesis.

Hubo un tiempo en que la Tierra no existía a no ser en el pensamiento de Dios. Sus elementos, entregados al perpetuo torrente de las transformaciones, obedecían al impulso creador de la ley que arranca del caos la materia informe y la dispone y elabora para el cumplimiento de las armonías y bellezas naturales.

¿Qué es el caos, de donde la mano omnipotente hace brotar las creaciones sucesivas? ¿Será, por ventura, la nada?

La nada, hermanos, es la negación absoluta y Dios, la afirmación absoluta. Si Dios ha existido desde la eternidad, la afirmación absoluta excluyó la nada desde la eternidad. El espacio, la inmensidad, estuvo plena desde el principio sin principio de la afirmación divina. En esta afirmación germinaron también desde el principio las semillas, los orígenes de todas las cosas.

Dios extrae todos los seres y todas las creaciones del caos, no de la nada: los toma de las simientes que proceden de Él y coexistieron eternamente con Él.

Es el más grande de los absurdos la idea de Dios rodeado de la nada. Es la inmensidad absolutamente plena y al mismo tiempo absolutamente vacía. Es la afirmación inundando todo y la negación aniquilando todo.

¿Existe algo? Luego, jamás hubo la nada. Si la nada existió en algún tiempo, jamás existiría cosa alguna. La afirmación de la nada en algún tiempo o en algún punto de la inmensidad es la negación de Dios.

¿Existe Dios? Luego, jamás fue la nada, ni en el espacio, que es la inmensidad, ni en el tiempo, que es la sucesión.

Pero ¿qué es el caos? ¿Es la confusión de las sustancias en una sola sustancia informe, primitiva, madre de todas las sustancias y de sus modificaciones y formas?

Las sustancias obedecen desde el principio a los mandamientos de la ley divina y estos mandamientos son armónicos y producen armonía desde la eternidad. La confusión no está en las sustancias, hijas de los preceptos de la ley, sino en nuestro entendimiento, que en su pequeñez no acierta a remontarse a los orígenes de las sustancias y de la ley que las rige.

Por tanto, si caos significa confusión, el caos no está en el principio de las sustancias sino en lo limitado del entendimiento humano. La materia informe no es una realidad sino respecto del hombre, a cuya vista no llega más que un corto, cortísimo número de las transformaciones materiales. La materia y la forma son inseparables e inherentes; pero al entendimiento del hombre escapan las formas de la materia y la propia materia cuando salen del círculo de los fenómenos sujetos a su observación.

Como os he dicho en la primera parte de estas revelaciones, el horizonte visible del entendimiento humano es tan limitado que abarca únicamente algunos pies en el espacio y algunos minutos en el tiempo. Pero más allá de ese horizonte el hombre solo ve el caos en la materia, y el caos en la historia de las evoluciones materiales.

Sin embargo, allí como aquí preside la armonía, en las sustancias y en las leyes que desarrollan sus movimientos y eternas transformaciones.

Al caos de las sustancias materiales corresponde el caos de la sustancia espiritual, andando ambos en perfecto paralelismo. Donde el hombre pierde de vista la materia, se levanta inabordable el caos, la confusión de los elementos y fenómenos materiales; donde el hombre pierde de vista la historia del espíritu se levanta inabordable el caos, la confusión del principio espiritual.

El caos, con todo, ni comienza en el mismo punto para todos los entendimientos, ni es, por su naturaleza, perpetuamente inabordable o inexplicable. Lo que para unos aún es armonía, para otros ya es confusión. Cada día la luz roba elementos a las caóticas tinieblas de la ignorancia.

El caos será siempre el límite del entendimiento humano; pero el caos relativo, destinado a las conquistas sucesivas de la armonía y de la luz. Existen esferas donde vuestro caos es encantadora armonía y luz radiante: son las esferas espirituales de la sabiduría y del amor.

El caos, la confusión, no está por tanto en el universo, sino en la ignorancia de las leyes que presiden el movimiento universal, la elaboración de las sustancias y la sucesión de las formas. Los gérmenes luminosos y armónicos de todos los seres coexistieron eternamente con Dios como irradiaciones necesarias de la Causa Primordial, de la fuerza eternamente fecunda y creadora.

De ese caos donde preexistieron y se elaboraron los gérmenes de los seres, surgieron los seres presentes y surgirán los venideros. ¿Qué son todas las sustancias que el entendimiento conoce, y el propio entendimiento, el espíritu en sus infinitos grados de desarrollo? Gérmenes, siempre gérmenes de nuevas transformaciones más puras, de nuevos estados más perfectos.

En su estado relativamente primitivo, los elementos que más tarde habrían de constituir la Tierra vivían y andaban dispersos en esa confusión de vuestro entendimiento, caos, oscuridad informe para vosotros; armoniosa belleza, luz vivísima para las inteligencias soberanas que vuelan en las regiones donde la sabiduría y el amor tienen posada.

Los elementos de la Tierra, desde la eternidad, venían arrastrados en el torrente de sus combinaciones y transformaciones armónicas. ¿Quién podrá desviar el camino recorrido por los elementos terrestres, remontarse por el entendimiento a las fuentes y principios de todas sus evoluciones y fases? Solo el entendimiento que preexistió a todos los entendimientos y los arrancó del movimiento armónico preestablecido y engendrado en la fecundidad de su sabiduría; solo la causa necesaria, el principio inmanente de todas las causas secundarias, de todos los principios sucesivos.

Para la criatura, el caos, la confusión, las tinieblas, la duda, la ignorancia del pasado y del porvenir; solo para Dios la armonía, la claridad, la luz, la sabiduría, la evidencia.

Los gérmenes de la Tierra, antes de su presente formación, vagaban como perdidos en el éter, buscando la virtualidad, los principios vitales de que se habían desprendido en anteriores esta-

dos inmediatos. Eran residuos impotentes, fragmentos gastados e infecundos del universo sideral que iban en pos de su renovación, necesaria para el cumplimiento de sus destinos eternos.

El éter es el recipiente de los residuos siderales y planetarios, el laboratorio universal de todas las acciones y reacciones de las sustancias que llenan los inmensos interiores del espacio. Recibe las escorias de los mundos, frías, impotentes, muertas y las devuelve transformadas en tesoros de calor, de fecundidad y vida, que restablecen y enriquecen la admirable economía del organismo universal.

Los gérmenes o primitivos elementos de la Tierra, errantes en las llanuras del éter, se transformaban y enriquecían bajo el influjo de ese principio esencial, restaurador y creador. Se atraían unos a otros en medio de sus evoluciones incesantes, obedeciendo a la ley de las armonías, que aproxima desde inconmensurables distancias a los cuerpos destinados a compartir el cumplimiento de un fin.

El éter es la restauración y depuración de los sedimentos de la naturaleza material; Dios, la suma inteligencia, la suprema perfección, es el éter de las almas, el movimiento y la vida de los espíritus.

Aunque única en su principio, la ley es una para la materia y otra para el desarrollo y el progreso de los espíritus; con todo, en ambas se reconoce la unidad de origen, por sus íntimas conexiones y la semejanza de sus actividades. La ley que engendra el movimiento y la unión de las sustancias inertes tiene, como dos fases, la atracción molecular y la gravitación universal; la ley que engendra el movimiento y la unión de las inteligencias es la sabiduría o el amor. Se podría decir que la atracción molecular es el amor de los elementos de las sustancias inertes y tiene, como dos fases, la atracción molecular de los espíritus.

La sabiduría o el amor: he aquí dos palabras expresivas para vosotros, hasta ayer para mí, de dos conceptos distintos, que, sin embargo, si bien lo meditáis, tienen idéntico significado. ¿Qué es la sabiduría sino la posesión de las conquistas del amor a lo desconocido y que es el amor sino el descubrimiento de las leyes de la felicidad en algunas de sus múltiples, de sus inagotables manifestaciones dichosas? ¿Por qué Dios es el amor? Porque es la po-

sesión absoluta de la sabiduría absoluta. ¿Por qué es la sabiduría? Porque es la posesión absoluta de todas las leyes que engendran y expanden el amor. La fórmula de la felicidad suprema está en la síntesis de todas las manifestaciones amorosas. En ese recíproco amor de las sustancias materiales, en esa atracción molecular, en esa gravitación universal engendrada en la sabiduría de la sustancia esencial, rodaban los elementos primitivos de la Tierra, saturándose de vida y de actividad en el éter. La fuerza en cuya virtud se transportaban y se aproximaban unos de otros era la misma que impele y arrastra los mundos en su eterna y armoniosa carrera.

Este es el primer día de la génesis de la Tierra, entrevista muy confusamente por la ciencia de los hombres. ¿Calculáis en siglos la duración de ese primer día? Contad las partículas moleculares de la más alta de vuestras cordilleras y contestadme. Pero no; ni así alcanzaríais a medir la duración del primer día de la génesis de la Tierra.

III

El Segundo día de la Tierra.

Después del primer día, sin embargo, la luz y las tinieblas estaban mezcladas y confundidas en las entrañas del mundo que lentamente surgía del misterioso caos⁽⁵³⁾, y el tiempo aún no se había fijado, ni la economía universal había establecido el firmamento de la Tierra.

La luz de los soles penetraba y fecundaba sus envoltorios tenues y vaporosos, cuya movilidad y flexibilidad la libraban de la influencia definitiva de cada uno de los gigantescos cuerpos estelares, cuyos dominios invadía sucesivamente.

Sus movimientos eran indecisos y lentos a causa de su escasa solidez. Sus formas se modificaban y variaban según las diferentes influencias de los diversos astros que sucesivamente la atraían. La luz de esos soles enriquecía con su aliento fecundante las se-

⁵³ Por esa confusión y mezcla de luz y tiniebla parece que hay que entender la oscuridad incompleta y uniforme que debía reinar en el interior del planeta. La luz astral, al atravesar las capas vaporosas de la Tierra habría perdido su intensidad y se habría difundido débilmente en el interior como ligerísimo crepúsculo.

millas de vida que los átomos elementales de la Tierra habían absorbido en el éter.

La luz y las tinieblas continuaban confundidas en el interior de la Tierra; pero la ley iba aproximando y agrupando las partículas terrestres fecundadas de vida y saturadas de calor, formando así como un núcleo central que, con el transcurso de los siglos, habría de atraer y agrupar a su alrededor las partículas dispersas.

Iniciada la formación del núcleo, el movimiento de la Tierra embrionaria fue algo más acelerado y uniforme que durante el primer día de la creación terrestre.

Os ruego que no toméis mis palabras como presuntuosa expresión de la verdad infalible; ¿quién llegará a su plena posesión? Ellas son el resultado de estudios incompletos y de la relativa elevación de mi entendimiento, sujeto a error como todos los entendimientos humanos. Vosotros tenéis el vuestro; de él debéis servir en todo aquello que cae bajo su actividad y dominio, como os debe servir de piedra de toque del sentimiento en todo cuanto se refiera al ejercicio o caiga bajo la jurisdicción de vuestra conciencia.

He visto alguna cosa; con todo, en las cosas entregadas a la investigación de los hombres, ni lo poco que he visto os puedo decir. Os hablaré, pues, en lo que atañe a la Ciencia, como cualquiera de vosotros, es decir, con la convicción que el trabajo engendra y con la inseguridad propia de la naturaleza humana al querer definir las vías misteriosas de un pasado que se escapa y se confunde en las densas nebulosidades del caos. Todo ello porque las ciencias sirven también, en medio de sus extravíos y errores, de estímulos para despertar el amor a la sabiduría, que es la verdadera ciencia del espíritu.

Ahora que sabéis cómo os hablo y de qué manera habéis de recibir mis palabras, proseguiré en el hilo de mis estudios concernientes al desarrollo y a la formación del planeta en el segundo día de su creación y evoluciones en el ámbito del universo.

A medida que el núcleo central terrestre, operando sobre las fugitivas capas exteriores, las atraía y aumentaba en densidad y volumen, la luz dejaba las tinieblas en el corazón de la Tierra, llevando sus rayos hasta las capas de la superficie, que permanecían independientes hasta cierto límite y ajenas a los movimientos y a

la actividad del núcleo, de cuya jurisdicción luchaban por emanciparse, aunque en vano. Las retenía con su poderosa fuerza de atracción, hasta determinar lenta y sucesivamente su aproximación y descenso.

De la condensación de las sustancias elementales de la Tierra en el núcleo de atracción iba surgiendo poco a poco el movimiento circular giratorio, peculiar a todos los cuerpos gigantes que oscilan y recíprocamente se atraen en los desiertos del éter. Tal movimiento giratorio, apenas perceptible al principio, aumentaba en celeridad a medida que iba siendo mayor el núcleo del planeta.

El aumento de volumen de la masa central incrementaba su fuerza de atracción y asimilación sobre las demás sustancias sometidas a la actividad del núcleo, destinadas por la ley a entrar en la formación del mundo que se iba elaborando.

En esa concentración general de las capas exteriores, se enriquecía el núcleo con el calor, la fuerza y la vida de las moléculas que le traían su propio contingente de vida, de fuerza y de calor, recogido allá en la inmensidad de las regiones etéreas.

El volumen del planeta disminuía conforme aumentaba el del núcleo, base de su formación. La luz se iba retirando del centro hacia la periferia, dejando a las tinieblas el imperio de la condensación central de las materias terrestres.

El nuevo mundo se formaba en virtud de una concentración continua de fuerza, vida y calor. La mayor cantidad de todas esas propiedades residía en el punto central del núcleo.

No olvidéis que os hablo no por lo que he visto como espíritu libre, sino por lo que adivino como hombre, sujeto a las contingencias del error y del orgullo científico.

El movimiento de concentración de propiedades y fuerzas tenía que continuar siempre más rápido y vigoroso en los estratos planetarios. Inmensos tesoros de calor y de vida necesitaba acumular la Tierra en su seno durante la juventud, a fin de irradiarlos desde el centro hacia la superficie durante los largos y fríos períodos de vetustez.

Por último, después de siglos y siglos de siglos, las materias errantes se agruparon al núcleo y el planeta se volvió entonces un cuerpo esférico relativamente compacto. Entró en los dominios del Sol y el Sol lo sujetó en su firmamento para siempre, hasta la

consumación de la Tierra. En virtud de su movimiento propio y de fuerzas contrarias que solicitaban su masa, se verificó el desprendimiento de una parte considerable del núcleo y aún hoy esa porción desagregada acompaña a la Tierra en su perpetua trayectoria.

Así fue el segundo día de la génesis de la Tierra.

IV

La Tercera época.

El planeta aún se presentaba, no obstante, como un agrupamiento uniforme, como una sola sustancia. Para descubrir en esa confusión de vapores la diversidad en la unidad de la materia, hubiera sido necesario elevarse hasta las regiones de los espíritus puros; para descubrir los gérmenes de vida que habrían de fecundar durante series de siglos las entrañas aparentemente infecundas de aquel globo, hubiera sido necesario subir y subir hasta los hijos primogénitos de la Sabiduría: hubiera sido necesario saltar la zanja que separa lo finito de lo infinito y confundir la vista de la criatura en la misma Sabiduría eterna.

Sin embargo, allí, en las zonas interiores y exteriores del planeta, en la unidad de su sustancia, germinaba y se elaboraba la diversidad de formas y manifestaciones materiales; allí, en el seno de aquel gigante, en apariencia carente de actividad vital, palpitan todos los principios de vida que habrían de manifestarse en la sucesión de los días de la Tierra; y también, supongo, hermanos – se escondía algo de la esencia espiritual, rudimentaria, grosera, si así puedo expresarme, entregada al eterno torrente de la purificación y del progreso.

La acumulación de todas las partículas terrestres alrededor del gran núcleo, hasta confundirse con él, comunica al movimiento giratorio del planeta toda la fuerza, toda la velocidad con que éste habría de efectuar sus revoluciones diarias; la fuerza absorbente y atractiva del astro central había fijado el curso sometido a la jurisdicción de su poder.

El calor del núcleo central terrestre, multiplicado por lo que le iban comunicando una tras otra las capas superiores que sucesivamente se le adherían y asimilaban, había convertido el interior del planeta en inmensa caldera, océano de vida y de calor formado de todas las sustancias que venían de la unidad y caminaban hacia la diversidad mediante una serie indefinida de elaboraciones y transformaciones.

El corazón del planeta se sentía cada vez más oprimido, propia causa de su propia expansión y de las sucesivas acumulaciones de las materias exteriores. Palpitaba terriblemente y tenía necesidad de espacio, más espacio, para su dilatación y equilibrio.

Estalló la Tierra y se desgarraron algunas de sus zonas. Inmenso rugido salió de sus entrañas y cataratas de fuego se precipitaron sobre su superficie en todas las direcciones.

No obstante ese fuego no era desolador y mortal: la vida y la fecundidad corrían en aquellos ríos de materia incandescente.

El equilibrio es una ley universal. El centro del globo empezaba a devolver a las capas exteriores los tesoros de calor, de fecundidad y vida que de ellas había recibido. El día en que la restitución quede completada, habrá terminado la misión de la Tierra en el universo: porque, mientras que las capas exteriores van recibiendo del depósito central, ellas lo restituyen al éter de donde lo habían recibido. El éter es el laboratorio universal del calor y de la vida: de él sale y a él vuelve la fecundidad de los mundos que, unos tras otros, ocupan las estaciones del espacio. Empezaban a elevarse, en alas del calor y de la luz, las partículas empapadas de vida y calor que se extendían sobre la superficie del planeta con tendencia a emanciparse de su acción; pero la fuerza absorbente del núcleo terrestre y el descenso de la temperatura en las regiones alejadas disminuían el vigor de su movimiento de expansión y las retenía cautivas alrededor de la Tierra, dependientes de sus movimientos y forma.

Fluctuaban en el espacio sin alejarse más allá de la esfera circunscrita por la radioactividad de la Tierra, hasta que, gastada toda su virtualidad de expansión y agotado el calor en el intercambio de propiedades con las sustancias derramadas en el éter, caían nuevamente sobre el planeta, transformadas, en busca de la virtualidad perdida, contribuyendo en su nuevo estado a atemperar el

exceso de calor y fecundidad de las zonas terrestres, preparando de ese modo el nacimiento de los primeros organismos por la fermentación y elaboración de sus gérmenes ocultos.

En esa constante evolución y sucesivas transformaciones de las partículas y sustancias terrestres, la capa exterior iba adquiriendo consistencia, pero no hasta el punto de que algunas de sus partes pudiesen estorbar o servir de obstáculo a los desbordamientos del núcleo. Cuanto mayores eran su resistencia y su espesor, tanto más fácilmente las hendía y destrozaba el hálito ardiente que subía del interior del globo.

Empezaban a aparecer las primeras colinas y a extenderse las sombras por los primeros valles. Si los ojos del hombre hubiesen podido dominar aquella isla que se agitaba en un punto del archipiélago universal, habrían sorprendido inmensos ríos improvisados, sin cauce fijo, cuyas aguas desaparecían rápidamente en las enormes grietas de la corteza terrestre, desde las cuales se elevaban convertidas en nubes hasta los estratos atmosféricos.

Las aguas de que os hablo no eran aguas en el estado en que hoy aparecen en el Tierra. Mezcla informe de diversas sustancias que lentamente se elaboraban para individualizarse en el curso de los siglos y cumplir, cada una, su especial misión en la economía de la vida en el planeta, las llamo aguas por analogía y porque de la depuración e individualización de sus sustancias componentes habría de surgir el agua fecundante, que tendría tanta importancia en el desarrollo y conservación de la actividad vital.

Pasaron diez siglos y otros diez siglos, pasaron cien siglos y otros cien siglos, porque en el desarrollo de las creaciones los siglos son gotas de agua en el océano de la eternidad.

Lentamente, si queréis, pero rápidamente a ojos de aquellos seres que miden los siglos como vosotros lo hacéis con los instantes, se iba verificando la selección de las sustancias que, no obstante su origen común, estaban por ley cooperando aisladamente en la expansión de fuerzas y principios de vida y luz sobre el planeta.

El desarrollo de la creación terrestre, como el de todas las sucesivas creaciones terrestres del universo, era obra de selección e individualización de los principios recogidos en la sustancia etérea por la sustancia generadora del esqueleto.

Los principios recogidos por esa sustancia de los manantiales del éter no eran sino el calor, el fluido eléctrico, el principio de vida y el principio espiritual, los cuales habrían de ser otras tantas fuentes inagotables de selección de la primera sustancia.

Las modificaciones y transformaciones de la sustancia única y las selecciones de los principios etéreos hasta llegar a individualizarse dentro del desarrollo de la creación terrestre tardarían en realizarse más o menos el tiempo que dependiese de su importancia, y conforme a la elevación relativa de sus futuros destinos.

Aparecerán primero las sustancias terrosas y groseras en combinación con el calor y, progresivamente, del movimiento y evoluciones de éstas y de la fuerza calorífica, nacerán y tomarán cuerpo nuevos modos de ser, más depurados y perfectos, de la sustancia generadora. Primero el calor y luego la electricidad, operando hoy y mañana sobre las sustancias ya individualizadas, despertarán los gérmenes vitales que, empezando a evolucionar a través de las grandes masas de materia inerte, determinarán más tarde el surgimiento de las primeras manifestaciones de la vida en organismos rudimentarios, inicio de todos los organismos ulteriores. Por último, aparecerá esplendoroso sobre la Tierra, en organizaciones adecuadas, el más puro y delicado de los principios del éter, el principio espiritual, elaborándose y depurándose, antes de su perfecta individualización, a través de todas las sustancias y organismos, con el auxilio de los demás principios provenientes del planeta, del gran depósito o vivero de los mundos.

La individualización de las materias terrestres y de los principios indispensables para el despertar y la expansión de la vida y del espíritu, se verificaba en virtud de una ley de atracción y simpatía engendrada en la afinidad de las propias sustancias que tenían a individualizarse, hijas de la irradiación, podemos decir, de la sustancia esencial primitiva.

Los movimientos del joven planeta en el espacio contribuían, con el ascenso y descenso de las sustancias en su superficie, a la irradiación del calor para la consolidación de su corteza, al mismo tiempo en que la fuerza de expansión del núcleo levantaba en muchos puntos el suelo consolidado, determinando la formación de las primeras cordilleras, que habrían de sufrir grandes transformaciones en la sucesión de las eras.

Los ascensos y descensos de la Tierra a la atmósfera y de la atmósfera a la Tierra apresuraban la depuración e individualización de las materias, de las cuales unas tendrían lugar en las regiones atmosféricas, otras en la superficie terrestre.

Merced a esa individualización y depuración incesantes, llegaron los tiempos en que todas las partículas terrestres quedaron definitivamente establecidas en la Tierra, con abundancia de gases y partículas ambientes en la atmósfera, y el agua, ya en su pureza fecundante, ascendiendo y descendiendo en forma de nubes y de lluvias.

Tal fue el tercer día de la génesis de la Tierra.

V

La Cuarta época. –

Materia, principio vivificador, sustancia Espiritual.

Las erupciones del núcleo modificaban y transformaban con frecuencia el exterior del globo, y las aguas, que corrían desordenadas por su superficie, se evaporaban; en ese movimiento incesante de acción y reacción, de dilatación y condensación y liquefacción, la corteza terrestre se enfriaba y endurecía, aumentando su espesor.

Al amanecer del cuarto día del nacimiento de la Tierra, las aguas aún no tenían lecho estable. Era necesario que fecundasen todos los gérmenes de vida latentes en las capas superiores del nuevo mundo, capas continuamente renovadas por la acción invasora de las sustancias que constituían el núcleo.

La fuerza vital de las sustancias, próximas a manifestarse en la superficie por medio de rudimentarias organizaciones, quedaba a cada momento ahogada bajo la aparición y renovación de las materias que desde el gran hervidero central subían impetuosas e inundaban la faz de vuestro planeta. De ese modo variaba incesantemente la dirección de las aguas, que circulaban en todos los sentidos, fecundando las simientes de vida que el movimiento propulsor del gran núcleo impelía hasta el exterior. Las abundantes aguas se despeñaban desde las alturas atmosféricas en lluvias

espantosas. Se formaban ríos y éstos formaban mares con vertiginosa, con increíble rapidez; con la misma rapidez se vaciaban los ríos y se volatilizaban los mares.

Otros ríos recién formados por la tempestad venían a precipitarse sobre los cauces abandonados, nuevos mares sobre las áreas de las aguas evaporadas, porque la evaporación de los líquidos y la condensación de los vapores se efectuaban bruscamente y sin interrupción de la Tierra a la atmósfera y de la atmósfera a la Tierra.

Ceñía el planeta en toda su redondez una densísima nube formada por los vapores que de su superficie se elevaban y por las aguas que bajaban de las regiones superiores. En vano los rayos del sol forcejeaban por descubrir y penetrar el misterio de los sorprendentes movimientos que preparaban el desarrollo de la vida en la mansión terrestre.

Esa preparación se habría efectuado en la oscuridad si las tinieblas no hubiesen tenido otro enemigo aparte del sol; pero a cada instante la oscuridad se veía turbada en su posesión de la Tierra por el siniestro fulgor del rayo, que iluminaba todos los horizontes, y por los reflejos volcánicos que arrojaban los gigantescos respiraderos del núcleo candente.

Hubo un tiempo en que las aguas cubrían toda la Tierra, sin que por eso dejaran los vapores de inundar la atmósfera. La luz eléctrica fulguraba en todas las direcciones y desde el fondo del inmenso océano terrestre se veían surgir, aquí y allí, enormes columnas de fuego, cuyos resplandores resbalaban por la agitada superficie de las aguas.

¡Imponente e indescriptible espectáculo! Mis palabras son únicamente esbozo descolorido, pálida expresión de la escena formidable que la naturaleza ofrecía en el cuarto día de la formación de vuestro globo. Cataratas de fuego, torbellinos de vapores, mares que caían de las nubes con estruendo aterrador –toda esa confusión observada a la luz centelleante de un relámpago eterno – ¿podéis imaginar algo parecido a la realidad de ese cuadro sublime?

Las aguas terrestres, en su curso violento, arrastraban, transportaban y depositaban las materias destinadas a servir de cuna a las primeras manifestaciones de la vida orgánica vegetal, cuyo

germen dormitaba en el seno de todas esas sustancias que había arrojado a la superficie la fuerza expansiva existente en las entrañas. Siendo así, mientras la corteza exterior se enfriaba y engrosaba en virtud de las expansiones internas y de los agentes externos, se modificaba su constitución como efecto del continuo movimiento de las aguas y de los nuevos sedimentos terrosos que se iban depositando lentamente.

Pasaron siglos tras siglos.

Seguidme, remontaos conmigo en espíritu más arriba de la atmósfera de la Tierra, un poco más allá de la línea divisoria que separa de los confines del éter los vapores y los gases ambientes alrededor del planeta.

¡Hermosísima visión!

Los rayos del astro del día rasgan brechas en las capas estratosféricas, llegan hasta las cumbres descubiertas de las montañas y resbalan sobre la superficie de los mares encrespados. Vistosos repujados de fuego, que saltan de las cavernas subterráneas, interrumpen de distancia en distancia la monotonía de las aguas y la unidad del paisaje. Las columnas volcánicas, aparte de coronar las altas cumbres, suben de los abismos del océano, a modo de islas fantásticas impelidas hacia el exterior por la mano de terrible deidad.

Mirad a ambas extremidades del eje sobre el cual se mueve la Tierra en su movimiento diario; ¿veis ese verde tapiz que se extiende sobre una y otra región, principalmente en los puntos elevados, en los picos y mesetas de las montañas solitarias? Son las primeras organizaciones visibles de la vida: son las primicias de la vegetación del planeta.

Las semillas de esa vegetación primitiva y rudimentaria, como las de todas las sucesivas vegetaciones ulteriores, venían virtualmente contenidas en las partículas terrestres por fuerza del principio vivificador y del elemento espiritual que habían absorbido en larga peregrinación por el éter. Con todo, tanto el principio vivificador como el elemento espiritual, necesitaban, para sus indefinidamente múltiples individualizaciones, del medio de las sustancias materiales a través de las cuales y como en perpetuo crisol habrían de hacerse efectivas sus expansiones, sus depuraciones y progresivos perfeccionamientos.

Cada nueva creación arrancada por la Omnipotencia a la misteriosa fecundidad del éter determina el principio de una perpetua evolución, en la cual intervendrán, necesariamente, la materia bruta como medio, el principio vivificador como fuerza y el elemento espiritual como término y objeto. Sin la materia la vida sería imposible y sin la vida y la materia el elemento espiritual carecería perpetuamente de luz. Los tres términos siempre se completarían por los tiempos en adelante, constituyendo una trinidad indivisible – materia, vida y espíritu – en el orden del desarrollo de la unidad espiritual. El primer llamamiento de la ley a los átomos o elementos cósmicos que se desprenderán del éter para formar, a través de siglos, una nueva creación, es el primer paso para una portentosa individualización, tríplice en principio, porque comprende la materia, la fuerza vivificada y el elemento espiritual, cuyo acervo común, antes de las respectivas individualizaciones, es el éter.

Después de esa primera individualización portentosa - ¡Oh, divino arcano! ¡Oh, insondable misterio! – la propia ley obliga a la materia a nuevas individualizaciones, que tienen su límite superior en el cuerpo fluídico de las innumerables individualizaciones de la sustancia espiritual.⁽⁵⁴⁾

¿Cómo se transfigura y se purifica la materia bajo la acción del principio vivificador y de la sustancia espiritual? ¿Cómo opera el principio vivificador sobre la materia al calor de la influencia del espíritu? ¿Cómo se individualiza, se perfecciona y asciende el espíritu a través de las formas materiales, con la cooperación eficaz del principio vivificador? Sé que existe esa ley, pero no la conozco ni aspiro a conocerla, porque es una ley primera y el secreto de las leyes primeras reside en Dios. Contentémonos nosotros, las criaturas, con el conocimiento de los efectos de tales leyes, que en la posesión de esos efectos tenemos el amor del Padre universal y la fuente siempre viva de nuestra felicidad.

⁵⁴ Se debe inferir de lo que en este punto afirma Nicodemo que la ley de depuración, de transfiguración y progreso opera sobre la materia bruta como sobre las demás sustancias y que el límite de las transformaciones perfectivas de esa materia está en el cuerpo fluídico espiritual. En la luminosa revelación de Juan de Lamennais, inserta en la obra “**Roma y el Evangelio**”, se expone el mismo concepto, de esta forma: El límite superior del cuerpo carnal es el cuerpo espiritual; el límite del cuerpo espiritual es el espíritu y el límite del espíritu es Dios: Véase “**Roma y el Evangelio**”, pág. 149, edición de 1874.

La materia, bajo la acción eficaz del espíritu y de la vida, se transfigura indefinidamente de depuración en depuración. El principio vivificador es como el sol que ilumina la acción misteriosa y constante del espíritu sobre la materia. Y el espíritu... ¡ah, qué podré decir del espíritu! Nada; por cuanto la naturaleza de la chispa espiritual escapa y siempre escapará a los espíritus. Así como tampoco sé de la naturaleza de la materia ni de la naturaleza del espíritu vivificador, que seguramente proviene con el espíritu –diré mejor– con la sustancia espiritual, de un origen, de un nacimiento común.

Supongo – tan solo por suposiciones puedo hablaros – que de la esencia más pura de la materia que contribuye a la formación de los mundos, toma el principio espiritual la sustancia fluídica etérea dentro de la cual está llamado a quebrarse en innumerables individualizaciones y a resolver el magno problema de su felicidad, eternamente activa y progresiva. Cuando la Tierra haya irradiado toda la virtualidad fluídica vivificadora y la esencia purísima que ha de acompañar perpetuamente a las individualizaciones espirituales como lazo de relación entre lo subjetivo y lo objetivo, estará cumplida su misión, y sus residuos fríos, estériles, inanimados, volverán a explayarse para entrar de nuevo en el laboratorio universal.

Supongo también que ninguna individualización espiritual se haya realizado en la eternidad sin la colaboración simultánea de la materia, en sus principios tangibles, y del principio vivificador.

Si fuese lícito presuponer que tiempo hubo en que no existía ni había existido ningún mundo, yo me atrevería a afirmar que tampoco existía ni había existido ninguna individualización espiritual, fuera de Dios, y añadiría que no pudo manifestarse el primer espíritu creado hasta después de haberse manifestado el primero de los mundos, y con él la fuerza vivificada.

La escalera de Jacob, que es la escalera de la felicidad y del progreso perpetuo, está formada en toda su elevación por sustancia material y fuerza de vida, y solamente apoyado en esta fuerza y en aquella sustancia, podrá el espíritu ascender eternamente.

Con todo, igualmente la materia como la vida y el espíritu aparecen tan groseros, tan rudimentarios, en el peldaño inferior de la escalera, que es imposible para el espíritu humano adivinar allí

el porvenir de la materia, de la vida y de la sustancia espiritual en sus sucesivas expansiones. En su primer desarrollo se ven aparecer como confundidas en una sola sustancia, que ha de constituir el esqueleto, la materia terrena del mundo en vías de formación.

Lo que primero se manifiesta en las creaciones es la materia; a ésta se sigue la fuerza vivificadora y por último, el principio espiritual. La fuerza de vida, a pesar de venir germinando desde el comienzo, no aparece en el planeta hasta el cuarto día de su desarrollo: se muestra entonces en la florescencia vegetal que vimos tapizando las regiones que circundan los polos, las primeras donde pudo echar raíces y tomar lugar en la superficie del globo.

De toda esa vegetación primaria no tenéis conocimiento, porque ha desaparecido del suelo con las condiciones que la habían producido. El movimiento vivificador acomoda siempre las organizaciones que engendra a las condiciones y medios de los elementos materiales en los cuales ha de ensayar su poderosa actividad.

Mientras que las verdes primicias de la acción vivificadora de las sustancias materiales bajaban de las montañas a los valles y llanuras, corrían de las zonas polares hacia las intermedias, más tarde hacia la región perpetuamente caldeada por el sol, otra vegetación análoga empezaba a tapizar las profundidades del océano, de las cuales subía lentamente por las faldas de las cordilleras submarinas hasta escalar sus elevadas cumbres y ocupar aquí y acullá la superficie de las aguas, dándose así las manos ambas vegetaciones, la marítima o acuática y la terrestre.

Cuál fuese la serie de progresivas transformaciones que tuvo que pasar hasta alcanzar la opulencia de sus mejores tiempos imaginadla vosotros mismos, si os es posible; en cuanto a mí, no puedo daros con palabras una idea exacta, ni siquiera aproximada. El desarrollo se efectuaba con lentitud apenas concebible; las reproducciones vegetales conservaban tanta semejanza con los tipos inmediatamente superiores que se confundían con ellos; sin embargo, después de algunas docenas de siglos, la vegetación primitiva había quedado borrada de la Tierra y sustituida por otra de estabilidad perpetua, de la cual conserva rasgos significativamente hereditarios la vegetación de vuestro siglo.

Las condiciones atmosféricas del planeta imposibilitaban aún el surgimiento de los animales en su accidentada superficie, pero no en el fondo de los mares, donde la fuerza de vida empezaba a producir organismos de transición, tipos intermedios en los cuales se confundía el animal con el vegetal, tipos de los cuales no resta hoy vestigio en el profundo regazo de las aguas.

Con todo, las mismas condiciones que se oponían al nacimiento del animal facilitaban, robustecían y multiplicaban en todas partes la vegetación terrestre. Llegó el tiempo en que una inmensa alfombra de gigantesca verdura ocultó la Tierra a la mirada del príncipe de los astros.⁽⁵⁵⁾

Así fue el cuarto día de la génesis de la Tierra.

VI

El Quinto día de la Tierra.– Génesis Espiritual.

La gran catástrofe.– El precursor del Hombre.

Sobre finales de la cuarta época, ya había aparecido a la sombra de la lujuriosa vegetación que cubría el suelo por todas partes la creación animal terrestre, compartiendo la posesión del globo y de sus abismos con la creación animal acuática, que la había precedido, señora del secreto de los mares.

En esto, surge inmediatamente fuerte duda y al espíritu investigador sediento de luz se le ocurre preguntar: ¿de dónde provino el primer animal, el primer ser organizado en el cual se manifestó, aparte de la fuerza vivificadora, la semilla de la sensibilidad y del instinto, si bien de modo muy rudimentario e imperfecto? ¿Es, por ventura, el primer tipo de la animalidad terrestre una transformación del último y más elevado individuo de la creación vegetal?

Vuestra duda es la misma que siento respecto del surgimiento de los animales, la misma pregunta vuestra que dirijo también a la Ciencia que el hombre puede conquistar por su constancia en el estudio. No os hablaré, por tanto, como maestro; os diré algo como discípulo de la Ciencia, de esa Ciencia arisca y rebelde cuya investigación está expuesta a tantos extravíos y errores, pero que,

⁵⁵ A la mirada del sol, que es el príncipe de los astros de nuestro sistema planetario.

pese a todo, se deja lentamente y por etapas sorprender en sus secretos, cuando la inquirimos con espíritu generoso, por puro amor a las leyes de la felicidad universal.

Antes que el más perfecto de los vegetales proyectase su sombra sobre la Tierra, el reino animal ya había tomado posesión de ella; de eso claramente se desprende que el primer individuo de la creación animal no es una simple transfiguración del más perfecto de los vegetales. También fácilmente se concibe que el ulterior desarrollo, siempre progresivo, de la vegetación, no podía tener por objeto la transformación de los vegetales en animales, dado que éstos ya existían y no se necesitaba, para su reproducción y evoluciones, la inmediata intervención de los primeros.

Estas últimas palabras mías llenaron de confusión vuestro entendimiento⁽⁵⁶⁾ y no me extraño de esa perplejidad. ¿Quién hará la luz en ese difícilísimo punto de la Ciencia? En lo que a mí concierne, he de deciros que estoy ciego y camino a tientas. Si algo me atrevo a afirmar, es debido a que me guían de la mano; pero aún estando guiado, puedo tropezar y tropiezo; puedo caer y caigo. Ese es el fallo de toda revelación trascendental, porque ninguna procede directamente de la palabra infalible: el medio es siempre un espíritu, sujeto a equivocarse por elevado que sea su nivel, y el fin es el hombre, de cuya perfección cada uno de vosotros tiene en sí mismo testimonio.

Y yo no soy un espíritu elevado en la jerarquía de la Ciencia y de la infalibilidad. Soy un pobre discípulo de la luz.

Opinaría yo, quizá, que el primer eslabón de la animalidad se liga a uno de los últimos de la cadena vegetal si pudiese sospechar que en un vegetal, por ejemplo uno de los que ocupan grado destacado en la escala, se procesaba ya una individualización o selección espiritual. Adivino, sin embargo, que la simiente espiritual del más perfecto de los vegetales está muy lejos de haberse individualizado y emancipado de la gran masa espiritual – permítaseme – latente en la confusión de las sustancias del globo y que, al perecer el vegetal, vuelve el principio que lo anima al depósito

⁵⁶ Esa confusión se debía a que las palabras de Nicodemo estaban, según parece, en contradicción con las de Lamennais en la revelación citada en la nota precedente, pero las subsiguientes aclaraciones hacen desaparecer la supuesta contradicción.

común. Lo mismo sucede respecto de la fuerza espiritual de las primeras organizaciones animales.

Adivino que todas las plantas, desde la más simple hasta la de más compleja y acabada organización, sin exceptuar las que se relacionan con las iniciaciones animales, no son más que ensayos de la sustancia espiritual; que la perfecta individualización de esa sustancia tampoco se verifica en la extensa sucesión de los animales terrestres, a no ser en su tipo culminante: en el hombre, última etapa, última transfiguración de la animalidad y primer tirocinio, primera manifestación completa de una serie infinita, eternamente progresiva, de individualizaciones espirituales. Los sellos de la individualización espiritual son, a mi entender, la luz y la conciencia; nada hay en los animales, del hombre abajo, que revele la posesión de una luz estable y de una conciencia definida.

Tengo la impresión de que el vegetal y el animal se prestan mutuo e imprescindible auxilio en la obra trascendental de la individualización de la sustancia espiritual, que por imposición de la ley, reciben del acervo común y van elaborando lentamente. Por la muerte del animal, como de la planta, vuelve a su manantial el principio que a ambos animaba, pero elaborado y enriquecido de condiciones recíprocamente complementarias, que ponen ese principio en estado y aptitud de entregarse a nuevas elaboraciones hasta alcanzar en el hombre la individualización – su tirocinio final. A cada propiedad que ese principio recibe le corresponde nueva organización en su elaboración inmediata.

Ni el vegetal es una transformación del mineral, ni el animal una transformación del vegetal: ambos organismos son selecciones de sustancias modificadas, confundidas al principio en la sustancia etérea generadora del mundo, desprendida de la sustancia universal.

No obstante, el animal, así como la planta, una vez individualizados en sus primeros organismos, son seres indefinidamente perfectibles. Cada individuo trae en la simiente reproductora condiciones de progreso, aunque tan lento que, para hacerse ostensivo, necesita el concurso del tiempo en larguísima sucesión de generaciones y siglos.

Conviene no confundir esos organismos con la fuerza vivificadora que los arranca de la inercia y con el principio espiritual

que en ellos se desarrolla. La organización se transmite por generación, pero tanto la fuerza vivificadora como el principio espiritual suben, antes de individualizarse en el hombre, del depósito común.

Las primitivas apariciones, tanto vegetales como animales, no fueron organizaciones fortuitas, espontáneas, improvisadas; fueron el resultado seguro, inevitable, de una evolución lenta y armónica, iniciada desde las primeras atracciones moleculares de los elementos del planeta.

Tanto la primera planta como el primer animal que aparecieron sobre la Tierra nacieron de las simientes de otro vegetal, imperceptibles para el hombre del planeta si existiese el hombre u otros animales preexistentes y análogos a él; invisibles en aquellos días primevos.

Desde la aurora del primer día empezó la elaboración de las organizaciones vegetales y animales, como la de todas las individualizaciones que habrían de efectuarse por obra de la actividad de la ley sobre la confusión de las sustancias elementales del mundo que se formaba.

El vegetal y el animal, como organismos, son dos individualizaciones distintas e independientes. Sin embargo, el desarrollo del segundo no se hubiera realizado si antes la Naturaleza no hubiera asegurado la existencia del primero; la aparición de ambos era necesaria para las individualizaciones de la sustancia espiritual y de la sustancia etérea que por la eternidad acompañará al espíritu desprendido o emancipado de la sustancia espiritual.

La ley opera simultáneamente sobre la sustancia –madre de los espíritus– y sobre el principio fluídico que ha de constituir el envoltorio, inherente y eterno, de las individualizaciones espirituales. En el instante supremo de terminar felizmente la individualización del espíritu, termina asimismo la de su fluídico envoltorio. Sin el cuerpo espiritual el espíritu viviría eternamente en las tinieblas, como si, ni más ni menos, no hubiese conquistado su independencia de la sustancia-madre.

El cuerpo espiritual es, como el espíritu, incorruptible y eternamente perfectible. Su perfectibilidad consiste en el desarrollo, siempre armónico y progresivo, de las propiedades o facultades que posee en germen desde su individualización. El cuerpo espiri-

tual y el espíritu constituyen una unidad incorruptible y, como incorruptible inmortal, porque al individualizarse se individualizó en ellos el principio vivificador para no separarse más en la sucesión de los siglos, con diferencia en lo que respecta a todos los organismos vegetales y animales inferiores al humano, en los cuales la inmortalidad queda destruida con la descomposición, porque el principio de vida regresa al depósito común. En el hombre, incluso cuando el principio de vida de su organismo vuelve también al depósito para vivificar nuevos seres, el espíritu ya está individualizado y posee un principio de vida individualizado que nunca más lo abandonará.

Me comprenderéis mejor explicándolo peor. El ALMA del vegetal y el ALMA del animal MUEREN, porque de ellas se desprende el fluido vivificador: el espíritu del hombre no muere, porque el principio de la vida no se separa ni puede separarse de él.

Cuerpo espiritual, espíritu y principio vivificador – esta es la trinidad que no se corromperá ni se descompondrá jamás: vivirá eternamente progresando y acercándose a Dios.

Ya os dije cómo habréis de considerar mis palabras: como puntos de vista, como débiles faros en la ruta de las investigaciones científicas de la naturaleza y de la sucesión de las expansiones de la Tierra, y de la humanidad de la Tierra hasta llegar a la generación de hoy.

*

La poderosa irradiación del principio vivificador había engendrado una esplendorosa, una gigantesca vegetación. Nacía la planta y era asombrosa la rapidez con que crecía, se ramificaba y elevaba su copa a gran altura. Se arrastraba el reptil haciendo crujir el follaje, mientras en la espesura o meciéndose en brazos del aire las aves dejaban oír sus melodiosos acentos.

Dilatado período de paz se había sucedido a las formidables agitaciones de los dos días precedentes. Bramaban la tempestad y el viento; lluvias torrenciales se desprendían de las nubes; centelleaba el relámpago y ardientes vaharadas subían de la gran ho-

guera central; todo, no obstante, a intervalos cadenciosos, a modo de notas armónicas del majestuoso concierto de la creación terrestre.

Con todo, aquella paz estaba lejos de ser definitiva. Era antes un descanso de las fuerzas expansivas del interior de la Tierra para precipitarse con mayor vigor y vencer todas las resistencias que se opusiesen a sus furores. Con frecuencia se verificaba a través de la corteza del globo algo así como un convulso estremecimiento, que presagiaba terribles trastornos y días de tribulaciones para los seres vivos. Las montañas se conmovían en sus cimientos y las aguas de los mares saltaban fuera de sus lechos como levantadas por invisible potencia. Los días se sucedieron y se cumplieron las amenazas. Se oyó horrendo estallido, un inmenso trueno que confundía todos los estallidos, todos los truenos, todos los ecos y voces en una sola voz y un solo eco, trastornando la manera de ser de la corteza del globo y agitando violentamente todas las capas atmosféricas.

El trastorno fue general y su acción fue simultánea; lo que no hizo el fuego lo hizo el agua, y lo que el agua y el fuego dejaron en pie fue derribado por el impetuoso y ardiente soplo de la tempestad.

Se abrieron otra vez las cataratas celestes y las aguas se precipitaron a mares sobre la Tierra con estruendo pavoroso, voz terrible que, acompañada de la ronca trepidación de la nube saturada de electricidad, parecía anunciar el inmediato desbaratamiento y el final del débil globo naciente.

Continuaba relampagueando y lloviendo; tanta fue el agua que casi toda la superficie del planeta quedó inundada por el líquido elemento. Se veían únicamente en algún que otro punto, sobre las túrgidas ondas, las crestas empinadas de las cordilleras, como pequeñas islas en medio de un océano embravecido, como arcas de salvación en el naufragio universal.

Cuando las aguas, retirándose de las alturas, dejaron al descubierto los terrenos inundados, los vegetales y animales habían sido borrados de la superficie de la Tierra. Alguno que otro quizá había sobrevivido a la espantosa catástrofe, pero las condiciones de vida habían sufrido grandes modificaciones por fuerza de la última evolución de las sustancias terrestres, y los animales y

plantas supervivientes perecieron unos tras otros bajo la acción, para ellos deletérea, de las condiciones de vida que se manifestaron a causa del gran acontecimiento.

El reino vegetal y el reino animal yacían sepultados bajo los escombros; el fuego y el agua, corriendo en todas direcciones, habían transformado completamente el aspecto exterior del globo. Un paréntesis de silencio y de muerte había seguido al bullicio de las aves y de los animales y a la exuberante vegetación anterior.

No obstante, era un paréntesis, no más que eso; paréntesis necesario, durante el cual todos los gérmenes de vida retomaban sus actividades en sí mismos, para reaparecer con mayor esplendor en organizaciones más perfectas, acomodadas al medio en que habrían de desenvolverse y perfeccionarse.

La catástrofe vino porque tenía que venir: estaba en la ley que preside el movimiento de la materia y del principio vivificador y la depuración de la sustancia espiritual. Esa sustancia y aquel principio no podían entonces manifestarse y continuar la obra de sus individualizaciones en los organismos existentes: necesitaban otros más perfeccionados y éstos, a su vez, nuevas condiciones y medios para salir de la oscuridad a la vida, crecer y reproducirse.

Sepultados vegetales y animales bajo las recientes capas superpuestas a la corteza terrestre como consecuencia de la última revolución geológica, no por ello quedaron destruidas sus propiedades fecundantes; todo lo contrario, estaban llamados a cooperar eficazmente, con la virtualidad de sus efluvios, para la renovación y reaparición de la vida en organizaciones acomodadas a las nuevas condiciones vitales.

Paulatinamente se veían brotar de los escombros de la gran ruina tipos de vegetación no conocidos en la época precedente, menos vistosos que los vegetales anteriores, pero que habían ganado en vigor y resistencia lo que perdieron en ufanía. Una enorme diversidad de esos tipos se extendió y se aclimató en todas aquellas regiones que el agua iba dejando al descubierto. Los arbustos y los árboles de espesa y resistente contextura, fuerte para luchar durante años e incluso siglos contra la destructora acción del tiempo, se adueñaron de los continentes recientemente arrancados al dominio del océano.

Análogamente a los vegetales, si bien más tarde, reapareció ventajosamente transformada la creación animal en la tierra y en el aire. Ya no eran, en general, aves y animales de cuerpo monstruoso: los nuevos huéspedes habían degenerado de sus progenitores en cuanto al volumen de sus formas, pero aparecían en organizaciones incomparablemente más delicadas y perfectas, y revelaban un mayor desarrollo en la sustancia espiritual.

Lo que caracteriza el período actual de la creación es el vigor y la belleza de las formas en los organismos vegetales y animales; en estos últimos el surgimiento de los primeros indicios de una inteligencia rudimentaria que gradualmente se afirmaba y robustecía. Temblores periódicos y revoluciones parciales venían a completar la obra providencial de la gran catástrofe y la radical y necesaria renovación de todos a la nueva manera de manifestarse en el globo el principio de vida y la sustancia espiritual.

Tipos intermedios o de transición enlazaban unas a otras las especies vegetales y animales; eslabones de progreso, elementos que recordaban y prometían mirando hacia atrás y presagiando los armónicos conciertos del porvenir. Esos tipos transitorios desaparecían una vez cumplida su misión providencial, que no era otra sino hacer brotar especies nuevas de las ya existentes. Establecida una especie, ya no tenía razón de ser el tipo intermedio que la producía.

A través de larga serie de organizaciones animales y tipos de transición que desaparecieron de la Tierra para no reaparecer en toda la sucesión de las generaciones, la sustancia espiritual iba enriqueciéndose de las propiedades que habrían de determinar su individualización y desprendimiento. Un instante, un minuto más de la eternidad y he aquí el alzarse de entre los animales superiores un tipo de transición, de cuyos ojos sale un rayo de luz casi pura, de cuya boca se oye como un lamento de dolor y una palabra balbuciente. La aparición de ese tipo se multiplica simultáneamente en diferentes regiones.

Tal fue el quinto día de la génesis de la Tierra.

VII

El Sexto día. – El Hombre.

El agua es más pura; el aire más diáfano y tranquilo; el sol más brillante. De vez en cuando ruge la Naturaleza desde las cavernas de la Tierra y los abismos del cielo; pero no temáis: la naturaleza agotó por todo este día sus iras perturbadoras.

Pasó el tiempo de la tempestad, del fuego y de la desolación. Sobre las ruinas, la edificación; sobre la aflicción, la alegría y la esperanza; sobre la muerte, la fecundidad y la vida.

Comienza la era de la vida espiritual en la Tierra, pequeña isla de la inmensidad. Las aves y los animales saludan a su manera el amanecer del período armónico de la individualización del espíritu terrestre. Somos hijos de esa bendita individualización: juntemos los himnos de nuestra gratitud al himno general de las criaturas de la Tierra.

El agua es más pura; el aire más diáfano y tranquilo; el sol más brillante. La vegetación se ha transfigurado en el movimiento de los siglos. Han florecido las plantas y de la esbelta, fecunda y bienhechora ramada pende el fruto maduro.

La faz de la Tierra está radiante de felicidad. La Naturaleza se viste como de fiesta y sonrío.

Del limo de la Tierra habían surgido los organismos vegetales y animales y de una extensa sucesión de lentas e indecisas transformaciones, cuyos términos medios fueron sucesivamente arrancados del libro de la vida, surgió el organismo del hombre por la influencia de la individualización del espíritu.

El espíritu del hombre no es la sustancia espiritual del animal ennoblecida: es la individualización de la sustancia espiritual.

El hombre ya ha tomado posesión del nuevo planeta, como rey y señor natural suyo.

Es el sexto día de la génesis de la Tierra: es el principio de la generación actual. Porque el día sexto de la Tierra todavía no ha llegado a su ocaso, si bien ya estemos en el declinar de la tarde y el crepúsculo se acerca.

Sin embargo, el crepúsculo de la tarde de un día colinda con el amanecer de la mañana siguiente, porque los días de la Creación no tienen noche. El sol del día sexto cae rápidamente en su ocaso, pero prontamente amanece en Oriente el radioso luminar del día séptimo.

La transformación viene operándose desde hace miles de siglos y se precipita hacia su término. Pronto comenzará la nueva era.

Vosotros no percibís el movimiento, porque no habéis conocido ni el vegetal ni el animal del amanecer del sexto día, ni habéis respirado aquel aire, ni bebido aquellas aguas.

Al declinar de la tarde, otras son las plantas, otros los animales, otro el hombre del planeta. El milagro se ha producido a través de una continuación, no interrumpida, de suaves transiciones, solo perceptibles para aquel que la contempla por encima de los siglos.

Esta es la historia de la Tierra hasta el momento actual de su génesis, historia que, a cada generación, las virtudes y la Ciencia, ayudadas por el espíritu de sabiduría que gobierna el Universo, irán ampliando.

Esos son los días de la Tierra. ¿Cuáles son los días de la humanidad terrestre?

Estudiemos.

LIBRO SEGUNDO

LA HUMANIDAD TERRESTRE

I

La Humanidad Terrestre primitiva.

Reina la armonía de los elementos sobre la superficie de la Tierra. Del caos, de las tinieblas, de la confusión, brotó la luz; del movimiento inconsciente, de la inercia, surgió la libertad.

La libertad es la luz de la armonía. Sin la libertad, la armonía es un organismo muerto, un cuadro sin animación, un hecho que se consume en la soledad y en el vacío de sentimiento; es Dios que se contempla en su obra, en la obra de la creación de los mundos, sin otro ser inteligente que admire y goce en la inefable sabiduría del entendimiento eterno.

La libertad es el hombre y el hombre ya asentó su planta en el continente terrestre, sobre los animales y otros seres engendrados por la actividad de las sustancias y por la poderosa fecundidad de las semillas.

Es el primer día de la libertad del hombre. ¿Se adivina cuál sería el estado del miserable que, habiendo nacido y vivido en la opresión de una cárcel, recibiese un día la libertad y la luz? El sol, el oxígeno, el espacio, el movimiento, los horizontes dilatados le producirían vértigo y caería desfallecido, esclavo de las nuevas condiciones y del nuevo modo de ser de su existencia.

Así le ocurrió al hombre del primer día. Respiró el oxígeno del alma, la dulce, la santa libertad, y cayó aniquilado, porque su conciencia y su entendimiento nacían para la vida, y se ahogaban en la propia atmósfera en que más tarde habrían de respirar el vigor y la salud.

Lo imagino habitando primeramente las regiones circumpolares de ambos hemisferios, las únicas que en aquellos tiempos reunían condiciones de vida para los organismos humanos.

Si me fuera consentido sorprenderlo en los recónditos de su cuna, sin duda lo vería dormitando, pegada al suelo su faz inno-

ble, oculto en la espesura de la selva como huyendo de la luz, o recostado al tronco de árbol solitario, los ojos entornados, esperando indolentemente al reptil aventurero que viniese a aplacar la voracidad de su hambre.

Cuando la necesidad es extrema, se arrastra o se mueve perezosamente hasta alcanzar la planta o la fruta cercana que mitiga la violencia de su estómago y vuelve a dejarse caer y a dormir. Una vez al día logra vencer la pereza: se dirige a paso lento al arroyo o al río más próximo y, sumergiéndose en las aguas, aplaca los ardores de la sed.

Su lecho es el suave follaje o la hierba densa del bosque. Al despuntar el sol de la mañana, a su modo maldice al huésped inoportuno que disipa las tinieblas y devuelve a la naturaleza la algazara y la alegría interrumpidas.

Sus semejantes solo le merecen una ojeada indiferente y los cadáveres humanos una mirada estúpida, porque todavía no consigue explicarse los más sencillos términos del problema de la vida y del misterio de la muerte. No sospecha que el destino del hombre ha de ser la felicidad individual en el seno de la felicidad de los demás y ama los lugares ocultos y solitarios, donde las miradas ajenas no interrumpen sus hábitos de pereza y de silencio.

En ciertas épocas del año se siente aguijoneado por la carne y solo entonces sale de su relajamiento ordinario, se despierta en él una actividad desusada en su estado habitual y abandona los lugares preferidos para ir a la búsqueda de la mujer. Amortiguada la lujuria, regresa a la soledad y a sus costumbres, olvidando a la compañera de los goces sensuales hasta que vuelvan a agitarlo los ardientes deseos del placer.

Quizá el progreso de su inteligencia y sentimiento reciba algún impulso únicamente en la época de las provocaciones brutales de la carne; solo entonces consigue emanciparse un tanto de la soporífera indolencia.

No habla: empieza a articular algunos sonidos y eso cuando el dolor fustiga el cuerpo o los movimientos de la concupiscencia activan el fuego de sus entrañas. Palabras no, rugidos de ira o gemidos de lujuria ponen su lengua en movimiento; pero esos gemidos y rugidos no dejan de ser ensayos de la ciencia del lenguaje. Son, digámoslo así, los heraldos de la inteligencia, de la concien-

cia y del sentimiento humano que tendrán en el discurrir de los siglos su más esplendorosa manifestación en la palabra.

Sus pensamientos nacen y mueren en la soledad sin referirse ni asociarse. Cuando intenta asociar las ideas y comparar los conceptos de su mente a fin de deducir alguna consecuencia, el pensamiento le fatiga el alma, como el movimiento fatiga su organismo corporal. Sin embargo, en esas fatigosas alternativas se iniciaba el raciocinio y se establecían la base y el punto de partida de todas las futuras investigaciones y de toda la ulterior sabiduría de los hombres.

Nacía el sentimiento, aunque confundido con la sensación. En el quejido del dolor o en el alarido del enojo, el oído del sabio habría adivinado el egoísmo inconsciente, primera evolución del sentimiento. La sensación grosera tiene su concepción en las entrañas; el egoísmo, sobre el cual irradia su luz el entendimiento, proviene del alma, y de ella derivan las sucesivas armonías del corazón. El deber y el amor tienen su raíz en el egoísmo.

La actividad de la visión corporal guardaba en el hombre primitivo perfecta analogía con el alcance de la visión de su espíritu. Todas sus facultades, tanto las que se referían a la realización de los maravillosos fenómenos de la vida sobre la Tierra como las que tenían por objeto el perfeccionamiento y elevación del espíritu por las misteriosas vías del universo moral, amanecían en su organismo y en su alma en estado embrionario, como gérmenes que las contenían en potencial y se habían de desarrollar progresiva y perpetuamente en la eternidad de las edades. Estrechos, muy estrechos eran los horizontes terrestres que los ojos humanos descubrían en torno a sí; estrechas, muy estrechas las distancias que los ojos del alma humana podían medir dentro del círculo de sus actividades naturales.

El hombre no sospechaba que sus horizontes terrestres pudiesen abarcar lo que se ocultaba más allá del horizonte. Tampoco había puesto por un instante su alma en las armonías de la vida.

Sobre su cabeza giraban los luminares nocturnos del firmamento, pero sus ojos aún no se habían abierto a la contemplación y grandiosidad del espectáculo. Eran el sol durante el día y la luna durante las horas de la noche los únicos astros de que tenía conocimiento.

Porque la virtud de los ojos de su cuerpo estaba en relación con la virtud de su mirada espiritual, su espíritu no podía aspirar a elevarse, después de la presente fase de su existencia, a aquellos mundos que fluctúan más felices en el firmamento de la Tierra, ni los ojos de su cuerpo alimentarse en la hermosura de aquellos astros que fulguran en el espacio para infundir en el corazón del hombre la esperanza de otras vidas más risueñas.

Su espíritu estaba destinado a renacer diez veces sobre la Tierra y su mirada se arrastraba por los suelos que habían de ser diez veces la cuna del renacimiento de su espíritu.⁽⁵⁷⁾

¡Pobre inteligencia naciente! ¡Pobre voluntad incipiente! ¡Pobre espíritu! Acaba de individualizarse, de sacudir el yugo, de desprenderse del suelo; el suelo aún ejerce sobre él poderosísima influencia, como si pretendiese hacerlo otra vez su vasallo.

Más independientes parecen los animales terrestres. Las aves elevan más su vuelo en los aires que las aspiraciones humanas su espíritu. Por ello, cuando juzga se juzga en todo lo demás igual a los animales terrestres y siempre inferior a las aves, que tanto tienen su receso en la Tierra, como invaden a su antojo las tenues ondas del espacio.

Ni la alegría ni el dolor le arrancan lágrimas de los ojos; como máximo, humedecen ligeramente sus párpados. Aún no ha brotado de su corazón el manantial del sentimiento, que salta por los ojos en cristalinos torrentes. Un rugido o un desagradable grito son las manifestaciones ordinarias de sus sufrimientos o de sus groseras alegrías.

Su cuerpo tiene más semejanza con el de algunos animales que con los actuales organismos humanos; del mismo modo que el organismo de las criaturas racionales de hoy tiene más analogía con el cuerpo del hombre primitivo que con el de la criatura racional del futuro, cuando ésta alcance el grado de perfección orgánica posible sobre la Tierra.

En suma: el hombre primitivo del planeta, moral y orgánicamente considerado, era la simiente rudimentaria, en el primer período de su individualización, eternamente progresiva y perfectible, de la humanidad terrestre.

⁵⁷ Nicodemo habla en sentido figurado, empleando el número determinado "diez" por el indeterminado "varias".

Y el sol continuaba girando alrededor de la morada del hombre y fecundándola.

II

La segunda generación.— El Hombre-Niño.

Ningún sueño es eterno en la Creación.

La eternidad no es la inercia: es movimiento y vida; depuración y progreso para el cuerpo y para el alma, para la materia y para la sustancia espiritual.

La Naturaleza, el universo, vive y se mueve en la sabiduría infinita, de la cual procede; la sabiduría imprime a todas las obras la ley de la inteligencia y del progreso.

Los sueños no son caracteres; son paréntesis de la vida. Al sueño sigue siempre el despertar.

El hombre ya sacudió el pesado sueño de su estupidez primitiva, de la inercia del espíritu en la primera jornada de su emancipación.

Todavía aparece soñoliento, impotente para resistirse al dominio de la carne, que le oprime despóticamente el alma. Con todo, en su rostro, en su mirada, se ve delinear, aunque vagamente, la inteligencia, hija de la concepción de Dios; y la inteligencia pronto reprimirá a la carne hasta someterla a su dirección, y hacerla servir al perfeccionamiento del espíritu.

Humilde es el palacio del rey de la mansión terrestre: vive en las cavernas del monte como el oso, o en madrigueras cercanas a las orillas del mar y de los ríos.

El rey de la Creación terrestre, en esa época, no brillaba por la suntuosidad de sus viviendas ni por la riqueza de sus vestiduras o por la ostentación aparatosa de su poder, como habrían de brillar más tarde los reyes alzados sobre los pueblos por los errores e imperfecciones humanas.

Las vestiduras que cubren el cuerpo de los hombres de la segunda generación no son otras que las cortadas por la mano de la Providencia en su inefable amor para las criaturitas que no saben discernir entre las obras que tienen entre manos.

¿Creéis, por ventura, que el hombre discierne ya las obras de su diestra y de su mano izquierda? Ese discernimiento habrá de ser el resultado de la práctica del mal y de la reflexión acerca de sus perturbadoras consecuencias.

Pasará esta segunda generación y pasará asimismo la tercera, que será de iniquidad y oprobio; solo entonces, en la cuna de la cuarta generación, amanecerá el verdadero discernimiento en la conciencia de los hombres.

Ni siquiera en la cuarta generación alcanzará la conciencia humana toda su robustez y plenitud. ¿Cómo sería eso posible, si la plenitud de la conciencia es el límite de la perfección humana? Pasarán todas las generaciones de la Tierra y la propia Tierra; esas generaciones habrán tomado posesión de otros mundos, de otras islas en los esplendorosos archipiélagos de la bienaventuranza; aún la conciencia del hombre no habrá salido de la infancia, ni llegará jamás a la perfección absoluta – su constante aspiración.

La conciencia humana comienza desde la individualización del hombre. Tiene principio y sin embargo nunca llegaría a su término. Nace para vivir y progresar eternamente.

La conciencia, en la suma infinita de sus perfecciones, es la conciencia universal, - Dios, presidiendo el establecimiento de la luz de los seres que viven en la oscuridad y presidiendo la conjunción de todas las armonías naturales, tanto las que se refieren al orden moral como las que conciernen a la mecánica de los cuerpos y a la vida.

La conciencia del hombre no es más que la acción de la inteligencia sobre el sentimiento: su progresiva perfectibilidad estriba en la ilustración del sentimiento por la elevación de las facultades mentales del espíritu.

La conciencia es sentimiento; sin su calor y luz la conciencia continuaría perpetuamente en la oscuridad.

Desde el principio aparecieron en el hombre los gérmenes de la razón y del sentimiento, simientes individualizadas, pero nada más que simientes. Por eso la estupidez caracterizó al hombre en su nacimiento y por eso la conciencia dormía el sueño de su primera formación. Era necesario que una acción providencial, a través del espectáculo de las maravillas de la naturaleza, fecundase primero la simiente de la razón y que después de esto se reflejase

sobre la simiente del sentimiento, fecundándola a su vez para que apareciese la conciencia como germen susceptible de incesantes desarrollos en la vía de la perfección y de la felicidad de los espíritus.

La ciencia del bien es la ciencia del espíritu. La sabiduría consiste en el claro conocimiento de las verdades morales relativas al grado de elevación de la criatura racional y en la firme voluntad de profesarlas: es el discernimiento luminoso de lo justo y de lo injusto, de lo verdadero y de lo falso, acompañado por el deseo eficaz de practicar la verdad y la justicia, siempre en su medida, pues sería cruel exigir más a la capacidad o aptitud espiritual.

La ciencia que, directa o indirectamente no se refiere a las verdades morales y versa únicamente sobre intereses mundanos vinculados a los placeres de la carne, a los goces materiales de la vida en la Tierra, esta es la ciencia del sensualismo y del orgullo, sin reflejo provechoso sobre el sentimiento, sin virtualidad para estimular y dirigir la conciencia. No es la sabiduría del alma lo que eleva las aspiraciones a Dios y a la virtud; es la soberbia de la sabiduría, que nos somete a la materia, al egoísmo, a las sensaciones y falaces goces de los apetitos insanos.

Por ello se ven, entre la multitud de los hombres tenidos en el mundo por sabios, tantos que tienen sentimientos malos y conciencia tenebrosa, y, entre las mayorías ignorantes, algunos cuyos sentimientos y conciencia brillan con toda la pureza y santidad de la perfección terrestre. Y es que algunos emplean la actividad de su entendimiento en la ciencia de los goces materiales, relativa exclusivamente a la vida sensorial, mientras que otros, considerando la vida sensorial como un accidente pasajero, dirigen toda su energía racial a la vida verdaderamente esencial y libre, la vida del sentimiento y de la voluntad, que es la vida permanente del espíritu. La ciencia de unos es la vacuidad del entendimiento extraviado; la de los otros, flor de suavísimo aroma, cuyo fruto será el cumplimiento del deber.

En el hombre de la segunda edad empezaron a echar raíces las semillas de la razón y del sentimiento: esas primeras raíces son la curiosidad y el temor. El hombre es un niño miedoso y ávido de novedades en las primeras épocas de la infancia inofensiva.

La curiosidad aviva sus deseos y estimula su voluntad: va a la caza de la novedad como el niño corre en pos de los juguetes. Para él todo es nuevo, porque en todo pone su huidiza atención por primera vez. El vuelo de las aves, la carrera de los animales, los suspiros de la brisa en la arboleda, el susurro de la cascada, las rocas, los árboles, las aguas, los vientos, el sol, las estrellas que durante la noche salpican el firmamento, todo, todo, excita la curiosidad y provoca la placentera admiración del hombre-niño. Es decir: la razón va tomando de la Naturaleza, gradualmente, los elementos convenientes a sus futuros vuelos.

Observad al hombre del segundo día, miradlo despertando de su primitiva estupidez, de su anterior aturdimiento. Es la hora en que el brillante disco del sol se eleva a cierta altura en el Oriente sobre la cima de un monte cercano. El hombre abre los soñolientos ojos, cerrados por las tinieblas nocturnas, y los ojos de su inteligencia, cerrados por una eterna modorra, y exclama en su alma, en lo más secreto de su espíritu: ¡Oh, cuán resplandeciente ha de ser el lecho en que el sol se acuesta!

E impelido por la curiosidad, logra vencer la natural repugnancia por el movimiento. Paso a paso, con extrema lentitud, sube hasta la cima del monte donde ha visto elevarse el luminar diurno y donde supone establecida la base del firmamento y asimismo el último confín de la Tierra, en el cual la morada del hombre y el diáfano campo de las maravillas celestes se confunden.

Allí lo sorprenden las sombras de la noche, embelesado en la contemplación del paisaje. No pudo descubrir en lo más elevado del monte el lecho de fuego del sol, ni tocar con la mano el horizonte; aunque sospechó que el punto desde el cual el astro del día empezaba a enviar sus haces de luminosos rayos estaba más allá, en los más lejanos confines del paisaje; y comprendió que la extensión de la Tierra es muy superior al horizonte reducido dentro de cuyo círculo había creído estar encerrado. Ya presupone que a su alrededor existen distancias en que su incipiente imaginación se abisma, otros montes, otros bosques, llanuras, ríos, aves, animales y además de eso quizá otros hombres, más allá de los montes, bosques, llanuras, ríos, aves animales y hombres que constituyen el paraíso de su Creación, a cuya existencia había creído hasta entonces que se reducía la existencia universal.

A la mañana siguiente, después de haber presenciado el nacimiento del sol en la lejana cordillera, regresó del monte a su morada. Allí refirió a su modo a la mujer y a los hijos que formaban su habitual compañía, los maravillosos descubrimientos que había sorprendido en su atrevida ascensión al monte.

La mayor grandeza de la Creación avivó en su espíritu la idea de algunos seres potentes a cuyo impulso la Tierra abría sus entrañas para amamantar al hombre y a los animales, o gemían los elementos y se despeñaba el fuego de las nubes para destruir lo que el genio del bien edificaba.

¿Qué idea concibió entonces el hombre, relativa a esos poderes superiores cuyas manos derramaban lluvias benéficas o despedían el destructor relámpago? ¡Idea!... No sé si llamarla idea: una confusión, mezcla de admiración, gratitud y temor, fue lo que se produjo en su débil entendimiento.

Oyó la voz del trueno y se ocultó en lo más profundo de la caverna en que vivía, porque le pareció haber oído la del gigante de las nubes: vio los árboles arrancados de cuajo al soplo del huracán y se ocultó asimismo horrorizado, porque juzgó que aquello era la furiosa respiración del gigante de los aires; y entrevió al gigante de las aguas en los bramidos del océano y al gigante de las cavernas en las trepidaciones subterráneas y en la erupción volcánica del monte.

Con todo, vio reaparecer el sol después de la tormenta y cayó de hinojos, con el corazón repleto de esperanza, indicando con el dedo, a la mujer y a los hijos también postrados, el astro salvador.

El sol se sumergía en el océano y su corazón era presa de triste oscuridad, como si hubiera partido para no volver el objeto de sus esperanzas, de su veneración y amor. Entonces, lentamente, ensombrecido el rostro por la melancolía y por el temor, se encaminaba a su morada, donde lo sorprendía el sueño reparador luchando contra el dulce recuerdo del astro de sus deseos.

Su alegría renacía con el renacer del sol, que todas las mañanas lo encontraba despierto y a su espera. Saltaba de gozo como quien recobra risueña esperanza, llamaba a la mujer, llamaba a los hijos, y juntos se entregaban a los transportes de la felicidad.

Sus dioses eran el gigante de las nubes, el gigante de los aires, el gigante de las aguas y el gigante de las cavernas; pero sobre to-

dos esos dioses estaba en su corazón el dios de la fecundidad y de la luz, ante el cual caía de hinojos en agradecimiento y amor.

En esas alternativas de curiosidad, de esperanza y temores llegó el declinar de la tarde del segundo día, robustecido el cuerpo y germinando en su alma las semillas de la razón y del sentimiento. Otro siglo más de desarrollo orgánico y espiritual: feneció la segunda época de la humanidad terrestre y despuntan en Oriente los albores del tercer día.

III

La tercera edad del Hombre.

El hombre se contempla a sí mismo: presta atención a los animales, a las aves y a todas las demás cosas que embellecen la Creación terrestre: siente el estímulo, el aguijón del placer por la sensualidad.

Y exclama:

“Vivir es matar el hambre y aplacar la sed: vivir es el gozo en la fornicación y en la satisfacción de los apetitos cuya voracidad siento en las entrañas”.

“Vivir es vencer, es dominar, es ser el rey de las cosas de la Tierra”.

“Yo soy superior a la planta cuyas raíces son su cautiverio y en ese cautiverio muere; yo soy superior a las aves del cielo y a las bestias de la Tierra, que sucumben en mis manos y no saben esquivarse de los lazos de mi astucia; yo soy superior a todas las cosas que me rodean, porque todas están a mi servicio.

Yo soy, por tanto, rey de todas las cosas. ¿Quién me disputará ese imperio?

“Veo en la otra parte del monte hombres y mujeres; y he visto hombres y mujeres cruzando la selva y los campos de mis dominios, sus mujeres, su caza, sus pieles y sus tiendas; porque yo arranco de raíz un árbol con la fuerza de mi brazo y las fieras, escarmentadas, huyen de mí.

“Yo soy el rey y mi voluntad es soberana.”

Y bajando del monte, bajo la luz del sol penetró en la tienda del hombre que habitaba en el lugar más cercano, lo mató, se apoderó de su mujer y se recostó sobre sus pieles.

Y exclamó:

“Yo soy el rey y mi voluntad es soberana.”

Al ponerse el sol pasó a la otra orilla del río y cayendo de improviso sobre la tienda del hombre que allí habitaba, lo mató, se apoderó de su mujer y de sus pieles, exclamando: “Yo soy el rey.”

Aguardó la noche y cautelosamente siguió las huellas del hombre de la selva, porque el hombre de la selva era más poderoso en fuerza que los otros; se introdujo sigilosamente durante su sueño; lo mató, se apoderó de su mujer y durmió el resto de la noche sobre las pieles de su tienda, junto a la mujer del hombre del otro lado del monte, a la mujer del hombre de la otra orilla del río, y a la mujer del hombre de la selva.

Durante el sueño soñó que él era el rey y que su voluntad imperaba soberana en la Tierra.

Con todo, no despertó de ese sueño de dominación y lujuria. Los débiles habían visto al fuerte matando al hombre del otro lado del monte, al hombre de la otra orilla del río y al forzado hombre de la selva, apoderándose de sus mujeres, sus pieles y sus tiendas. Temerosos por la propia suerte y por la de sus mujeres y cosas, se habían encontrado y tramado antes del amanecer y, cayendo con el ímpetu del temor⁽⁵⁸⁾ sobre el hombre fuerte que dormía y soñaba, lo mataron durante el sueño y se regocijaban sobremanera.

E hicieron alianza de vida entre ellos, y de muerte contra los fuertes y los enemigos.

Pusieron sus tiendas en las cumbres a fin de descubrir los propósitos de las tribus que no habían establecido con ellos alianza de vida y muerte, y las tiendas estaban cercanas unas de otras, para la defensa y la agresión.

El más fuerte se hizo jefe de la tribu porque su brazo, cargado de violencia sobre los que le disputaban el premio, le dio fuerza.

Desgajaron ramas de los árboles y de éstos y de piedras agudas y cortantes hicieron instrumentos de guerra y exterminio.

⁵⁸ “Con el ímpetu del temor”, es decir, “con el ímpetu de aquél que está seguro de morir si no mata a su enemigo”.

Emigraban para huir de la tribu cuya ferocidad temían, o para invadir los dominios de las tribus cuya debilidad les era conocida.

La frecuencia de las luchas estimulaba sus instintos de ira, de sangre y de venganza. Los embriagaba la vista de la sangre y devoraban como fieras los enemigos que les caían en las manos.

Lo mismo luchaba la mujer que el hombre; en las entrañas de ambos ardía el mismo fuego, la misma ferocidad.

La violencia debida al egoísmo, al temor y al odio, y la brutal fornicación asentaron su horrendo imperio sobre las primeras tribus en la tercera época del hombre.

¡Oh! Si vuestra imaginación tuviese fuerza para retroceder a esos tiempos y crear nuevamente las escenas horribles tan comunes en la vida de aquellos hombres, ¡cómo cerraríais, si os fuese posible, los ojos del espíritu, para borrar de ellos el recuerdo y la visión!

La iniquidad, sin embargo, no era universal. Había hombres enemigos de la fornicación y de la sangre, que reprendían a los demás con el ejemplo y aun con palabras, amenazándolos con las iras del genio de la tempestad y del gigante del trueno, los dioses de la edad de la fuerza y de la carne.

Esos hombres eran los justos de la Tierra, porque seguían, aunque sin tener noción de sus pasos, el camino recto de la ley en la medida de su escasa actividad espiritual. Con todo, justamente porque andaban rectamente según la luz, pronto llegaban al término del viaje. Los días de su peregrinación eran cortos, porque los abreviaba la ira de los inicuos.

Las tribus se acrecientan, porque la carne atrae a los hombres unos hacia otros y la iniquidad los hace débiles, la venganza los acopla y la usurpación los agrupa.

El hermano con la hermana, el padre con la hija, el hijo con la madre, el hombre con el hombre. Dentro de la tribu la carne; fuera, la opresión, el oprobio y la matanza.

El hijo es hijo de la tribu. Únicamente la madre empieza a sentir algún estímulo amoroso, pero solo durante la primera infancia del hijo de la tribu.

En el hombre solo dominan la gula, la fornicación y la ferocidad. Por la gula, abre las entrañas del adversario, devora sus miembros todavía palpitantes y le bebe la sangre aún caliente; por

la fornicación busca la mujer, el hombre, el animal inmundo que recorre la selva; por la ferocidad destruye con las manos, en acceso de ira, al hijo de la tribu y asalta por la noche la tienda del jefe de la tribu vecina con el cual tiene establecido pacto de amistad.

Vive primero de los frutos de la tierra y de los animales del monte; a continuación, de la pesca, e impone su yugo a los animales feroces, juntándolos en rebaños que se apacientan alrededor de las tribus y con ellas pasan a los más remotos climas.

Su lenguaje, hijo de la necesidad y de la luz, es áspero y grosero como los movimientos de su inculto corazón; el sonido de la palabra, sea cual fuere el pensamiento que expresa, suena siempre a modo de iracunda amenaza. Es el fragor de la tormenta del alma, el eco de los feroces instintos del hombre carnal y vengativo.

Doble capa de tinieblas –tinieblas de la fornicación y de la sangre– se extiende sobre la miserable humanidad y ahoga, por el momento, el germen de su progreso. Los espíritus de la pureza y del amor apartan sus ojos de la Tierra y los dirigen al cielo; pero no dejan de bendecir a la Providencia, porque no ignoran que el reinado de la iniquidad y de la carne es efímero; el del espíritu y el amor, eternamente duradero.

La duda germina ya en el entendimiento y mueve las entrañas de la criatura, por eso tiembla y esconde el rostro cuando oye la terrible palabra de su Dios en el bramido del huracán o en el estridente roncar de la nube, cuyos ecos repiten las depresiones de las montañas. Dejad al hombre luchando ásperamente con la duda, aquí vencido y acullá vencedor; ella ha de ser el cauterio de todas las úlceras del alma.

Y con la continua guerra y la ininterrumpida fornicación de los hombres, llega al fin la tercera época de la humanidad en su peregrinación sobre la Tierra.

IV

El Cuarto día del Hombre.— La inmigración Adámica. Set. Caín.

La Providencia velaba sobre la iniquidad de los hombres de la Tierra y en los dictámenes de su amor decidió precipitar los tiempos de la regeneración de la pobre humanidad, sin menguar ni cohibir su actividad voluntaria y libre, por el contrario, enriqueciéndola de luz y emancipándola de la ignorancia que esclavizaba la voluntad del hombre en aquellos remotos días de su infancia y de su primera juventud.

De todos modos era conveniente abrirle los ojos del alma, para que percibiese el abismo a donde sus pies se encaminaban, iluminando en mayor proporción su razón y suavizando un tanto las asperezas de sus sentimientos, que apenas daban el menor indicio de lo que existía en el fondo de su espíritu.

Los frutos amargos de la ferocidad y de la carne, las amarguras punzantes que el odio y el temor dejaban, aunque pasajera-mente, impresas en las entrañas, contenían el desbordamiento completo de las inclinaciones escusas y al final la iniquidad habría matado a la iniquidad y del temor habría surgido el amor; pero el progreso y la depuración del espíritu del hombre no obedecen solamente a los esfuerzos humanos, sino además a la cooperación providencial y amorosísima de Dios, que envía su luz desde las alturas. Desde las regiones de su amor el Padre vio la lucha fatigosa de sus hijos, sus malos caminos, sus caídas, sus errores, y compadecido en espíritu, les tendió su mano salvadora, les tocó el corazón y el entendimiento y los despertó.

Allá en la inmensidad, en los sueños de la Sabiduría eterna, donde la Providencia pesa en la balanza de su amor las obras y los pensamientos de las criaturas racionales y libres, Dios decidió ejercer sobre los débiles hombres de la Tierra su misericordia, su amorosísima misericordia, por medio de su justicia, de un acto de su santísima justicia. Su misericordia sobre la ignorancia, que no discierne; su justicia sobre los corazones llenos de soberbia y los entendimientos rebeldes.

Fluctúa, a millones de leguas de vuestro mundo pero ante vuestra vista, otro de mayor felicidad; un paraíso donde no es conocida ninguna de las miserias de la Tierra. Allí, entre los bondadosos espíritus elevados por la virtud, vivían otros, – Adán y Eva si queréis, y su linaje – elevados por la luz de su entendimiento, para que se hiciese en ellos la prueba de la misericordia y se acrisolase la bondad y el amor de sus entrañas. Por la prueba les era dado purificarse de los resabios e impurezas de las concupiscencias anteriores y granjearse la posesión perpetua del paraíso hasta los más venturosos días de su futura elevación espiritual. Hubo algunos de ellos que conquistaron la misericordia y el paraíso por las obras de sus manos y el perfume de sus sentimientos y establecieron allí las tiendas de su peregrinación, sin temor a la tempestad que rugía amenazadora por el otro lado del monte que dejaban atrás. Sin embargo también hubo otros que, en la probación, se dejaron vencer por el egoísmo y por el orgullo. La luz de su entendimiento, que debían emplear en registrar y descubrir los peligros de la propia pobreza espiritual y en estudiar a Dios para bendecirlo, en las letras de oro de la Creación esculpidas en el suelo a sus pies y en el luminoso firmamento de su cielo, esa luz la emplearon en registrar y descubrir los caminos falaces de la sensualidad y de los falsos placeres de la carne, en oprimir a la sencillez y a la inocencia, en endiosar el propio entendimiento por encima de la Creación, atribuyéndose la supremacía que corresponde a la Inteligencia universal. No fueron mansos y humildes de corazón; todo lo contrario, agresivos e inflados de soberbia. ¡Oh, cómo se despeña la criatura racional de roca en roca, de precipicio en precipicio, cuando borra a Dios de su entendimiento y sustituye su amor por los desvanecimientos del amor propio y su estudio por el estudio de los goces materiales!

Adán y Eva, y con ellos otros muchos de su generación, todos los que habían hecho estéril a causa del egoísmo y de la soberbia del entendimiento la providencial misericordia, fueron por la justicia expulsados del paraíso y desterrados hasta la consumación de su orgullo y de su sensualidad. Se vieron obligados a pasar nuevamente el monte que en aguas de la gracia habían alcanzado, transponerlo y volver a las regiones donde habían dejado establecidas sus tiendas. Cayeron con ímpetu del paraíso, cuyas puertas

cerró tras de ellos el genio de los recuerdos, el espíritu que sostiene en su diestra la espada flamígera del cumplimiento de la ley. Con todo, cayeron ostentando en el cuerpo los vestigios luminosos de la belleza pérdida, y en la frente la chispa de claridad de su entendimiento y el sello de una divina promesa, la promesa de una redención más o menos remota mediante la humildad del juicio y el amor de las entrañas.

Los hombres primitivos de la Tierra se habían apoderado de ella en todo su contorno, desde los climas boreales hasta el ecuador: los hombres del paraíso se localizaron en las regiones de Oriente, para desde allí dispersarse más tarde y adueñarse de los cuatro rincones del mundo. Llegaron a Oriente porque era en Oriente donde dominaba con mayores estragos la violencia.

Muchos siglos se sucedieron y aún tiene allí la violencia su más elevado trono.

Oriente es la cuna de todas las civilizaciones, porque allí nacieron las razas de luz que bajaron del paraíso; con todo, también ha sido en todos los tiempos el teatro de las peores iniquidades y de las más grandes abominaciones, porque allí fue donde primeramente se aliaron con la violencia la malicia del corazón y el entendimiento pervertido.

Algunos siglos pasaron, y Oriente se pobló con la inmigración de los desterrados del paraíso.

-¿Quiénes son éstos? decía el hombre viejo de la Tierra. Son mis hijos y no los conozco. Soy más fuerte que ellos: mi brazo podría destruirlos sin resistencia y sin embargo me miran con desprecio. Llegaron por último a la región y a la tribu y, no obstante, me humillan con el rayo de su mirada y me dan órdenes como a miserable esclavo. ¿Quiénes son éstos, que son mis hijos y no los conozco?

-¿Quiénes son éstas, cuya hermosura resplandece sobre la hermosura de mis mujeres y cuya fascinante mirada produce vértigo y desarma el brazo iracundo? ¿No son mis hijas? Pero si son mis hijas, ¿por qué se ríen de mi cólera, por qué se burlan de mi altivez, por qué son tan hermosas?

-¡Oh, sí! Son mis hijos y no los conozco: les odio. Son mis hijas y siento en las entrañas, con el hielo de su desdén, el fuego de sus miradas.

Los hombres de la inmigración invaden una región de Oriente y llegan hasta los lugares donde hoy está África.

Ellos y los primeros pobladores de la Tierra formaron dos familias, dos razas que se repelen con fuerza y que se repelerán hasta que se fundan en una sola raza, una sola familia, imagen de la fraternidad universal.

Al mismo tiempo que avanzan los hijos de la nueva generación, retroceden los hombres primitivos. Lentamente desaparecen los segundos de las zonas de que se adueñan los primeros, como si una fuerza superior impulsase la separación. Los hombres viejos corren hacia el mediodía y preferentemente hacia Occidente; son los hombres de las selvas y de las montañas. Parece que se consideran impotentes para resistir a la invasión y al pillaje y retroceden ante el enemigo para concentrar fuerzas y empezar más tarde la reconquista de sus tiendas y la restauración de su poder.

Sin embargo, los hijos de Adán y Eva se extienden por las llanuras, por las orillas de los ríos y por los climas templados.

Trabajan, además de la piedra, la madera y el hierro que extraen de las entrañas de la Tierra. Destruyen las tiendas de troncos y ramas y edifican sobre piedra y madera las primeras ciudades toscas que hayan visto ojos humanos.

Tejen túnicas y fabrican ornamentos para su cuerpo.

Temen y abominan a los hombres de las selvas. Por ello construyen con hierro los instrumentos de opresión y muerte y levantan puertas y diques en torno a sus ciudades.

A impulso suyo se yerguen las civilizaciones más antiguas de la Tierra. Al lado de las ásperas costumbres de la tribu, de los modos ásperos y el grosero lenguaje del hombre de la montaña, nacen las relaciones sociales de la ciudad, las maneras estudiadas, el disimulo y los idiomas acomodados a las nuevas necesidades, que la diferencia en el modo de ser de las familias lleva tras de sí como secuela. Cuando los hombres se juntan para vivir en sociedad y no los acompañan la pureza de sentimientos ni la justicia de los deseos, se expanden y refinan rápidamente las artes que conducen al disimulo, porque los hombres necesitan practicar las reglas de la hipocresía a fin de que no se vea el egoísmo de sus miras y sea posible la sociedad.

A ese objetivo convenía el enriquecimiento del lenguaje; y el lenguaje se enriqueció de todos aquellos circunloquios necesarios para velar oportunamente el pensamiento.

¿Creéis que hoy, con todos sus decantados progresos, podría existir en la Tierra la sociedad sin la hipocresía y el disimulo, sin la mentira en las costumbres y en la lengua, si cada cual se viese obligado a manifestar la verdad de sus sentimientos y propósitos?

Sí, existiría, pero no sin que primero se produjese una gran depuración humana, un gran cataclismo en el seno de las sociedades terrestres; no sin que primero la mitad de los hombres levantara la bandera del exterminio contra la otra mitad; no sin que primero la sangre corriese en ríos y formase lagos; no sin que primero se regenerasen los corazones en el Jordán de sus lágrimas y se purificasen las conciencias en el fuego de los grandes dolores, en la piscina de las resoluciones de la justicia tomadas en presencia de aquellas formidables catástrofes que hieren a cuantos sobreviven.

La sociedad edificada sobre la verdad, y por consiguiente, sobre el amor, existirá en la Tierra; pero antes sucederán esas cosas. Si éstas ocurren de golpe, la transformación será rápida: sobre las ruinas humeantes se levantará la nueva ciudad, joven, exuberante de savia y de virtud, que crecerá como edificada por el espíritu de Dios y llenará la Tierra. Si se producen con lentitud, con la lentitud de las obras de los hombres, lenta será también la transformación y la ciudad nueva se edificará sobre la vieja, casa por casa, torre por torre, a medida que los bamboleantes monumentos, que las carcomidas instituciones se vayan desmoronando. Asistimos sin embargo a los estertores del sexto día del hombre y de la morada del hombre; el paso de un día a otro va siempre precedido de un juicio, de un veredicto y de una separación necesaria: todo aquello que exige una rápida sucesión de acontecimientos, un brusco desequilibrio, a partir del cual se cuentan las generaciones y los días y se edifica la nueva civilización.

Y después de estas cosas ¿sabéis qué restará de vuestras instituciones actuales, de vuestras leyes y gobiernos, y de vuestra civilización? ¿Qué resta de las primeras civilizaciones de Oriente, de la antiquísima civilización de Egipto; de los medos y los persas, de los helenos y romanos? Lo que resta de todas las civilizaciones

muertas, porque cumplieron la necesidad que les dio vida: el cáver.

La presente generación, a pesar de vivir en el disimulo y en la hipocresía, se siente ahogar en la atmósfera de corrupción que respira y busca una corriente de aire puro que, restaurando sus fuerzas, refresque sus esperanzas mustias. Vive en la mentira, pero se siente ávida de la verdad; obra el egoísmo, el positivismo individualista, pero la íntima aspiración de su alma es la regeneración de todos por la justicia y el amor; se entrega a los goces sibaritas del sensualismo, que son como la fosforescencia de la felicidad; pero en el hastío, en la degeneración, halla el resultado de la embriaguez de los sentidos y, avergonzándose de sí misma, vuelve como el náufrago los ojos hacia todas las direcciones e implora a la Tierra y a los cielos otra felicidad más pura, más estable, otros goces que no dejen en el corazón marcas de dolor, lágrimas de desconsuelo, espinas de remordimiento y de vergüenza. ¡Perdida corre la humanidad de los tiempos presentes!... ¿Encontrará la luz de sus caminos?

La generación de hoy produce el mal, pero desea el bien y el deseo del bien la salvará.

No así el hombre del cuarto día.

El hombre de la imaginación, el Adán bíblico, después de la caída se contempla hermoso, fuerte e inteligente; contempla a la mujer, bella, con la belleza de la pasión y el deleite, y exclama:

– La vida es el amor, la voluptuosidad, el dominio, la posesión de la Tierra; es el descubrimiento de los secretos de la Naturaleza para el aumento del bienestar y la multiplicación de los goces; es la prolongación de la juventud, la robustez y vigor del cuerpo para el placer, la satisfacción de los apetitos y deseos: esta es la vida. – Amemos, pues, y juntemonos para ser fuertes; gocemos y dominemos.

Y viene el culto de las pasiones, la guerra de raza contra raza, de pueblo contra pueblo, de región contra región, de una parte de la gran familia humana, hija de Dios, contra la otra, no menos hija del amor y de la sabiduría del Ser que desde lo alto contempla compasivo los extravíos de sus hijos. Entre los hombres primitivos de la Tierra, la brutalidad, la arrogancia, el odio; entre los hombres de la imaginación, el requinte en los placeres, la ciencia

del goce, el disimulo, el apego a las riquezas, la aspiración insensata de dominio. El Dios de los primeros ruge en el huracán y fulmina su ira en el relámpago; el de los extranjeros provenientes del paraíso se humaniza y cede a todos los apetitos, a todas las concupiscencias, hasta ofrecerse a sus adoradores en formas agradables, en todas aquellas que mejor puedan avivar las pasiones sensuales.

No todos los hijos de la inmigración meditan y practican la iniquidad desde el principio y en secuencia; algunos han vuelto al camino de la ley, del cual se habían apartado en su morada anterior y adquieren, por la justicia de sus obras y humildad de sentimiento, la felicidad perdida por su egoísmo y orgullo.

Set es el símbolo alegórico de los desterrados que reivindican por la virtud el derecho de regresar a la patria perdida, dejando definitivamente las playas inhóspitas del destierro. Caín, por el contrario, simboliza la multitud de espíritus para quienes la luz que irradian ilumina solamente los tortuosos caminos de su corrupción y los castillos de su soberbia. Ambos, Set y Caín, no fueron en aquellos tiempos personas reales; fueron los símbolos de las dos ramas en que se bifurcó el árbol de la generación adámica, el menor elevándose al cielo, el otro torciéndose hacia la Tierra para en ella apoyarse.

Sin embargo, en el curso de los tiempos, los descendientes de los hombres simbolizados en Set tomaron del linaje de Caín la corrupción de las costumbres. La iniquidad de las pasiones y la soberbia del corazón llenaron las partes del globo habitadas por las razas extranjeras.

Se mezclaron con los hombres primitivos bajo el manto de la amistad y la protección; la protección fue tiranía y la amistad cruelísimo sarcasmo. ¿No habréis visto a ese mismo inicuo proceder en vuestros días, cuando el mundo antiguo, abriendo camino a través de los mares de Occidente, se dejó caer sobre las tierras presupuestas y redescubiertas al otro lado del Atlántico? ¿No ocurre aún lo mismo ante vuestra vista al día de hoy?

Sin embargo, todo se realiza providencialmente. La injusticia de los invasores del viejo continente en el nuevo entró como castigo, al mismo tiempo que con sus luces iluminaba los horizontes de un pueblo que se arrastraba en las tinieblas de la barbarie. Así

también el hombre primitivo: bajo la opresión y la tiranía de los extranjeros del paraíso, halló la luz que habría de guiarlo a la verdadera libertad.

La inteligencia del hombre dilataba cada día sus confines, pero era la inteligencia de la corrupción y el mal lo que se enseñoreaba del mundo. Eran necesarias terribles amenazas para detener las generaciones en el camino de su embriaguez. Por suerte aún había en la Tierra elementos suficientes para la amenaza y el castigo. Las pasiones inflamaron discordias y guerras devastadoras; los temblores terrestres inundaban de agua y fuego las regiones más pobladas y fecundas. Pueblos enteros sucumbían y la noticia de la espantosa inundación recorrió buena parte de la Tierra.

Tal fue el cuarto día de la historia de la humanidad terrestre.

V

El Quinto día.– La leyenda del diluvio.– La iniciación. –El Cristo de Oriente.

Esas son las últimas inundaciones generales de la Tierra hasta hoy y para siempre.⁽⁵⁹⁾

Se extendieron principalmente por el occidente de Asia, el norte de África y el oriente de la región hoy conocida como Europa. Territorios enteros con sus poblados y ciudades quedaron sepultados bajo las aguas. El aspecto general del globo sufrió notables transformaciones que dejaron signos indelebles, merced a los cuales podrá la Ciencia humana rectificar grandes errores alimentados por el egoísmo y causados por la ignorancia de la historia del planeta y de las generaciones que sucesivamente lo poblaron.

De esos tiempos y de tales acontecimientos nacieron las tradiciones de algunos pueblos concernientes a una inundación universal. Tribus enteras se ahogaron, pero las aguas no lograron invadir la décima parte de los continentes descubiertos.

Una de esas tradiciones fue la de los caldeos, común también a la de los fenicios, porque en estos pueblos fue donde el flagelo causó más víctimas y más terribles estragos.

⁵⁹ Las inundaciones de que se habla al final del capítulo anterior.

Se contaba que allí, en remotísimos tiempos, una invasión de aguas arrancadas del lecho de los mares por la voluntad de los dioses y aglomeradas en las nubes del firmamento había modificado el orbe y borrado del libro de la vida las corrompidas generaciones humanas. Solo un muy reducido número de justos, que encontraron salvación en una tabla providencialmente enviada por los emisarios del Dios supremo, habían sobrevivido y fueron los padres de las naciones. Los poetas cantaban la tradicional leyenda y así pasaba de generación a generación, de pueblo a pueblo, embellecida por el misterio del tiempo y por los rasgos peculiares de la imaginación de cada pueblo.

La leyenda, que tenía un fondo de verdad, corrió por gran parte de Asia y por algunas regiones de África y de Europa, si bien cada país la transformase, acomodándola a su carácter y, podemos decir, a su especial literatura. Más adelante, de las tradiciones egipcias la tomó el historiador hebreo y la escribió como símbolo en la historia de la generación y vicisitudes de su pueblo.

A consecuencia de las revoluciones físicas del globo vino la revolución moral de las conciencias, por la estrecha solidaridad que reina entre todas las fuerzas del universo, merced a la cual unas reaccionan sobre las otras y recíprocamente se completan, obedeciendo a la ley de los movimientos armónicos.

La memoria y las consecuencias del castigo infundieron en la mente de los pueblos la idea del merecimiento por la infracción de la ley y se habían visto brotar, aquí y allí, espíritus en misión que echaban en cara a los hombres sus pasados errores y sus abominaciones presentes.

Considerándose, en su aislamiento, sin fuerzas para derribar los altares erigidos a los dioses de la concupiscencia, levantaron sobre esos prostituidos altares un trono al Dios Máximo, a la Deidad Omnipotente, preparando de ese modo los tiempos en que el Padre de los dioses arrojaría del Olimpo las imágenes viles, los mitos impúdicos de las liviandades humanas. Una vez convertidos en tributarios del Dios de la verdad, los dioses de la mentira, el tiempo y el progreso se encargaron de despojarlos por completo de su jurisdicción usurpada y de su corruptora influencia.

La idea cristiana empezaba a ser el misterio de los sabios y el deseo de los espíritus fuertes. Por eso los sabios se reúnen en la

oscuridad y se inician en sus presentimientos; por eso los fuertes levantan la cerviz y miden con ojos airados la resistencia de las cadenas que oprimen a los débiles.

En el secreto de su iniciación, escriben los sabios libros de la regeneración, que dan al pueblo como recibidos del Dios Máximo, y en el convencimiento de su poder meditan los fuertes el momento de liberar al oprimido.

El fraude de los sabios es la prudencia del hermano mayor, que toma el nombre del padre de familia para evitar los extravíos de los hermanos pequeños. En verdad, son inspiraciones de la Sabiduría los libros de regeneración y virtud.

No obstante, continúan las usurpaciones, las guerras y la lujuria; la opresión y la esclavitud de los hombres primitivos. La inteligencia sensual y corrompida avasalla a la ignorancia y la hace servir a sus propios designios.

Se extienden el culto idólatra de las pasiones al Occidente y al Mediodía, en las tierras que se llaman Europa y África; mientras en las islas y continentes que por ese tiempo no se habían descubierto brillaba aún la tranquila adoración de la segunda época del hombre, o dormía éste el sueño pesado de su estupidez primitiva, la iniciación se propagaba y echaba hondas raíces en las regiones orientales de Asia.

Allí la iniciación se robustece de un presentimiento fecundísimo, capaz por sí solo de levantar una civilización robusta: el presentimiento de la inmortalidad del alma. Con todo, esta fecunda idea no entra en el dominio del vulgo sino después de algunos siglos, porque los iniciados, adivinando que en vez de llevar la luz podría perturbar a los espíritus, la guardan sellada en el misterio.

Prosigue aquí y allí la lucha de invasión y opresión por parte de unos, y de resistencia y fiera venganza por parte de otros, entre los hombres de Adán y los descendientes de los viejos pobladores: lucha necesaria y regeneradora, porque el odio y la crueldad de las tribus salvajes sirven a la expiación de los moradores de la ciudad, a la cultura y superior inteligencia de éstos al despertar y al progreso de las condiciones morales de las razas primitivas.

Los unos son contrapeso y complemento de los otros dentro de la armonía espiritual del universo. Es la iniquidad brutal de los sentidos frente a la iniquidad escéptica y positivista del espíritu.

La primera se enseñorea del mundo y lo esclaviza; la segunda arrasa las ciudades y se alimenta de sangre.

Con todo, en resultado definitivo, la victoria siempre ha sido de la inteligencia sobre la fuerza, y, por consiguiente, de las ciudades sobre las tribus. Los hijos de Tubalcain no bastan para fundir el hierro que se necesita para forjar las cadenas con que oprimen a los fuertes.

¿Qué importa, sin embargo, la esclavitud del cuerpo, si ella es el principio de la emancipación e independencia del espíritu? Bajo las cadenas gime el hombre primitivo, pero su alma aprende a volar en alas de la esperanza.

Esa lucha de razas y aspiraciones opuestas sirven grandemente para preparar el fin que presidió la creación de la Tierra y en la inmigración forzada de los espíritus de luz que por la luz habían delinquido; la fusión en una sola familia de todos los pueblos, llevada a cabo por el trabajo y por el amor después de la expiación de la iniquidad y de la depuración de las almas.

Las primeras tendencias a esa fusión universal vinieron a amanecer en las regiones más orientales del globo; como si el sol de los espíritus debiese seguir el mismo curso del astro que fecunda con los efluvios de luz la redondez del planeta.

La iniciación había nacido en el Occidente de Asia, pero se extendió hacia Oriente, donde echó nuevas y más profundas raíces. De allá vinieron los iniciados y de aquí los maestros y doctores de la regeneradora iniciación religiosa. Eran los primeros, hijos aventajados de los hombres del paraíso y algún que otro de los pobladores originales de la Tierra; pero los segundos eran espíritus de misión para impeler a la humanidad terrestre al cumplimiento de sus futuros destinos.

Los iniciados concibieron la idea del Dios del Bien al lado del Dios del mal, compartiendo ambos la creación y dirección del mundo y de sus sucesos, y la idea de la inmortalidad del alma en el seno de Dios, en la absorción divina. Los maestros enseñaron la unidad del Gran Principio y la persistencia eterna de las almas en sí mismas y en Dios; hablaron de la felicidad y origen común de las criaturas, de la redención por las obras, de la preexistencia espiritual como sanción de la pos-existencia, de los ángeles y de los demonios.

Entre los maestros hubo doctores; entre los doctores, mesías, y entre los mesías, el primero, Cristo. La Buena Nueva de Dios Padre y de los hombres hijos de Dios fue predicada por Cristo, en los confines del nascente del sol.

Cristo puso sobre su cabeza las doctrinas de los maestros y mesías, y las simbolizó en una sola palabra, CARIDAD, punto de partida y término de las virtudes humanas y de la revelación, rocío del cielo que baja de los consejos de Dios.

Sin embargo, ¿quién al salir de la oscuridad no maldice la rutilante luz del sol? Por eso maldijeron a Cristo los ciegos de su tiempo, que formaban las multitudes; pero la semilla de la Buena Nueva cayó al suelo dispuesta a germinar un día en virtud de los trabajos oportunamente ordenados por el previsor y sapientísimo padre de familia.

Cristo huyó de la iniquidad de los suyos hacia Occidente, hacia el oeste de Oriente, donde estableció a algunos como maestros de su Evangelio, volvió a Oriente y allí ofreció la vida al odio y a la ignorancia. Murió para dar virtud a la semilla y ejemplo de virtudes a los maestros del pueblo.

Su venida y predicación eran necesarias: habían de preparar la venida y la predicación del Cristo de Galilea, porque los hombres tomarían el testamento del primero y harían rectos los caminos del segundo.

Los maestros se apoderaron de las doctrinas de Cristo para redención de las almas, pero hicieron suya la redención y levantaron sobre ella un sacerdocio de conveniencia y de razas. Podría decirse que habían recogido la túnica del gran Mártir y sobre ella echado suertes, iniciando la época de preponderancia y dominio por el tiempo.

Cristo había liberado los espíritus, salvándolos de la absorción en el seno de la Divinidad; pero los sacerdotes los condenaron de nuevo a esa absorción, que es la muerte de la eternidad de las almas. Lo mismo hicieron los sacerdotes de todos los tiempos para imponer despóticamente su influencia e interés, tomando como medio las exageraciones del fanatismo, que asfixian el corazón y la mente.

Sin embargo, la palabra del Enviado no habría de ser estéril ni para las generaciones de su tiempo, ni para las que se irían suce-

diendo. La buena semilla penetró en algunas conciencias rectas llamadas a transmitirla a los hombres de buena voluntad. El árbol, exteriormente seco desde su aparición, habría de brotar más tarde, en virtud de la riqueza de su bienhechora savia, y cubrir con su soberbio ramaje toda la redondez de la Tierra.

Los sacerdotes de Oriente quisieron monopolizar la luz que habían recibido y retenerla en sus dominios; pero la luz penetró las tinieblas y salvó los obstáculos amontonados en el egoísmo y el interés. Atravesó el centro de las regiones asiáticas, llegó a Persia y a Caldea, y sus resplandores aún alumbraron a los egipcios, que los reflejaron transformados de religión en filosofía a los confines de Grecia, más tarde madre de la cultura del mundo.⁽⁶⁰⁾

VI

**Abraham. – Sus viajes. – Su política y sus planes. –
Isaac e Ismael. – Testamento y muerte de Abraham. –
Esaú y Jacob. – Su educación y elevación.
– Los Hijos de Jacob en Egipto.**

Cristo es el primer personaje verdaderamente histórico de las Escrituras indostánicas, así como Abraham es el primer personaje verdaderamente histórico de las Escrituras hebraicas.

Antes del Cristo de los orientales y antes del Abraham de los hebreos, la iniciación y la alegoría.

Uno fue el fundador de la civilización-madre, el otro puso la primera piedra en la obra de la formación y civilización de un pueblo, hijo de los hombres primitivos de la Tierra.

El Cristo estableció su doctrina llamando a las puertas del entendimiento y del corazón de las generaciones humanas, preparando de ese modo la emancipación de los pueblos por el amor, y el consuelo de los oprimidos por la esperanza. Abraham inauguró la organización de la fuerza de los débiles, para resistir a los fuertes y sacudir el yugo de la opresión y la injusticia. Uno era la voz

⁶⁰ Por el Cristo de que se habla en párrafos precedentes, entendemos el Crisma de las escrituras y tradiciones brahmánicas.

del cumplimiento de la ley, el otro la protesta de los hombres desamparados.

Abraham, descendiente de uno de los jefes de las tribus que habitaban en las selvas y en los márgenes de los ríos, apartadas de todo comercio con las ciudades, contra las cuales sostenían continua guerra de emancipación y resistencia, había heredado de sus abuelos todos los ultrajes recibidos y la indignación que despertan en los pechos generosos el oprobio y la injusticia. Vivía entre sus enemigos como si hubiese olvidado las injurias del pasado y confundido sus aspiraciones y gustos con las aspiraciones y gustos de los hombres de las ciudades; en realidad, sin embargo, habitaba entre ellos para estudiarlos en sus costumbres íntimas, y aprovechar sus enseñanzas y sus debilidades para beneficio de los siervos. Para triunfar sobre el enemigo es preciso conocer los medios con que va a luchar y sus puntos vulnerables.

Dejó la ciudad en que vivieron sus padres y abuelos y gran parte de las riquezas por ellos acumuladas a fuerza de ingenio y trabajo. Le precedieron, bajo mandato suyo, su mujer y sus siervos y las siervas de su mujer, y lo acompañaron aquellos cuyo corazón había sabido ganar.

Peregrinó con los suyos por el desierto hacia una dirección entre Occidente y Mediodía, agrupando simultáneamente a su alrededor a todos los hombres que derramaban lágrimas a causa de la injusticia.

Llevó también con él la iniciación de las creencias de los sabios, entre los cuales se contaba.

¿Dónde, Abraham –, preguntaban los jefes de la ciudad – dónde el primogénito de nuestros enemigos? Y criticaron la peregrinación de Abraham, pero en balde, porque los espíritus de justicia y de bondad dirigían sus resoluciones y encaminaban sus pasos en secreto.

Sin embargo, Abraham, oculto en la oscuridad, envía sus emisarios a las selvas y se entiende con los primeros de las tribus errantes. Y las hogueras de los oprimidos alumbran durante la noche las crestas de los montes y encienden en el pecho de los esclavos risueñas esperanzas.

Es el jefe de todos, porque es el más animoso, el más sabio y el más auténtico. Forman círculo en torno a él aquellos que conducían las tribus y doblan la cerviz ante sus consejos.

Él los adiestra en el empleo de la astucia, porque sus enemigos de las ciudades son los más astutos entre las generaciones de los hombres, ya que habían venido de arriba envueltos en la luz de su inteligencia pervertida.

Ese es el principio de un pueblo que más tarde será maestro de muchos pueblos.

Llegó Abraham a los confines del Ponto, visitando a los desterrados que se establecieron en los márgenes orientales y meridionales del gran golfo, que hoy se llama Mar Negro y separa Asia de Europa. Allí anunció la palabra de esperanza y continuó su peregrinación a los desiertos del Mediodía hasta llegar al golfo que separa Asia de África.

Todavía no detuvo sus pasos. Los enemigos eran en extremo poderosos y le era necesario concentrar todas las fuerzas. Busca el Mar Rojo, baja a la región de Egipto y toca la corneta en los oídos de aquellos que preguntan quién ha de ser su redentor y su jefe.

Los caldeos ya no se dan cuenta del fugitivo de Ur. Lo consideran muerto o incapaz de resistencia, mucho menos para la invasión de las ciudades.

No obstante, Abraham, una vez puesto en contacto con los hermanos, los siervos de las tierras visitadas, vuelve sus pasos hasta el Ponto, donde lo esperaban listos para alzar la cabeza contra la opresión los jefes de esas tribus.

Las tomó bajo el mando de su astucia y esperó. Dormían las ciudades en su poder y en sus vicios; cuando menos la esperaban, vino la tempestad, rugió el trueno y los habitantes de algunas ciudades, con sus capitanes, fueron pasados al filo de la espada. La fama se propagó hasta la Caldea y los caldeos se acordaron del fugitivo de Ur.

Al mismo tiempo brilló por todas partes la chispa del incendio, porque por todas partes había Abraham dejado algo de la semilla de su pensamiento.

Entre los más animosos de los jefes de los siervos estaban Isaac e Ismael, hijos del capitán de los jefes.

Pese a todo, Ismael huyó a tierras lejanas hacia el Mediodía, a causa de disputas y desentendimientos domésticos y porque habría de dar el grito de guerra entre los hombres de las selvas meridionales, que solo se la hacían a los feroces de las montañas.

Isaac cayó en manos de los hombres de las ciudades. Para salvar su vida y rescatarlo, tuvo Abraham que deponer las armas y devolver a las ciudades sus primeros límites, aplazando así, muy a su pesar, el momento de la emancipación de su raza.

A fin de que no resultasen vanos los sacrificios hechos, ni infecunda la sangre tan pródigamente derramada, se consagró a obtener por la paz lo que no había logrado con la guerra, es decir, la organización y la cultura de las tribus, y que estuviesen dispuestas para las eventualidades del futuro.

Tomó el sentimiento religioso como base de la civilización que se proponía levantar y la circuncisión por sello de los hijos de su pueblo.

Les dijo que el Señor Dios de todas las gentes se le había aparecido en sueños, a través de uno de sus emisarios celestes, prometiéndole que su pueblo sería poderoso entre los pueblos de la Tierra si cerrase los oídos a las sugerencias inicuas y los abriese a la justicia; que caería, no obstante, en largas y duras servidumbres, si los cerrase a la justicia y los abriese a la iniquidad y a la abominación de los ídolos, como los hijos de las ciudades.

Les prohibió, con amenazas de lo Alto, mezclarse con los idólatras y no permitió a su hijo tomar mujer ni de los caldeos, ni de los persas, ni de los egipcios, sino solamente entre las doncellas de su pueblo.

Les enseñó los mandamientos de la justicia, nuevos para las tribus, la adoración al Señor Dios y el sacrificio.

Como no podía desconocer las aspiraciones materializadas, los deseos groseros y carnales de los hombres de su pueblo, les habló del Dios del trueno y de la venganza, de una larga y próspera vida para los fieles observadores de la ley de la conciencia y de terribles castigos en este mundo para los transgresores amantes del mal ajeno y de los deleites personales. Del alma inmortal y de la transmigración del espíritu habló con Isaac, su hijo, y con los más doctos entre los que eran reputados como sabios. En la mente y en el corazón de aquella gente, la muerte del cuerpo era lo mis-

mo que la muerte del espíritu. Creían en Dios, en un Dios hecho a su semejanza, superior en sabiduría y poder; sin embargo, todavía no sospechaban la posibilidad de una recompensa o una expiación ulteriores a la vida.

Abraham bajó al sepulcro dejando la iniciación religiosa como testamento, puesta la primera piedra en la obra de emancipación y dignificación del pueblo primitivo de la Tierra.

Legó su testamento a Isaac y murió en paz, encomendando su espíritu al Señor.

Isaac continuó con las últimas tradiciones de su padre. Enseñó a los suyos el cultivo de la tierra y con su buen ejemplo, la justicia. Amargaron su existencia los antagonismos de familia, producidos por la envidia entre sus hijos Esaú y Jacob, que solo terminaron con la desaparición de Esaú, que huyó a tierras lejanas a causa de las cariñosas preferencias de su madre por Jacob. Éste fue instruido por su padre en la iniciación religiosa y en la educación del pueblo cuyos modestos destinos estaba llamado a dirigir.

Muerto Isaac, pretendió Esaú reivindicar sus derechos al patriarcado del pueblo. Era animoso y no le faltaron partidarios. Con todo, el haber llamado en su auxilio a los extranjeros lo privó del apoyo de los suyos, que lo abandonaron a su propia suerte; vencido y humillado Esaú, quedó Jacob en la posesión pacífica de la codiciada jefatura.

Los antagonismos hereditarios continuaron entre sus hijos, que fueron doce varones y Dina. Un ultraje consumado en la persona de Dina sirvió de pretexto a los hijos de Jacob para la destrucción de un pueblo.

El Patriarca tuvo que separarse del menor de sus hijos, a fin de hurtarlo al odio de los demás hermanos, que habían sorprendido con envidiosa desconfianza las cariñosas preferencias con que lo distinguía el padre. Lo envió a Egipto, donde lo hizo instruir en la iniciación y tradiciones orientales, al igual que en las ciencias profanas, que por aquel tiempo tenían en Egipto el más elevado destaque.

José, —que este era el menor de los hijos de Jacob—, bebió en las fuentes egipcias toda la sabiduría de la época, en tal grado que incluso entre los maestros era considerado el primero. Su saber y

sus virtudes le ganaron la confianza del Rey, que en él depositó poco menos que todo el peso de la gobernación del Estado.

Envió noticias de su ascensión al viejo padre y lo llamó para cerca de sí, al igual que a sus hermanos, para que compartiesen la providencial prosperidad.

Vino Jacob a Egipto y habló al oído de José, de los secretos del gobierno y de las tradiciones que había heredado de su padre Isaac y de su abuelo Abraham en lo concerniente a los destinos de su pueblo.

Llegaron también Judá y Benjamín y los otros hijos de Jacob con sus mujeres e hijos y todos los siervos, que eran en gran número, y todos los rebaños que poseían, que eran muchos.

Con todo, a fin de que los hebreos no despertasen recelos en los hombres de la ciudad, dispuso José, con la anuencia del Rey, que toda la tribu, salvo el patriarca Jacob, acampase fuera de los muros, en la tierra más hacia Oriente, conocida por tierra de Gosén.

Desde entonces, José concentró el pensamiento, recurriendo a Jacob en sus dudas, en el acierto en la dirección de las cosas de Egipto, correspondiendo a la confianza del Rey y a la educación política y moral del pueblo hebreo, sin la cual no le sería posible encumbrarse ni sobre los egipcios ni sobre ninguno de los pueblos de la Tierra.

El ministerio de José en la corte egipcia duró tanto como la vida de su regio protector. Pudo así impulsar largamente los intereses de su raza, y llamar a su lado a sus hermanos para darles parte en los proyectos de engrandecimiento de las tribus.

Murió Jacob, dejando a Judá y a José el testamento de Abraham e Isaac; murió después el Rey, protector de José y de los hebreos. Su sucesor, receloso de la proliferación de las tribus, despojó a José de las insignias del poder y llamó a la ciudad a los hombres de Gosén para vigilarlos y oprimirlos.

Entraron en la ciudad como siervos, y José y sus hermanos fueron señalados a los hombres de armas como peligrosos para la paz y la tranquilidad de los egipcios. No se atrevió el Rey a ordenar el encarcelamiento y la muerte de José y Judá porque muchos egipcios se acordaron de la justicia de José durante el largo tiempo en que gobernó los destinos de Egipto.

José murió de vejez, dejando a sus hijos y a los hijos de Judá, que era el primogénito, aunque no el mayor de los hermanos, el testamento secreto de Abraham, de Isaac y de Jacob.

Muerto José, en quien los egipcios siempre habían respetado la sabiduría y la justicia, se rompió el vínculo de unión entre los egipcios y los hebreos; el Rey pudo oprimir a estos últimos sin despertar la indignación ni las murmuraciones de su pueblo.

Él veía aumentar en Egipto día a día la casa de Jacob, y no consideraba imposible que los hebreos impusiesen a los egipcios en tiempo no muy remoto su fuerza y su voluntad. Sabía que bajo el mando de Abraham se habían levantado en armas contra las ciudades y sospechaba de la existencia de un testamento de guerra y emancipación entre los hijos de los jefes de las tribus.

Abandonó por ello a los hebreos a la injusticia de los egipcios y a los jefes de los hebreos a la vigilancia y acción de los hombres de armas de Egipto.

Leyes especiales, progresivamente más rigurosas, diferentes de las sabias leyes comunes de Egipto, gobernaron desde entonces a los hijos de Israel; leyes inspiradas por el temor, que es el más injusto de los consejeros de las acciones humanas.

Primeramente les prohibió dedicarse al estudio de las ciencias, pertenecer a la milicia y al sacerdocio y ejercer la enseñanza y los cargos de la administración o del gobierno del país.

A continuación, les fueron congelados los bienes inmuebles; los convirtieron en legalmente incapaces de poseerlos en el futuro y fueron declarados pertenencias del Estado, sobre las cuales podía el gobierno operar impunemente, sin responsabilidades. Otro sí, los hijos de los hebreos desde su nacimiento ya no permanecían bajo el dominio paterno, sino bajo la jurisdicción, en ese punto omnímoda, de los delegados del poder.

En una palabra, hubo en Egipto dos pueblos: uno señor, el otro esclavo, en la más aflictiva e infamante esclavitud. ¡Cuál no sería la indignación de los fuertes que trabajaban en secreto a fin de liberar de tanta humillación a la casa de Israel!

De tiempos en tiempos esa indignación sublevaba los ánimos y el esclavo intentaba quebrar los hierros del insoportable cautiverio; se derramaba entonces la sangre de cientos de míseros hebreos y se forjaba un nuevo grillete para oprimirlos.

Era el israelita un pueblo tan apegado a los instintos materiales y groseros que no hubiera tenido virtud para levantar una civilización fecunda, si antes no se hubiese desprendido de sus escorias en el crisol del infortunio.

Era, no obstante, un pueblo vigoroso en toda la fuerza fecundante del principio de vida y se multiplicaba y crecía rápidamente en medio de los rigores a que lo sujetaba el cruel despotismo de los reyes de Egipto. Y el número cada día mayor de los oprimidos aumentaba los temores y la crueldad del opresor.

VII

Moisés.— Su emigración al Sinaí.— La visión. — Vuelve Moisés a la ciudad.

Habían transcurrido muy cerca de cuatro siglos desde el establecimiento de la casa y tribu de Jacob en la tierra egipcia de Gosén.

De la familia de Leví salió un precioso retoño, un niño que por su singular hermosura halló gracia en el palacio de los reyes. Lo había salvado de la crueldad de los edictos la hija del príncipe, que poseía todo el amor de sus padres, y bajo la generosa protección de la nobilísima doncella fue el niño recibido en la casa del Rey y entregado a la educación de los sacerdotes y sabios de la corte.

Le llamaron Moisés, y los hombres de armas doblaban las rodillas en su presencia, como en presencia de la real princesa hija del Faraón de los egipcios.

Crecía el niño en hermosura y discreción, en el amor a los hijos de Leví, José y Judá, a los hijos de todos los que lo eran de Jacob y que habían bajado a Egipto en los días de la elevación de José.

El favor real no lo cegó ni tuvo poder para hacerle olvidarse de su nacimiento y de la vergonzosa humillación de sus hermanos. Le traspasaban el alma los oprobios de que eran objeto y las persecuciones de que frecuentemente eran víctimas.

¿Quién libertará de la injusticia a los hijos de mi padre Jacob?
¿Dónde está la indignación de los fuertes, el brazo que ha de romper las cadenas vergonzosas?

Eso preguntaba el hijo de Leví al oído de los que lloraban, puesto que había decidido abandonar los placeres de los palacios reales donde habitaba y ofrecer su brazo a los vengadores de Israel.

Pudo averiguar que los que no lloraban sino que meditaban eran los descendientes de Judá y los primogénitos de los descendientes de José, los cuales se reunían en secreto, contaban y recontaban los hombres de Rubén, de Simeón, de Judá, de Leví y de las demás casas salidas de Abraham.

Entonces Moisés siguió de noche los pasos de los descendientes de Judá y de José, y, habiéndolos sorprendido en sus conspiraciones, los censuró diciendo: ¿Por qué receláis de mí? ¿Olvidáis que soy hijo de Jacob, vuestro padre? ¿Creéis, quizá porque como en la mesa del Faraón, que soy egipcio?

Oyendo esto, los primogénitos de José y de Judá reconocieron el alma de Moisés y pusieron ante sus ojos el testamento de libertad de las tribus transmitido desde Abraham.

Deliberaron juntos acerca del testamento; contaron los hijos de Israel que habitaban dentro y fuera de la ciudad; calcularon el número de egipcios que podían manejar la espada y decidieron que los días del testamento de Jacob estaban cerca.

¡Ay de los opresores!, exclamaron, y susurrando uno al oído del otro la contraseña se retiraron animados a sus hogares.

Al salir de la reunión observó Moisés que uno de los hombres de armas del Faraón seguía sigilosamente sus huellas. Temeroso de que hubiese sorprendido el secreto de los hebreos cayó impetuosamente sobre el hombre de armas y cerró su boca para siempre.

No volvió, sin embargo, a presencia del rey. Para salvar la vida, que era necesaria a los suyos, y aguardar la hora de la liberación de las tribus, huyó de la ciudad al Sinaí; allí permaneció oculto en la tienda de un sacerdote egipcio, que ofrecía sacrificio a los dioses implorando la abundancia y la prosperidad para los habitantes de la región.

Agradecido a la piedad del sacerdote, el hijo de Leví tomó por mujer a una de sus hijas y le juró además que en el día de la glorificación de las tribus sería contado entre los descendientes de Leví y entre los sacerdotes de Israel.

*

Moisés, que era un muchacho cuando huyó de la ciudad, capital de los egipcios, vivió en el monte en compañía del sacerdote hasta alcanzar la plenitud de la virilidad y de la prudencia y experiencia que le serían necesarias para la empresa a que estaba destinado. Gemían mientras tanto los hebreos bajo el látigo de los imperiosos egipcios, y solo los más ancianos y los jefes inconfidentes poseían la llave de los planes secretos de Moisés.

Aarón, su hermano, era quien recibía las palabras de su boca y las repetía al oído de Judá y de José y el propio Aarón retenía en su mente el pensamiento de los más ancianos y de los jefes, llevándolo al oído de Moisés en el Sinaí.

De ese modo, estaba Moisés en el monte para librar su alma de las celadas de los explotadores, y estaba en la ciudad para conocer los planes y las obras de los enemigos de su pueblo.

Murió el rey y fue elevado al trono de los Faraones un hermano suyo, que más que ninguno de sus predecesores abominaba a los hijos de Jacob, contra quienes dictó edictos de feroz persecución al principio de su reinado, revelando el intento de extinguir en la Tierra el nombre y la descendencia de Israel.

Fue entonces cuando los ancianos de los hebreos rasgaron sus túnicas y los jefes de las tribus levantaron el brazo en presencia de Aarón y le dijeron: Ve a tu hermano, que vive en el Sinaí en casa del sacerdote de la región, y le dirás: Esto han visto mis ojos.

Fue Aarón y dijo lo que había visto y oído. Moisés comprendió que habían llegado los días del testamento de Abraham.

Con todo, andaba él pensativo y temeroso, porque no acertaba con el camino por donde llegar a la ciudad y libertar a los suyos; consideraba que su vida caería en las trampas de los egipcios y vacilaba.

Se postró de rodillas e, inclinando la frente, exclamaba: ¡Señor! ¡Señor! ¡Dios de mis padres Abraham, Isaac y Jacob! ¿Dónde hallaré la salvación de mis hermanos que gimen? ¡Luz, Señor, Señor!

Y de los manantiales de la luz vino la luz, porque Moisés tuvo la visión de un espíritu y oyó en su alma el pensamiento del espíritu, que le decía:

No temas, Moisés, no temas, porque escrito está que los soberbios han de ser humillados y los perseguidores perseguidos, y a cada cual se dará según sus obras. Cierra los ojos y baja a la ciudad; que los enemigos de tu pueblo tienen ojos y no verán, tienen oídos pero no oirán. Ve a la ciudad, congrega a los jefes y a los ancianos y les dirás: Esto ha dicho el espíritu que cubre con sus alas las tiendas de los hijos de Jacob: Que la justicia sea vuestra medida, por cuanto, si fuereis justos, Dios estará con vosotros en toda la casa de Israel. Los días han llegado y el que tenga la simiente en la mano deje de sembrar, el que haya empezado a edificar su tienda deje el escoplo y el martillo. Los egipcios duermen, porque no han sido justos con vosotros, y antes de que despierten vuestra libertad estará en vuestras manos; y es justo que se alegren los que gimen, que respiren los que se ahogan. Pero ¡ay de los egipcios en el día de hoy, porque han sido opresores! Y ¡ay de los hebreos en el día venidero, si no es la justicia su medida! Hoy Egipto, mañana Israel: esta es la ley, hasta la consumación de la iniquidad del mundo”.

Moisés volvió en sí y, viendo aún en su presencia a su hermano Aarón, mandó que él lo precediese y avisase de su próxima llegada a los jefes para que lo aguardasen prevenidos a la hora del sueño de la ciudad; antes de dejar el monte, quería prosternarse y orar por la suerte de las tribus y dar el ósculo de amor y paz a su mujer e hijos y al sacerdote egipcio, padre de su mujer.

Así lo hizo; y cuando las sombras empezaban a subir por las laderas de la montaña bajó Moisés del Sinaí, recorriendo caminos ignorados en dirección a la ciudad.

VIII

Los ancianos de Israel en presencia del Faraón. – Plan de Moisés para liberar a su pueblo de la servidumbre.

¿Qué pasa en la ciudad de los Faraones? ¿Por ventura el Rey habría anulado los edictos de opresión que pesan sobre los hombres de la casa de Jacob? Se ve a los israelitas discurriendo libremente por calles y plazas, dibujada en los labios la alegría y en los ojos la esperanza del corazón.

¿Han dejado de ser siervos los descendientes de Abraham? Los trabajos públicos desiertos, el látigo de los dominadores ocioso, ningún hombre de armas vigilando los pasos de los extranjeros. ¿Será, por ventura, que las dos razas se han fundido en una sola, que los dos pueblos han olvidado su historia para formar un solo pueblo?

No; todo se reduce a que los ancianos hebreos llegaron a presencia del Rey y le dijeron:

“Señor, poderoso entre los señores y los poderosos de la Tierra. Paz y gloria para ti y para tus hijos. Nosotros, los hijos de Judá y de José, que lo fueron de Jacob, que lo fue de Isaac, que lo fue de Abraham, venimos a ti y te deseamos largos años de vida y de reinado, para que hagas prósperos los pueblos y los linajes que la mano de Dios ha puesto bajo tu cetro. Nosotros y nuestros abuelos hemos venido hace siglos desde Oriente, y a tu amparo y al de tus augustos progenitores debemos la vida de hoy, y en tiempos de José nuestra gloria. Permite, oh Rey, que nos juntemos un día los hijos de Israel en memoria de la venida a Egipto de los nietos de Abraham, nuestros padres. Si tú, oh Rey, nos das permiso, conmemoraremos con la alegría del corazón en el rostro aquella venida, que ha puesto nuestro linaje al servicio y bajo la tutela de los piadosos reyes que te han precedido, y a nosotros tus fieles servidores bajo la justicia de tu cetro, y esta fiesta será perpetua cada año hasta la consumación, entre nosotros tus siervos y entre nuestros hijos, siervos de tus hijos. Tiende tu cetro – ¡oh entre los príncipes el más justo y poderoso! – para otorgar a tus servidores la merced que te piden y que solo de tu mano pueden alcanzar.

Que el Dios de Egipto y el de Judá aumenten tu gloria sobre todos tus enemigos, multipliquen los días de tu reinado y prosperen los días de tu vida.”

El Rey escuchó benignamente a los ancianos, creyendo que Israel aceptaba con júbilo la opresión y los trabajos, y porque ignoraba que Moisés había bajado a la ciudad y movido la lengua de los emisarios hebreos. Un espíritu de perdición había tocado su orgullo y le había puesto espeso velo ante los ojos, a fin de que no sospechase de los ancianos, ni reflexionase que los débiles injustamente oprimidos obtenían frecuentemente por la astucia lo que no podrían de modo alguno obtener. ¿Cómo habrían de someterse los hebreos con espíritu pacífico y resignado a los duros trabajos de la esclavitud que pesaban sobre su linaje, en un tiempo en que los únicos impulsos del proceder eran el egoísmo y la carne, en una época en que el espíritu del amor y la resignación cristiana aún no habían bajado del cielo al entendimiento y al corazón de los habitantes de la Tierra? El Rey, en su ilusión, no adivinaba que la dulzura de los ancianos de Jacob era la astucia del débil para emanciparse del fuerte, y ya cayendo en el pérfido lazo les habló en estos términos:

“Yo, el Señor de las regiones de Egipto, a los ancianos del pueblo de Abraham, que vive bajo la voluntad de mi ley. Escuchad. Vuestras palabras hallan gracia en mi corazón, porque veo que sois fieles a mi cetro, como al de mi predecesor lo fueron José, que administró la gobernación de los reinos, Jacob, su padre, y Judá, su hermano. Desde hoy y para siempre os hago libres del edicto por el cual os estaba prohibido poseer, y así lo ordeno, para que se cumpla, a los capitanes y mayordomos de la ciudad y de las provincias de mis estados. Así, os serán levantados todos los edictos que exorbiten la ley común de Egipto, en recompensa por vuestra fidelidad. Sed leales en vuestra alma a la gloria del Faraón y os acercaréis a él y os escucharé, como en el día de hoy. Elegid, ancianos de Israel, el día: pues está en vuestras manos; os reuniréis y conmemoraréis la venida de Jacob: a ningún egipcio le estará permitido perturbar el regocijo de los hebreos, porque sería blanco de mis iras. Id a decir a los vuestros lo que estáis oyendo y sed leales servidores.”

Fueron los ancianos a Moisés con las palabras del Rey. Entonces el hijo de Leví fijó el día, que sería el décimo después de la audiencia concedida por el Rey a los ancianos, ya que era necesario preparar las cosas y disponer los ánimos para llevar a buen término los planes de los hebreos. Lo acordó con los jefes, que debían transmitir el plan a los primogénitos de las familias hebreas en la ciudad y a los hombres de Israel que habitaban fuera, en el monte, huyendo de los egipcios o apacentando ganado en las tierras de Gosén.

*

Esta fue la confabulación entre Moisés y los jefes de la casa de Jacob el día en que decidieron la ejecución del testamento de Abraham, después de haber oído las promesas del Faraón de los egipcios.

La víspera y la antevíspera del día fijado los hebreos pedirían a los egipcios vasos y joyas de oro y plata para celebrar con gran ostentación la venida de sus antepasados a las regiones de Egipto. Esos vasos y joyas servirían para resarcirse en parte de las usurpaciones de que habían sido víctimas.

La víspera, por la noche, se reunirían cinco familias israelitas en una sola familia y allí juntas comerían fraternalmente la carne de un cordero, con cuya sangre salpicarían las puertas de los hebreos. Los ancianos llamarían al lugar más retirado de la casa a los cabezas de familia y les manifestarían en secreto, alejados de los niños y de las mujeres, el pensamiento de los jefes.

De éstos, algunos se encargarían de llegarse a los hijos de Jacob que vivían fuera de la ciudad en tiendas, para avisarlos de que el día fijado, al amanecer, aguardasen, ocultos a los ojos de los egipcios, fuera de la puerta oriental, llevando bajo las túnicas las armas con que pudiesen defenderse y atacar, toda vez que les serían necesarias.

Al amanecer del día prefijado, las familias israelitas se reunieron en grupo como habían hecho la víspera y, guiadas por los ancianos, se dirigieron a los cuatro puntos de la ciudad, cantando himnos de júbilo, hasta la puerta oriental y después en di-

rección al septentrión del gran golfo. Los varones, entre tanto, debían permanecer ocultos en sus casas, armados, aguardando la señal de los jefes.

Era lícito conjeturar que gran parte del pueblo egipcio e incluso muchos hombres de armas y capitanes seguirían los pasos de Israel, atraídos por la novedad del acontecimiento y en la confianza del Rey. Ya fuera, y a alguna distancia de la ciudad, saldrían los hebreos ocultos y, arrojándose con ímpetu sobre ellos, les cortarían la retirada y los perseguirían a muerte.

Entonces un emisario israelita volaría a la ciudad, a la casa de los jefes, y les diría: “El Dios de Jacob sea en auxilio de su pueblo.” Oyendo esto, saldrían los jefes con Moisés de su escondrijo, desplegándose por las calles; darían fuertes golpes en las puertas señaladas con la sangre del cordero y, seguidos por los varones, incendiarían la ciudad para distraer las fuerzas de los egipcios y exterminarían a cuantos se opusiesen a su paso, hasta reunirse con el pueblo.

IX

La fiesta de los Hebreos.— La matanza y el incendio.— El pánico de los Egipcios. – Proyectos de venganza.

Esas fueron las plagas de Egipto en tiempos de la salida de los hebreos: el incendio y la matanza.

Porque todas las cosas sucedieron como habían sido anunciadas por Moisés en el acuerdo con los jefes.

La manifiesta benevolencia del Rey fue semilla de confianza en los egipcios y se les borró en el ánimo cualquier motivo de sospecha. Prestaron sin dificultad sus vasos y joyas, creyendo agradecer así al Faraón y deseosos de presenciar las fiestas ordenadas por los ancianos de Israel.

Llegó el día décimo y los grupos de familias hebreas, conforme al plan de Moisés y de los jefes, salieron de sus tiendas precedidos de los ancianos, entonando alegres himnos de gloria para Egipto y de agradecimiento por parte de los siervos. Todo el

pueblo egipcio seguía los pasos de los grupos, regocijándose con la novedad del espectáculo.

Los grupos se encaminaron a la puerta oriental y salieron de la ciudad. Creyendo que los mancebos y las doncellas israelitas llegarían a una colina cercana con la intención de prolongar el regocijo de sus cánticos, los egipcios los siguieron. Las calles de la ciudad estaban casi desiertas, solo algún que otro hombre de armas encargado de la vigilancia ordinaria interrumpía aquella silenciosa soledad.

De pronto espantoso clamor se oye a lo lejos, a oriente, hacia donde había salido el pueblo hebreo. Los mancebos israelitas habían arrojado los instrumentos y aparatos de regocijo público y caído por sorpresa sobre la multitud curiosa y desprevenida. El pánico se apodera de los egipcios, que en desbandada se dirigen a la ciudad; pero los hebreos armados, en gran número, los rodean haciendo en ellos formidable estrago. Los que consiguen salvar la vida y refugiarse en el recinto de la ciudad, propagan en ella la alarma y el pavor. En medio de ellos también penetran emisarios de Israel, que buscan los jefes escondidos y Moisés, diciéndoles: “El Dios de Jacob sea en auxilio de su pueblo.”

Los clarines del Faraón llaman a los hombres de armas con estridente sonido. Se reúnen con los capitanes y el Faraón en persona se pone al frente respirando venganza, y los guía hasta el lugar de la catástrofe, resuelto a exterminar hasta el último de los hijos e hijas de Judá. Pero ¿por qué enseguida palidece y vacila? Ha visto levantarse en varios puntos gigantescas columnas y llamas como si fuesen arrojadas al cielo por las bocas de innumerables volcanes y no sabe si correr en persecución de los malditos siervos o acudir primero a sofocar el elemento voraz que amenaza con reducir a cenizas la perla de Egipto, la antigua corte de los poderosos Faraones. Si fuera de la ciudad caerían víctimas de la traidora encerrona de los hebreos, en mayor número caerían dentro de su recinto, invadido en todas las direcciones por las llamas. He aquí por qué el Rey vacila al frente de sus huestes en el mismo momento en que, ebrio de coraje y sediento de sangre, amenazaba de muerte a aquel de sus soldados que dejase con vida aunque no fuese más que a uno solo de los hijos de Israel.

Al fin se decidió a socorrer primero a la ciudad. Mordiéndose los labios ensangrentados en su ira impotente, distribuyó sus huestes en partidas de cien hombres para que se encaminasen a los puntos invadidos y se ayudasen unos a otros si fuese necesario, quedándose con parte de sus soldados y muchos egipcios del pueblo como reserva en el centro de la ciudad, para enviar refuerzos a donde mayor fuese el peligro.

Sobre esos grupos por separado caía la gente de Moisés, los varones hebreos que habían permanecido ocultos esperando la voz de sus capitanes. A éstos se unieron también los hermanos de fuera y los mancebos de la fiesta, que acababan de entrar en la ciudad persiguiendo a las multitudes fugitivas. Esa brusca e inesperada acometida desconcertó por completo a los egipcios, que ya no fueron capaces de atinar con la defensa y buscaron su salvación en la huida. Las pequeñas legiones enemigas les parecían ejércitos numerosos. Imaginaban que todas las naciones se habían aliado a favor de Israel y que los ejércitos de todo el mundo se habían puesto de acuerdo para la destrucción de los egipcios. Tal era el pánico, que los soldados del Rey, arrojando las armas, dejaron a los hebreos dueños de lo que había sido el campo, no de batalla, sino de miedo y mortandad. El propio Faraón con algunos de los suyos, abandonado por sus huestes, con las cuales hubiera podido aniquilar al enemigo, tuvo que retirarse y encerrarse en sus palacios. Con todo, la multitud hebrea caminaba hacia el Mar Rojo, elevando al Dios de Judá cánticos y plegarias por el triunfo de Moisés y por el exterminio de las poderosas huestes del Faraón.

Así, y no de otra manera, por la astucia, por las celadas, por la malicia del corazón, sacuden los débiles el yugo opresor de los soberbios. Israel fue el instrumento de la justicia sobre la casa de Egipto, que violó y transgredió durante largos siglos la ley escrita en la conciencia de los pueblos; ¿quién será el instrumento de la justicia sobre la iniquidad de Israel? El espíritu que cubre con sus alas la casa de Jacob derramó lágrimas del alma al presenciar la saña de los hebreos en la tímida mujer y en la inocente criatura, y el genio de las justicias grabó en el libro de la memoria una fecha y una amenaza junto al nombre de Israel.

Las llamas continuaron devorando la ciudad de los Faraones, la orgullosa Menfis. ¡Paga bien caro el haber servido de morada a

la iniquidad y de trono a la tiranía! Los hombres de Moisés recorren todo el día sus calles desoladas, blandiendo en la diestra el arma homicida y en la izquierda la antorcha incendiaria. Al fin llega la noche y solo entonces los inhumanos descendientes de Abraham dan tregua a su furia destructora y, envueltos en las sombras nocturnas, se encaminan al campamento de su pueblo.

No la superioridad de los hebreos, sino la sorpresa y el pánico habían sido la causa de la destrucción parcial de Menfis y del exterminio de los egipcios. Temeraria fue la empresa acometida por Israel, tan temeraria que rozaba los límites de lo imposible, de lo absurdo. El pueblo egipcio por sí solo, sin el auxilio del numeroso ejército que guarnecía la ciudad, podría haber aniquilado a los siervos. Pero cuando un individuo, o un pueblo, tiende a sufrir el castigo de sus crímenes y a perderse, no Dios sino sus propias pasiones lo ciegan para que no acierte a ver los caminos de su segura salvación.

Así ocurrió con los egipcios. Habían abusado de la debilidad de los extranjeros, los habían oprimido y sobrecargado con humillantes e insoportables trabajos; en suma, habían cometido contra ellos toda clase de usurpaciones e injusticias y era preciso que fuesen expiados los delitos y reparados los males. Por eso el orgullo había puesto denso velo sobre los ojos del Rey, por eso había creído en las adulaciones de los ancianos considerándolas merecidas y por eso el pánico hizo lo que no hubiera podido hacer la fuerza de los hombres y jefes de Moisés.

Pese a ello, una vez los israelitas fuera de la ciudad, y calmado el fracaso del primer día, volvió la cordura a ejercer su imperio natural en el entendimiento del Rey, en sus capitanes y soldados y en el pueblo. Se acordaron de la víspera y cubrieron el rostro de vergüenza. El miedo había roto las cadenas de los esclavos, de esclavos que durante más de cuatro siglos habían vivido en la humillación y en la impotencia. Les parecía un sueño todo lo ocurrido la víspera; sin embargo las llamas, las ruinas, los estragos y los cadáveres ensangrentados los llamaban a la realidad e incendiaban de ira sus ánimos. Era necesario borrar su vergüenza y aplacar su venganza con toda la sangre del pueblo fugitivo.

Se reunió el Rey en consejo con los capitanes, los sacerdotes y los sabios de la corte. Opinaron los primeros que convenía per-

seguir sin pérdida de tiempo a los hebreos, en la certidumbre de que no opondrían resistencia formal, dada la confusión que en ellos habría de producir lo inesperado del ataque y el estar acompañados de los ancianos, las mujeres y los niños. Los sacerdotes no dudaron en afirmar que el Dios poderoso de Egipto haría pesar su mano sobre Moisés y los suyos, añadiendo que en sueños habían visto los campos encharcados de la sangre de los infieles, signo evidente de la protección de los dioses y de la segura victoria de Egipto. Pero los sabios, que nunca creen en el cielo de los sacerdotes, ni en las veleidades y preferencias divinas, opinaron no ser prudente exponer la suerte del pueblo egipcio a la sorpresa y al dudoso desaliento del enemigo y a la intervención inmediata de los dioses, cuyos arcanos no es dado a los hombres penetrar, ya que los hebreos eran un pueblo en fuga, pero un pueblo en fuga vencedor, que no lucha con el fin de conquistar, sino con deliberado propósito de huir. Que disponían de toda clase de armas defensivas y ofensivas, adquiridas la víspera a costa del pánico de los egipcios y que, envalentonados por la reciente victoria y por el temor de perder a sus mujeres y riquezas, harían sin duda prodigios de bravura. Que lo más sensato era reunir todos los recursos necesarios en armas y soldados para lograr una victoria cierta, esperando que el tiempo y el cansancio desfibrarían un tanto las fuerzas del enemigo.

Sin embargo el Rey, en vez de oír los consejos de la prudencia, oyó la voz de la ira y del orgullo. Aparentando, no obstante, que no afrentaba a los sabios, manifestó en presencia de ellos que tres veces habría de nacer el sol en Oriente y volvería a desaparecer otras tantas por el Poniente antes de que saliese de la ciudad el ejército en persecución de Israel, debiendo enviarse mientras tanto exploradores tras de ellos, a fin de vigilar sus propósitos. Los sabios inclinaron respetuosamente la cabeza y se retiraron; se volvieron los sacerdotes al templo para impetrar el auxilio de los dioses, ofreciendo cruentos sacrificios, y los capitanes continuaron en consejo con el Rey, acordando los medios más eficaces de vencer y aniquilar a los hebreos.

Se publicaron edictos reales convocando a todos los varones que pudiesen manejar un arma; se prepararon todas las cosas para el ataque y se enviaron frecuentes emisarios a explorar cautelo-

samente el campamento israelita. Por su parte, tampoco Moisés dormía; sus espías, que actuaban entre los capitanes y sacerdotes en el consejo del Rey, le informaron de los planes belicosos que se tramaban contra él y su pueblo. Y mientras el Faraón se rodeaba de los hombres experimentados en las artes de la guerra, preparando la destrucción de los nietos de José, día y noche se rodeaba Moisés de los jefes y de los ancianos, meditando y preparando atrevido y decisivo golpe de mano sobre los egipcios, que los dejase sin fuerzas para intentar nuevas persecuciones.

X

Las huestes del Faraón. – Sorpresa nocturna. – Las orillas del mar rojo. – La corneta de Moisés. – Muerte del Rey. – Destrucción de su ejército.

Amaneció el día cuarto, y por la misma puerta por donde días atrás había salido el pueblo hebreo salió a perseguirlo el ejército de los egipcios. Además de los hombres de armas del ejército permanente, alistaba elementos de las regiones vecinas, en virtud de los edictos reales. Más de doscientos mil soldados, sin contar la caballería y el gran número de coches de armas, destinados a sembrar el espanto y la muerte. Al frente iba el Rey con los más esclarecidos capitanes, tomando nota de los hebreos y acordando propósitos y planes para su derrota y exterminio.

Hasta la tarde del tercer día – el séptimo desde la salida de Israel – el ejército del Faraón no avistó a los hebreos. Estaban éstos acampados en la orilla septentrional del Mar Rojo, parte dentro de un poblado allí existente, parte en las inmediaciones de éste, en tiendas, para abrigarse del sol. La noche se aproximaba y el Rey, por consejo de los capitanes, decidió aguardar al amanecer para caer con todas sus fuerzas sobre Israel.

Sin embargo ¡ay de los egipcios! Muchos de ellos no verían nacer el siguiente día. En lo más oscuro de la noche, un gran clamor, un griterío infernal se elevó de sus tiendas, arrancando bruscamente al Rey de su sueño. Los hebreos habían sorprendido la avanzada egipcia y penetrado en el corazón del campamento hasta

la tienda real, comandados por Josué, mientras que Moisés, con parte de su gente, iba por la retaguardia, es decir, unos por el lado de Menfis y otros por el Mediodía, ya que Moisés había dividido en tres su improvisado ejército. ¿Quién podría pintar la confusión de los primeros momentos en el campamento egipcio? Ni el Rey ni sus capitanes acertaban a dar órdenes, ni los soldados a obedecerlas, mientras los israelitas los apuñalaban ferozmente. Cuando el Faraón, combatiendo con el valor del león y la fiereza del tigre, logró reorganizar sus huestes, había sucumbido la flor y nata del ejército.

Pero llegó la hora del nacimiento del sol, y entonces el aspecto de las cosas se modificó en favor de los egipcios. Estaba el ejército del Faraón formado en gran parte por verdaderos soldados, familiarizados con las armas y las batallas, y si la sorpresa pudo en un principio sembrar en él la confusión y el pánico, difícil sería destruirlo sin una vigorosa y terrible resistencia. Así fue que con los primeros claros de la mañana los soldados corrieron a agruparse en torno a sus capitanes y su Rey, formando cuerpos compactos, primero para la defensa, después para la agresión. Empezaron los hebreos a ceder terreno, retirándose hacia el mar, excepto los comandados por Josué, que iban retrocediendo en sentido opuesto, como si fuera su propósito continuar en medio de los egipcios y reservar sus fuerzas para el instante supremo y decisivo. La victoria ya sonreía a los capitanes del Faraón: otro esfuerzo más y el pueblo de Israel pagaría con toda su sangre la sangre que había derramado y los estragos causados en la principal ciudad de los egipcios.

El Faraón separa una parte de su gente y la envía en persecución de Josué, y con el grueso de su ejército avanza contra Moisés, que comanda el grueso del ejército israelita. Ya éste no puede retroceder siquiera un paso, porque el Mar Rojo está a sus espaldas como barrera infranqueable, y el egipcio ya saborea el placer de la terrible e inmediata venganza, pues el enemigo está debilitado y no podrá resistir al vigoroso embate de sus soldados. Israel va a perecer. ¿Quién salvará a Israel?

Se oye por el lado de los israelitas el toque de una corneta, vibrando de modo singular en el instante supremo. Es el propio Moisés, agitado, convulso, terrible, que la tiene en los labios y

arranca aquellos sonos estridentes. ¿Qué sucede? ¿Por qué la confusión y el desorden en las huestes vencedoras? ¿Por ventura el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob combaten en favor de Israel contra el egipcio? Todavía resuenan los ecos de la corneta fatal y un acontecimiento, inesperado para el Faraón pero previsto por Moisés, cambia nuevamente el aspecto de la batalla. Como si aquel sonido fuese una señal convenida de antemano, al oírlo una porción de los egipcios se arroja sobre el Faraón y los sobre los más esforzados capitanes apuñalándolos bárbaramente y haciendo causa común con los enemigos de Egipto. El espanto se apodera de los soldados leales, viendo la traición de sus compañeros, y mirando al Rey abatido, cortada su cabeza coronada. En medio de esa consternación y trastorno, caen Josué y Moisés sobre el ejército desnortado y lo destruyen, quedando de él las dos terceras partes sobre el ensangrentado campo de batalla.

Informado de la convocatoria del Rey a fin de que se presentasen para tomar las armas todos los varones robustos de cierta edad, Moisés había dispuesto que fuesen a Menfis numerosísimos hebreos de confianza y se alistasen en el ejército real y que a todos los efectos obedeciesen a algunos capitanes egipcios, que eran de su completa devoción: una sola palabra les bastaría para darse a conocer a los suyos durante la lucha y librar sus vidas en la confusión u obscuridad. Y así sucedieron las cosas. Quizá si el Rey hubiese ordenado el ataque tan pronto como descubrió el campamento de Israel, no le hubiesen aconsejado lo contrario aquellos capitanes que estaban en entendimiento con el jefe hebreo. Temieron posiblemente que podrían malograr sus proyectos si antes el ejército egipcio no recibiese un golpe, inesperado por la osadía, y consideraron que para ese golpe sería conveniente aprovechar la confianza que el Rey depositaba en sus fuerzas y las sombras de la noche.

Muerto el Rey y destruida su poderosa hueste, los pocos capitanes sobrevivientes recogieron los restos dispersos y retrocedieron hacia Menfis, no solo para guarnecer sus murallas sino para salvar la ciudad y el reino, caso los israelitas, envalentonados por el triunfo, pretendiesen volver al papel de conquistadores. No era ese, no obstante, el propósito de Moisés. Permanecieron cuatro días a orillas del Mar Rojo a fin de descansar y recoger el botín de

guerra, pasados los cuales levantaron el campamento y continuaron su camino hacia el Sinaí.

XI

Consideraciones Históricas y Filosóficas.

Me he ocupado con cierto detenimiento en los sucesos que prepararon la emancipación de los hebreos y de su salida de Egipto por varios motivos y consideraciones que en modo alguno debía descuidar.

En primer lugar, en la historia del pueblo de Israel tiene principio la verdadera Historia, ya que ésta se refiere al movimiento religioso llamado a transformar los pueblos y las generaciones que se sucederían en tierras de Oriente. Convenía rectificar en gran estilo los errores históricos cometidos precisamente en la parte que se refiere a la aparición del pensamiento cristiano en las regiones occidentales, ya que más tarde habría de hacer fructificar la semilla arrojada al suelo por la mano de Abraham, de Jacob y de Moisés. El cristianismo no puede basarse más que en la verdad, o de lo contrario no prevalecería en el alma de los hombres. Los errores son hijos de las generaciones y siempre van mezclados con la verdad; pero la misión del espíritu humano consiste en apoderarse sucesivamente de las verdades, rechazando los errores. Para ese nobilísimo fin, que conduce a la felicidad espiritual, hemos de cooperar, nosotros, todas las criaturas inteligentes, unas mediante el estudio, otras por la contemplación misericordiosa de los hechos de la humanidad que permanecen eternamente escritos y de las misteriosas fuerzas que operan con incesante actividad, engendrando el desarrollo de los seres espirituales. Por eso yo, insignificante partícula del mundo inteligente y libre, pongo mi piedrecita en el edificio del progreso general, al que tenemos que contribuir, los de arriba y los de abajo, nosotros que vemos en la contemplación y vosotros que peregrináis en el estudio.

Aparte de esto, la narración de los acontecimientos que precedieron la salida de los hebreos envuelve el conocimiento del estado social de aquellos tiempos, conocimiento indispensable para

poder apreciar debidamente la evolución del progreso humano y la filosofía de los acontecimientos más notables de aquel período de la Historia. El hecho culminante de la salida del pueblo de Israel y la destrucción del ejército de los egipcios no tendría explicación racional plausible sin el conocimiento de las circunstancias que lo prepararon con la anticipación necesaria. ¿Cómo se explicaría plausiblemente que el Faraón se deshiciese por voluntad propia del dominio que ejercía sobre el linaje de Jacob, cuya servidumbre era uno de los principales elementos de su poder y de la prosperidad de sus estados? ¿Cómo se explicaría que el pueblo hebreo, desfibrado por la esclavitud, haya podido emanciparse a despecho de la omnipotencia faraónica? ¿Cómo se explica la derrota de un poderosísimo ejército a manos de una multitud no acostumbrada a las artes de la guerra, sin organización ni fuerzas, mezcla de niños, mujeres, ancianos y varones que aún sentían sobre los hombros el fardo de la esclavitud? ¿Cómo se explicaría eso plausiblemente, si antes no se hablase del genio político de Moisés, de su prudencia y astucia, de su ilustración fuera de lo común, muy superior a la de su época; de su primera introducción en la casa y, por consiguiente, en la confianza del Rey y en la amistad de los magnates? Bien sé que todo eso se explica apelando a los milagros; pero el milagro a su vez no tiene explicación, porque está fuera de la ley y se aproximan rápidamente los tiempos en que será rechazado incluso por las personas menos doctas, porque se verá, en un más claro conocimiento de los atributos, una soberana inteligencia.

Por último, en aquella rudimentaria civilización israelita de los tiempos de Moisés tiene raíz el principio de otra civilización mucho más, incomparablemente más esplendorosa; civilización no de linajes, de todas las castas, de todos los pueblos de la Tierra, llamados a estrecharse en una sola gavilla, en una sola familia, por fuerza de la poderosa virtualidad de la idea y del sentimiento, cuyo amanecer empezaba a iluminar la mente y el corazón del sabio jefe de los hebreos. Ese pueblo habría de ser el despertador de los demás pueblos y la causa de la fusión de todos en un abrazo fraternal, al realizarse las profecías de Jesús, cuyo cumplimiento sancionará ante los ojos de los hombres las profecías anteriores a la verdad del Evangelio. He aquí la serie de con-

sideraciones que me aconsejaron dar en esta revelación a la época hebraica de Moisés la importancia que realmente tiene, tratándola con cierta extensión, mayor que la que he dedicado a los acontecimientos anteriores.

Muchos, muchísimos repelerán esta revelación y las enseñanzas que contiene, considerándola preparada por algunos hombres para sus propósitos particulares; otros, en número también ponderable, dudarán de su autenticidad y de su realidad histórica, sospechando de la buena fe de sus hermanos; y otros, por último, sencillos de corazón y naturalmente veraces, la acogerán con júbilo en el alma y darán a Dios sinceras gracias por ese nuevo rayo de la luz divina, por ese nuevo don de la misericordiosa providencia. Estos últimos serán minoría en la generación de hoy, aunque su número irá aumentando con los que salgan de la duda, mientras que el de los desconfiados y vacilantes aumentará con los que irán sucesivamente desertando del campo de la incredulidad y de las huestes del escepticismo. ¿Consideráis que fueron muchos los que en su tiempo creyeron inspirada la palabra de los profetas, del propio Jesucristo? Con los dedos de las manos hubierais podido contar el número de los creyentes y ya veis que las profecías y el Evangelio han triunfado en el alma de una porción importante de la familia humana establecida sobre la Tierra. Así ocurrirá con mis palabras, porque son la expresión de un hecho providencialmente dispuesto, que será sancionado por otros hechos de la misma índole, también providencial y amorosamente preparados. Y ahora volvamos a la Historia.

XII

**Índole y misión del pueblo Hebreo. – Llegada al pie del Sinaí.
– Política de Moisés. – Sube Moisés al monte.
– La Visión. – La Tempestad.**

Nada menos que cuarenta años empleó Moisés en preparar al indómito pueblo hebreo para sobre él fundar la civilización que iba a transformar en el futuro las sociedades humanas. Cuarenta años de incansable afán, de lucha incesante contra las naturales

inclinaciones de los hombres, que no rendían culto más que a los placeres de la lujuria, de la gula y de la ira, trinidad infernal, horrible principio de grandes calamidades. Cuarenta años de oscuridad del entendimiento, incapaz de concebir la belleza de las armonías morales, y de desierto, de aridez del corazón, impotente para dar vida al sentimiento del amor.

Israel es la representación de la familia primitiva de la Tierra, que por las iniquidades de su arrogancia tuvo que caer bajo la dominación de los espíritus inteligentes venidos de otros mundos más prósperos, condenados al destierro por las iniquidades de su orgullo. En su esclavitud, en el entendimiento del pueblo primitivo brillaría la alborada del saber, y en su corazón, la aurora de la conciencia.

Habría de ser el pueblo hebreo el fermento humano de la civilización del futuro, primero en cumplimiento de la orden de justicia que preside las evoluciones naturales, morales y físicas; segundo, a fin de que los hombres lleguen a conocer por las enseñanzas históricas que las grandes iniciativas, que los movimientos trascendentales de la humanidad no vienen de la propia humanidad, sino que bajan de las regiones divinas, donde el amor providencial, donde la sabiduría inefable elabora los gérmenes de la felicidad que con mano pródiga derrama por toda la extensión de la inmensidad del universo. Israel fue instrumento de las iniciativas superiores de aquel tiempo, como más tarde, en tiempos de Jesús, lo fueron algunos hombres sencillos, groseros e ignorantes, como en la actualidad lo son individuos de todas las clases sociales, de todos los climas y de todas las creencias. Conviene que los hombres no se atribuyan a sí mismos el mérito de las obras celestiales y ello en beneficio de los propios hombres, a fin de que no busquen toda su felicidad en la Tierra, sino que eleven sus esperanzas y deseos.

En el tercer mes desde su salida de Egipto llega Israel al pie del Sinaí. Durante la peregrinación Moisés se había persuadido de que no había autoridad ni fuerza humana capaz de dominar a aquel pueblo inquieto y brutal y que solo la palabra de un Dios terrible, vengador de las prevaricaciones y de los actos nefandos de los pueblos podría doblegar su cerviz y someterlo a la obediencia de los preceptos naturales. Siendo ignorante y malo, y así mis-

mo crédulo y supersticioso, lo que no podrían sobre él los más sanos consejos de la prudencia ni las sabias lecciones de la justicia, lo alcanzará la voz irritada de aquel misterioso y gigantesco ser que levanta la tempestad y fulmina el rayo con su diestra, Dios, hecho según las veleidades de los hombres, tan propicio a otorgar recompensas y privilegios a generaciones arbitrariamente elegidas como dispuesto a dejar sentir todo el peso de su desagrado sobre los rebeldes a sus órdenes.

Y al pie del Sinaí congrega Moisés a todo el pueblo y, rodeado de los ancianos y capitanes, le habla así:

“Escuchadme, hijos de Judá y de José, y todos los que habéis salido del músculo de Jacob en vuestros padres y vuestros abuelos, en los días de la gloria de Israel, cuando el sol de Egipto era nuestro padre José. Una, dos, tres veces he visto en sueños a nuestro primero padre Abraham, que vive y es un anciano de barba blanca y venerable presencia, y me ha dicho: “Hijo, si mi pueblo camina en la justicia, triunfará sobre las naciones de la Tierra y será la luz del mundo, porque Dios, el Dios terrible de los prevaricadores, asistirá sus designios y con él la paz y la vida. Sube al monte y en el lugar más retirado, apartado de la mirada humana, póstrate de rodillas y ora; no levantes tu rostro de la tierra hasta que el Espíritu del Señor descienda sobre ti y te exprese su voluntad. Que nadie te acompañe; que todos, en tu ausencia, oren contigo y te ayuden. El Espíritu del Señor descenderá sobre ti durante la noche, y el pueblo escuchará el trueno, y verá brillar el rayo y conocerá la voluntad del Señor. Oirás entonces la palabra del Espíritu y la transmitirás a Israel para que la conozca y la cumpla, porque será palabra de orden para siglos, y no pasará con los siglos. Yo soy Abraham, vuestro padre, que vive y vivirá en Dios, y mi vida está con los espíritus de Dios.”

“Ahora ya conocéis todos la palabra de Abraham, nuestro primero padre, que vive y me habló por medio de la visión en sueños por voluntad de Dios y del Espíritu que abre los caminos de Israel. En obediencia, yo me alejo de vosotros y subo al monte, donde permaneceré uno, dos y tres días con sus noches, hasta que llegue a mí la voz del Espíritu y me comunique la voluntad del Señor. Vosotros continuaréis acampados aquí, y que nadie ose seguir mis pasos, pues caerá sobre su cabeza la maldición del Dios

de Abraham, y la muerte. Orad con vuestras mujeres, vuestros hermanos e hijos; cuando escuchéis el ruido de la nube, estad atentos y decid: “La palabra del Señor descende sobre el Sinaí: oigamos la palabra del Señor.” Desde ese momento no cerréis ojos ni orejas, sino que permaneced atentos y mirad hacia el monte, porque oiréis la voluntad del Señor y veréis su gloria.”

Y Moisés subió lentamente el Sinaí, meditando acerca de la gravedad y trascendencia de la misión que le había sido confiada y dispuesto el ánimo para recibir la inspiración que habría de fecundar en su pueblo la semilla de las virtudes. Se encaminó pensativo y ensimismado a la tienda del padre de su mujer, que estaba en el monte, porque confiaba en la sabiduría y prudencia de sus consejos, que le habían servido de mucho para la liberación de los hebreos. El sacerdote era de entendimiento recto y alma piadosa, y el cielo lo favorecía frecuentemente con visiones y palabras de espíritu profético. Allí llegó Moisés a altas horas de la noche.

Informado el sacerdote por inspiración de la misión y próxima llegada de Moisés, velaba y esperaba. Se alejaron ambos a lo más recóndito de la tienda y, como hubiesen caído de rodillas invocando al Gran Espíritu, una luz celestial inundó el aposento y se oyó una voz, no humana, sino de la revelación superior, que dijo:

“Moisés, Moisés: Dios es grande y se sirve de los pequeños para que resplandezcan sus obras y los hombres no se envanezcan. Israel es un pueblo de los más pequeños; sus caminos lo declaran, que son los de la ignorancia, la truculencia y la vileza de los apetitos. Fue hipócrita y falso con el Rey y cruel con los egipcios. No tiene otra ley que la concupiscencia y la fuerza, por eso ves cómo se entrega al adulterio y a la gula, y tú no puedes desviarlos de los instintos de rapiña con que oprime a los pueblos más débiles de las cercanías de sus tiendas. Tú ya lo sabes: hoy se cumple la justicia en Egipto y en las regiones de este lado del mar; sabes también que no quedarán sin castigo las crueldades, liviandades y rapiñas de los hombres que libraste de secular esclavitud. Con todo, el Altísimo, en cuya obediencia te hablo, ha elegido al mísero Israel para instrumento de su misericordia y te ha puesto entre el pueblo y la inspiración del cielo. Escúchame bien.

“Al amanecer, bajarás del monte y dirás al pueblo congregado: “Tuve en el monte la visión del Espíritu y escuché la palabra de revelación anunciándome la próxima llegada de la voluntad del Señor sobre vosotros. Para que conozcáis que no os hablo por mí, sino por inspiración profética, mirad esta señal: ¿veis cómo el sol resplandece sin que la más pequeña nube empañe el azul del firmamento? Pues bien: contaréis el día de hoy con su noche, el día de mañana con su noche, y el otro día, y aún no habrá aparecido nube en ninguno de los cuatro puntos del cielo. Pero una vez puesto el sol del tercer día, veréis aparecer en Oriente una pequeña nube, que crecerá con rapidez hasta ocupar todo el firmamento. La noche será terriblemente tempestuosa: el rugido del trueno no cesará y un continuo relámpago os cegará en lo más abrigado de vuestras tiendas. Será entonces cuando el Espíritu del Señor me cubrirá con su luz y me dará, para vosotros, la voluntad del Señor. Mientras tanto, no dejéis de orar cada cual en el silencio de su tienda, hasta que la profecía se cumpla; no suceda que el Dios de Israel, el fuerte y celoso Jehová, se irrite por vuestra indiferencia y nos destruya con su justicia. Vuelvo al monte y allí, con el rostro en el polvo de la tierra y el corazón contrito por nuestras iniquidades, aguardaré la palabra del enviado del Altísimo.”

Hizo Moisés como el Espíritu le había ordenado. En compañía del sacerdote dio gracias al Señor; y al amanecer bajó al pueblo, al cual refirió la visión y la profecía; después volvió al Sinaí, a la tienda del padre de su mujer, con el propósito de prepararse junto al buen sacerdote para recibir las luces de lo Alto. Juntos en la tienda pidieron a Dios, de corazón, que por amor y para la regeneración del pueblo tuviese cabal cumplimiento la promesa del Espíritu, pues de lo contrario, si llegase la tercera noche y no se confirmase la palabra de Moisés, sería imposible en lo sucesivo dirigir los destinos de Israel, que no temía a los hombres ni temería tampoco las amenazas que se le hiciesen en nombre del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Frecuentemente, en medio de la oración, Moisés y el sacerdote se sentían interiormente iluminados y guiados, y se decían el uno al otro: “Sí, la palabra del Espíritu se cumplirá, el pueblo verá la gloria y conocerá la voluntad del Señor, porque la visión fue de luz, de paz y de consuelo.”

Así pasó el primer día, el segundo y el tercero. El pueblo murmuraba y decía: ¿Qué ocurre? ¿Qué cosas son esas que Moisés nos refirió? ¿Que nuestro primero padre Abraham vive y le habló en sueños? ¿Que el Espíritu bajó sobre él en el Sinaí en visión de luz y profetizó el trueno y el relámpago? He aquí que ya estamos en el declinar del tercer día; ya el sol se oculta a nuestros ojos y aún ninguna nube se descubre en el horizonte; ¿qué son todas esas cosas? Y todo Israel velaba, porque sobrevenía la noche y las estrellas empezaban a fulgir aquí y allí en el fondo del firmamento.

Con todo, no tardaron en desaparecer de la vista del pueblo asombrado los luminares de la noche. Una pequeña nube, apenas perceptible al principio, vino de la parte de Oriente, extendiéndose con inusitada rapidez hasta llegar a Occidente, al Mediodía y al Septentrión. Tinieblas densísimas envuelven a los hebreos acampados junto al Sinaí, en cuya cima brilla a intervalos el relámpago acompañado del fragor de la tempestad. Pronto los relámpagos y los truenos son tan frecuentes que todas las fuerzas parecen haber conspirado para aniquilar a los hombres y suprimirlos de la Tierra. La montaña aparece constantemente iluminada por siniestros resplandores. Israel se siente como fascinado y no puede desviar los ojos del Sinaí.

Mientras tanto, Moisés oraba al Señor en compañía del sacerdote. A los primeros ruidos de la tempestad, extraña sobreexcitación le embargó el ánimo y los sentidos: adivinaba que en él operaba la influencia de un espíritu invisible. La sobreexcitación aumentaba con el ruido exterior y la vívida cintilación de la luz. De pronto se levanta como movido por misterioso resorte, abandona la tienda, corre ansioso a través de las zarzas y precipicios y va a caer rendido, jadeante, convulso, sobre una roca saliente del Sinaí, desde la cual se divisan las tiendas de Israel. Muchos de los hebreos vieron a Moisés erecto sobre la roca, envuelto en el resplandor del relámpago como si fuese una aparición sobrenatural, y creyeron oír su voz fuerte y terrible como la del propio Jehová.

Esa manifestación de poder, ese aparato de fuerza era necesario para tocar profundamente el corazón de aquel pueblo feroz e incrédulo. No obstante, todo había sucedido dentro de la norma natural, del movimiento ordenado de las cosas, sin que se pertur-

base en lo más mínimo la acción de las leyes que operan sobre la Creación desde el principio. Esta es la sabiduría de la Inteligencia suprema; la predeterminación, en la eternidad, de todas las armonías y la correspondencia que habrá de sucederse en el curso de las edades, sin suspender los efectos de las leyes establecidas, ni coartar la actividad voluntaria de las criaturas racionales.

XIII

Sueño profético.— Las dos Tablas. — Los ocho mandamientos.

Profundo sopor se había apoderado de Moisés cuando cayó desvanecido a la vista de las tiendas de Jacob. Lo despertó el primer beso del sol, que aparecía esplendoroso y risueño tras una noche tempestuosa. ¿Qué ha sucedido en mí? se preguntaba el jefe de los hebreos. ¿Cómo me encuentro en este lugar? ¿Qué visiones ocuparon mi espíritu durante las horas misteriosas de mi sueño? ¡Oh! Es preciso que yo las recuerde y descubra el secreto de su significación, porque presiento que en el misterio de las visiones de esta noche está compendiada la parte principal de mi misión sobre la Tierra. ¿Quién hará la luz en la confusión de mi alma?

—Yo lo haré, hijo, dijo una voz a sus espaldas.— Se volvió Moisés lleno de asombro y vio que aquel que había contestado a la pregunta interior de sus deseos era el padre de su mujer, que conmovido le tendía los brazos. Se arrojó en ellos sollozando, al mismo tiempo que ansiosamente le preguntaba: ¿podrás tú, mi bienhechor y mi padre, revelarme el arcano de las visiones de mi sueño?

—Sí, hijo— contestó enternecido el sacerdote. ¿Ves cómo el sol de la mañana inunda de luz argentina las cumbres del Sinaí? Así el sol de la revelación inunda mi espíritu de consuelo y esperanza. He visto este día, moriré contento. Moisés, hijo, bendigamos a tu Dios, que también es el mío, porque el Dios de Israel es el mismo de los egipcios y el mismo de todos los pueblos de la Tierra. ¡Sólo hay un Dios! Bendigámosle en este día, porque sus gracias han caído en abundante lluvia sobre nosotros y sobre el género hu-

mano. De ahora en adelante la Tierra producirá más frutos, por cuanto ha llovido simiente de fecundidad en su seno. El Padre se ha acordado de sus hijos, el Señor, de sus siervos.

También tuve, como tú, un sueño de visión y revelación durante la noche. Se habían reunido al pie del Sinaí todas las generaciones humanas de la Tierra, tanto las futuras como las pasadas y las presentes. Tenían sed y en vano se agitaban buscando aguas cristalinas que la pudiesen aplacar. Tú, profundamente dormido sobre esta roca, no oías sus clamores. Vi entonces bajar de las nubes sobre ti el Espíritu y, tocándote en los ojos con una varita de luz que llevaba en la mano y acercando sus labios a tus oídos, exclamó con voz más dulce que la miel: “¡Moisés! ¡Moisés! Despierta y levántate. ¿No oyes los clamores de los que mueren de sed? Despierta enseguida, que tú serás el instrumento de la gracia del Altísimo en el día de hoy. Por tu mano brotará una fuente de agua viva que regará toda la Tierra, agua que viene de las alturas y riega las fértiles regiones del Paraíso. Los sedientos aplacarán su sed y los leprosos quedarán limpios. Levántate, Moisés, eleva los ojos al cielo y contempla la misericordia del Señor.”

—No digáis más, padre mío, — dijo Moisés al llegar a este punto la narrativa del anciano: no digáis nada más, porque tus palabras han despertado en mí el recuerdo vivo, la fiel reproducción de las visiones de mi sueño. Obedeciendo a la insinuación del Espíritu, cuyo dedo indicaba el cielo, vi en el fondo del firmamento, a distancia incalculable, infinita, pero con toda claridad, como dos grandes, dos inmensas tablas de piedra unidas a lo largo, tan grandes que debajo de ellas se acogían todos los pueblos y generaciones de la Tierra. De la línea de unión entre las dos tablas brotaba copioso manantial de agua purísima que, dividiéndose en dos vetas abundantes, bajaba sobre mi cabeza y formaba a mis pies arroyos y regatos. Esas aguas, deslizándose por las faldas del Sinaí, llegaban al valle y en ellas bebían las generaciones presentes y las futuras, renacían las generaciones pasadas que murieron sin haber sido regeneradas y purificadas en el agua del Sinaí.

En las dos tablas aparecían en caracteres de oro y luz ocho mandamientos divinos, resumen de la ley de la conciencia. Tres mandamientos en la tabla derecha y cinco en la tabla izquierda.

De adoración eran los tres y de amor los otros cinco. El dedo de un ser invisible los seguía y señalaba uno a uno.

Esto decían los tres mandamientos de la derecha:

“A ti, pueblo de Israel, a todos los pueblos de la Tierra, a los que son, a los que fueron y a los que habrán de venir.

“Dios es uno, y está sobre toda la Creación y sobre todos los entendimientos en la Creación. Vosotros sois sus hijos. A un solo Dios adorarás.

La adoración es agradecimiento, homenaje, amor del entendimiento, del corazón y del alma.

“No harás imagen de Dios, ni de oro, ni de plata o barro, de ninguna de las cosas de la Tierra, porque Dios es infinito e inmenso, no cabe ni en el entendimiento ni en las manos de los hombres. No fabricarás, para adorarlos, ni ídolos ni figuras de las cosas del cielo o de las cosas de la Tierra. La adoración solamente la darás al Dios único, que es el Padre de sus hijos y el Señor de sus siervos.

“No tomarás el nombre del Dios uno sin veneración ni amor. Porque el buen siervo se dirige a su señor con respeto y el buen hijo ensalza el nombre de su padre.

“De los días de tu vida darás al Señor el sábado.

Porque al Señor debes tu vida y el entendimiento de tu alma. Los otros días son del trabajo, porque de los ociosos y de las almas que duermen se aleja Dios.”

Los cinco de la tabla de la izquierda:

“Honra a tu padre y a tu madre. Porque ellos son el instrumento de la misericordia de Dios para contigo sobre la Tierra.

“No matarás a tu enemigo, ni caiga tu ira sobre su cabeza. Porque tu enemigo y tú sois hermanos.

“No cometerás adulterio con la mujer ajena. Porque el adulterio mata el amor y rompe los lazos con que el Señor unió su siervo a su sierva.

“No tomarás las cosas ajenas sin el permiso de su dueño. Porque son tuyas por el trabajo y las posee con justicia. Si no las posee por la justicia, la ley, no tú, de ellas dispondrá.

“No mentirás. Porque la mentira es traición del espíritu a Dios; porque Dios es la verdad del universo. El que miente no ama a los hombres ni a Dios, que hizo todas las cosas de su amor.

El amor es veraz y vosotros sois todos hermanos, y Dios, vuestro Padre.

“Si observáis estos mandamientos serán borradas vuestras iniquidades y viviréis en la tierra de los vivos; pero si no las observáis, vuestras iniquidades se volverán sobre vosotros y moriréis en la tierra.

“Esta es la ley que el Señor Dios ha puesto en el alma del hombre desde el principio: Adorar al Señor de la Creación, que dijo: Hágase la luz; y amar a los hombres, para los cuales se ha hecho la luz por la misericordia.”

Esas eran, continuó Moisés, las palabras de oro y luz puestas en las dos tablas del firmamento. Entonces el dedo del ser invisible borró las palabras y las Tablas desaparecieron de mis ojos.

En esto llegó el Espíritu a mi oído y me dijo: “Moisés, Moisés; ya has visto la gloria y la voluntad del Señor. Lleva su voluntad a Israel, a fin de que no se equivoque en sus caminos por ignorancia, sino por la malicia del corazón. Porque esas cosas que has visto son de la misericordia, pero con la misericordia, la justicia de la ley sobre Israel y sobre todos los pueblos de peregrinación en la Tierra.”

Y desapareció la visión; dormí, hasta que los rayos del sol vinieron a despertarme.

¿Qué cosas son esas, padre mío? Vuestro consejo es de prudencia y de virtud y está por encima de mi entendimiento y de mis debilidades. Tiemblo, padre; porque Israel es duro de corazón y dado al demonio de la injusticia y al demonio de la carne; y ¿quién soy yo?

—Ánimo, hijo, replicó el sacerdote; pues las misericordias de Dios son como las estrellas del cielo y las aguas de los mares. Aquel que te concedió la gracia de las visiones de esta noche te agraciará con nueva inspiración, si fuese necesario. Pero volvamos a mi tienda y allí refrescarás tu cuerpo y meditaremos en las cosas necesarias a la salvación del pueblo hebreo.

XIV

Moisés y el sacerdote del Sinaí establecen las bases de un código político–religioso para la educación del pueblo.–

Labran el Decálogo en dos tablas de piedra.– El pueblo prevarica. – Debilidad de Aarón. – Josué sube al Sinaí.

Moisés y el sacerdote hablaron largamente sobre las cosas de Israel después de volver a la tienda. Poseía el sacerdote espíritu de consejo y de justicia y Moisés inclinaba la cabeza a su sabiduría y virtudes. Juntos meditaron en orden a las leyes que convenía dar al pueblo, el cual, tras los acontecimientos de la víspera, tenía el ánimo quebrado por el temor y se sentía dispuesto a recibirlas.

Antes de bajar del Sinaí y presentarse a los hebreos oyó Moisés las instrucciones de su padre, que abarcaban no solo las necesidades morales sino además las materiales y temporales, un plan completo de educación y gobierno, acomodado al estado de cultura del pueblo al que debía aplicarse. Se trataba de iniciar una civilización robusta sobre el fundamento de las Tablas; pero como Israel aún no podía sentir ni comprender la excelencia de los mandamientos en ellas contenidos, era del todo indispensable un código que, al mismo tiempo que ponía al alcance de los israelitas, en la medida de lo posible, la moral de los preceptos, reprimiese severamente las abominaciones y los crímenes, tan frecuentes en aquella época de apetitos groseros y egoístas; un código político y religioso que tuviese por objetivo establecer la moral con la ayuda de los preceptos de gobierno, un gobierno ordenado con el auxilio de los mandamientos religiosos. Solo así sería posible fundar los principios de una civilización regeneradora, raíz de todas las civilizaciones posteriores, sobre un pueblo como el de Israel, tan ignorante y dado a los embrutecimientos de la carne. Moisés y el sacerdote eran muy adelantados a su tiempo, y al ocuparse de las cosas de los hebreos pusieron su mirada tanto en el presente como en las necesidades de los pueblos y tiempos futuros.

No hubiera sido suficiente la moral establecida en los ocho preceptos de las Tablas para dulcificar los sentimientos, reprimir

la fiereza de los instintos y modificar, suavizándolos, los apetitos groseros y egoístas de las tribus; era indispensable que la religión apareciese revestida de formas sensibles, que hablasen, más que al alma, por el cumplimiento del deber, a los sentidos, por el fausto de un culto externo impregnado de misteriosos símbolos y prácticas, y por el temor de terribles castigos temporales a los contraventores de la ley. Teniendo en consideración estos extremos, convenía dar al culto una importancia suprema, ponerlo por encima de todo cuanto hiciese referencia exclusivamente a la administración civil y al buen gobierno de las tribus. Al que pecase contra las prácticas del culto habría de aplicársele castigo mayor que a los promotores de desórdenes que no fuesen en menosprecio del culto o de sus ministros. En resumen, la adoración exterior, como principio de la adoración espiritual, sería el nervio de la legislación hebraica y el sacerdocio estaría considerado como la más venerada de las funciones que los hombres puedan ejercer sobre la Tierra.

A fin de que la autoridad de Moisés, necesaria al establecimiento de la nueva civilización, no sufriese menoscabo, era preciso que los hebreos lo considerasen una criatura superior, especie de ángel o semidiós, intermediario entre el pueblo y la voluntad divina. Convenía, por tanto, que dejase de intervenir directamente en el gobierno y la administración de las cosas de las tribus, delegando esas funciones en varones, ancianos respetables que, administrando justicia, fuesen ante la conciencia del vulgo los inmediatos responsables. La autoridad de Moisés no se haría sentir más que en momentos supremos y siempre como expresión de la voluntad de Jehová.

Cuarenta días estuvieron en el monte, el hijo de Leví en compañía del sacerdote, ambos meditando acerca de las leyes judiciales y eclesiásticas que sería conveniente dar al pueblo. Tomaron dos tablas de piedra, las labraron y esculpieron en ellas los mandamientos, dividiendo en dos el sexto y el séptimo, por ser los que Israel transgredía con más frecuencia: se prohibían explícitamente en los nuevos mandamientos el deseo del adulterio y del hurto, que es por donde comienza la ocasión del delito. Así, fueron diez los mandamientos: tres en la tabla de la derecha y siete en la de la izquierda; y los diez son únicamente dos mandamientos. Esculpi-

dos en piedra, estarían siempre a la vista de todos e Israel comprendería que la voluntad de Jehová es firme como la roca. Vendrá más tarde el hijo de las profecías, Jesús, que reducirá a dos en la nueva ley los mandamientos de la antigua y de los dos hará depender la salud y la vida de las almas.

Israel, mientras tanto, preguntaba: “¿Qué ha sido de Moisés?” Sin embargo, lleno de temor por las amenazas y porque había visto la tempestad, no se atrevía a subir al Sinaí. “¿Cómo adoraremos al Señor nuestro Dios”, decían los hebreos a Aarón, “cómo adoraremos al gran Jehová, que nos sacó de la esclavitud y cuya gloria y poder hemos visto en el cumplimiento de la profecía de Moisés, tu hermano? ¡Oh, Aarón! Tu hermano Moisés nos dijo que Abraham nuestro padre es un venerable anciano de barbas blancas, que vive con los espíritus de Dios, que lo vio en sueños y escuchó su voz. ¿Por qué no ruegas tú a nuestro padre que te visite en sueños y te manifieste la voluntad de Dios respecto de nosotros, la cual observaremos hoy y siempre?”

Como Aarón no tuviese visiones en sueños, ni Moisés bajase del monte, tomaron joyas de oro de las que se habían llevado de Egipto, las fundieron y erigieron un dios a semejanza del hombre, diciendo a Aarón: “He aquí la imagen de Jehová, nuestro Dios, que tú seas su sacerdote; le ofrecerás sacrificios, nosotros doblaremos la cerviz y lo adoraremos”. Aarón se resistió, pero como el pueblo lo amenazase de muerte, ofreció sacrificios al dios de oro sobre un altar de piedra y todo el pueblo se postraba en torno al altar. Se olvidaba de Moisés y no se daba cuenta de que era Moisés aquel que había de recibir la voluntad del Señor y manifestársela.

Solamente Josué pensaba a todas horas en el hijo de Leví, pues el propio Aarón había perdido el recuerdo y había acabado por aceptar gustosamente el sacerdocio del ídolo, que lo investía de una importancia ilimitada entre los hijos de Israel. Josué veía la idolatría y la tenaz obsesión del pueblo y lamentaba su feroz y estúpido fanatismo, considerando cuán fatal sería su influencia en los sentimientos y costumbres. Ansiaba el regreso de Moisés, como única autoridad capaz de reprimir los abusos y dirigir el sentido moral y el sentimiento religioso de los hebreos. Éstos habían oído que Moisés había tenido visión espiritual y que Abraham,

que había bajado al sepulcro hacía siglos, vivía entre los espíritus de Dios, y creyeron que también vivirían después de la muerte cuantos hubiesen fallecido en la piedad y en la virtud; en esa creencia evocaban frecuentemente a los espíritus, a fin de inquirir los secretos de la vida y de la muerte. Josué observaba esas cosas y, como no se sentía con fuerzas para oponerse a las prácticas supersticiosas que iban naciendo de los desvíos del sentido religioso, hacía votos para que el jefe de Israel apresurase su regreso. Con todo, pasaban los días, ya era el trigésimo octavo y Moisés continuaba en el monte. Considerando Josué que con algunos días más de tardanza ya no tendrían fácil remedio las abominaciones del pueblo, tomó la resolución de dejar secretamente el campamento y subir al Sinaí.

Encontró a Moisés y al sacerdote dando el último retoque a las dos tablas y dialogando sobre el establecimiento del código que en lo sucesivo regiría los destinos de las tribus. Les habló de los últimos acontecimientos, de la adoración al gran Jehová en una imagen de oro a semejanza de un hombre y de la propensión del pueblo al culto idólatra de los muertos, a cuya evocación supersticiosamente se entregaba. Siendo así, era necesario el inmediato regreso de Moisés al campamento, a fin de oponer un dique al desbordamiento de las tendencias fanáticamente religiosas y a los extravíos morales de Israel. Después de escuchar esto, todavía permanecieron dos días en el monte, hasta el cuadragésimo desde la partida de Moisés del campamento y nonagésimo desde la salida de Menfis. Los tres deliberaron juntos hasta la noche del segundo día, cuando Moisés y Josué regresaron a las tiendas.

XV

Amenazas de Moisés. – El pueblo se arrepiente.

– El Tabernáculo. – El sacerdocio en la tribu de Leví.

– Institución de los jueces.

Al amanecer, convoca Moisés a los ancianos, a los jefes, a los sacerdotes y a los cabezas de familia y les dice: Todos habéis pecado en presencia de Dios, ofreciendo sacrificios al ídolo que la-

brasteis con vuestras manos, del oro de los egipcios. ¿Por qué no habéis podido aguardar a que yo bajase del Sinaí y os transmitiese la voluntad de Jehová, que nos libró por mis manos de la esclavitud en que gemíais? Sois reos de muerte, porque hicisteis esas cosas y forzasteis a mi hermano Aarón a que las hiciese con vosotros. Pero ¿cuáles de vosotros o de vuestros hijos fueron los primeros en las violencias y en la adoración del dios de oro? Esos son reos de muerte por la perdición y por la idolatría de los otros y morirán hoy, antes de la puesta del sol, para que paguen por su iniquidad y aprendáis el castigo de los transgresores de las leyes de la justicia.”

Todos los presentes, llenos de pavor por las palabras de Moisés y por haber visto salir de sus ojos algo así como dos rayos luminosos que subían sobre la frente por espacio de algunos dedos, inclinaron la cabeza. Consideraban que hablaba por su boca el espíritu del gran Jehová o alguno de los espíritus de Dios.

“Habéis escuchado mi profecía, la que recibí de nuestro padre Abraham, y visto el trueno y el relámpago, continuó Moisés. Yo os había dicho que la ley vendría del Sinaí y la despreciasteis, porque no habéis esperado que la ley viniese del Sinaí, sino que vosotros mismos habéis establecido la ley y habéis hecho presión sobre el Sacerdote a fin de que vuestra ley quedase establecida entre el pueblo. ¿Por qué ninguno de vosotros ni de vuestros hijos se levantó contra la violencia para decir: “Moisés está en el monte; esperemos de su mano la voluntad de Dios”?

“Hemos pecado, nosotros y nuestras mujeres y nuestros hijos, contra Dios, que nos libró del yugo de los egipcios, y contra ti, que fuiste el instrumento de la misericordia, exclamaron los ancianos. ¿Qué hemos de hacer para aplacar la justicia de Jehová por nuestro pecado y tu pesar? Habla, Moisés, y procederemos como el Señor nos ordenare por tu lengua, porque tu palabra es profecía y los cielos te honran con sueños y visiones. ¿Qué tenemos que hacer, Moisés? Sé tú nuestro mediador entre Jehová y el pueblo de Israel; de ahora en adelante el pueblo será siempre fiel a la palabra de Moisés, pues en ti está la sabiduría y hallaste gracia en presencia del Dios que nos ayudó contra todo el poder del Faraón en el Mar Rojo.

Tomó entonces Moisés las Tablas, y mostrándolas a la multitud prosiguió: Ahora está bien; confesasteis vuestro pecado y fuisteis jueces del pecado de Israel. Pero el Señor es misericordioso y borró el pecado por vuestra confesión, y de ahora en adelante seréis fieles a su mandamiento. Este es el mandamiento del Señor, que para todo el pueblo recibí en el Sinaí la noche de la tempestad, escrito en estas dos Tablas de piedra, a fin de que sea perpetuo su cumplimiento entre vosotros y entre las generaciones que vendrán después. Vi en sueños las dos Tablas en el firmamento, oía la voz y vi el dedo del Espíritu que seguía los mandamientos de las Tablas. Y la voz del Espíritu decía: “Estos son los mandamientos de la voluntad de Dios sobre Israel y sobre todos los pueblos: si los guardáis, el Señor hará con él perpetua alianza de paz; pero si los despreciáis y los transgredís, la servidumbre, el oprobio y la muerte para los hijos de Jacob.”

Y leyó entonces Moisés los diez mandamientos de las Tablas. El pueblo los escuchaba en profundo y respetuoso silencio, exclamando interiormente: “He aquí la ley escrita por el dedo del formidable Jehová en las dos Tablas que Moisés recibió en el Sinaí.”

Porque el pueblo creía que Moisés las había recibido del cielo la noche de la profecía, y Moisés, que conocía el espíritu del pueblo, consideró que no convenía desilusionarlo.

Y prosiguió: “Tomaréis ahora las joyas y riquezas que fueron de los egipcios, las maderas y las telas preciosas, y con ellas construiréis un tabernáculo y dentro del tabernáculo un altar, donde queden guardadas las Tablas por todo el tiempo de la peregrinación del pueblo; en el altar serán ofrecidas al Dios de los ejércitos hostias pacíficas por el bien de las tribus. Mi hermano Aarón, a quien impusisteis la fuerza, y sus hijos, ofrecerán los sacrificios en desagravio de la adoración del ídolo que vuestras manos labraron, y el sacerdocio no saldrá de la tribu de mi padre Leví, porque del tronco de Leví tomó el Señor a nuestro señor, al elegido entre Él y el pueblo. No obstante, ni en el tabernáculo ni en el altar habrá figura o imagen de ninguna cosa y las Tablas serán la única señal de alianza entre Jehová y el pueblo.

Ahora me alejaré de vosotros y, retirado en la oscuridad de mi tienda, me postraré en presencia de Dios, a fin de que me ilumine

para designar a los más dignos de entre los ancianos de Israel. A ellos confiaré el pueblo, para que lo gobiernen con justicia y resuelvan vuestras contiendas, dando a cada cual su derecho y aplicando las leyes que por su palabra serán dadas a las tribus. Porque de ahora en adelante no intervendré en vuestros pleitos, y siendo así no me acusaréis de injusticia y de parcialidad en relación a personas y tribus. Aquellos que yo determine, ellos os juzgarán, y vosotros los juzgaréis por sus juicios. Si esos juicios suyos no son rectos, maldición y muerte sobre ellos, porque han sido instituidos sobre los demás como instrumentos no de iniquidad, sino contra la iniquidad, a título de guardianes de la ley y padres del derecho de cada uno. Vuestro respeto sea para con ellos y para con las obras de su justicia. Id a contar estas cosas en vuestras tiendas en presencia de vuestros hijos y mujeres; mañana congregaréis al pueblo en nombre de Moisés, e Israel conocerá a sus jueces, que serán aquellos que en mi entendimiento designe la inspiración de lo Alto.”

Moisés se retiró y se fue a su tienda, donde permaneció el resto del día sin dejarse ver por el pueblo. Oraba y meditaba. Al llegar la noche con sus tinieblas, envió a su hermano Aarón a las tiendas de algunos de los ancianos y de los jefes. Eran los sabios de Israel, los únicos que poseían todo el testamento de Abraham, Isaac y Jacob y con Moisés habían liberado a los hebreos. Su espíritu iba por delante del espíritu de las generaciones de aquel tiempo. Tenían acerca de Dios ideas muy superiores a las del vulgo de las masas y estudiaban el curso de las cosas y de los hombres, el destino de las almas y el misterio de la muerte, en la cual el pueblo ignorante no pensaba. Se comunicaban sus estudios, presentimientos y creencias, pero únicamente entre ellos, tras haber jurado de modo solemne el más riguroso secreto. Se valían de signos misteriosos y frases cabalísticas para distinguirse y entenderse. Ellos fueron los que Moisés convocó, por medio de Aarón, en la segunda noche de su regreso al campamento.

XVI

Los Doce. – Los Misterios. – El código Hebreo. – Muerte de Moisés. – La conquista de Canaán. – Los jueces y los Reyes.

Uno tras otro, sigilosamente fueron compareciendo los convocados a la tienda del hijo de Leví. Se reunieron en número de once, inclusive Moisés, número elevado más tarde a doce con la presencia del sacerdote que vivía en el Sinaí, al cual había obedecido Moisés convocando a los sabios. El primero de todos era el sacerdote, el segundo Moisés, el tercero Josué, el cuarto Aarón, y los otros, después de Aarón, iguales. Se esperó al sacerdote, porque entre ellos era el más sabio y el que debería dirigir la palabra a los demás.

Habiendo llegado él, después del ósculo de la paz a los once, así les habló:

“Sabéis, hermanos, muchas cosas que el pueblo de Israel ignora; pero habéis jurado mantener el misterio y guardaréis el juramento, porque las cosas que os han sido confiadas no son del pueblo. Solo vosotros conocéis todo el testamento de Abraham, que os ha sido transmitido por Isaac, por Jacob, por Judá y por José, y por los primogénitos de Judá y de José, hasta hoy.

“En los días de Abraham vuestro padre, nadie conoció el misterio de su pensamiento, hasta Isaac, su hijo, y después hasta Jacob, pero Jacob reveló el misterio a Judá y a José, rey de Egipto. Hoy somos doce.

“Con todo, Isaac añadió algunas palabras al misterio de Abraham, y Jacob algunas palabras al misterio de Isaac, y Judá y José añadieron muchas palabras al misterio de Jacob, y de este modo hasta nuestros días; porque las cosas que vosotros sabéis, y yo con vosotros, sobrepujan el misterio de José.

“¿Por cuánto tiempo permanecerá el misterio? Muchos siglos, puesto que los hombres de la Tierra nacieron ayer y sus ojos aún no pueden llevar la luz. Pero yo os digo que hoy somos doce, mañana seremos veinte, en siglo venidero cientos y cientos y la luz traerá en cada siglo nuevas palabras al misterio. Hasta que se cumplan los tiempos y en esos días el misterio será el libro de la

sabiduría de todas las cosas, porque todas las cosas tendrán su luz en el misterio. Entonces, hasta los ciegos de nacimiento beberán la luz y los sordos oirán la verdad en el misterio.

La superficie del lago está tranquila, pero las corrientes interiores agitan sus entrañas. Así la humanidad hoy y así el misterio en el seno de la humanidad. Guardaos de perturbar las aguas de la superficie: pronto llegará la hora en que los hombres podrán asimilar el misterio.

“Abraham e Isaac creyeron en Dios, en la fuerza del universo y sospecharon la existencia de un agente en el hombre, de un ser activo distinto de la materia corpórea, e indagaban de Dios respecto de la naturaleza y del destino de ese misterioso ser. No conocieron la inmortalidad, pero la presentían en lo más íntimo del corazón y esperaban. Se veían condenados a una muerte prematura y sin embargo confiaban en vivir y vivir, sin darse cuenta de sus esperanzas ni de las formas de las nuevas fases de la vida. De vez en cuando habrían elevado la mirada y observado fijamente con ansiedad la luna y las estrellas del cielo, como interrogando las causas de su luz, de su existencia y de sus movimientos ordenados; tanto Isaac como Abraham siempre consideraron que los astros eran de la Tierra y que no había sino un cielo cuyos límites serían los del firmamento visible.

“José ya adivinó que, sobre el firmamento visible, hay otro más lejano y quizá todavía una serie de firmamentos, y sospechó que Dios los habría creado para los hombres virtuosos, antes de que volviesen a Él, de cuyo seno habían salido; José habló de sus instituciones y presentimientos a Jacob y a Judá después de que bajaron de Canaán a Egipto; había aprendido esas cosas de los sabios de la corte faraónica, que lo habían iniciado en los misterios de sus tradiciones secretas. José fue más allá de las tradiciones secretas de los hebreos y de los misterios egipcios, porque fue más sabio que los más sabios de su tiempo. Por su muerte, el misterio formado de la tradición hebraica y de la tradición egipcia pasó a sus hijos y a los de Judá su hermano, a través de los cuales y de primogénito a primogénito el misterio llega hasta vosotros.

“Sin embargo sabemos que los astros no son de la Tierra sino todo contrario, la Tierra es de los astros, y con ellos se mueve en el firmamento, que la luz del sol cae sucesivamente sobre todas

las regiones de la Tierra, por cuanto siendo la Tierra un astro hemos de considerar que, tal como los astros son redondos y giran, igualmente la Tierra es redonda y gira. No obstante, no habléis de estas cosas con cualquiera, porque pesan; en su ignorancia no las pueden comprender y no comprendiéndolas no las pueden tener en cuenta. Y en el supuesto de que la Tierra es uno de los astros, ¿no podríamos presumir que haya astros como la Tierra? Meditad bien sobre esa pregunta, Moisés, tú Josué y tú Aarón, y todos cuantos estáis presentes; si pensáis como pienso yo en lo referente a la Tierra y a los astros, podemos añadir nuestro concepto a la tradición secreta de Abraham, Isaac, Jacob, José, Judá y de los sabios de Egipto.

Sabemos que la criatura humana, durante su peregrinación por la Tierra, está compuesta de un cuerpo grosero sacado de la materia terrestre y del cual se desprende con la muerte, del principio astral, que perpetuamente la acompaña aún después de terminada la existencia terrena, y del espíritu de las vidas, que es el entendimiento o la voluntad, que subsiste a través de todas las vidas hasta que la criatura vuelva al seno de Jehová, en el cual fue engendrada y del cual nació para vivir por sí misma en un prolongado curso de luminosas transformaciones. El principio astral es el lazo de unión entre el entendimiento y la materia terrestre. Lo que ignoramos es el límite de las transformaciones, la última criatura antes de que el entendimiento se desprenda del principio astral para volver a Jehová. Ahora, hermanos, meditad y meditemos todos: ¿añadiremos alguna palabra al misterio que hemos heredado de nuestros padres?”

Permanecieron algunos instantes en silencioso recogimiento y después, levantando Moisés el rostro, habló a los demás palabras semejantes a estas:

“Salud y paz, hermanos. Me siento inclinado a creer que no solo la Tierra es de los astros, sino que además hay Tierras en los astros: ¿habitadas por quién? Vi a Abraham, mi padre, pero ignoro dónde vive. ¿Dónde vive nuestro padre Abraham? ¿Dónde habremos de vivir después de la muerte? Opino que viviremos más allá, que nuestra voluntad, encerrada en el principio astral que perpetuamente la acompaña, tomará cuerpo sucesivamente en aquellas lejanas tierras, para admirarlas y admirar en ellas la sabi-

duría y la magnificencia de Jehová nuestro Señor antes de que regresemos a su seno. Os ruego que me permitáis añadir al misterio estas palabras: “¿Tendrá fin el camino del espíritu de las vidas? ¿Llegará el entendimiento de la criatura a su completa y definitiva absorción en el entendimiento de Jehová, que es el Principio?”

Todos inclinaron la cabeza en profunda meditación y después, levantándola, exclamaron: “¿Tendrá fin el camino del espíritu de las vidas? ¿Llegará el entendimiento de la criatura a su completa y definitiva absorción en el entendimiento de Jehová, que es el Principio? Bendito seas, Moisés; tu sabiduría ha esclarecido el presentimiento más armonioso de nuestra voluntad. Puesto que nosotros queremos conocer cada día más la obra de la Creación y a Jehová, a fin de entonar himnos en alabanza a su sabiduría y no que el espíritu del hombre llegue a su última transformación y a su definitiva y absoluta fusión con el Espíritu del gran Jehová nuestro señor.”

Y desde ese día las sabias palabras de Moisés fueron añadidas a los misterios hebreos, no porque fuesen de Moisés, sino en razón de que expresaban la más honda de las aspiraciones y la más consoladora de las dudas de las mentes que raciocinaban. Hoy la razón y el sentimiento de los pensadores y de muchos hombres de buena voluntad responden negativamente a las preguntas añadidas a los misterios hebreos por iniciativa del jefe de Israel. Negativamente a ellas ya respondían los doce en el fondo de su espíritu, pero no se atrevían más que a delinear el problema para los iniciados y maestros de los tiempos futuros.

Hablaron después Moisés y el sacerdote y refirieron a los demás las cosas que les habían sucedido en el monte, incluso sus visiones, sin ocultarles ni una palabra ni un punto de las cosas que acompañaron y coronaron la misteriosa manifestación de la voluntad del Señor hasta el regreso de Moisés al campamento. Quedaron los diez pasmados con las palabras del sacerdote y de los hijos de Leví y prorrumpieron en exclamaciones de alborozo, puesto que no dudaban de la veracidad de los hechos. “¿Por qué – preguntaban – por qué Jehová ha elegido al pueblo de Israel entre los pueblos, y a nosotros entre los varones y los ancianos del pueblo de Israel? ¿No es Israel grosero de comprensión, brutal, prevaricador y duro de corazón? En cuanto a los reyes ¿dónde está

nuestra justicia? ¿No hemos doblado la cerviz ante las abominaciones del pueblo? ¿No hay en Israel entre los varones y los ancianos, entre mil más justos que nosotros, oh gran Jehová, quien penetre en las leyes de tu voluntad, quien descubra tus arcanos? ¡Oh! Solo tú eres el sabio y a nadie has revelado la palabra de tu secreto.”

Como empezasen a notar algún movimiento en el campo, decidieron separarse, a fin de no excitar la curiosidad del pueblo y acordaron reunirse otra vez la noche siguiente para ocuparse de las cosas que tenían relación con la gobernanza de Israel.

Se reunieron en efecto y, tomando por fundamento los ocho preceptos revelados, ampliados hasta el número de diez en las tablas que Moisés había labrado en el Sinaí, colocaron las primeras piedras del edificio de la legislación y civilización hebraicas. Con el consejo de todos se formó una especie de código de gobierno religioso, que es por donde siempre han tenido principio las civilizaciones en la infancia de los pueblos. No es necesario reproducir aquí el código político-religioso de Israel, por cuanto ha llegado sustancialmente hasta todos vosotros en los libros que se atribuyen a Moisés y que se puede decir que él escribió, porque preparó el material que serviría a los sabios del siglo siguiente. La inclemencia de los siglos y la mano profana del hombre han alterado tanto su origen como su pureza primitiva, pero en el fondo ha quedado aún la luz necesaria para iluminar el pensamiento de los legisladores de Israel. Es ley de la historia de la humanidad terrestre que las verdades y los hechos no puedan transmitirse más que envueltos en nebulosidades y corrompidos a causa del egoísmo de los hombres.

Los preceptos de la ley no fueron dados de una sola vez al pueblo, sino sucesivamente durante los cuarenta años que los hebreos peregrinaron hasta llegar al país de Canaán, situado en el Septentrión del mar de la Pentápolis. Una civilización no se funda en pocos días y la legislación hebraica era el cimiento de una civilización que sería la madre de todas las civilizaciones ulteriores. Moisés no vio más que el principio del principio, pues cerró los ojos antes de la entrada de Israel en Canaán, dejando encargada a Josué la continuación de su obra. Años antes había muerto el sacerdote su padre, que no quiso abandonar el Sinaí, dando a Moi-

sés en testamento sabias amonestaciones, que Moisés primero y después Josué aplicaron en la dirección y buen gobierno de las tribus.

Muchas guerras sangrientas, para llegar a la tierra de Canaán y apoderarse de ella hasta constituir una nación, tuvieron que sostener los descendientes de Jacob. Sus jefes, Jueces por espacio de tres siglos y medio, y después Reyes hasta la postración de la nación judaica, invocan siempre el nombre de Dios para las guerras, sin lo cual hubiera sido del todo imposible despertar en el alma de aquellas generaciones sentimientos varoniles y abocarlas a los caminos del progreso. No todas las guerras fueron justas: bajo el nombre de Dios se escudaban a veces torpes designios, odios sangrientos, desmedidas ambiciones. Pero como la justicia ha de cumplirse, el pueblo judío no pudo evitar las expiaciones que sus enormes faltas provocaron, tanto en tiempos de los Jueces como bajo el cetro de los Reyes. Oprimió y fue oprimido; despojó y fue expoliado; violó y acuchilló, y fue violado y acuchillado; pues esta es la ley de la justicia.

En medio de esas alternativas, se iban completando los misteriosos designios de la Providencia. Los hebreos vencedores imponían inconscientemente a los vencidos la semilla del Decálogo; cuando vencidos y humillados, sus orgullosos vencedores inconscientemente la recibían. Así, el germen de la civilización mosaica, prólogo de la que más tarde fundaría Jesucristo, se fue diseminando y echando raíces por las naciones en el mundo, preparando el advenimiento de la revelación cristiana, profetizada a los judíos por algunos Espíritus justos y animosos que presentían la necesidad de una nueva iluminación. Se cumplieron los tiempos y fue, de la génesis del hombre de la Tierra, el quinto día.

XVII

El Sexto día del Hombre. – La civilización Romana. – Corrupción general. – Necesidad de renovación en los sentimientos y costumbres. – Nacimiento de Jesús.

La civilización romana era señora del mundo. El imperio había llevado sus armas y paseado sus legiones triunfantes por todas las regiones del continente y el cetro de los Césares pesaba sobre todos los pueblos subyugados a la omnipotencia de Roma, que venía a ser el nervio, el corazón del movimiento de la humanidad terrestre.

Roma había impuesto su ley e inoculaba su corrupción en las provincias conquistadas. Con sus armas llevaba sus dioses y con sus dioses un manantial inagotable de liviandades, una causa permanente de decadencia moral capaz de destruir todo sentimiento noble y toda aspiración elevada, y de decadencia física, capaz de consumir la vitalidad del pueblo más vigoroso.

La civilización romana, modificada con importaciones de Grecia, de Egipto y de las regiones orientales, era la civilización del placer. Epicuro reinaba en el corazón y en las costumbres.

Los dioses de las virtudes no tienen adoradores: sus templos están desiertos; el polvo cubre sus imágenes. De la Tierra ya no sube más incienso que aquel que la sensualidad desenfrenada quema en los torpes altares de voluptuosos ídolos.

La humanidad está dividida en esclavos y señores. Los señores corrompen a los esclavos con su ejemplo y los esclavos aumentan la corrupción de los señores con su vil degradación.

A la familia de los esclavos pertenece la mujer, ese precioso crisol del sentimiento, cuyo inestimable valor el mundo aún no ha conocido. El hombre, a imitación de sus dioses, solo ve en la mujer el instrumento, el vaso de sus apetitos lúbricos, y ella, desprovista del sentimiento e incluso del instinto del pudor, se prostituye y se entrega voluntariamente a la vergüenza. Las fiestas consagradas a los dioses del Imperio son escenas asquerosas en las cuales toman parte desde el más alto patricio hasta el último de la plebe.

En esa enfermedad general, en esa postración y decadencia del sentimiento cooperan los propios sacerdotes con frecuentes actos de hipocresía y servilismo, adulando a los magnates en medio de sus excesos.

No solo entre los adoradores de los ídolos impera la hipocresía y lo licencioso, sino también entre los que conocen la unidad de Dios, entre los hijos de Judá y sus sacerdotes y doctores. Israel únicamente conserva de la legislación religiosa del desierto y de los profetas la ceremoniosa ostentación del culto. En cuanto a la legislación política, ha sido destruida con su nacionalidad como consecuencia de las sucesivas sumisiones.

Tanto en Judea como en Roma, en el Oriente como en el Occidente de la Tierra, los sabios son incrédulos y los ignorantes supersticiosos; la falsedad de los monopolizadores de la luz envolvió a la humanidad en tinieblas, y en las tinieblas se extraviaron las conciencias. ¿Cómo habrían de creer los sabios del Imperio en los dioses griegos y romanos, prototipos de todas las miserias, héroes de todos los delitos? ¡Imposible! Sin embargo, se ahogan en la corrupción general, en la voluptuosa indolencia del placer, y no buscan la verdad ni desean la pureza del espíritu. ¿Cómo los sabios de Jacob habrían de creer en el Dios de la tribu de Leví, en el Dios de las plagas, de las tempestades, de las maldiciones, de los ejércitos, si todas esas cosas son engendradas por los odios, por las más inicuas pasiones de los hombres! Y en su credulidad se entregan, como los sabios del Imperio, a todas sus intemperancias y tal como ellos, se prevalecen de las supersticiones ajenas para medrar a costa de los pueblos. “Gocemos –exclaman unos y otros: gocemos los placeres de la vida, ya que nuestros dioses no tienen ojos para ver ni oídos para oír; gocemos, puesto que las promesas y amenazas de los profetas perecieron con ellos y ya no atruena en el Sinaí el Dios de nuestros abuelos. La justicia es el placer.”

Sin embargo, todos ven esa corrupción general y sienten la necesidad de una renovación en los sentimientos y en las costumbres. Todos reconocen que la sociedad está edificada sobre el egoísmo, el desenfreno en las pasiones, la hipocresía y la mentira, y comprenden que no puede subsistir apoyada en cimientos tan frágiles; pero la displicencia, la lujuria, el escepticismo han gastado todo su vigor, todas sus fuerzas, toda la energía del espíritu, y

son egoístas, desenfrenados, hipócritas y mentirosos. El linaje de los hombres, la familia humana de la Tierra han venido gangrenando el corazón, y la gangrena es la muerte. Solo Dios podrá, en su inefable misericordia, alejar la gran catástrofe y dar la salud al enfermo condenado.

Pues bien; así sucederá. Dios podrá su mano en las enfermedades de los hombres, pues han sido creados para la vida y el progreso. Esos trances supremos estaban desde el principio en la previsión divina y su remedio en las armonías divinas de la ley. Por cuanto nada sucede que no haya sido previsto en la eternidad por la sabiduría infinita de Dios, que es padre de misericordia y bondad, y decretó la institución de la ley, con el perfeccionamiento y el progreso, para la curación de todas las enfermedades. Los mandamientos de las Tablas fueron escritos para que las sucesivas enseñanzas, haciendo triunfar el bien sobre la Tierra, se esculpiesen en la mente y en el corazón del hombre, no para que el tiempo y las veleidades humanas los borrasen. ¿Qué importan los siglos y las generaciones humanas que con los siglos se suceden? El fin de los hombres y de las cosas es el bien, y esta ley es infalible.

Las Tablas no habían sido comprendidas y explicadas en espíritu y en verdad; he aquí por qué solamente un imperceptible vestigio han dejado en las civilizaciones que tuvieron algún contacto con la hebraica, y esta es asimismo la razón por la cual, en la época a que me refiero, hasta el final del quinto día, carecían de virtualidad para regenerar al propio pueblo de Israel. Si las primitivas interpretaciones pudieron iniciar en la generación del Sinaí un movimiento de progreso, diez siglos más tarde entorpecían los desarrollos espirituales de las nuevas generaciones. Y no fueron diez, sino quince, los siglos en que esas interpretaciones subsistieron.

Las Tablas que Moisés y el sacerdote contemplaron en el firmamento de su visión celestial iban a servir de base y piedra angular de la moral que ha de ser la religión, la única religión de las humanidades depuradas; pero la inmoralidad de los tiempos las ha desviado desde el principio de sus objetivos primordiales, acomodándolas a la institución de un culto que, más que al sentimiento, hablase a los sentidos de los hombres. De ese error dimanaron las inmoralidades de los hijos de Jacob. Olvidaron el culto del senti-

miento, de la adoración del alma y la hicieron depender única y exclusivamente de la observancia del sábado, como si la adoración debiese quedar necesariamente restringida al espacio que media entre el despuntar del sol y el ocaso de un día determinado. En el atraso de su espíritu no supieron comprender que el sábado de la ley no podía significar un día de la semana, únicamente un día, un período de la vida del hombre en su peregrinación sobre la Tierra. El sábado de la ley es el tributo de respeto y gratitud que debe la criatura al Autor de su vida y felicidad, y significaba que el hombre no tiene que vivir solamente para las cosas terrenas, sino que, de vez en cuando, y aun con alguna frecuencia, como frecuentes son los sábados, debe elevar su pensamiento al cielo para glorificar a la suma Inteligencia, al supremo Amor. Esto en cuanto a la adoración directa. En cuanto a la adoración indirecta, que consiste en el cumplimiento del deber, la ley no estableció limitación alguna: para la práctica de la justicia en los actos, todos los días son sábado.

Si los hebreos interpretaron mal los preceptos de adoración escritos en las Tablas, no mejor comprendieron los otros, que tienen por objetivo la observancia de la justicia y del amor respecto de las criaturas. Consideraron que las prohibiciones del Decálogo habían sido dadas solamente en beneficio de Israel y contra las naciones extranjeras, a las que consideraban fuera de la bondad y de las promesas de Jehová. En consecuencia, creyeron lícito el homicidio, el adulterio, la violación, el pillaje y la mentira, siempre que recayesen sobre los pueblos enemigos. Creyeron igualmente que la promesa de vivir en la Tierra de los vivientes, hecha a los cumplidores del Decálogo, debía entenderse la tierra de Canaán, como recompensa a conocer y adorar al verdadero Dios, y jamás elevaron su mirada por encima de las nubes, a la tierra espiritual de las almas vencedoras. Si alguno elevaba su contemplación al cielo, guardaba su pensamiento en lo más recóndito de su espíritu.

Esos errores, nacidos de la miseria de las generaciones de aquel tiempo, fueron causa de que el sentimiento moral se desfielbrase y notoriamente decayese, a medida que el entendimiento humano despertaba. La razón, ya más vigorosa, no podía aceptar sin protestas a aquel Dios que vengaba de los egipcios a los hijos

de Israel, ni las frivolidades de la adoración levítica, ni preceptos revelados en provecho de un solo pueblo; y, después de haber protestado, acababa por emanciparse del fanatismo para caer en la servidumbre, la servidumbre de la incredulidad y del orgullo... Los sabios dejaron de creer, porque a su razón repugnaban las primitivas creencias; y los ignorantes, porque adivinaron, pese al cumplimiento exterior de la ley, la incredulidad de los sabios.

Era, pues necesaria una renovación moral fundada en el espíritu regenerador de las Tablas, a fin de que todos los hombres y todos los pueblos llegasen a aplacar la sed de sus almas en las purísimas aguas que bajaron sobre el Sinaí y que, desprendiéndose de sus cumbres en arroyos cristalinos, habrían de fecundar todas las regiones y vivificar los espíritus.

Entonces nació JESÚS, encarnación del espíritu de amor y de justicia, precursor del Espíritu de sabiduría y de verdad.

FIN